

I B O N M A R T Í N

LA  
DANZA  
DE LOS  
TULIPANES



PLAZA  JANÉS

IBON MARTÍN

LA DANZA  
DE LOS TULIPANES

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A mi madre*

*19 de octubre de 2018, viernes*

Santi echa un último vistazo al espejo retrovisor antes de activar el cierre de puertas. No hay nadie en el andén. Las últimas casas de Gernika quedan rápidamente atrás. Ante sus ojos, junto a la vía serpenteante, se dibujan con trazos finos las colinas que reinan por doquier. Aquí y allá se desperdigan caseríos solitarios que brindan pinceladas blancas y rojas al paisaje. Es un mundo apacible, un mundo hermoso donde de vez en cuando se cuelan el azul del mar y el amarillo pálido de los carrizales.

Un pescador, de cesto de mimbre al hombro y puro en los labios, aguarda a que se abra la barrera de un paso a nivel para continuar su camino. Santi hace silbar suavemente la locomotora para saludarlo y el hombre le corresponde alzando la mano. Poco más allá es una mujer de caderas anchas quien alza la vista desde un huerto bien cuidado para mirar el tren. El maquinista se la imagina recorriendo los vagones con la mirada a la caza de algún rostro familiar. Seguro que lo encuentra, allí se conocen todos.

—Gracias —murmura Santi casi para sus adentros.

Tras veintidós años como maquinista del metro de Bilbao la compañía le ha premiado destinándolo a la línea de Urdaibai. No hay ninguna más hermosa en toda la red, ni tampoco más tranquila. En contraste con la oscuridad de los túneles bajo la ciudad y el trajín de los andenes en hora punta, la soledad de aquella línea entre marismas y pueblos durmientes es un bálsamo de paz.

Santi respira hondo. Siente que la vida le sonrío.

Le gusta este mundo, un territorio que todavía se rige al ritmo de la naturaleza. En pleno siglo XXI las mareas siguen siendo quienes mandan en Urdaibai. Son ellas quienes trazan los perfiles de un mapa donde el mar y la tierra se abrazan en armonía.

Con el traqueteo del tren meciéndola suavemente, la mente de Santi vuela hasta su hogar. Las cosas parece que empiezan a ir mejor. Han sido tiempos

difíciles entre Natalia y él, pero todo vuelve a ser como antes. Y pronto harán veinticinco años de casados, tendrá que ir pensando en alguna celebración.

La vía vuelve a reclamar su atención. Un cormorán, negro como la noche, alza el vuelo al paso del tren y se zambulle en las aguas verdes que se extienden ahora junto al viejo camino de hierro. Segundos después el animal emerge con un pez plateado en el pico, y lo sacude en el aire, tal vez en busca del aplauso de los escasos viajeros.

A Natalia le gustaría todo aquello. Por un momento, Santi la imagina sentada junto a él en la locomotora. Va contra las normas, pero tampoco pasará nada por hacerlo un día. Su mujer lo merece; él también lo merece tras veintidós años bajo la gran ciudad. ¿Cómo explicarle si no la belleza que contempla cada día al mando del tren regional?

Natalia... Natalia... Es lo más importante de su vida. Sin hijos a los que poder querer no tiene a nadie más. El último bache está superado y ahora puede soñar de nuevo con envejecer junto a ella. Su mirada, su sonrisa...

Su rostro se le aparece al otro lado del cristal, fundido con el paisaje. Le sonrío, claro. A ella también le gustan sus planes.

Es tan real la visión que el maquinista se obliga a parpadear para regresar a la realidad.

Al abrirlos Natalia sigue allí, sentada en una silla en mitad de la vía.

Cuando vuelve a fijarse en sus labios, Santi comprende que no sonrío. Solo grita. Lo hace con todas sus fuerzas y, a pesar del traqueteo metálico, el maquinista alcanza a oírla.

Todo sucede muy rápido, aunque en la mente de Santi transcurra a cámara lenta. El tren devora implacable la distancia que los separa.

—¡No! ¡Natalia, no! ¡Aparta de ahí! —aúlla el maquinista mientras acciona el freno de emergencia.

Un penetrante chirrido acompaña a la sacudida que mueve violentamente el convoy. A través de la puerta de seguridad se cuele el quejido de algún viajero, sorprendido por la frenada.

Santi clava los ojos en los de su mujer y lee en ellos un terror como jamás antes ha visto. Si pudiera ver los suyos propios tampoco encontraría un mensaje más reconfortante. Es demasiado tarde. Un tren no puede detenerse en seco. Natalia está condenada.

—¡Apártate! —le pide una vez más Santi llevándose las manos a la cara. Su voz está rota, desgarrada—. ¡Sal de ahí! ¡Vamos!

Es en vano. Las cuerdas que la ligan a la silla no le permiten moverse. Solo le queda gritar. Gritar y aguardar a que el tren de su marido acabe con su camino.

*19 de octubre de 2018, viernes*

—¿Estás listo? No será muy agradable —advierte Julia tirando del freno de mano.

En el asiento del copiloto, Raúl asiente con gesto de circunstancias. Los atropellos ferroviarios resultan especialmente crudos. Los trenes son implacables con el cuerpo humano cuando se lo encuentran en su camino.

Las gotas que se acumulan en el parabrisas se tiñen de los tonos azules de las luces del coche patrulla que protege la escena de posibles curiosos. Los dos ertzainas cruzan una última mirada resignada antes de salir del vehículo. Saben lo que les espera: recorrer la vía en busca de pruebas y restos biológicos. Y, por supuesto, lo más importante en aquel momento: identificar a la víctima y dar el aviso a los familiares. Si no resulta fácil llamar a una puerta y dar la noticia del fallecimiento de un ser querido, informar de un posible suicidio resulta aún más doloroso. ¿Cómo le explicas a alguien que su hijo, su hermana o su marido ha tomado un camino que sacudirá a la familia con inevitables sentimientos de culpa difíciles de superar?

Julia siente las gotas de lluvia corriendo por su cara. El invierno se ha adelantado. ¿Dónde están los días de viento sur propios de esas fechas? Al menos, piensa alzando la vista hacia el cielo, todavía quedan un par de horas de luz. Una luz gris y apagada, pero luz al fin y al cabo. No es lo mismo enfrentarse con una escena desagradable de día que a la luz de las linternas.

—Ahí tenéis al marido. Está hundido —les indica el agente uniformado que custodia el cordón policial.

—¿El marido? —inquire Julia arrugando la frente—. ¿Quién le ha avisado?

—Nadie. Estaba aquí cuando hemos llegado. Es el maquinista.

Julia y Raúl, ambos vestidos de paisano, como es habitual en los agentes destinados a Investigación, se miran sin ocultar su extrañeza. ¿Por qué elegir

el tren que conduce tu marido para quitarte la vida? Después se agachan para pasar bajo la cinta de plástico que protege la escena y se dirigen hacia aquel hombre. Con su uniforme de Euskotren, sentado sobre un murete de hormigón, llora con el gesto descompuesto.

—No hay manera de convencerlo para que nos acompañe —explica uno de los sanitarios que lo atienden.

—Natalia... ¿Por qué ella? Natalia... —balbucea el maquinista. El tren, un regional de vía estrecha en el que predomina el color blanco, asiste mudo a sus lamentos apenas unos pasos más allá. En el ambiente flota el aroma inconfundible a hierro y óxido que envuelve los accidentes ferroviarios.

Julia le apoya una mano en la espalda.

—Le acompañamos en el sentimiento. Sabemos que no son momentos fáciles. —Odia que suene a mensaje de mera cortesía, porque en realidad siente cada una de sus palabras. Le arañan la garganta hasta hacerle difícil hilvanar dos sílabas seguidas.

El maquinista asiente levemente y se seca las lágrimas con la manga de la chaqueta.

—Estaba ahí sentada. En medio de la vía —indica con la mirada perdida—. ¿Quién ha...?

El llanto le impide seguir hablando.

—Vamos, por favor. Tiene que acompañarnos —insiste el de la ambulancia.

Un ertzaina llega caminando desde la cola del convoy. Sus pasos hacen sonar las piedras del balasto.

—La habían atado a una silla —anuncia llevándose la mano derecha a la otra muñeca—. Por aquí y por los tobillos.

Julia siente que la noticia despierta de golpe todos sus sentidos. Eso lo cambia todo. Ya no están hablando de un suicidio.

—Asesinato —sisea entre dientes antes de buscar a su compañero con la mirada.

Raúl está tomando fotos de la locomotora. Desde donde se encuentra, Julia no puede ver el frontal, pero no le cuesta imaginarse la mancha de sangre.

—No he podido frenar —lloriquea el maquinista.

—¿Dónde está? —pregunta Julia al uniformado que acaba de llegar con la noticia.

—Allí atrás, a unos ochenta metros. Está entera.

Julia le recrimina con la mirada su escaso tacto. Después se gira hacia el

maquinista y le dice:

—Detendremos a quien le ha hecho esto a su mujer.

—No he podido frenar. No he podido —balbucea el conductor.

—Váyase con ellos —le ruega Julia señalando a los hombres de la ambulancia. Junto a ellos pasan los únicos siete viajeros, visiblemente nerviosos. Dos agentes y varios sanitarios dirigen la evacuación—. Lo cuidarán bien. Cuando se encuentre mejor tendremos que hablar con usted.

Después echa a andar hacia el lugar del impacto y marca el número de la comisaría. Hay que alertar a Silvia, la psicóloga que acostumbra a acompañarlos e informar a las familias, para que se desplace al hospital.

—¿Y si no se trata del marido? —apunta Raúl alcanzándola.

Julia comprende a qué se refiere. También ella se lo ha planteado. El shock de arrollar a alguien puede desdibujar el rostro de la víctima y proyectar en su lugar el de una persona cercana. Tal vez se encuentren ante una situación así. En cualquier caso, eso tampoco cambia demasiado las cosas. Tienen a una mujer asesinada fríamente en las vías del tren.

—No tardaremos en saberlo —suspira Julia imaginando la situación. El sonido del convoy acercándose, la vibración de la vía, la sensación de estar atada de pies y manos aguardando a que la bestia de hierro le caiga implacablemente encima—. Ha tenido que ser horrible lo que ha sentido esa mujer.

—Natalia —apunta Raúl recordando el nombre que les ha dado el maquinista.

—Enseguida sabremos si era ella —indica Julia saludando con la mano al uniformado que custodia el cadáver.

—Está entera —les dice a modo de saludo.

—Sí. Ya nos lo han dicho —le interrumpe Julia, agachándose junto al cuerpo. La silla se ha partido en varios pedazos al ser arrollada por el tren, pero la víctima no ha sufrido amputación alguna. El impacto, sin embargo, es demasiado evidente en su rostro y otras partes del cuerpo.

—Ha salido disparada —comenta su compañero.

Julia frunce el ceño al fijarse en la flor que la víctima sostiene en su mano derecha. Ha perdido algún pétalo, pero no tantos como para no poder reconocerla. Es un tulipán. Un hermoso tulipán rojo que apenas destaca entre la sangre que cubre la chaqueta vaquera de la mujer asesinada.

—Qué extraño —murmura—. Sujetaba esta flor con tanta fuerza que ni

siquiera el impacto del tren ha podido arrancársela de la mano.

Julia aguarda a que Raúl fotografíe el tulipán antes de tirar de su tallo. Hay que embolsarlo. Podría tratarse de una prueba.

—Está pegado. Joder, por eso no lo soltó... Se lo han pegado a la mano. — Jamás ha visto algo así. Un escalofrío le recorre todo el cuerpo. Tras recobrarle, acaricia el cabello de la víctima como intentando recomponer su imagen, devolverle el aspecto que tenía antes de que le arrebatasen la vida de un modo tan brutal—. ¿Qué te han hecho? ¿Quién te ha traído hasta aquí? — Niega con la cabeza. Aquella mujer no le responderá.

Julia se incorpora con un suspiro. Cuando hace apenas unas horas daba la bienvenida al día haciendo surf entre las olas de Mundaka no imaginaba que la jornada acabaría de un modo tan trágico.

—Ya está aquí el forense —anuncia su compañero.

La ertzaina no responde. Camina por la vía en busca del lugar exacto del impacto. Un pétalo rojo descansa entre los raíles allí donde debía de encontrarse originalmente la silla. Habría que embolsarlo como prueba.

—¿Qué hace eso ahí? —inquire de pronto. Una sencilla cinta adhesiva liga algo de color dorado a uno de los postes que sostienen la catenaria.

Al aproximarse reconoce una imagen reducida de sí misma. Descubrir su propio gesto confuso en la pantalla de aquel móvil la desconcierta. La señal de grabación está encendida.

—¿Qué cojones...?

—Tengo la cartera —anuncia Raúl acercándose—. ¿Qué es eso? ¿Qué hace un teléfono ahí?

Julia ni siquiera le escucha. Está demasiado horrorizada para poder dejar de mirar la pantalla de aquel aparato.

Una melodía la saca de su trance. La reconoce. Es su móvil. Introduce mecánicamente la mano en el bolsillo y se lo lleva a la oreja.

—¿Qué pasa?

—Tenemos novedades. —Es de comisaría—. El crimen se ha retransmitido en directo por Facebook. Gernika entera está conmocionada.

Julia asiente lentamente. Estira la mano y pulsa la tecla de detener la emisión. Después retira la cinta adhesiva e introduce el aparato en una bolsa de pruebas. Nunca ha visto algo así. El tulipán, la silla en medio de la vía, la retransmisión... Todo aquello es maquiavélico.

Su compañero le muestra un carnet de identidad.

—Pues parece que se trata realmente de la mujer del maquinista... Natalia Etxano —lee en voz alta—. Del sesenta y uno. Cincuenta y siete años.

Julia se acerca a echar un vistazo. La foto le resulta vagamente familiar.

—Natalia Etxano —repite pensativa. Sabe que ha oído antes ese nombre—. Joder, claro, si es la de la radio...

—¡Hostia, la de Radio Gernika!

Natalia Etxano no es una vecina más de la comarca, es la periodista estrella, la conductora del programa matinal líder de audiencia en Gernika y sus alrededores. Julia resopla angustiada. Imagina a la prensa pendiente de todos sus movimientos y preguntando constantemente por los avances en la investigación. Aquello no va a ser nada fácil.

—¡Mierda! —exclama dándose una palmada en la frente. Acaba de darse cuenta de un detalle que va a complicarlo todo más. Mucho más.

*20 de octubre de 2018, sábado*

La llave abre a la primera, no está cerrado con dos vueltas. Ane resopla, asqueada. Algo así solo puede significar que su hermano está en casa. Hace apenas dos semanas que Andoni se ha mudado a vivir con ella, pero comienza a tener la sensación de que hace años que lo tiene allá dentro. Hasta su llegada, ese piso asomado a la plaza abierta al mar de Pasai San Juan se le antojaba el lugar ideal en el mundo.

—Paciencia —se recomienda a sí misma.

Tras cinco años viviendo sola no es fácil tener que adaptarse a compartir el piso con alguien. Y lo peor de todo es que fue ella quien le insistió para que se mudara cuando supo de las constantes broncas de su hermano con su madre.

Ahora se arrepiente, claro.

No es fácil llegar cansada de la comisaría y encontrarse la tele a todo volumen con una de esas series de Netflix que Andoni ve de manera casi compulsiva. ¿Cómo puede pasarse tardes enteras sin salir de casa tragándose un capítulo tras otro y sin parar de fumar? Es que ni siquiera es capaz de abrir la ventana para ventilar el humo del tabaco... Eso cuando es tabaco, porque si el bolsillo se lo permite, son porros lo que se mete entre pecho y espalda.

Cestero también ha sido joven. Caray, que todavía lo es, y también ha fumado más que tabaco en alguna que otra ocasión, pero qué menos que hacerlo en el balcón para no molestar a quien vive con una bajo el mismo techo.

Trata de calmarse para comenzar con buen pie, pero un puñetazo en forma de humo le golpea la cara en cuanto empuja la puerta.

—Ya estoy de vuelta —saluda mordiéndose la lengua para no estallar en una bronca nada más entrar.

—¿Qué tal el curro? Oye, están aquí Ibai y Manu. Pediremos unas pizzas para cenar. Si te animas... —contesta la voz de su hermano desde el salón.

Cestero tuerce el gesto mientras se quita las botas de trabajo. Piensa en sus padres. No está segura de que traerse a su hermano a vivir con ella haya sido buena idea. Solo tiene diecinueve años, nueve menos que Cestero, que aguantó hasta los veinticuatro en el domicilio familiar.

—Cenad tranquilos. Yo picaré algo por ahí —anuncia volviendo a calzarse.

Después baja de dos en dos las escaleras hacia el portal y sale a la plaza. El aire fresco y cargado de salitre se cuele por sus fosas nasales y la reconcilia con el mundo. Olaia, una de sus mejores amigas, si no la mejor, la saluda con la mano. Está junto a la puerta del Itsaspe, uno de los bares de aquella plaza marinera, dando las últimas caladas a un cigarrillo de liar. Algo más allá, Nagore, otra de las inseparables de Ane Cestero, habla por teléfono sin parar de gesticular.

—Estoy hasta aquí arriba de tenerlo en casa —espeta la ertzaina alzando la mano por encima de su cabeza.

—Pues a mí me encanta, porque te vemos mucho más que antes —replica Olaia, dándole un achuchón entre risas.

—No es verdad —protesta Cestero, aunque sabe que su amiga tiene razón. Hasta que Andoni se mudó con ella había días que no salía de casa al volver del trabajo. Ahora, en cambio, baja al bar cada tarde para esquivar las discusiones. Incluso a veces cena un bocadillo o algunos pintxos y sube con el tiempo justo para irse a la cama.

—¿Y piensa quedarse mucho tiempo? —inquieta su amiga.

Cestero se encoge de hombros.

—Para siempre, supongo. Tiene el mismo derecho que yo a estar aquí. Es la casa de nuestra abuela, no la mía. Lo peor de todo es que antes de esto nos llevábamos genial. Si hasta fui yo quien le propuso que se viniera.

Nagore se acerca. Ha terminado con el teléfono.

—¿Ya te ha contado lo del sábado? —pregunta dando un empujón a Olaia en la espalda.

Cestero niega con la cabeza.

—No me digáis que para un día que no salgo de fiesta me perdí algo importante.

Olaia se ríe por lo bajo.

—Me lié con un tío.

La ertzaina abre la boca de puro asombro.

—¿Y eso? ¿Ahora tienes dudas?

—Qué va...

—¿Y...? —Cestero está deseando saber más. Desde que a los dieciséis años tuvo la primera novia, su amiga ha estado siempre con chicas.

Nagore asiente divertida junto a Olaia.

—Estaba bien bueno —dice forzando un gesto de fastidio—. La cabrona me lo levantó. Estábamos las dos hablando con él y, en lugar de dejármelo, va y se lo lleva a casa. Total, para lo que lo aprovecharía...

—Bueno, algo hicimos... Pero no queráis saber detalles. ¡Cotillas!

—¿Ahora eres bisexual?

—Ni de coña. Donde haya una mujer... Fue una locura de una noche. La primera y la última.

Nagore le guiña un ojo a Cestero.

—Mejor para nosotras, ¿no? Así no nos los quita.

La ertzaina suelta una carcajada. Tiene razón. Siempre que salen de fiesta es Olaia quien se lleva todas las miradas. En la lotería de la genética le ha tocado el premio gordo... No necesita salir a correr ni a remar para que cualquier vestido le quede como un guante. Aunque a Cestero no le importa no tener un físico de pasarela. Tal vez sea bajita y tenga un cabello rizado que no le entusiasma, pero se siente segura de sí misma, y más desde que ha descubierto esa plancha con la que consigue alisarse la melena.

—Te lo has cambiado, ¿no? —Olaia señala el aro que Cestero se ha puesto esa tarde en la aleta derecha de la nariz.

—Sí. Estaba cansada de la estrella. La he llevado casi dos años.

—Mola mucho. Se ve más. Y el que te has puesto en la ceja te queda genial... Entre los piercings y el tatuaje del dragón, irresistible. Si me gustaran las tías, me iba contigo —bromea Nagore, guiñándole el ojo a Olaia.

Cestero se vuelve a reír, pasándose la mano por el tatuaje del cuello.

—¿Por qué ese empeño en que es un dragón? ¡Es Sugaar, la pareja de la diosa Mari, a ver si leéis un poco sobre mitología vasca!

—Ya sabe que es Sugaar. Lo dice por hacerte rabiar —apunta Olaia entre risas—. ¡Nos lo has repetido ochenta veces!

La ertzaina empuja la puerta del bar.

—Venga, vamos a tomar una caña. Ya está bien de hacerme de estilistas.

—Pues te iba a decir que me gusta un montón tu pelo liso —anuncia Olaia cogiéndola por el hombro.

—A mí no me disgusta con rizos —apunta Nagore.

—Joder, qué pesadas... ¿Queréis dejarme en paz? Oye, Olaia... ¿No tenías novedades del grupo? —inquire la ertzaina. ¿Dónde están las ganas con las que formaron The Lamiak hace ya dos años? Ahora que por fin se ha recuperado de la lesión de muñeca que se hizo escalando, está deseando coger las baquetas y sentarse a la batería. Debe de tener los brazos oxidados...

—Todavía no hay nada seguro, aunque tengo casi apalabrados dos conciertos —explica Olaia antes de alzar el dedo a modo de advertencia—. Pero hay que quedar para ensayar, paso de hacer el ridículo como la otra vez. No sé cómo no nos echaron a patadas del De Cyne Reyna.

—¿En serio? ¿Dos? Eso son más que en todo el año pasado —celebra Nagore.

—El doble —se ríe Cestero—. Venga, ¿cuándo quedamos para ensayar?

Apenas ha tenido tiempo de terminar la pregunta cuando su teléfono comienza a sonar.

—No lo cojas, tía. Siempre te están llamando fuera de horas. ¡Es sábado!

—Igual no es del curro —se defiende la ertzaina sacándolo del bolsillo. El número que aparece en pantalla, sin embargo, le obliga a disculparse ante sus amigos y regresar a la plaza para evitar posibles oídos indiscretos.

—Ane Cestero —contesta llevándose el aparato a la oreja. Ojalá se trate de buenas noticias. Tal vez el detenido haya decidido confesar.

—Ane Cestero —imitan sus amigas desde el bar. Siempre se burlan de que responda al teléfono como en las películas americanas.

—¿Qué tal, Cestero? Soy Madrazo. ¿Estás en casa? —inquire la voz de su jefe.

La ertzaina alza la vista hacia la fachada de vigas verdes que se asoma a la plaza en penumbra. La inestable luz azulada que se cuelga a través de la ventana del salón delata la tele encendida.

—Más o menos —reconoce torciendo el gesto—. ¿Por qué? ¿Hay novedades? ¿Ha hablado?

—Qué va. Sigue empeñado en no abrir la boca. Este cabrón pasará a disposición judicial sin que seamos capaces de sacarle una palabra. —Madrazo hace una pausa que da tiempo a Cestero a preguntarse el motivo de la llamada—. Espero que te apetezca cambiar de aires. El lunes te vas a Gernika.

Cestero frunce el ceño.

—¿A Bizkaia? Eso está fuera de nuestra zona.

—Por eso mismo tienes que ir.

—Te explicas fatal.

—Lo sé. Ven a la comisaría y te lo cuento todo.

—¿Ahora?

Olaia sale del bar y alza la mano para llamar la atención de Cestero.

—¿Te pido una caña? Se te va a secar la boca de tanto hablar.

La ertzaina hace un gesto negativo y su amiga le dedica una mirada de fastidio antes de volverse a la taberna. Siempre le recriminan que no pueda desconectar del trabajo ni para tomarse tranquila unas cervezas con ellas.

—Ahora mismo. Es urgente —le apremia su jefe.

—¿Y no puedes contármelo por teléfono? Iba a tomarme una caña con la cuadrilla.

Madrazo tarda en responder.

—Habrás oído lo del crimen del tren. El maquinista que arrolló a su propia mujer...

—Claro. Nadie habla de otra cosa.

—Pues nosotros también tenemos que hablar sobre ello. Ven cuanto antes, anda. ¿No creerás que yo estoy aquí en fin de semana por capricho?

Cestero deja vagar la vista por la bocana hasta posarla en una trainera que surca las aguas a lo lejos, junto a los muelles de Antxo. Apenas logra entrever en la oscuridad el movimiento rítmico de los remos que impulsan la embarcación. En cuanto los días comienzan a acortarse, los entrenamientos nocturnos se hacen habituales en las aguas del puerto.

—Dame una hora.

—Mejor si es media.

La ertzaina suspira antes de guardarse el teléfono. Necesita una caña bien fresca.

—No me digáis que no habéis pedido la mía —bromea empujando la puerta del bar.

*20 de octubre de 2018, sábado*

—Treinta y siete minutos... Gracias, Ane.

Madrazo está sentado en su despacho. Cestero cierra la puerta y se sienta en una de las dos sillas situadas frente a su mesa. No hay besos de bienvenida. Son compañeros, jefe y subordinada, lo demás es pasado.

—Olaia y Nagore te van a colgar de ahí el día que te vean —espeta Cestero con fingido enfado. Su dedo índice apunta bajo la mesa—. Eso de que no me pueda tomar ni una caña tranquila empieza a tenerlas contentas...

—Ya será menos. Además, me tienen más cariño que tú —bromea el oficial.

Sigue teniendo esos ojos negros que derriten con la mirada. Y ese flequillo ajado por el salitre y el sol. Cosas del surf, igual que el bronceado perpetuo y los músculos esculpidos por las olas.

—Bueno, cuéntame. ¿No me habrás hecho venir para hablarme de mis amigas? —dispara Cestero, tratando de sacudirse de encima las ganas de levantarse de la silla y pasar al otro lado de la mesa.

No es la primera vez que tiene que refrenar el impulso. Madrazo sigue atrayéndola. Y sabe que él siente lo mismo por ella. Fueron casi dos años intensos. Lástima que aunque empezaron como en un juego, al final no esperaban lo mismo. Tal vez la culpable fuera la diferencia de edad. Cestero tenía veintiocho años cuando dejaron de verse, su jefe, casi cuarenta. Ella se sentía cómoda sin compromiso. Sexo, conciertos, confidencias... Lo pasaba muy bien con el oficial hasta que él empezó a pedir más.

Cestero no quiso oír hablar de proyectos de futuro ni de vidas compartidas. Y se acabó. Todavía resuenan en sus oídos los reproches de Olaia y Nagore por dejar a un tío que está tan bueno.

Madrazo empuja una hoja hacia ella. Hay un esquema dibujado, un esquema sencillo a modo de árbol invertido. Unas siglas desconocidas lo encabezan:

*UEHI*

—¿Qué es esto? ¿Qué hace aquí mi nombre?

—Desde hoy formas parte de la Unidad Especial de Homicidios de Impacto. Bueno, no solo formas parte... La diriges.

Cestero observa a su jefe con gesto incrédulo. Hace unas semanas que su superior le había hablado de ello. Una unidad formada por agentes especializados en la resolución de crímenes múltiples o de fuerte repercusión mediática. No era más que un proyecto cuando lo comentaron, pero parece haber subido de golpe varios escalones.

—Y el crimen de Gernika es nuestro primer caso...

—Exacto. La muerte de Natalia Etxano ha sido el empujón final que precisábamos para crear el grupo que vas a dirigir.

—¿Porque la víctima es una periodista famosa?

—En parte sí. O esa es la excusa. Natalia no solo era una locutora conocida, sino también la amante del comisario de Gernika. Eso nos obliga a desconfiar no solo de él sino de los agentes que dirige.

Cestero frunce el ceño.

—He leído que la periodista estaba casada.

—Y él también. Sin embargo, estaban liados desde hace tiempo, y no debían de ocultarlo mucho cuando toda la comisaría lo sabe.

Cestero vuelve a dirigir la vista hacia el papel. Al leer su nombre en lo alto del árbol, es incapaz de reprimir cierta sensación de vértigo. No puede decirse que sea un grupo importante en número. De su propio nombre parten tres ramas. Solo conoce a uno de los ertzainas que va a capitanear.

—Aitor Goenaga. —Lee en voz alta. De haber podido elegir a su equipo personalmente sería el primer compañero en quien habría pensado; quizá el único—. ¿Los demás quiénes son?

—¿No has oído hablar de Txema Martínez, el de Bilbao?

—¿Ese no se había ido a la Interpol?

—Se acaba de reincorporar. Es bueno el tío, aunque un poco soberbio. No dejes que te pise. Tú estás por encima. Diriges el grupo.

La ertzaina clava la vista en la ola gigante que un surfista minúsculo cabalga en la pared de enfrente. Siente un cosquilleo en el estómago. Jamás hasta

entonces ha comandado una investigación. Sin embargo, el día tenía que llegar, y su reciente ascenso a suboficial conlleva esa responsabilidad.

—¿Y el cuarto? —pregunta leyendo el croquis—. La cuarta. Julia Lizardi. ¿Quién es?

—Una agente de Gernika. Debe de ser buena. El año pasado solucionó el caso aquel de los buzos asesinados. Me la han recomendado. Y parece que es de las mías, hace surf.

Cestero asiente. Incluir en el equipo a alguien de la zona parece acertado. Así lo tendrán más fácil a la hora de moverse sobre el terreno y también para integrarse mejor en la comisaría donde trabajarán.

—¿Quién ha elegido el equipo? —inquire Cestero.

—Yo. Dos de Bizkaia y dos de Gipuzkoa, para no herir sensibilidades, ya sabes cómo es esto.

La suboficial asiente. Siempre los malditos equilibrios geográficos...

—Nadie de Vitoria —observa.

Madrazo se encoge de hombros. No responde. Cestero conoce la respuesta. Los de allí nunca se quejan.

—¿Dependemos de Erandio o de aquí? —pregunta la suboficial refiriéndose a las comisarías centrales de Bizkaia y Gipuzkoa.

—En principio de mí. Los de aquí tenemos más experiencia en este tipo de casos, por eso me han encomendado a mí organizarlo todo. La unidad que acabamos de crear solo estará operativa cuando las circunstancias lo requieran. Cuando no haya ningún caso abierto, trabajaréis cada uno en vuestras respectivas comisarías.

—O sea, que solo nos reuniremos cuando haya algún crimen de los chungos. Madrazo asiente.

—Homicidios múltiples, seriales, víctimas de especial notoriedad... Los casos que generan alarma social, vaya.

Cestero resopla. No suena nada bien. Alarma significa prensa, y prensa significa presión. Espera ser capaz de mantenerse fría en tales circunstancias.

—¿Quién es Silvia? —pregunta leyendo el último nombre que aparece en la hoja.

—Psicóloga. La han elegido los de Bizkaia. Suele colaborar con ellos. Parece que es muy buena trazando perfiles psicológicos. Os ayudará a comprender mejor la mente del asesino.

—¿Crees que ha sido el comisario?

Madrazo levanta las cejas, que se pierden bajo su flequillo rubio.

—¿Olaizola? Espero que no. Pero eso lo descubrirás tú, estoy seguro. No creo que te reciba con una alfombra roja. No aceptará de buen grado esta intromisión en su feudo, y menos que haya dudas sobre su posible implicación en el caso.

La suboficial vuelve a alzar la vista hacia el póster de la ola. De repente tiene la impresión de que está a punto de romperle encima.

—¿Cuándo empezamos?

—El lunes. A las nueve os esperan en Gernika. Y, oye, solo una cosa... La comarca está muy afectada. Tendréis a la prensa demasiado encima. Trátala con tacto si no quieres tener problemas.

Cestero se pone en pie. Duda unos instantes. ¿Debe darle las gracias por confiar en ella o un portazo por haberle complicado la vida en solo unos minutos?

—Gracias —murmura finalmente.

Madrazo le quita importancia con un gesto.

—Ane —la llama cuando está abandonando el despacho. Ella se gira hacia él, la mano en la manilla—. Demuéstrales que eres la mejor. Ya está bien de que tengas que estar siempre bajo la lupa por haber salido con tu jefe. Tendrás que oír que te he regalado el puesto... Que les den. No hay ningún ertzaina mejor capacitado que tú para este trabajo. Es tu oportunidad de demostrarlo. Aprovéchala.

*22 de octubre de 2018, lunes*

Falta un minuto para las nueve de la mañana cuando Ane Cestero y Aitor Goenaga empujan la puerta de la comisaría de Gernika. Cestero no recuerda haber llegado nunca tan puntual al trabajo, pero compartiendo coche con su compañero es imposible retrasarse. La ha obligado a levantarse una hora antes de lo necesario, no fueran a encontrarse algún imprevisto en la carretera.

Retirándose la capucha del chubasquero, Ane esboza una sonrisa y muestra su identificación al ertzaina que atiende el mostrador de recepción. Aitor también tiene la suya en la mano.

—*Egun on*. Creo que nos esperan.

El hombre asiente desganado antes de coger el teléfono y marcar una extensión interna.

—Al final del pasillo a la derecha —indica con la mano mientras aguarda respuesta—. Julia, están aquí los guipuzcoanos... Sí, van para allí... De nada.

Los ertzainas avanzan por el corredor hasta que una mujer les sale al paso. Una melena de mechas californianas enmarca su rostro, que a primera vista resulta demasiado anguloso, pero agradable. Tiene aspecto de deportista, aunque tal vez sea solo el efecto de esos hombros tan rectos. ¿Cuarenta años? Quizá no tanto, pero ahí estará.

—¿Suboficial Cestero, agente Goenaga? —La mano que les tiende está fría—. Bienvenidos a Gernika. Soy la agente Lizardi, Julia Lizardi.

Las presentaciones y las preguntas de cortesía sobre el estado de la carretera apenas ocupan unos instantes. El gesto de Julia se ensombrece de repente. Su mirada cae hacia el suelo. De pronto no parece tan cómoda. Cestero apenas tiene tiempo de preguntarse qué ocurre antes de que una voz a su espalda le brinde la respuesta.

—¿Me he perdido algo? —saluda el recién llegado.

Julia niega con la cabeza.

—Es el suboficial Txema Martínez —presenta la agente adelantándose para darle dos besos—. ¿Qué tal, Txema?

El policía le corresponde sin esconder una sonrisa que parece forzada.

—No tan bien como tú... Estás muy guapa —dice sin ser capaz de mantenerle la mirada. Después se gira hacia Ane y Aitor—. Vosotros debéis de ser los guipuzcoanos.

—Suboficial Cestero y agente Goenaga —presenta Julia.

—Aitor. Llámame Aitor, por favor.

Txema estudia a Cestero con la mirada. El tatuaje del cuello y los piercings en la nariz y la ceja parecen reclamar especialmente su atención.

—Eres muy joven para tu graduación, ¿no?

Ella se da cuenta en el acto de que no es un cumplido.

—Señal de que soy buena —sentencia, decidida a no darle la más mínima opción a desacreditarla. ¿Por qué no se plantean que tal vez sea Madrazo quien le deba a ella el puesto? ¿Quién sería hoy su superior de no haber sido por la pericia de Cestero en la resolución de los casos más complicados?

Txema sonríe sin ganas. Rondará los cuarenta y cinco años, quince más que Cestero, y lleva una corbata que le estrangula el cuello. Tal vez sea un complemento habitual en la Interpol, pero resulta extraño en una comisaría de la Policía Autonómica Vasca.

—Podemos comenzar con el caso. ¿Os resumo lo que tenemos? —interviene Julia. Se ha terminado el tiempo de las presentaciones.

—La periodista famosa y poderosa que puede tener tantos enemigos como habitantes Gernika... —apunta Txema, dejando su maletín en el suelo—. ¿No tenéis máquina de café aquí?

Julia dirige la mirada hacia el hueco que se percibe en el ensanchamiento del pasillo.

—Se averió hace meses y no la han vuelto a traer. Ahora vamos al bar. Mejor así, un poco de vida social fuera de estas paredes.

Cestero apenas los escucha. Hay algo en el caso que la inquieta desde que tuvo noticia de lo sucedido.

—¿Pudo el marido colocarla en la vía y regresar al tren?

—¿El marido? —Julia parece realmente descolocada—. Estuve con él en el escenario. Estaba hundido. El tren no tuvo tiempo de detenerse. Ese hombre nunca se quitará de la cabeza lo sucedido la víspera ante sus propios ojos.

Cestero no tira la toalla:

—Hay rumores, parece que bastante consistentes, de que Natalia le era infiel. No podemos descartar que el marido quisiera vengarse. Desde luego que la coartada preparada sería inmejorable. Habría que investigar qué hizo en los minutos previos al accidente. ¿Hubo alguna parada extraña? Eso debe de quedar registrado en algún lugar.

Aitor carraspea para llamar su atención. No acostumbra a intervenir.

—La retransmisión en directo del crimen sugiere una venganza. Alguien a quien la periodista expuso al escarnio público en su programa y que ha decidido darle una espantosa muerte pública.

Conforme habla, su rostro va ruborizándose. Tal vez a los otros les llame la atención, pero no a Cestero. Es habitual en aquel hombre que pasa por poco de los cuarenta años y que todavía conserva un hermoso rostro infantil. Dos simpáticos hoyuelos junto a la comisura de los labios refuerzan seguramente esa impresión.

—Una quema de brujas del siglo veintiuno —añade Cestero. En el bar donde han parado a tomar un café solo se hablaba de eso. Todo Gernika parece haber visto la secuencia del atropello. El pueblo está realmente consternado—. ¿Podemos ver la grabación?

—Debéis verla —le corrige Txema, enfatizando el imperativo—. Ya he pedido que la revisen fotograma a fotograma por si hay algo que se nos escapa a simple vista. Julia, ¿la tienes por ahí?

La agente asiente y los invita a seguirla hasta su ordenador. La sala de la unidad de Investigación es similar a las que hay en cualquier comisaría. Tres mesas largas con cuatro puestos de trabajo cada una. Julia se detiene en la primera de ellas y gira una pantalla hacia sus compañeros.

—Trabajaréis aquí —anuncia, señalando el resto de la mesa—. La hemos dejado libre para que podáis ocuparla tranquilamente.

La secuencia comienza con una imagen de la víctima sentada en medio de la vía. En un primer momento Natalia aparece adormilada, seguramente bajo los efectos de alguna droga. Apenas son unos segundos. Después comienza un forcejeo para tratar de liberarse. La silla baila sobre las traviesas y la boca de la periodista se abre en un grito gutural que obliga a Julia a bajar el volumen de los altavoces. La ría de Mundaka, corazón de la Reserva de la Biosfera de Urdaibai, cuele sus intensos azules entre los árboles que enmarcan la escena. Un cuidado decorado que maravillaría a cualquier director de cine.

Cestero siente su propio pulso acelerarse con cada nuevo grito angustiado.

Igual que en las películas, confía en que algún imprevisto desbarate un crimen planificado al milímetro: que la silla se mueva lo suficiente para apartarla de la trayectoria de la locomotora o que Natalia pueda liberarse de las ligaduras que la mantienen inmovilizada.

—Es brutal —murmura.

—Menudo hijo de perra... —añade Aitor, apartando la mirada de la pantalla.

—O hija —señala Julia.

—No. Apostaría por un hombre. Las mujeres no matamos de manera tan violenta. Somos más sutiles. Veneno... —le corrige una chica que se ha acercado sin que se percataran. Es bajita, tanto como Cestero, y tan delgada que parece una niña, aunque pasa de los treinta, eso seguro—. Soy Silvia, la psicóloga —se presenta tendiéndoles la mano.

—Siempre hay excepciones —apunta Cestero con la vista clavada en el intenso color rojo del tulipán que sujeta la víctima. Es una imagen turbadora. La ternura de una flor en medio del horror.

El traqueteo del tren se cuele de pronto por los altavoces. El rostro de Natalia cada vez más desencajado, sabe que su final está escrito.

—Aquí llega su marido —comenta Julia cuando el insistente silbato del ferrocarril oculta casi por completo los gritos.

Todo sucede muy rápido. El convoy entra en el encuadre y se precipita sobre la víctima. La pantalla se llena de los colores del regional y los altavoces se saturan con el chirrido de los frenos. Después solo queda la vía. La vía y un pétalo de tulipán que baila a merced de la brisa. Nada más, solo un silencio sepulcral y la soledad de la muerte.

Durante unos instantes ninguno de los policías es capaz de abrir la boca. Cestero siente una garra estrujándole la garganta. Ha visto demasiados horrores en sus cinco años como ertzaina, pero ninguno como aquel.

—Esa mujer tuvo que sufrir muchísimo. —La voz de Julia se oye rota.

Cestero asiente lentamente. El pétalo sigue bailando entre las traviesas.

—¿Cuánta gente vio el vídeo? —pregunta cuando logra articular palabra.

—Ciento ocho mil personas. La red social tardó solo cuarenta minutos en retirarlo, pero para entonces era el vídeo más reproducido en todo el país —explica Txema.

Cestero resopla, asqueada. El morbo, siempre el morbo. Es sencillamente horrible.

—Estamos buscando a alguien muy peligroso. Os dais cuenta, ¿verdad?

—¿Qué sabemos del forense? —la interrumpe Txema.

Julia coge la carpeta marrón que tiene sobre la mesa y la abre.

—Politraumatismo. Un montón de huesos rotos, entre ellos el temporal y el occipital. Falleció en el acto. Estamos pendientes de recibir el análisis toxicológico, pero no tendría dudas de que fue sedada —resume.

—No hay más que ver las imágenes. Estaba dormida cuando la sentó allí —sentencia Txema.

—Quizá estemos buscando a más de un asesino. No es fácil hacer todo eso solo —sugiere Julia.

Mientras habla, la ertzaina vuelve a pulsar la tecla de reproducción. Los gritos resultan igual de estremecedores que la primera vez.

—Responde más a un claro patrón psicopático. El tulipán, la retransmisión... Es un lobo solitario, frío y calculador. No olvidemos que tenía controladas demasiadas cosas. Empezando por los turnos de los maquinistas. No eligió un tren cualquiera —apunta Silvia.

—Buen resumen. No cambiaría ni una coma —admite Cestero. Le gusta la agilidad de Silvia.

—Estoy con vosotras. Actúa solo y movido por el odio —sugiere Aitor.

—Tu jefa no ha dicho nada de odio —le corrige Txema.

Cestero se muerde la punta de la lengua para no replicarle. ¿A qué viene eso de *tu jefa*? ¿Acaso Txema no la considera la jefa de todos? La convivencia de dos suboficiales en un mismo grupo no va a ser fácil, y menos cuando es una mujer la elegida para dirigirlo. Es triste pero Cestero sabe que todavía es así con muchos de sus compañeros, y Txema no parece una excepción.

—¿Qué me dices de la flor? —Cestero se dirige a Silvia.

—No es una firma cualquiera. Los tulipanes representan la organización, son flores que dejan poco al azar, siempre iguales, con sus seis pétalos. Dos rosas nunca serán iguales, tampoco dos crisantemos, pero sí dos tulipanes. Podríamos estar ante alguien muy metódico.

—Eso complicaría nuestro trabajo —protesta Txema tras chasquear la lengua—. Cuanto más previsto lo tuviera todo, menos cabos sueltos habrá dejado para que podamos tirar de ellos.

Silvia asiente antes de continuar.

—No solo eso, y esto quizá nos interese más: el tulipán es una flor que se ha asociado con la tristeza por desamor o por una amistad traicionada.

—¿Quieres decir que quien colocó a Natalia en medio de la vía podría haber sido un antiguo amante? —sugiere Cestero con la mente puesta en el comisario.

—O un amigo al que dejó de lado, o un loco cuyo amor hacia la periodista nunca fuera correspondido... —objeta Julia.

Aitor carraspea suavemente.

—Tal vez esté intentando transmitir un mensaje. En el siglo diecisiete se popularizaron las pinturas que recordaban a quien las contemplaba que todo es efímero. La vida es breve y antes o después todos moriremos. Los tulipanes acostumbraban a ser una pieza esencial en esos cuadros.

—¡Vaya mal rollo! —exclama Julia.

—Bueno, es arte con mensaje —justifica Aitor—. Hay uno muy bueno de la escuela flamenca en el museo de Bellas Artes de Bilbao.

La psicóloga arruga el entrecejo y asiente convencida.

—Estaríamos ante un asesino que aprecia el valor estético y a la vez simbólico de su firma.

Cestero apenas los escucha. Su mente ha pisado el acelerador.

—¿Cada cuánto tiempo pasan trenes por el lugar del crimen? —pregunta.

—El convoy que circulaba en sentido contrario pasó por ese punto veintidós minutos antes del impacto, que sucede después del segundo minuto de la retransmisión. Eso le dio al asesino veinte minutos para disponerlo todo: la silla, el móvil... —interviene Julia, consultando sus notas.

Cuando el tren arrolla por segunda vez a Natalia Etxano, Cestero apaga la pantalla.

—No podemos quedarnos aquí pasmados toda la mañana. Hay que ponerse las pilas. ¿Sabemos dónde la abordó? ¿Dónde fue vista por última vez?

Julia niega con la cabeza.

—Habrá que hablar con el marido y con los compañeros de la radio —sugiere Txema.

—Y registrar la vivienda de la víctima. Quizá encontremos alguna amenaza. Y su correo electrónico, redes sociales... —añade Cestero—. Aitor, tú irás a Radio Gernika. Rebusca en los papeles de la locutora. Entérate de quiénes podrían ser sus enemigos. Los más recientes, pero también viejas heridas que pudieran haber quedado abiertas en el pasado. Julia, tú vas a hablar con el marido. Txema y yo nos encargaremos de indagar en la vida personal.

—¿La vida personal de quién? —oye Cestero a su espalda.

Mordiéndose el labio, la ertzaina se gira, igual que sus compañeros. Desde que ha puesto el pie en la comisaría sabe que ese momento tiene que llegar, aunque no lo esperaba con tanta brusquedad.

—Luis Olaizola, comisario de Gernika. Bienvenidos. Espero que os hagamos sentir como en casa —se presenta tendiéndoles la mano a todos excepto a Julia y Silvia. A ellas las ve cada día.

Su rostro es afable, de formas redondeadas y con un tono sano que se extiende a su amplia calva. A Cestero le hace pensar en Olentzero, el popular carbonero que trae a los vascos los regalos de Navidad. Pero no quiere dejarse engañar por las apariencias, aquel tipo no está feliz de tenerlos allí. Su presencia supone para él una hiriente desautorización por parte de sus superiores. La misma que deben de sentir los agentes que observan sin disimulo el encuentro desde sus puestos de trabajo, en filas posteriores.

—Gracias —responde Cestero, forzándose a sonreír. No le gusta el tono excesivamente cordial que ha empleado el comisario.

La ertzaina se gira en busca de sus compañeros de equipo, que se limitan a asentir.

El comisario apoya suavemente la mano en el hombro de Cestero para reclamar su atención.

—Sé por qué estáis aquí. La flamante Unidad Especial de Homicidios de Impacto... —De repente ha desaparecido de su rostro todo atisbo de amabilidad—. Natalia y yo tuvimos una aventura. No lo puedo negar. Gernika es demasiado pequeño y no fuimos suficientemente discretos. Pero hace tiempo que dejamos de vernos. En los últimos meses mantuvimos una relación correcta, pero nada más. Os ruego que no escarbéis en ello. Yo no tengo nada que ver en su muerte. Soy el primero que la lloro y que quiere ver el caso resuelto cuanto antes.

—¿Por qué la mataron? —pregunta Cestero a bocajarro.

Olaizola aprieta los labios en una mueca de tristeza y niega con la cabeza.

—He pensado en ello —reconoce—. En los últimos meses alzaba mucho la voz contra los mariscadores furtivos, unos pobres diablos que aprovechan la noche para sacar moluscos de la ría sin licencia alguna. De vez en cuando hacemos batidas contra ellos, pero es complicado, Urdaibai está lleno de recovecos donde esconderse... Aunque, a decir verdad, me cuesta creer que unos kilos de berberechos puedan estar detrás de un asesinato tan brutal.

Cestero está de acuerdo. La elección del tren conducido por el marido de la

víctima para asesinarla parece responder más a motivos personales.

—Y está también el asunto del narcotráfico —apunta Julia, logrando una rápida negativa del comisario—. La víctima denunciaba en su programa que una red de narcos está operando en nuestra zona.

—Hemos interceptado las lanchas donde supuestamente entra la droga en más de una ocasión y jamás hemos encontrado un gramo de estupefacientes a bordo. —La interrumpe el comisario—. He llegado a pensar que lo único que pretendía extendiendo esos rumores en su programa era dañar mi imagen.

Cestero asiente. En su mente luchan la hipótesis del desengaño amoroso con la del ajuste de cuentas de una banda de narcos. Las dos encajan con un crimen planificado de manera tan macabra. Sin embargo, algo no termina de cuadrar.

—¿No acaba de decirnos que su relación con la víctima era correcta?

—Bueno, es una manera de hablar —reconoce el comisario—. Y tutéame, por favor. Somos compañeros.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —Es Aitor quien habla ahora.

—¿Natalia y yo? Pues no sé. Un par de años, algo más quizá.

—¿Y cuál fue el motivo de la ruptura?

Olaizola mira alrededor para asegurarse de que nadie asiste a la conversación. Es evidente que hablar sobre sí mismo lo incomoda bastante más que hacerlo sobre berberechos.

—Motivos personales. Los dos teníamos pareja y la situación comenzaba a ser insostenible. Había que avanzar en una dirección o en otra, y tomamos la decisión de dejar de vernos.

—¿De mutuo acuerdo?

El comisario alza el mentón y traga saliva. Cestero tiene la sensación de que le cuesta contener las lágrimas que iluminan unos ojos cada vez más brillantes.

—Ya seguiremos en otro momento, si no os importa... —comenta Olaizola antes de retirarse.

El hombre se aleja por el pasillo. Los hombros hundidos, los pasos lentos...

—Habrá que indagar sobre él también. Sin hacer mucho ruido, pero habrá que hacerlo —musita Cestero.

Txema asiente, arrugando la nariz. Después se ajusta el nudo de la corbata.

—Va a haber que indagar sobre mucha gente —suspira antes de interrogar al resto del equipo con la mirada—. ¿Empezamos?

*22 de octubre de 2018, lunes*

Julia pulsa el timbre y cruza una mirada con Silvia. La psicóloga esboza una fugaz sonrisa en un claro intento de insuflarle ánimos. Tener que interrogar como sospechoso a un hombre que acaba de perder a su mujer es duro. De haber podido elegir, la ertzaina habría optado por algún otro de los cometidos que han sido asignados a los restantes miembros del equipo.

—Qué asco de tiempo... De verdad, eh... —protesta la psicóloga cerrando el paraguas.

La ertzaina le devuelve una mueca de circunstancias. Hace casi dos meses que no ven el sol. La falta de luz y el exceso de agua comienzan a hacer mella en el ánimo de todos.

—Para mañana creo que dan bueno —apunta insistiendo con el timbre.

—¿Bueno? A mí ya no me engañan... Aquí bueno es dejar de llover medio día para volver a caer agua otras dos semanas más —comenta Silvia secando las gafas con un pañuelo de papel—. Estoy por volverme a Palencia.

Se oyen pasos al otro lado de la puerta.

—Este año está siendo peor de lo habitual —trata de animarla Julia.

—Y el anterior, y el otro también. Mi novio lleva repitiéndome eso mismo desde que me vine a su tierra hace tres años —se lamenta la psicóloga. Apenas tiene tiempo de terminar la frase antes de que se abra la puerta.

—Hola. —Las profundas ojeras del maquinista delatan una larga noche en vela, igual que la expresión desorientada de su mirada. Se hace a un lado para invitarlas a pasar. Un montón de papeles ocupa la mesa del comedor—. Perdonad el desorden. No encontraba la póliza de decesos de Natalia. Ni siquiera recordaba con qué seguro la había contratado... No estábamos preparados para algo así —explica dirigiendo la mirada hacia el cuadro que preside la pared del fondo. La víctima los observa desde allí, en un retrato que

la muestra más joven que las fotos que acompañan las noticias de su muerte. Un mohín de tristeza se dibuja en los labios de su marido.

—¿Has podido dormir un poco? —inquire Silvia.

—No. Cada vez que cierro los ojos la veo. Puedo oír sus gritos como si estuviera de nuevo en la vía... Es horrible. ¿Se sabe ya quién lo hizo? —pregunta el maquinista dirigiéndose a la ertzaina.

—Estamos en ello —reconoce Julia.

El hombre apoya los codos en la mesa y clava la mirada en un nudo de la madera.

—Hace cinco años arrollé a un joven en los túneles del metro, y hace doce a una chica en la estación de Plentzia. Suicidios. Es horrible. No sirve de nada activar el freno y ellos lo saben. Lo peor es el impacto y el crujido del hueso. Hay que gritar muy fuerte para no oírlo... Estuve un tiempo muy tocado después de aquello. Me planteé incluso dejar el trabajo —murmura negando lentamente con la cabeza—. Acabé superándolo. Pero lo de Natalia va a enterrarme. Lo sé. Esta vez no me levantaré.

Julia sabe que es así, un hombre roto para siempre.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

El maquinista alza una mirada sin vida hacia ella y se encoge de hombros.

La ertzaina carraspea para desembarazarse del nudo que le oprime la garganta.

—¿Cómo describiría su relación con Natalia?

Santi se gira hacia el retrato de su mujer. Un temblor casi imperceptible acompaña la curvatura hacia abajo de sus labios.

—Pues la relación de un matrimonio normal. Es verdad que hemos pasado un bache, pero ahora estábamos bien —musita antes de perderse en un sollozo.

Julia recorre con la mirada los portarretratos que ocupan los estantes junto al televisor. Tres de ellos muestran a Natalia Etxano en diferentes situaciones, siempre sonriente y con un magnetismo innegable. Solo una cuarta fotografía es de Santi. El maquinista aparece sosteniendo un enorme pescado por la cola. Nada anormal en aquellas imágenes, salvo por un detalle: no existe ninguna fotografía de los dos juntos. Ni una sola. No hay ni una sola vivencia, ni un solo viaje o celebración de la pareja, que merezca un recuerdo en aquel salón.

—Hábleme del día del crimen —solicita la ertzaina—. Intente detallar todo lo que hizo desde primera hora hasta que se puso al mando del tren.

Santi explica que el día del asesinato desayunó solo, escuchando a su mujer

en la radio, como cada día. Las lágrimas acuden a sus ojos cuando menciona que esa fue la última vez que oyó su voz antes de lo del tren. Después ordenó la casa y preparó algo para comer.

—Comí solo porque Natalia me avisó de que llegaría tarde. Tenía algún compromiso de esos suyos. Siempre tiene comidas y rollos de periodistas... Después me fui paseando a la estación y lo demás ya lo sabes... Fue ponerme al mando del tren y darme de bruces con mi mujer en medio de la vía — termina exhalando un suspiro.

Julia consulta un mapa de la zona y ubica rápidamente los dos escenarios que más le interesan en todo aquello. La estación donde se produjo el relevo de maquinistas se encuentra a solo un apeadero del lugar del crimen, no serían más de cinco, diez minutos a lo sumo, en coche. Tiempo suficiente, en cualquier caso, para dejar a la víctima en el lugar del impacto y regresar a Gernika para comenzar su turno.

—¿No mencionó Natalia con quién tenía que verse?

—No acostumbraba a decirlo. Tampoco yo le preguntaba. Eran cosas de su trabajo.

—¿Le gustaban a su mujer las flores?

El hombre no necesita pensárselo ni un segundo.

—No. Yo nunca le regalaba. Si os asomáis a la terraza veréis que casi no tenemos plantas, y las que hay están porque se cuidan solas.

Julia interroga a la psicóloga con la mirada. ¿Tiene ella alguna pregunta que hacer?

Silvia niega de forma casi imperceptible.

—¿Hay algo que preocupara últimamente a su mujer? ¿Sabe si recibió amenazas o si se mostró extraña durante los días previos al crimen? — inquiere la ertzaina.

Santi sacude la cabeza.

—No. Todo parecía normal. Estaba agobiada por su trabajo, pero ¿cuándo no lo ha estado? Le gustaba hacer las cosas bien. Tenía una responsabilidad muy grande —apunta sin apartar la mirada de la Natalia Etxano al óleo que pende de la pared. Su gesto se descompone de pronto en un rictus de dolor y se cubre la cara con las manos—. ¿Cómo puede ser que ya no esté? ¡Natalia...!

Julia traga saliva. No pueden seguir. Al menos por ahora.

—Lamento haberle removido sus sentimientos. No le robamos más tiempo.

Gracias por atendernos en un momento tan complicado.

—Perdonad, no os he ofrecido ni agua —dice Santi recomponiéndose para acompañarlas a la salida.

Las visitantes murmuran unas palabras de cortesía mientras le siguen por el pasillo.

—Llámame si necesitas hablar —se despide Silvia tocando el brazo del maquinista.

—O si recuerda algo que pueda facilitarnos cualquier pista. Cualquier cosa. Un comentario de Natalia que pareciera fuera de lugar, una llamada fuera de horas... Lo que sea —añade Julia. Odia tener que ser ella quien ponga el toque de inhumanidad al momento.

El maquinista entrecierra los ojos, pensativo. Se ha detenido en medio del pasillo, junto a la puerta de un dormitorio del que brota olor a ropa de cama recién cambiada.

—Natalia tuvo un amante al que abandonó hace pocas semanas. Ese hombre no ha dejado de llamarla desde entonces.

—El comisario Olaizola —masculla Julia.

El gesto de asentimiento de Santi no deja lugar a dudas.

—Que su cargo no impida que lleguéis al fondo —ruega con expresión suplicante.

—Será investigado como cualquier otro. Le doy mi palabra —asegura la ertzaina.

—Ese tipo estaba muy pesado. No podía soportar que Natalia lo hubiera dejado.

—¿Fue ella quien rompió la relación?

—Sí, claro. Fue Natalia. Se dio cuenta de que me quería.

La mente de Julia viaja hasta la soledad de aquella vía. El pétalo del tulipán bailando a merced de la brisa, el olor a hierro oxidado, el móvil devolviéndole su propia imagen... Por más que trata de visualizarlo, no logra ver ahí a su comisario atando fríamente a una silla a la locutora.

—¿Sabe si hubo algún motivo para la ruptura? —inquire.

El marido la observa con expresión herida.

—Pues que no quería hacerme más daño. ¿No es suficiente? Éramos una pareja feliz hasta que ese tipo se metió en nuestro camino.

—Claro, perdone. —Julia tarda unos segundos en continuar con sus preguntas, no quiere remover el dolor de un hombre que acaba de ver cómo su

propio tren arrollaba a su pareja. Pero no está allí para compadecerse. Es policía, necesita información. Se gira hacia Silvia, que cierra los párpados, dándole un permiso para continuar que en realidad no necesita—. ¿Cuánto tiempo estuvieron viéndose? Quiero decir...

Santi levanta la mano para detenerla.

—Sé lo que quiere decir. ¿Cuánto tiempo me pusieron los cuernos? Pues más de un año, igual hasta dos. No lo tengo muy claro, pero hace poco más de diez meses que el asunto se convirtió en la comidilla de Gernika. Se los veía juntos sin ningún tipo de recato. Llegué a pensar que lo nuestro había acabado y que me dejaría por él.

—¿Cómo te sentiste? —le pregunta Silvia.

—Mal. Muy mal. —Las palabras se rompen conforme brotan de los labios de Santi, que ha dejado caer la mirada hasta el suelo.

—Describemelo. ¿Ira, odio? ¿Qué sentías exactamente?

Santi aprieta los labios. Le tiemblan. Sus ojos remontan ligeramente el vuelo.

—Impotencia. Estaba hundido. No entendía qué había hecho mal, y Natalia a duras penas hablaba conmigo. Siempre estaba fuera, trabajando.

Julia y Silvia se miran. O es un gran actor o no parece un hombre violento.

—Es todo por hoy. Gracias —apunta la ertzaina. Tiene la impresión de que está dejando cosas en el tintero, pero no quiere continuar abrumando al maquinista.

—A vosotras —las despide Santi con un intento de sonrisa.

—Lo he visto más entero de lo que esperaba —apunta Julia en cuanto la puerta se cierra tras ellas. No es habitual que el familiar de una víctima pueda hablar con tanta cordura cuando ha pasado tan poco tiempo de su muerte.

—No te engañes —aclara la psicóloga—. Es la medicación. Está de ansiolíticos hasta las cejas. ¿No te has dado cuenta de que estaba adormilado? El golpe vendrá después.

—¿Te parece sincero su duelo?

—Rotundamente sí —zanja la psicóloga—. Si me estás preguntando si pudo urdir una venganza tan macabra, te diría que no. Tal vez haya indicios que impidan exculparlo, pero ese hombre no da el perfil de un asesino frío y calculador. ¿Has visto la adoración con la que miraba el retrato de su mujer? Joder, que ese salón es un altar a la víctima. El marido es solo un apéndice de ella.

La ertzaina asiente sin convencimiento conforme abre la puerta del coche. No sería la primera vez que un asesino consiga fingir tan bien su papel que llegue a parecer la víctima y no el verdugo.

*22 de octubre de 2018, lunes*

La carga que Cestero lleva sobre los hombros se aligera en cuanto empuja la puerta del bar. No está resultando sencillo conseguir información sobre el comisario Olaizola, y menos aún sobre la relación que mantenía con Natalia Etxano. Los agentes que dependen de él prefieren no hablar demasiado. Ninguno sabe más de la cuenta. Solo que fueron amantes durante bastante tiempo y que no se esforzaron lo más mínimo por ocultarlo. ¿Y el motivo de la ruptura? Nada de nada. Lo único que reconocen es haber visto a Luis Olaizola afectado desde entonces.

Aitor tampoco ha logrado muchos más progresos. Ha escuchado las grabaciones de los últimos programas de la locutora y lo único que ha sacado en claro es que arremetía contra todo y contra todos: desde quejas en contra de la especulación inmobiliaria y el turismo descontrolado hasta numerosas protestas contra la Ertzaintza por permitir que la ría se estuviera convirtiendo en feudo de furtivos y narcos.

Supuestos traficantes de droga, mariscadores al margen de la ley... Cuando cae la noche la ría de Urdaibai parece cobrar una vida muy alejada del paraíso verde que venden los folletos turísticos.

—Una caña bien fría, por favor —pide apoyándose en la barra. Sus pies arrastran el serrín que cubre el suelo y que hace recordar a la ertzaina los vermús de domingo de su infancia. Poco queda de todo aquello. Las normativas sanitarias han desterrado la viruta, y la educación va terminando con las servilletas de papel y palillos tirados por doquier.

Los cuatro hombres de rostro curtido que ocupan el extremo más cercano a la máquina tragaperras la observan con curiosidad. Los vinos a medias en sus vasos de *txikito* y su aspecto perjudicado, más en unos que en otros, delatan que celebran su ronda diaria. Cada tarde el mismo ritual: un clarete en cada bar de la zona hasta que la hora de cenar los reclame en casa.

—Policía —oye murmurar a uno de ellos.

Cestero baja la vista hacia su propia ropa. Una sudadera gris y unos vaqueros tan desgastados que lucen casi más descosidos que tela. Ningún distintivo policial a la vista. ¿Lo llevará escrito en la cara? ¿O tal vez los únicos forasteros que acuden a aquella taberna cercana a la comisaría sean ertzainas? Sí, eso será.

—Ponme también un bocadillo de tortilla de bonito —pide reparando en que se acerca la hora de cenar.

Aitor hace ya una hora que se ha ido a Mundaka. Es allí, en el pueblo marineru donde nació Natalia Etxano, a una docena de kilómetros de la comisaría, donde han reservado el hotel. Su compañero hará que le suban algo a la habitación, un bocadillo o una ensalada. Él no se lo ha confesado, pero Ane sabe que estaba deseando quedarse solo para poder llamar a Pasaia. No le cuesta mucho imaginarlo con una sonrisa bobalicona mientras la videollamada le acerca virtualmente a sus adoradas Leire y Sara. Lo peor es cuando Antonius se cuele en la escena con sus ladridos y sus lengüetazos ansiosos y el ertzaina le habla como si se tratara de un hijo más. Cuando lo hace, Cestero no puede evitar un cierto azote de vergüenza ajena.

—¿Te unto el pan con tomate? —inquire el camarero. Es un hombre de edad indeterminada, de esos a los que una calva temprana otorga una madurez que no han alcanzado. Sus ojos se entrecierran de forma simpática, como si acabara de fumarse un porro y estuviera en Babia.

—No, gracias —decide Cestero. No sabe a qué se refiere, ¿tomate crudo como hacen los catalanes o salsa de tomate como se hace con los niños a los que no les gusta la comida? Tanto da, ella solo quiere un bocadillo rápido para poder perderse en las marismas sin que le ruja el estómago.

¿Quién puede matar por un puñado de moluscos? Cestero sacude la cabeza. No tiene ningún sentido. El hipotético narcotráfico parece un móvil mucho más potente, aunque Txema no ha hallado en los expedientes abiertos ningún indicio de que exista red alguna de tráfico de drogas en Urdaibai.

También está el comisario...

Está claro que la relación extramatrimonial que mantenía con la víctima no acabó bien. No tenía que haber sido fácil para alguien acostumbrado a mandar y ser obedecido aguantar el desprestigio que las palabras de Natalia vertían sobre sus espaldas cada mañana a través de las ondas. Y eso sumado al despecho, claro.

Da un trago a la cerveza. Está fría, muy fría, como a ella le gusta. Y bien servida. El camarero recibe con una sonrisa el gesto de asentimiento de la ertzaina cuando apura el vaso.

—¿Me pondrás otra?

La necesita. Quiere desconectar de todo y olvidar por un momento las mil y una hipótesis que le sacuden cada rincón de la mente.

Mientras da un primer sorbo, esta vez menos ansioso, a la segunda caña, la puerta se abre para dejar entrar a un nuevo cliente. Es mucho más joven que quienes están de ronda, pero Cestero le calcula rápidamente unos diez años más que ella. Alrededor de cuarenta. A simple vista no es atractivo, pero es innegable el encanto salvaje que le otorga una barba de dos días, tan negra como sus ojos, y los pendientes que luce en ambas orejas. Un pirata.

—El bocadillo —anuncia el camarero dejándoselo en la barra.

—Gracias —musita la ertzaina girándose hacia él.

El recién llegado pide una cerveza de doble malta y se distrae un instante con el móvil. Después alza la vista y sonrío abiertamente a la ertzaina.

—No te lo has hecho por aquí —apunta acercándose.

Cestero solo tiene que seguir la mirada del desconocido para saber que se refiere al tatuaje que luce en el cuello.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta la ertzaina. Sus palabras suenan distantes, aunque se le escapa una sonrisa que invita al desconocido a continuar.

—Yo lo sé todo. Lo que no sabía era que una poli pudiera llevar tatuajes a la vista...

Cestero frunce el ceño.

—¿Y de dónde sacas que soy policía?

El otro se ríe con aire interesante. Tiene una dentadura muy blanca que contrasta con su barba.

—¿No te he dicho que lo sé todo?

Ane recorre el bar con la mirada. Aparte de la cuadrilla del fondo, que ya se despide rumbo a otro bar donde seguir su ronda, solo hay dos chicas jóvenes tomando un café en una mesa. Se siente observada. ¿Sabrán todos que es ertzaina?

El desconocido apoya el dedo índice en el cuello de Cestero y estudia el tatuaje de cerca.

—Es un buen trabajo, aunque yo lo hubiera hecho mejor.

Ella se aparta, incómoda. Sabe reconocer demasiado bien a los ligones de

bar.

—Ahora me dirás que eres tatuador.

—Seguro que conoces mi estudio. Dos calles más allá, cerca del frontón. Alkimia Tattoo.

—¿Trabajas allí? —inquire la ertzaina. Claro que lo ha visto. Incluso se ha detenido a mirar el escaparate.

—Es mío. Y te felicito por ese dragón. De verdad que no he visto trabajos de tanta calidad por aquí. Salvo los míos, claro —dice con una risita—. Perdona, no me he presentado. Soy Raúl.

—Ane —dice Cestero correspondiendo a sus besos—. Y no es un dragón. Es Sugaar.

—¿Sugaar? ¿La culebra macho gigante que vive en la cueva de Baltzola? La imaginaba sin patas.

No es la primera vez que Cestero escucha la misma argumentación.

—Es mitología. Depende de quién lo dibuje. No hay una verdad suprema.

—No diré que no tienes razón... He estado escalando un montón de veces en la cueva y nunca he conseguido ver al consorte de la diosa Mari. Quizá tenga patas o quizá no.

Cestero observa a su nuevo amigo con una creciente curiosidad. Escalada, tatuajes, mitología... Solo han cruzado un puñado de frases y han encontrado un montón de aficiones en común. Sin embargo, no está dispuesta a que la espontaneidad que desprende Raúl anule sus sentidos. Cuando un desconocido la aborda en un bar acostumbra a buscar algo. Ella también lo hace cuando sale por la noche, no es de las que esperan a que sean ellos quienes den el primer paso. Claro que en esta ocasión puede tratarse de una mera curiosidad relacionada con su trabajo. Sin embargo, su instinto le dice a gritos que el tatuador busca algo más. Quizá solo se trate de sexo, y ahí es posible que puedan encontrarse, o quizá sea algo relacionado con su condición de policía. Tiene que mantenerse en guardia.

—No te había visto antes. ¿Te han destinado ahora a Gernika? —inquire Raúl.

Cestero es incapaz de mantenerle la mirada. Es tan penetrante que parece que pueda leerle los pensamientos. Demasiado interés por su trabajo. ¿Qué viene después, preguntarle en qué caso trabaja y quién es el sospechoso? Duda unos instantes. Tal vez Raúl solo esté intentando llenar el silencio con el primer tema que se le viene a la cabeza.

—Estás dando por hecho que soy ertzaina y todavía no he abierto la boca.  
El tatuador muestra una mueca burlona.

—Da igual, déjalo. ¿Quién te hizo a Sugaar? ¿O eso tampoco me lo vas a decir?

Los minutos que siguen sirven para olvidar la tensión. Tatuajes, piercings... Cestero disfruta de la conversación con Raúl. Hablan el mismo idioma. Un soplo de aire fresco tras un día agotador.

—¿Te puedo invitar a una copa o las polis no bebéis?

—Tendrás que preguntárselo a alguna policía... —le desafía Cestero.

—¿Eres tan difícil para todo?

La ertzaina deja un billete de veinte euros sobre la barra.

—Pago yo. Lo mío y lo de este.

Raúl intenta quejarse, pero Cestero no le permite sacar la cartera.

—¿Por qué no te pasas por el estudio y te completo ese tatuaje? —le propone el tatuador.

—¿Completar? ¿No decías que está muy bien?

—Le falta algo. Pásate por Alkimia y te lo acabo.

El tabernero deposita el cambio en la barra.

—Cuidado con Raulito, que corre más que una liebre —bromea guiñándole un ojo.

—Ya me he dado cuenta, ya.

La carcajada del tatuador resulta contagiosa.

—No le hagas caso, que aquí el que las mata callando es él —se defiende dando una palmada en la espalda al camarero.

—¿Yooo? —protesta el otro—. ¿No crees que tengo bastante con una mujer y tres hijos? Como si tuviera tiempo para mí.

Cestero se echa a reír. Agradece la situación. Es lo último que hubiera esperado tras un día como aquel y lejos de las amigas con quienes consigue olvidar cada jornada de trabajo.

—¿Conocías Urdaibai? —le pregunta Raúl mientras el camarero se aleja a atender a un nuevo cliente.

—¿Es otra forma de preguntarme si soy policía?

—Oh, vamos... —protesta el tatuador con una mueca de fastidio—. Eres ertzaina y vienes de fuera. Nos conoceríamos si fueras de aquí. Llevas piercings y tatuajes... Habrías pasado por mi estudio.

La ertzaina asiente sin poder ocultar una sonrisa.

—Serías un buen policía —reconoce—. Pues no, nunca había estado por aquí.

Raúl no oculta la satisfacción de ver su teoría confirmada.

—¿Cuándo libras? ¿Te apetece ver la ría desde el agua? Te invito a dar una vuelta en barca. Un amigo me presta una. No es un yate de lujo, pero las vistas sí que lo son. Y si te gusta bucear...

—Me encantaría aceptar tu invitación, pero no sé si será posible —apunta sin mencionar que no le gusta mucho el mar. La única embarcación en la que no se marea es la motora que une en poco más de un minuto los dos núcleos marinos de la bocana de Pasaia. Y porque se ha acostumbrado... Odia esa sensación de vulnerabilidad que le provoca no pisar tierra firme.

Raúl asiente con gesto disgustado.

—¿Sabes qué? Conocía a Natalia Etxano. Cuando cumplió cincuenta, vino a que le tatuase una flor de loto. Lo recordaré siempre porque por aquel entonces no era habitual tener clientas de esa edad. Natalia fue poco convencional para todo. Nunca le importó demasiado lo que los demás pensasen de ella.

Cestero frunce el ceño y desvía la mirada para que Raúl no pueda leer la confusión en su rostro.

¿Cómo sabe aquel tipo a quien acaba de conocer que trabaja en el caso de la periodista asesinada? De buena gana le haría más preguntas sobre la víctima, pero sería delatarse.

Da un largo trago de su cerveza para ocultar su turbación y vuelve a consultar el reloj. Las manecillas apenas se han movido. Sin embargo, sabe que es hora de irse. Es ella la investigadora, es ella quien debe dirigir las conversaciones a su capricho, no quien se sienta bajo la lupa de su interlocutor.

—Tengo que irme —se disculpa apurando el contenido del vaso y cogiendo el bocadillo, todavía intacto.

—¿Así, de repente? —protesta el tatuador.

Cestero se encoge de hombros. Ahora es ella la que dibuja una sonrisa enigmática en los labios. Él dice algo, se ofrece a acompañarla, trata de que no se vaya, pero la ertzaina se limita a negar con la cabeza. Después abre la puerta y se pierde en la noche lluviosa.

*22 de octubre de 2018, lunes*

El albornoz cae en las escaleras talladas en la roca. El aire frío de la noche otoñal envuelve a Julia en el acto, acariciándole cada centímetro de su piel desnuda. Desciende un peldaño y después otro, y otro más, hasta que el mar se abraza a sus tobillos. Está helado, más que la víspera. Y todavía quedan por delante varios meses de descenso térmico, hasta alcanzar los ocho o nueve grados a primeros de marzo.

No importa. Es precisamente lo que busca. Necesita sentirse parte de la naturaleza, reconciliarse con el mundo, olvidar los horrores a los que su trabajo la enfrenta cada día. Continúa descendiendo escalones hasta que el agua le alcanza la cintura. Entonces respira con fuerza y se lanza al Cantábrico.

Unas ágiles brazadas la alejan de la cala rocosa. El vaivén del mar es mayor allá fuera, sin la protección que brindan las rocas. Sigue nadando, dejando atrás la costa y adentrándose en la oscuridad.

Su mente le pide más. Más lejos, más rápido... Quiere hacerlo, despojarse por completo de la imagen de Natalia Etxano. La angustia de los gritos de la periodista a través de los altavoces del ordenador resuena todavía en sus tímpanos y su rostro desencajado por el terror la atormenta cada vez que cierra los ojos.

Consciente de que por muy lejos que nade no podrá huir de ella, detiene sus brazadas y se tumba boca arriba. Ha dejado de llover. El cielo sigue cubierto y la luna no existe. Estará en algún lugar, tras las densas nubes. Las olas, apenas unas ondulaciones que crecerán al acercarse a la playa donde rompen, la mecen suavemente. Su cuerpo no pesa, flota sobre el mar, que la viste con un frío traje de seda.

Cierra los ojos y ahí está de nuevo Natalia Etxano; ella y su sufrimiento. La ertzaina abre los párpados para clavar la mirada en las nubes bajas. No puede

permitirse que los casos la afecten tanto. Necesita expulsarlos de su mente al salir de comisaría. Si no es capaz de despojarse de ellos ni siquiera cuando se regala a sí misma su baño diario en el mar acabará por volverse loca.

—Tengo que aprender a hacerlo —se dice en voz alta.

Esa noche, sin embargo, sabe que no lo logrará. Tal vez pueda quitarse de encima a Natalia, pero con Txema no podrá. Su regreso la ha removido por dentro. Más de lo que ella hubiera deseado. Han pasado cuatro años, dos meses y seis días de aquello, y, sin embargo, la herida duele de nuevo como el primer día.

—¡Que le den! —exclama con todas sus fuerzas en la soledad del mar.

Después llena a fondo los pulmones y se zambulle tan abajo como puede. El dolor que la presión le produce en los tímpanos le indica que es suficiente. Deja escapar el aire y escucha las burbujas de su propio aliento escapándose hacia arriba. Aguanta unos instantes en aquella oscuridad absoluta y, cuando el pecho le quema por la falta de aire, agita las piernas para regresar a la superficie. Se siente mejor, aunque tiene la certeza de que solo será pasajero.

Comienza a brucear hacia la costa. Despacio, muy despacio, como una rana que paseara por su charca. Mundaka despliega sus encantos ante ella. La ermita de Santa Catalina, solitaria en su otero, marca el límite de la villa marinera por el oeste, y la iglesia de Santa María por el este. En medio, las viejas fachadas asomadas al Cantábrico y un recogido puerto que a esa hora duerme envuelto en la luz de las farolas.

Y, muy cerca, junto a la iglesia, la ventana iluminada de su dormitorio.

Tuvo mucha suerte al encontrar aquella casa colgada del mar, y más al convencer a la dueña para firmar un contrato de arrendamiento para cinco años. De no haber sido así ya no podría estar allí. El piso de arriba ha sido convertido en un apartamento turístico, igual que otros muchos de la zona, y el suyo habría corrido la misma suerte de no haberlo impedido aquel papel que firmó con la propietaria.

—Allá voy —anuncia pensando en la ducha de agua tibia que la espera al llegar a casa.

La necesita para recuperar el calor antes de meterse en la cama. Julia ha crecido en Urdaibai y tiene una conexión esencial con el mar que baña sus pueblos. Su vida, como la de toda la comarca, se organiza según los ritmos del agua. Cada mañana, cabalga sus olas para activar sus músculos y poner su mente alerta. Por la noche, se sumerge en sus aguas para limpiarse de los

horrores del día y dejar su mente en blanco, despejada. Un broche de oro para el día, un punto y aparte antes de dejarse caer entre las sábanas y olvidarlo todo por unas horas.

*23 de octubre de 2018, martes*

La comitiva fúnebre avanza lentamente entre las tumbas. A pesar de la lluvia, que no ha dejado de caer en toda la noche, Cestero alcanza a oír el sonido de los pasos en la gravilla. Un confuso murmullo entrecortado, de conversaciones ajenas, le llega también desde el grupo congregado para despedir a Natalia. El negro es predominante entre las ropas, aunque se ven también algunos pantalones vaqueros entre los más jóvenes. Los paraguas otorgan una nota de color a la triste escena. También las flores que los empleados de la funeraria portan tras el féretro.

La ertzaina ha preferido quedarse a una distancia prudente. La primera línea no le corresponde, aunque probablemente tampoco sea el lugar adecuado para muchos de aquellos que ahora la despiden y apenas la conocieron.

El párroco alza la mano pidiendo silencio mientras el marido intenta sofocar el llanto que, hoy sí, se ha adueñado de su rostro. Cestero apenas logra verlo tras la multitud reunida a su alrededor. Calcula los asistentes en más de cien, tal vez incluso doscientos. Tiene mérito, en un camposanto tan apartado, al que se llega por una estrecha carretera vecinal desde el centro de Mundaka. La panorámica premia el esfuerzo. Pocos cementerios gozarán de unas vistas tan hermosas, aunque hoy la lluvia y las brumas se empeñen en desdibujar el abrazo de la ría de Urdaibai con el Cantábrico.

Tampoco falta la prensa. El asesinato de una colega ha despertado el interés de una decena de medios de comunicación. Salvo algún fotógrafo que se ha colado entre las tumbas, el resto permanece al otro lado de la verja que protege el recinto. Aguardan a que termine la ceremonia para abordar a los asistentes con sus cámaras y micrófonos.

Las plegarias del sacerdote llegan hasta Cestero como una cantinela incomprensible. Le ve alzar la mano para verter agua bendita sobre el ataúd, y

también hacer el gesto de la cruz ante su rostro. Los demás le responden en un movimiento coral.

Un zumbido en el bolsillo de la ertzaina le advierte de la llegada de un mensaje. Es Olaia. Le pide que empiece a darle caña a la batería. Se ha confirmado el primer concierto. Será en Durango, en la sala Plateruena, dentro de seis semanas.

Cestero trata de hacer memoria. Ha salido de fiesta varias veces por Durango. ¿Plateruena no es el café-teatro que ocupa el antiguo matadero? ¿No será demasiado grande para ellas?

Comienza a escribir un mensaje para felicitar a Olaia por sus gestiones cuando la sobresalta una voz a su espalda.

—¿Desde cuándo acudimos a los entierros?

Es Luis Olaizola, el comisario. Su mirada trasluce una inmensa tristeza, mayor incluso que la víspera en dependencias policiales.

—Nunca se sabe —se defiende Cestero—. Si se trata de un crimen pasional, el asesino podría estar ahí, despidiéndola como uno más.

—O aquí, bajo el alerón de este panteón —murmura Olaizola señalándose a sí mismo con gesto resignado.

La suboficial se dispone a asentir, pero se contiene en el último momento.

—En el nombre del Padre... —Las palabras del cura les llegan con cierta claridad.

—Es muy duro despedir a alguien que fue importante en tu vida, y más saber que engrosas la lista de sospechosos de su asesinato —reconoce el comisario llevándose los dedos a los ojos para enjugarse las lágrimas—. Llevo muchos años dirigiendo la comisaría sin que se me pueda achacar ninguna irregularidad. No me esperaba esta falta de confianza de los de arriba.

Cestero no responde. No hace falta.

El responso no se dilata mucho más. Los lamentos del marido y los gritos de asesino acompañan el momento en que los sepultureros introducen el féretro en la tumba. Después los asistentes se van por donde han llegado, parapetados bajo sus paraguas y sus murmullos quedos. Los periodistas no pierden el tiempo. Los focos se encienden y rodean a quienes abandonan el camposanto. Cestero resopla, sabe que esa presión mediática será una constante hasta que den con el asesino.

Solo cuando la reja metálica emite un chirrido al cerrarse tras los empleados de la funeraria, Olaizola da la espalda a Cestero y se dirige a la

tumba. La imagen de aquel hombre y su paraguas abriéndose paso entre panteones resulta penosa. El comisario está hundido. Sus ojos llorosos y los hombros caídos no sugieren lo contrario.

Ane Cestero toma aire. La humedad del ambiente solo le refresca los pulmones, no la mente. No se siente cómoda, pero tiene que hacerlo. Se pone la capucha del impermeable y abandona la protección del panteón.

—Te acompaño en el sentimiento —murmura al llegar junto al comisario.

Olaizola no responde. Su mirada está fija en la lápida. El nombre de Natalia Etxano y dos fechas, la del día en que nació y la del día en que murió. Sin epitafios ni recordatorios barrocos. Una tumba más, una de los cientos que se alinean sin protagonismo alguno en la soledad del camposanto. La muerte hace a todos iguales.

—Ha sido la más grande. Todo lo que ocurría en Gernika pasaba por sus labios. Jamás se cortó a la hora de denunciar ante el micrófono a los corruptos, por poderosos que fueran. —Las palabras del comisario suenan a despedida.

Cestero asiente lentamente. ¿Está Olaizola intentando dirigir su investigación? La denunciante de los corruptos... Eso abre demasiado el abanico de sospechosos. ¿Cuánto tiempo podría esperar alguien para llevar a cabo una venganza? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años?

Planteárselo hace que sienta vértigo.

—¿A qué esperas para interrogarme? —inquire Olaizola girándose hacia ella. La lluvia que le empapa el rostro se mezcla con las lágrimas.

La suboficial mordisquea el piercing de la lengua con los incisivos, como hace siempre que los nervios intentan traicionarla. Contaba con ir sonsacando información al comisario de manera informal, sin someterlo en ningún caso a un interrogatorio severo.

—Vamos, empieza ahora. Quiero acabar con esto de una vez —la apremia Olaizola.

Cestero mira a su alrededor. Decenas de cruces de piedra y figuras de santos que lloran bajo el cielo encapotado.

—Quizá no sea el mejor sitio —sugiere dirigiendo la vista hacia la tumba de la periodista.

El comisario abre los brazos y dibuja una mueca de sorpresa.

—A mí no se me ocurre un lugar mejor. No hay nadie que pueda molestarnos ni oírnos.

La ertzaina asiente y busca en su bolsillo la libreta de notas, pero la lluvia, que continúa cayendo, hace que deseche la idea. Tendrá que memorizar las respuestas.

—Está bien. Tampoco tengo tantas preguntas. ¿Dónde estaba en el momento del crimen?

—De tú.

—¿Cómo?

—Que me trates de tú, ya os lo dije.

Cestero suspira. Le ha costado mucho aprender a tratar de usted a quienes interroga.

—¿Dónde estabas? —corrige.

—Pescando. Estaba solo, en mi barca. Ya sé que no es la mejor coartada, pero en el muelle coincidí con Néstor, un vecino de Mundaka que podrá confirmar la hora a la que zarpé. Al regresar también había un hombre. No sé su nombre, hace solo unos meses que amarra su chipironera cerca de la mía. Podremos dar con él.

—¿Cuánto tiempo estuviste en la barca?

—Alrededor de tres horas.

El comisario contesta sin detenerse a pensar. Ha tenido demasiado tiempo para prepararse el interrogatorio. En cualquier caso, tres horas es tiempo suficiente para desembarcar en algún lugar, llevar a cabo el asesinato y volver a la barca. Su salida al mar ya no es coartada alguna.

—¿Por qué te dejó Natalia?

La pregunta golpea el orgullo del comisario, que se vuelve hacia la tumba antes de abrir la boca.

—Ya te dije que lo dejamos por decisión mutua.

Ha habido un titubeo. Apenas una fracción de segundo, pero Cestero lo ha cazado al vuelo.

—Siempre hay alguien que deja al otro.

Olaizola aprieta los labios y le dedica una mirada altiva. No está acostumbrado a ser él quien responda a las preguntas.

—Fue hace cuatro meses... La gente empezaba a hablar demasiado. Gernika es un puñetero pueblo. Lo nuestro se convirtió en un secreto a voces. Ya sabes, la de la radio con el comisario... Era insostenible. Natalia dijo que no quería hacer más daño a su marido. Yo le propuse seguir adelante, dejar a nuestras parejas... Ella no se atrevió a dar el paso y dejamos de vernos.

Cestero respira hondo. La separación por mutuo acuerdo acaba de convertirse en que Natalia lo abandonó.

—¿Y tu mujer? ¿Cómo vivió todo aquello?

El comisario pasa el dorso de la mano por una de las muchas rosas que cubren la tumba mientras niega con la cabeza.

—No lo vivió de ninguna manera. Le dio igual. Hace demasiado tiempo que lo nuestro acabó. Convivimos bajo un mismo techo, como dos viejos amigos, pero nada más. Ella vive volcada en su trabajo y yo en el mío.

—¿Pero vivís juntos?

—Juntos pero no revueltos. Ella tendrá sus amantes. Bueno, si es que el trabajo le deja tiempo, claro.

—¿Dónde trabaja?

—Es abogada. De números... Grandes cuentas.

—Sabes que tendré que hablar con ella —le advierte Cestero.

La mueca de fastidio de Olaizola lo dice todo, aunque no le queda otra que asentir. Conoce el procedimiento.

—¿Te habló Natalia alguna vez de amenazas? ¿Se sentía en peligro?

—Es improbable que alguien como Natalia no recibiera amenazas, aunque seguramente no les diera importancia. Nunca me comentó nada. ¿Vosotros habéis avanzado en algo?

Cestero solo niega con la cabeza. No puede compartir detalles de la investigación con un sospechoso, por muy comisario que sea. Siente que se le agolpan las preguntas. ¿Cómo era Natalia? ¿Cómo era la relación con sus compañeros? ¿Cómo...? Tampoco quiere agobiar a Olaizola. No delante de la tumba de la víctima. Se le hace incómodo interrogarlo en el lugar sobre el que todavía flota la tristeza de la despedida. Las cintas que rodean las coronas hablan de la mejor compañera, de los primos que no te olvidan, de los vendedores del mercado... Son tantas las flores, que cubren casi por completo el enterramiento. Rosas, crisantemos, claveles... De pronto siente que se atraganta con su propia saliva.

—Joder... Ha estado aquí.

Su mano derecha señala uno de los ramos. No es uno más. No está protegido por celofán, ni tiene lazos con palabras de despedida. Nada de eso.

Es un ramo de tulipanes. Tan rojos como el que Natalia sostenía cuando el tren le arrebató la vida.

*23 de octubre de 2018, martes*

—No, no son míos. Y no hace falta que sigáis buscando. No encontraréis estos tulipanes en ninguna otra floristería de Gernika. —La dependienta mira con desprecio el ramo de flores.

—¿Por qué? —Cestero no entiende cómo puede estar tan segura.

La florista la observa condescendiente. Es una mujer de mediana edad, de una extremada delgadez que la hace parecer alta aunque en realidad no lo sea. ¿O es quizá por la forzada rectitud de su espalda?

—No sabes mucho de flores, ¿verdad? —Hace una pausa para esperar una respuesta que Cestero se niega a darle. Por primera vez desde que la ertzaina ha entrado en la tienda, la florista deja los lazos rojos que está preparando y se dirige hacia ella—. El tulipán florece en primavera, y es entonces cuando es demandado por los clientes. En otoño es una aberración. Nadie los vende. ¿A que no has visto nunca a nadie llevando tulipanes al cementerio por Todos los Santos? No, por supuesto que no.

Cestero detesta el rictus despectivo de la florista, que arruga los labios cada vez que se fija en el aro que adorna su nariz. De buena gana se marcharía dejándola con la palabra en la boca. Sin embargo, la información que le está facilitando es importante.

—¿Y de dónde puede haber salido este ramo? —inquire, esforzándose por no mostrar hostilidad alguna.

La dependienta acaricia suavemente el pétalo de uno de los tulipanes. Después niega con la cabeza y se encoge de hombros.

—Me jugaría mi tienda a que no hay en cien kilómetros a la redonda ninguna floristería donde se puedan comprar estos tulipanes, se trata de una variedad muy poco habitual.

Ahora es la ertzaina quien arruga los labios. No esperaba una respuesta así.

—¿Qué variedad? —pregunta. Tal vez les pueda facilitar información sobre

su origen.

—No es tan fácil... Existen miles, pero es una variedad híbrida, eso puedo asegurarlo. Podría tratarse de un *Double Early Abba*, un *Fire of Love*... —La pronunciación de la mujer es tan perfecta que resulta irreal. Se diría que acaba de llegar de un internado en Oxford.

—¿Hay manera de saber cuándo los compraron?

—Déjame ver... —La florista tira de un tulipán hasta separarlo del ramo. Con aire concentrado, le realiza un corte longitudinal en la base del tallo y lo estudia detenidamente. Cestero asiste sorprendida a semejante autopsia vegetal—. Está fresco. Lleva menos de un día cortado. Me atrevería a decir que no más de quince horas.

La ertzaina dirige la mirada al reloj de pared que algunas plantas tratan de ocultar. Las once de la mañana. Si la dueña de la floristería tiene razón, aquellas flores no han sido cortadas antes de las ocho de la tarde del día anterior.

—¿Cómo puede saberlo con tal exactitud?

Una nueva mirada condescendiente de la florista.

—Porque lo sé. Llevo toda la vida entre flores.

Cestero se muerde el labio para no soltarle la primera barbaridad que se le pasa por la cabeza. No soporta a las tipas como ella.

—¿Y este otro? —añade entregándole lo que queda de la flor que sostenía Natalia Etxano en el momento de su asesinato.

La florista repite la operación.

—Ya está muy deteriorado, pero diría que es idéntico a los del ramo solo que cortado varios días antes.

—¿Es posible que todos formasen parte de un mismo ramo y estos hayan sido conservados frescos hasta hoy en agua o algo así? —inquire Cestero.

La florista lo niega sin dudarle un solo segundo.

—Imposible. El tallo mostraría otro aspecto. Y otro tacto.

Cestero se arrepiente de no haber mandado a Aitor a preguntar a la florista. Seguro que él tendría más paciencia para averiguar el modo en que el asesino ha accedido a las flores.

—¿Podría estar cultivándolas la misma persona...?

—No es fácil. No se trata de una flor cualquiera. El tulipán es caprichoso, y más el de interior. Me extrañaría que un mero aficionado llegara a obtener flores de semejante calidad.

Todavía no ha terminado la frase cuando la florista se gira y vuelve con sus lazos rojos. La hoja de la tijera acaricia la tira de papel satinado para formar esos caracolillos que acostumbran a adornar los ramos de las floristerías.

La ertzaina recupera contrariada los tulipanes. No esperaba salir de la tienda con más dudas de las que tenía al entrar.

—Está bien. Muchas gracias por dedicarme su tiempo —dice sin poder evitar un tono sarcástico.

—Espero haber sido de utilidad —se despide la mujer sin acompañarla a la puerta.

Cuando Cestero empuja la puerta del bar lo hace sin haberse sacudido de encima cierta sensación de derrota. Ojalá Aitor haya logrado avances más significativos que los suyos. Busca a su compañero con la mirada. No está. No ha llegado todavía.

El camarero, el mismo que atendía la barra la víspera por la noche, la mira de refilón desde la cafetera.

—¿Qué va a ser?

—Ponme uno doble.

—¿Un americano?

—No, uno doble. Dos expresos en uno, vaya.

—A mandar.

La tragaperras del fondo se suma a la conversación con una cantinela pegadiza y el tintineo metálico de las monedas en la bandeja. El asiático que acciona los mandos asiente sin grandes muestras de alegría.

—Te voy a tener que prohibir jugar —protesta el camarero alzando la voz para hacerse oír por encima del estruendo del molinillo de café.

Cestero consulta el móvil por si hay noticias de alguno de sus compañeros cuando se abre la puerta.

—¡Qué manera de llover! —protesta Aitor quitándose el chubasquero para colgarlo de un gancho bajo la barra.

—Pues dan agua toda la semana —apunta un ciego que ocupa una banqueta junto a la entrada. Las ristras de cupones le cubren el pecho como una cascada multicolor.

—Vaya asco de tiempo —se queja el de la barra—. Da pereza hasta venir a

trabajar.

—Eso da pereza siempre —se burla el vendedor.

—Luego querréis que esté todo verde. Pues eso tiene un precio... No os quejéis tanto, que solo es agua. Antes llovía más —refunfuña un anciano sentado a una mesa. No se molesta en levantar la cabeza del crucigrama del periódico que tiene a medio rellenar.

—¿Qué va a ser? —pregunta el tabernero dirigiéndose a Aitor.

—Un té verde y un pintxo de tortilla.

—Que sean dos de tortilla —añade Cestero recordando que no ha desayunado. Nunca lo hace nada más levantarse, pero esta mañana se le ha ido de las manos. Un poco más y se le junta con la comida.

—¿Cómo te ha ido en la tienda de flores? —pregunta Aitor.

La ertzaina resopla.

—No muy bien. Es todo más complicado de lo que podíamos esperar. No es temporada de tulipanes y no sabe de dónde pueden proceder. ¿Y a ti en la funeraria?

El camarero deposita en la barra dos platitos humeantes que abren el apetito de Cestero.

—El asesino no estuvo en el cementerio. Y si lo hizo no llevó el ramo personalmente —explica su compañero—. Lo hicieron los de la funeraria. Recuerdan perfectamente haberlo recogido del tanatorio junto con el resto de coronas de flores.

—Hay que comprobar si hay cámaras de videovigilancia en el recinto —decide Cestero. Quizá puedan dar con el asesino más fácilmente de lo que esperaba hacía solo unos minutos.

—Ya lo he hecho. Ni una. Tampoco en el exterior.

—Mierda...

Hay varios cabos atándose rápidamente en la mente de la suboficial. Tiene la impresión de que algo se le está escapando. Cierra los ojos y trata de que el chiste malo que Arguiñano explica en ese televisor a todo volumen no se cuele en sus pensamientos.

—Ese ya lo ha contado por lo menos tres veces —se lamenta el del crucigrama.

—Tiene a las viejas escandalizadas con tanto chiste verde. A este paso acabará en el juzgado —replica el ciego.

—Deja, mejor esto que las noticias... ¿Se sabe algo de lo de la periodista?

—interviene el camarero.

—Qué va. Y no se sabrá. Ya se ocuparán de que no nos enteremos. A esa querían callarla desde hace tiempo. —El ciego refuerza sus palabras con unos golpes de bastón en el suelo.

Los dos ertzainas cruzan una mirada. A menudo se obtiene más información de las conversaciones de tasca que de un interrogatorio.

—Cuando te metes con el bolsillo de constructoras y políticos...

—Debería haber llevado guardaespaldas.

El silencio que sigue da tiempo para que Arguiñano introduzca en el horno su pastel de pimientos del piquillo.

—¿Para qué iba a querer guardaespaldas si se tiraba al comisario? —espeta de pronto el viejo del periódico.

—Ya no estaban juntos. Ella lo dejó.

—Para mí que andaba con él para que la protegiera —dice el de la barra secando unos vasos con un trapo.

El del periódico suelta una risita socarrona.

—Pues parece que lo hacía. Ha sido dejar de acostarse con él y acabar en la vía del tren. Y nunca sabremos quién ha sido. ¿Sabéis por qué? Porque no les interesa. Ha sido el comisario. Seguro que Natalia sabía demasiado y se la ha quitado de en medio. Ya se ocuparán ahora de que no se sepa nada. En dos días todo olvidado.

—Eso si no le cuelgan el muerto a otro —aventura el ciego.

—¿Cómo está Santi?

—¿El marido? Pues jodido. ¿Cómo quieres que esté? Dicen que lo tienen medicado para que no se venga abajo.

Cestero se lleva el último pedazo de tortilla a la boca. La conversación se ha salido del camino. Necesita que vuelva al punto de partida.

—No sabía que Natalia Etxano tuviera problemas con constructoras —argumenta tratando de imprimir poco interés a sus palabras.

A su lado, Aitor se lleva el vaso a los labios mientras contempla el televisor con fingido gesto distraído.

—Eso es que no escuchabas su programa —apunta el invidente—. Con lo del museo está habiendo demasiado movimiento por aquí. Y ella lo denunciaba cada día.

Cestero frunce el ceño. No entiende nada.

—El Guggenheim —explica el camarero—. Desde que se supo que hay un

proyecto para hacer una sucursal por aquí, está la comarca revolucionada.

—Hay algún listo con información privilegiada comprando terrenos agrícolas a dos duros. ¡El cuponazo, señores! —exclama el de los cupones con el mismo tono que emplearía para anunciar el sorteo del día.

Cestero interroga a su compañero con la mirada. Él fue ayer el encargado de acudir a Radio Gernika en busca de información.

—Tengo que regresar ahora. Ayer solo había un técnico que me permitió oír algunos fragmentos. Por la tarde emiten programación en cadena desde Bilbao y no hay nadie del equipo de Natalia Etxano en la emisora —explica Aitor por lo bajo.

—Esas corruptelas se han dado toda la vida. A ver si creéis que los amaños de los políticos con constructores solo pasan por el sur —se jacta el del crucigrama—. Mira, Manolo... Animal onírico de cinco letras. Empieza por ene. No falla.

El camarero se ríe.

—A ver si se renuevan un poco. Ponen la misma palabra cada día... —dice antes de señalar el televisor con el mentón—. ¡Qué buena pinta! Este tío es un prodigio. ¿Habéis visto lo que ha hecho con una lata de pimientos y unos huevos?

—Y nata, y aceite, y especias... Venga, que le ha echado un montón de cosas —objeta el ciego.

—Joder, pero a gusto me lo comía yo ahora —insiste el tabernero.

—Otra: personaje bíblico de tres letras. Esta gente debe de pensar que no tenemos memoria. Lo menos ha aparecido tres veces en los últimos cinco días.

—Deja eso y haz el sudoku. Por lo menos no reniegas tanto —replica el de la barra.

Aitor señala la puerta con un movimiento de cabeza. Cestero asiente. No van a sacar nada más en limpio de allí. Aunque, pensándolo bien, no es poco lo que les ha revelado su paso por la taberna. Cuentan con un nuevo móvil para el crimen.

—Sois polis, ¿no? —inquire el ciego cortándoles el paso con el bastón.

Cestero mira a su compañero. Va vestido de calle, como ella, y ni siquiera lleva la riñonera en la que muchos agentes de paisano guardan el arma reglamentaria. Empieza a estar cansada de ese juego.

—¿Y eso de dónde lo sacas? —le pregunta, decidida a no contestar.

—Porque se os nota a la legua —sentencia el ciego—. ¿No queréis un

cupón? Este viernes hay bote. Está sonando tu teléfono. Seguro que es tu marido para pedirte que compres también uno para él.

Los demás se echan a reír.

Cestero se acerca la mochila al oído. La vibración es evidente. Abre la cremallera y consulta la pantalla del aparato.

—Es Txema —anuncia alzando la mirada hacia Aitor. Después pulsa la tecla de responder—. Aquí Cestero, dime.

La voz de su compañero suena cargada de ansiedad. La misma que se abre camino desde el pecho de Ane para extenderse rápidamente por todo su ser.

*Un día de mayo de 1985*

—Es precioso. ¿Puedo cogerlo un momento?

La profesora no aguardó respuesta alguna. Solo cogió mi dibujo y lo puso en alto para que todos pudieran verlo. Necesitó pedir silencio hasta tres veces, la última de ellas elevando demasiado la voz, para que los más de treinta alumnos de la clase se volvieran hacia ella.

—Mirad qué bonito. Está muy bien recortado, no como algunos de los vuestros. Venga, que tenéis seis años, y hay algún caballito que lo recortarían mejor en el aula de los pequeños.

—El mío está mejor pintado —protestó Itziar, la niña rubia con trenzas que se sentaba a la mesa de al lado.

—Sí, Itziar lo ha pintado muy bien —admitió la profesora—. Y también otros muchos de vosotros. Pero hay algunos que tendréis que volver a la clase de los pequeños como no pongáis más interés.

—Es que mi tijera corta mal —intervino Lucas mostrando su caballo con las patas seccionadas.

—¡Qué casualidad! Siempre la tijera que corta mal o los lapiceros sin punta...

—Es verdad —insistió el niño.

La profesora me devolvió el dibujo. Me sentía azorado, pero orgulloso al mismo tiempo.

—Tu madre se va a poner muy contenta —me dijo, pasándome la mano por la cabeza. Después volvió a alzar la voz—. Venga, id terminando. Cuando estén listos les pondremos un lazo y un *Zorionak, ama*.

Cogí el color azul. El caballito estaba casi listo. Solo faltaba pintarle los ojos. Y pensaba hacerlos azules, igual que los de mi madre.

Después llegaron los lazos y el timbre con el que terminaban las clases.

—Esperad un momento —pidió la profesora a los que corríamos hacia la

puerta—. Esconded el regalo y no se lo deis hasta el domingo. Ya veréis qué contenta se pone cuando vea que os habéis acordado del día de la Madre.

Con cuidado de no arrugarlo, guardé el regalo en la mochila. Me moría de ganas de dárselo a la *ama*. Pensaba ir a despertarla el domingo en cuanto se hiciera de día. Tenía guardado en un cajón un bombón que me habían dado semanas atrás en un cumpleaños. Se lo pondría en la bandeja donde pensaba llevarle a la cama el zumo recién exprimido. Porque ella siempre empezaba el día con un zumo de naranja.

Por fin llegó el día. Mi padre no estaba en casa. Casi nunca estaba, el mar lo llevaba siempre lejos de nosotros. Cuando regresaba me hablaba de un lugar cuyo nombre me resultaba fascinante: Gran Sol. Yo le pedía que me llevara con él, y él se reía y me respondía que algún día iríamos juntos. Años después tuve ocasión de conocer ese lugar de nombre mágico, y pude comprobar que lo único que tenía de mágico era el nombre.

Como decía unas líneas más arriba, era domingo, día de la Madre, y pensaba regalarle a la mía un despertar muy especial.

Me costó colocar todo en la bandeja: el zumo, las tostadas, el regalo que habíamos preparado en clase... Lo único que no pude incluir fue el café, no sabía utilizar la cafetera, y además su silbido habría despertado a la *ama* antes de tiempo.

Entré en silencio en el dormitorio. Unas finas franjas de luz, que se colaban por la persiana, se dibujaban en el cabecero de la cama. El tiempo flotaba detenido al ritmo de su respiración pausada. Me tuve que contener para no introducirme bajo la manta y arrullarme junto a ella. Eso era algo de niños pequeños y hacía años que no le gustaba que lo hiciera.

—¿Qué haces tan pronto? —me espetó cuando le di un beso en la mejilla.

Me fijé en el despertador que había sobre la mesilla. Eran casi las nueve de la mañana, la hora habitual a la que nos levantábamos los fines de semana.

—*Zorionak, ama...* Hoy es tu día —le dije pasándole la mano por el brazo que ella tenía por encima de las sábanas.

—No digas chorradas —replicó apartando el brazo y girándose hacia el otro lado.

Sentí que algo se resquebrajaba en mi interior.

—Te he preparado un zumo —esa vez mi voz brotó a duras penas.

—Déjame dormir. No seas imbécil.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Esa no era la celebración que había imaginado.

Me quedé mirando el zumo. Si no se lo bebía de inmediato, se escaparían las vitaminas. Abrí la boca para insistir, pero un sollozo devoró mis palabras.

Supongo que lloraría, ya no lo recuerdo, pero cómo no hacerlo cuando tu ilusión se derrumba... Pasé el resto de la mañana en la cocina, sentado delante de esa bandeja preparada con tanto esmero y con la esperanza de que no tardara en levantarse. Esperanza que fue desvaneciéndose a medida que las horas pasaban y las piernas se me dormían. Me imagino también que de nuevo derramaría alguna lágrima y que los hombros se me hundirían en un gesto derrotado, pero esto ya son fabulaciones mías. ¿Cómo voy a recordar todo con exactitud cuando han pasado tantos años?

Era casi mediodía cuando apareció por la cocina. Venía ya vestida, tan guapa como siempre y con gesto serio.

—*Zorionak* —balbuceé a duras penas.

Su respuesta fue un bufido cargado de desprecio.

—Felicitas a quien tenga algo que celebrar. A mí déjame en paz.

Tuve que hacer grandes esfuerzos por no romper a llorar. Me mordí el labio hasta hacerme daño y empujé suavemente la bandeja hacia ella.

—Te he preparado...

Negó con la cabeza sin quitarse ese desagradable rictus de los labios.

—¿No esperarás que me tome un zumo que lleva hecho un montón de horas?

No había terminado de decirlo cuando abrió la nevera y cogió varias naranjas. El sonido del exprimidor fue el último puñal que se me clavó en la espalda conforme apretaba el paso por el pasillo. No quería que me viera llorar.

*23 de octubre de 2018, martes*

El rostro de la mujer aparece borroso, desenfocado. La sangre y la masa encefálica que han brotado del cráneo roto y que le sirven de lecho de muerte apenas son una sedosa capa brillante sobre el cemento pulido. Tampoco el ángulo imposible de su cuello resulta tan agudo a través del velo de lágrimas.

Agachándose junto al cadáver, Julia se lleva las mangas del jersey a los ojos para secárselos. El horror se muestra ahora sin censura alguna. La boca de la víctima, abierta en un grito interrumpido, revela la angustia de la caída, y sus ojos sin vida, clavados en el infinito, contagian una tristeza sin paliativos. La misma que emana de la mirada perdida de todos los muertos que la ertzaina ha contemplado en su vida.

—¿La conocías? —le pregunta Txema.

Julia niega con la cabeza mientras trata de evitar que broten nuevas lágrimas.

—¿Todavía te afecta de este modo? —inquire su compañero con gesto de sorpresa.

La agente no responde. Ante ella, la imagen del cuerpo frío e inerte se superpone a la de la persona que fue hasta hace unas horas, alguien que podía reír, llorar, cantar, disfrutar y sufrir. ¿Cómo no sentir tristeza ante una mujer que habrá dejado un vacío difícil de llenar entre quienes la querían? ¿Cómo verla solo como un trámite más de su trabajo?

Sabe que es un problema. Se lleva los muertos a cuestras, en una pesada mochila que jamás consigue descargar. No necesita cerrar los ojos para que se le aparezcan delante los rostros de todos los cadáveres que ha visto en su carrera. Allí está el joven que se tiró de un acantilado en Ogoño, y aquella anciana que se perdió y apareció flotando en la ría, y también aquella mujer a la que su marido asestó treinta y cuatro puñaladas, y ese que...

—Lo que yo no entiendo es que a ti no te afecte —resume ahogando un

sollozo.

Txema suspira.

—No queda otro remedio que acostumbrarse. Somos policías —replica mirando a través del visor de la cámara con la que toma fotos de la escena—. También a mí me duele encontrarme con esto, pero tengo que ser profesional. Si te involucras demasiado no eres objetivo.

Julia sabe que tiene razón, pero ella jamás logrará poner tanta distancia. Por más que lo intenta no lo consigue. Qué más quisiera que dejar los casos en el cajón cuando termina su jornada. Suerte que el mar la ayuda a desconectar. De no ser por su baño nocturno y el surf se volvería loca y tendría que abandonar un trabajo que la apasiona.

—Nada coincide con el primer crimen... —apunta poniéndose en pie y mirando hacia arriba. El patio de luces tiene forma rectangular, de unos cuatro por seis metros. La víctima ha caído desde el sexto piso, arrancando en su caída algunas cuerdas de tender la ropa.

—Completamente diferente —confirma el suboficial guardando la cámara de fotos—. Donde había una preparación exhaustiva ahora solo hay improvisación. A Natalia la sedaron y la llevaron hasta la vía para que la arrollara su propio marido. Y no olvidemos la retransmisión por Facebook... En esta ocasión, nada. La han empujado por la ventana. Nos han llamado por el tulipán que ha aparecido en el jarrón del salón, entre una docena de claveles resecos... —Suelta un chasquido con la lengua al tiempo que niega con la cabeza—. No puede tratarse del mismo asesino ni de coña.

Julia sacude lentamente la cabeza.

—Y, sin embargo, otra vez el tulipán... Es la firma del asesino. Esa flor tiene un significado para él.

—O los asesinos —le corrige Txema.

La agente lo fulmina con la mirada. Claro que él o ellos, o incluso ellas. Solo es una forma de hablar. ¿Por qué tiene que tener siempre la última palabra? La saca de sus casillas. No recuerda que antes fuera así, o quizá se trate simplemente de que ella lo veía con otros ojos.

—Además, esto no es Las Vegas. No hay asesinatos cada día. Joder, que estamos en Gernika. Dos muertes en cinco días, la misma flor... Es el mismo asesino. Lo que no entiendo es por qué ha actuado de manera tan diferente esta vez.

—Yo sigo sin verlo tan claro —objeta Txema—. Habrá que encontrar nexos

de unión entre las dos víctimas. ¿Sabemos cómo se llamaba esta?

Julia observa incómoda el cadáver. Una mujer de unos sesenta años vestida con las ropas sencillas que utiliza cualquiera cuando está en casa y con las raíces blancas a la vista en su cabello cobrizo. No puede evitar sentirse culpable. Lleva un rato allí, junto a ella, y ni siquiera sabe su nombre.

—Tú también tenías uno... —apunta Txema mientras señala el pequeño tatuaje que adorna el interior de la muñeca derecha de la víctima.

Julia asiente en silencio, con su mirada fija en la rosa de color rojo que trepa desde su muñeca, deteniéndose en las espinas del tallo dibujadas en su antebrazo.

—Hace ya tanto tiempo que creí que no te acordarías...

Al final de su espalda, a la altura de la cintura, Julia tiene un *eguzkilo*, la flor del cardo silvestre al que la tradición atribuye propiedades protectoras. Los dueños de los caseríos las cuelgan en sus puertas con el fin de ahuyentar a las criaturas de la noche. Su parecido con el sol les hace creer que en esa casa no reina la oscuridad. Así no se atreven a entrar. Puede que esa mujer también se lo hiciera en Alkimia Tattoo, el estudio de Raúl, casi el único en toda la comarca.

—¡Ay, Dios mío, que la ha matado! —La voz, rota por el dolor, llega de arriba. Al alzar la vista, Julia descubre a una mujer asomada a la ventana del tercer piso—. Araceli, ¿qué te ha hecho?

La ertzaina interroga a su compañero con la mirada.

—Creía que estábamos solos.

Txema mira hacia arriba antes de contestar.

—Y lo estábamos. Los otros han estado llamando a los timbres y no les ha abierto nadie. ¿De dónde sale usted, señora? ¿Por qué no ha atendido a nuestros compañeros? —inquire dirigiéndose hacia la vecina, que se seca las lágrimas con un pañuelo de tela con ribetes azules.

La mujer se suena los mocos y se lleva la mano a la frente.

—Sabíamos que algún día pasaría. Es un monstruo... La tenía amargada. Y es una buena mujer. Demasiado buena —lloriquea ajena a las preguntas del suboficial.

Los policías cruzan una mirada. ¿De quién habla?

—Señora. Entre en casa, por favor. Ahora mismo subiremos a hablar con usted.

—¿Está muerta?

—Entre en casa y cierre la ventana, por favor.

—Claro que está muerta. ¡Madre mía! ¡Araceli...!

—¡Cierre la ventana! —ordena Txema.

La mujer obedece entre lamentos.

—Voy para arriba —anuncia Julia. Hay que interrogar cuanto antes a la vecina.

—Vamos juntos —decide el suboficial, siguiéndola—. ¿De dónde coño habrá salido esa tía? Se supone que los de tu comisaría han llamado a todas las puertas y que no había nadie en el vecindario. ¿Cómo ha podido entrar?

Julia no responde.

—¿Podemos proceder al levantamiento? —se interesa uno de los empleados de la funeraria, en cuanto los ve aparecer en el portal.

—Nosotros hemos terminado. Si la jueza lo permite... —indica Txema señalando a una mujer sorprendentemente joven que firma unos documentos que le tiende el secretario judicial.

La jueza Tolosa asiente.

—Podéis proceder. El forense ha dictaminado que la muerte se ha producido entre las once y las once y cuarto de la mañana. En un par de días tendremos los resultados de la autopsia. —Su mano derecha señala hacia la puerta del edificio y su gesto se crispa. Un enjambre de periodistas aguarda al otro lado con las cámaras preparadas para comenzar a grabar al menor movimiento—. Y enviad refuerzos para contener a esos. Yo no salgo hasta que me aseguréis que puedo hacerlo sin que me atosiguen con mil preguntas.

—¿Desde cuándo la maltrataba el marido?

La vecina intenta hablar, pero las palabras se le quiebran en la garganta. Sus labios se curvan en un puchero infantil y el pañuelo que sostiene en la mano derecha pasa una y otra vez por su nariz. Los ojos también necesitarían que los secase.

—José Manuel siempre ha sido un... —Algo le impide acabar la frase—. Tiene mucho temperamento. Siempre está gritándole... ¡Ay, mi pobre Araceli!

Julia y Txema se cruzan una mirada. El cabello de la vecina, todavía húmedo, confirma su explicación de que se encontraba en la bañera cuando los agentes llamaron a la puerta. Reconoce haber oído el timbre, pero no le dio

importancia. No era la primera vez, ni sería la última, que algún comercial la molesta durante su baño matinal.

—Esto no puede estar pasando. No es verdad... ¡Araceli! —exclama de pronto la mujer saliendo disparada hacia la ventana.

Txema se apresura a detenerla.

—Tranquila, por favor —dice antes de girarse hacia Julia—. Que suba algún sanitario a atenderla.

La vecina se abraza al suboficial, que le propina unas torpes palmadas en la espalda.

—Es un maltratador de esos. Ya está... Lo ha hecho. La ha matado... Sabíamos que acabaría ocurriendo. Lo sabíamos...

—No constan denuncias por malos tratos —indica Julia.

La vecina se encoge de hombros y se seca las lágrimas con el dorso de la mano derecha.

—Araceli no se atrevía a hacerlo.

—¿Y usted? ¿No llamó nunca al 016 para alertar de lo que estaba sucediendo dos pisos más arriba? —pregunta el suboficial.

El gesto de disculpa y de culpabilidad mal soportada que se dibuja en el rostro de la vecina obliga a Julia a hacer un esfuerzo por contenerse.

—Cada uno de puertas para adentro... —balbucea la mujer apartando la mirada.

Eso sí que no, eso ya es demasiado.

—Usted también es responsable. Usted y todos los vecinos que callaron mientras la zurraba —vomita la ertzaina sintiendo la acidez del desprecio en la boca. ¿Cuántas veces ha tenido que asistir a las mismas excusas?

—Julia... —Su superior la sujeta por el hombro con gesto severo. Txema se gira después hacia la vecina—. La próxima vez llame a la policía. Es labor de todos acabar con los maltratadores. ¿Cuándo fue la última vez que oyó una discusión?

—Esta mañana. Platos rotos, insultos, gritos... Lo de siempre...

—¿A qué hora ha sido eso?

La mujer entrecierra los ojos para calcular.

—En la radio estaban dando las noticias de las diez y he tenido que subir el volumen para poder oírlas.

Julia niega con la cabeza al tiempo que suspira. Subir el volumen de la radio en lugar de llamar al 016...

—¿Escuchó amenazas? ¿De qué versaba la discusión? —continúa Txema.

—¿No le he dicho que subí la radio? El motivo era lo de menos. Unas veces por dinero, otras porque la cena estaba fría, porque Araceli llegaba tarde... La cosa era gritar y pegarle.

—Y arrojlarla por la ventana —masculla Julia.

—¿Cómo es posible que no oyera caer a su vecina? —inquieta el suboficial.

La mujer se encoge de hombros. De nuevo el pañuelo en sus ojos, de nuevo los mocos.

—No lo sé.

—¿Dónde estaba usted a las once de la mañana?

—¿A las once? Pues pasando la aspiradora, supongo.

Julia arruga los labios y se pone en pie. Pierden el tiempo con la señora. Ha dicho ya todo lo que tenía que decir. Cada segundo que continúen interrogándola será una pérdida de tiempo. Saca el teléfono del bolso y llama a la comisaría. Pide que le pasen con el jefe de operaciones.

—Necesito una orden de búsqueda y captura contra el marido. Hay un testigo que asegura haber oído insultos y golpes en el domicilio de la fallecida. Parece que estamos ante un caso de violencia de género.

El altavoz le devuelve unas palabras en tono metálico. Acaba de activarse el protocolo. Todas las unidades recibirán inmediatamente la orden de dar prioridad absoluta a la localización del marido de la mujer asesinada.

*23 de octubre de 2018, martes*

—¿Dónde está? —pregunta Cestero nada más entrar a la comisaría. Se encontraba realizando una primera inspección ocular del piso de Araceli Arrieta cuando le han comunicado la detención del sospechoso.

Aitor deja el informe que estaba tecleando en el ordenador y se gira hacia ella.

—En el primer calabozo. Le he tomado los datos. Estaba fichado por tenencia de estupefacientes, pero no por malos tratos.

Cestero deja su mochila encima de la mesa.

—La mayoría de esos cabrones no están fichados. Queda demasiado por hacer. Qué mierda de sociedad... Vamos —decide dirigiéndose al pasillo.

—¿Y los otros? —inquire su compañero siguiéndola.

—Se han quedado en el piso de la víctima, buscando pruebas y tomando declaración a los vecinos. Había platos rotos por el suelo, un escenario de guerra en toda regla.

El agente que custodia los calabozos se limita a abrirles la puerta. Después se da la vuelta y regresa a su puesto de vigilancia.

Cestero toma aire y traga saliva. Siente la rabia tensándole los maxilares y los puños. Consciente de ello, Aitor le apoya una mano en el hombro y la obliga a mirarlo a los ojos.

—Ane... —dice con gesto serio. Tarda unos segundos en continuar la frase, los suficientes para que la suboficial sepa que está preocupado por ella—. No puedes interrogarlo ahí dentro.

Cestero aprieta los labios. Conoce de sobra el reglamento. Está terminantemente prohibido interactuar con los detenidos en el interior de las celdas. Cualquier interrogatorio o toma de datos debe tener lugar en la sala destinada a tal fin.

—Déjate de ceremonias. Solo van a ser un par de preguntas —apunta la

suboficial.

Aitor tuerce el gesto. Saltarse las normas no va con él.

—No te pases —le advierte.

Cestero fuerza una sonrisa que solo pretende tranquilizarlo. Claro que no se va a pasar. De buena gana le daría una paliza a aquel cabrón que acaba de asesinar a su propia mujer, pero conoce los límites.

La claustrofobia que la golpea siempre que entra en un calabozo no falla tampoco esta vez. Esas paredes desnudas de ventanas y ese espacio tan reducido la superan. No quiere ni imaginarse lo que sufriría de tener que estar ahí encerrada.

—Entro sola —apunta volviéndose hacia Aitor. Su compañero abre la boca para protestar, pero ella no le da opción a hacerlo—. Sola, Aitor. Espérame fuera.

El detenido está sentado en el banco de hormigón que sirve de catre. Cabizbajo, los codos apoyados en las rodillas y la cara perdida entre las manos.

—¿Por qué? —le pregunta a bocajarro, sin presentaciones ni protocolos.

—Que no he sido yo, joder... ¿Cómo tengo que explicarlo? —Las manos se apartan de su rostro y dejan a la vista unas facciones arrasadas por las lágrimas.

—Eres muy macho, José Manuel. Muy macho. —Cestero siente el amargor de la bilis en cada una de las palabras que logra escupirle a la cara—. Tan macho que necesitabas anular a tu mujer para sentirte su dueño; tan macho que te creías con el poder de ponerle la mano encima una y otra vez; tan macho que disfrutabas sometiéndola, humillándola.

—¿Que os estáis equivocando! —exclama el detenido poniéndose en pie. Cestero da un paso atrás—. Yo no la he matado. ¡La quería!

La suboficial aprieta la mandíbula.

—No es eso lo que dicen tus vecinos —espeta tratando de no dejarse llevar por la furia—. ¿Qué ha pasado esta mañana?

—¡Nada! ¡No ha pasado nada!

—Gritos, golpes, lamentos... Yo misma he recogido pedazos de los platos que has tirado al suelo. ¿Te parece poco? Hay demasiados testigos de lo que ha ocurrido hoy en tu casa.

—¿Quién? ¿Ignacia, Esther, Toña? —se defiende el hombre con una mueca

de desdén que contrasta con su mirada desolada—. Son unas brujas... ¡Unas putas brujas!

—Siéntate —ordena Cestero señalando el catre.

José Manuel la desafía con la mirada.

—No he sido yo —murmura entre dientes, acercando su rostro al de la ertzaina.

El olor a vino rancio obliga a Cestero a contener una náusea.

—Que te sientes —insiste lentamente.

Sus puños se tensan al comprobar que el detenido no piensa recular. Algo le dice que de haber sido un hombre quien lo interrogara habría obedecido a la primera.

La sonrisa burlona que comienza a dibujarse en los labios de José Manuel le da la razón, pero se le congela en el acto en cuanto la rodilla de Cestero se clava en su entrepierna.

—¡Siéntate, cojones! —grita la ertzaina derribándolo de un empujón—. Vas a aprender a obedecer a una mujer.

—¡Cestero! —Aitor Goenaga la está observando a través de un ventanuco abierto en la puerta.

El detenido se desploma en el banco con las manos entre las piernas y una mueca de dolor.

—Yo no la he matado —masculla alzando una mirada herida hacia Cestero—. Esas brujas mienten.

A pesar de la distancia, el aliento a vino barato vuelve a golpear a la ertzaina, que trata de contar hasta tres para intentar calmarse.

—Eres un mierda, ¿sabes? —dice apoyando la espalda en la puerta—. En lugar de estar agradecido porque alguien como Araceli compartiese la vida con un despojo como tú, la mataste. Y no una vez, sino dos. Primero la enterraste en vida, haciéndola sentir desgraciada cada vez que abrías la puerta, y después empujándola por esa ventana.

El detenido se recompone y alza el mentón.

—Deja de perder el tiempo conmigo y vete a buscar al loco del tulipán. ¿A qué esperas, a que se cargue a otra mientras estás aquí charlando?

Cestero siente crispase cada músculo de sus manos antes de abalanzarse sobre él y agarrarlo por el cuello.

—No estoy charlando, pedazo de cabrón —espetea zarandeándolo, fuera de sí—. ¡No estoy charlando! ¿Por qué la mataste? ¡Por qué!

El terror se adueña del rostro de José Manuel. El olor a alcohol que brota de su boca, entreabierta en busca de aliento, alimenta la ira de la ertzaina, que lo estrangula cada vez con más fuerza.

—¡Ane! ¿Qué coño estás haciendo? ¡Aneee! —Aitor ha abierto la puerta y tira de la suboficial tratando de separarla del detenido—. ¡Suéltalo!

Cestero da un paso atrás. Siente la cabeza a punto de explotar. ¿Qué le ha ocurrido? Observa sus propias manos horrorizada por lo que acaba de hacer. No está segura de si habría parado a tiempo sin la intervención de Aitor.

## *Un día de junio de 1985*

No habría pasado mucho más de un mes desde aquel día de la Madre. Hacía calor, el verano estaba a las puertas y en la plaza empezaba a acumularse una montaña de maderas que ardería días después, en la noche de San Juan. A los pequeños, como nos llamaban los de cursos superiores, no nos permitían participar de los preparativos, pero cuando se despistaban añadíamos alguna que otra rama seca que encontrábamos en el bosque. Y así iban sucediéndose los días, entre pantalones cortos y muchas horas de calle.

No debía de ser muy tarde cuando llamé al timbre. Todavía era de día. Bueno, esa no es la mejor referencia en junio, cuando me acostaba con el cielo aún azul... Nunca olvidaré la sonrisa que me recibió en cuanto se abrió la puerta. Estaba radiante, toda ella emanaba luz.

Fue la última vez que la vi tan feliz.

—¿Qué tal, cariño, te han dejado los mayores ayudar con la hoguera?

La pregunta llegó acompañada de un sonoro beso en la mejilla y algo parecido a un abrazo.

Me desconcertó su recibimiento cuando solo unas horas antes había visto el regalo del día de la Madre sobre la encimera de la cocina. Sin abrir, por supuesto.

—¿Ha vuelto el *aita*? —No se me ocurría otro motivo para que estuviera tan contenta.

Mi *ama* se rio y me revolvió el pelo.

—No. Todavía tardará unas semanas, pero seguro que le encantaría estar hoy aquí.

Me asomé a la cocina. En el horno se gratinaban unos macarrones, mi plato preferido. Sin embargo, ahí seguía el caballito sin salir de su envoltorio. Las letras multicolores todavía felicitaban a una madre que continuaba sin mostrar interés alguno por saber qué había en el interior.

—Seguro que tienes hambre, hoy no has merendado —me dijo la *ama*

invitándome a sentarme a la mesa. Otra vez su mano revolviéndome el pelo con cariño.

Claro que tenía hambre, y claro que no había merendado. Solo lo hacía cuando venía a la salida del colegio a traerme el bocadillo, y eso era algo cada vez menos habitual. Suerte que mis amigos acostumbraban a tener merienda y compartían unos bocados conmigo. Por lo menos conseguía engañar al estómago para que no protestara demasiado.

—Vete a limpiarte las manos, anda. Yo te voy sirviendo el plato —me indicó, abriendo el horno. El aroma del queso gratinado me hizo la boca agua.

Corrí al lavabo y ni siquiera el agua fría logró aplacarme la euforia. Me sentía feliz, me sentía querido y valorado. No puedo decir que fuera una sensación totalmente nueva, pero sí que hacía demasiado tiempo que no la experimentaba.

—¿Qué tal en el cole? —preguntó en cuanto regresé a la mesa.

Me llevé unos macarrones a la boca. Estaban deliciosos y el queso dorado crujía, como a mí me gustaba. Ahora ya me da igual, pero entonces aquello me parecía una exquisitez digna de reyes.

—Nos lo hemos pasado muy bien. Hemos montado un mercado en clase. Yo atendía la pescadería. Vendía calamares, sardinas, mejillones y merluza. Ah, y gambas también. María decía que eran quisquillas, porque eran muy pequeñas.

—¿Qué divertido! ¿Y quién compraba?

—Pues los demás. Llevamos toda la semana pintando y recortando dinero de papel, y también todo lo que vendemos. Yo hice las sardinas, las peras y las monedas de veinticinco pesetas.

Mi madre me escuchaba con atención y asentía sin perder ese brillo en los ojos que tan poco habitual me resultaba. Pero ahí seguía el regalo sin desenvolver. Me dolía ver mis propias letras deseándole un feliz día de la Madre olvidadas junto al fregadero.

—Yo tengo una noticia que darte —me dijo de repente. Su sonrisa se hizo más radiante, el rostro entero se le iluminó—. Vas a tener un hermanito.

Tardé en responder. Me imaginé a una criatura con poco pelo y en pañales gateando por la casa y trepando por mis piernas. ¿Me gustaba la idea? Creo que sí, aunque tampoco me iba la vida en ello.

—¿Y qué será, niño o niña?

—No lo sé. ¿Tú qué prefieres?

Me encogí de hombros. La verdad es que me daba igual.

—Niña —dije al ver que aguardaba una respuesta.

—Yo también quiero una niña —reconoció mi madre acariciándose la barriga—. Tu padre prefiere un niño. Se lo han contado esta tarde por radio y se ha puesto muy contento.

Un sol de gran tamaño se dibujó en mi mente, un sol naranja que flotaba a escasa altura sobre un mar en calma. La silueta de un barco se recortaba sobre él. Allí estaba mi padre, en la cubierta, dirigiendo a sus hombres, que tiraban de redes repletas de destellos plateados... La magia de las ondas le habría llevado la noticia y seguro que esa noche brindarían con algún vino bueno para celebrarlo.

—¿Vendrá a mi cole? —pregunté. En cierto modo siempre había envidiado a quienes tenían hermanos o hermanas menores a los que proteger cuando alguien se metía con ellos.

—Claro. ¿La cuidarás? —Recuerdo que mi madre empezó a hablar como si supiera que se trataba de una niña. Lo hizo durante el resto del embarazo, y todos nos acostumbramos a hablar del futuro hermanito en femenino.

—Nadie le hará nunca nada malo —prometí. Me encantaba tener de repente una misión importante en la familia.

—Así me gusta —celebró la *ama*, regalándome un beso al retirarme el plato. Lo había dejado tan limpio que parecía recién salido del armario.

Nos disponíamos a comer el postre cuando sonó el timbre. Era Goyita, la mujer que vivía en el piso de arriba, esa vecina especial a la que siempre recurres cuando necesitas algo. ¿Cuántas veces me quedé en su casa cuando era pequeño y mis padres tenían que salir? Sería imposible contarlas todas.

—Enhorabuena, cariño... ¡Qué alegría! —Reconocí su voz en cuanto mi madre le abrió la puerta—. ¿De cuántos meses estás? Ay, esa tripita que ya empieza a crecer...

—¿Tú crees? A mí me parece que todavía no se me nota. Solo estoy de tres y medio... ¿Qué traes ahí, bizcocho? Pasa, pasa. No te quedes en la puerta.

Goyita se sentó a la mesa con nosotros y durante unos minutos todo fueron parabienes. Después las dos se levantaron y me dejaron allí, terminándome el bizcocho. Estaba riquísimo, como todos los que preparaba nuestra vecina.

—Aquí pondré la cuna, cerca del radiador —escuché a mi madre unos pasos más allá.

—Sí, sí. Que esté calentito. Ya te regalaré una manta que fue de mis hijos. Que no pase frío, que nacer en diciembre tiene lo suyo...

—Será de los pequeños de la clase.

De los pequeños... Con el dulzor del pastel inundándome la boca, volé mentalmente hasta el patio del colegio. No era difícil visualizar a los mayores incordiando a los más jóvenes. Eso no le ocurriría a mi hermanito, porque me emplearía a fondo para que todos le respetaran. Nadie se atrevía a robar el almuerzo o la pelota a un niño con hermanos o hermanas de más edad.

—Tendré que instalar un radiador en el cuarto de baño. ¿En el tuyo también hace tanto frío?

Goyita y mi madre continuaban su ruta por el piso. Aquí esto, aquí lo otro. Recuerdo que se me hacía extraño oír hablar de estufas cuando teníamos las ventanas abiertas para combatir el calor.

Estufas, cunas, cochecitos y biberones... El mundo acababa de cambiar en nuestra casa. Recuerdo que me daba cierto vértigo lo que se avecinaba, pero me hacía sobre todo mucha ilusión. La misma que destilaba mi madre y que contagiaba por todos sus poros. Me encantaba verla tan contenta.

*23 de octubre de 2018, martes*

La hoja se mece suavemente llevada por la corriente. Sus lóbulos tienen los extremos marrones, reseco, aunque la mayor parte de la superficie es todavía verde. Una hoja de roble. Una de tantas que caen en los últimos compases del otoño, para cubrir el mundo vasco con una tupida alfombra que anuncia la estación fría.

Cestero tiene la mirada fija en ella. En ella y al mismo tiempo en ningún sitio. Está furiosa consigo misma, decepcionada. Si no consigue frenar sus impulsos acabará por tener problemas.

—¿Cómo estás? —pregunta una voz tras ella.

Es Aitor.

Cestero se encoge de hombros y aparta su mochila para hacerle sitio junto a ella.

—Perdona. No ha sido el mejor espectáculo —reconoce.

—La culpa ha sido mía. Conociéndote ha sido imprudente por mi parte dejarte entrar al calabozo —la disculpa su compañero sentándose junto a ella, con los pies colgando hacia el agua.

—Ese cabrón me ha superado. No puedo con los tíos como él.

Aitor asiente. No es la primera vez que hablan del tema.

—Te toca demasiado de cerca.

La hoja de roble vuelve a atrapar la mirada de Cestero. Ha remontado el canal varios metros y pronto quedará fuera del alcance de su vista.

—Es una mierda —espetea la suboficial con un suspiro—. ¿Sabes qué es echarte a temblar cada vez que tu padre introduce la llave en la cerradura?

—Tiene que ser horrible —reconoce Aitor.

Cestero sacude la cabeza. Su mirada deambula por el canal sin un soporte donde fijarla. La hoja de roble se ha perdido en la distancia.

—No era cada día, pero sí muchos días. Llegaba tarde, cuando los demás ya

habíamos cenado y mi hermano y yo estábamos a punto de ir a dormir. — Conforme lo explica, un velo de lágrimas y rabia le nubla la mirada. Los recuerdos de aquellos días duelen—. Cuando el silencio era el único saludo sabíamos que llegaba la tormenta.

—¿Bebía?

—No. No te estoy hablando de alcohol. Era el juego. Se gastaba hasta el último céntimo en las tragaperras. Bebería, seguro que sí, pero el problema era la ludopatía.

—Las adicciones son lo peor.

Un suspiro llena el silencio y se adelanta a las palabras que se agolpan en la garganta de Cestero luchando por salir.

—Desprecios inaceptables. ¿Te imaginas llevarle la cena a tu pareja y que vuelque el plato sobre la alfombra? ¿Te gustaría que alguien te vaciara la libreta de ahorro y que cuando fueras a pedirle una explicación te insultara, te zarandeara y te escupiera que toda la culpa es tuya?

—Menudo cabrón. —Aitor se lleva la mano a la boca—. Perdón...

—No te disculpes. Era un infierno. Mi madre tenía que sacar dinero de debajo de las piedras para pagar sus deudas de juego. Y lo peor de todo tenía que ser la frustración de no poder pedirle explicaciones porque se volvía agresivo. —La ertzaina hace una pausa para tragar saliva—. Siempre callados, para no despertar a la bestia. Un jodido infierno.

Una ráfaga de viento agita los carrizos que flanquean el canal. Las garcetas que anidan entre ellos protestan. Algunas incluso alzan el vuelo para volver a posarse solo unos metros más allá.

—¿Por qué no lo denunció? —inquire Aitor.

Cestero se muerde el labio.

—No lo sé —se lamenta con un suspiro—. ¿Por qué Araceli Arrieta no denunció a su marido por malos tratos? ¿Por qué no lo hacen los miles de mujeres que sufren el terrorismo machista cada año?

—Las cosas están cambiando.

—A este ritmo harán falta siglos para que acabemos con esa mierda. Entretanto hay mujeres, niños y niñas que lo pagarán el resto de su vida. — Cestero se lleva la mano al corazón y da un par de palmadas—. Porque eso no se olvida. Se queda aquí para siempre.

Aitor le apoya la mano en la espalda.

—Lo siento, Ane.

La suboficial mueve afirmativamente la cabeza.

—Perdona que siempre te toque a ti aguantar mis penas.

—¿Para qué estamos los amigos?

Cestero esboza una sonrisa triste.

—Siento mucho lo que ha ocurrido en el calabozo. Se me ha ido de las manos.

—Quedará entre nosotros.

Su jefa está segura de que no es así. No estaban solos. El agente encargado de la custodia ha asistido al espectáculo. Si lo recoge en el acta, como manda el reglamento, se traducirá en problemas serios.

Durante unos minutos solo se oyen los graznidos lejanos de las garcetas y el baile de los carrizos a merced de la brisa. Un tren pasa cerca, la alerta del cierre de puertas en el apeadero llega claramente hasta los ertzainas, igual que el traqueteo de las vías cuando el convoy se aleja rumbo a Mundaka.

—¿Qué tal estás tú? Te he visto triste estos días —pregunta Cestero.

Aitor retira la mano de la espalda de su compañera y se lo piensa unos instantes.

—Las echo de menos, pero estoy bien —admite.

Cestero sabe que se refiere a Leire Altuna y la pequeña Sara.

—¿Cómo está Leire? ¿Sigue sin escribir?

—Está mejor. Va pasando el tiempo. Sara cumplirá pronto tres años.

Tres años. Han pasado ya tres años de todo aquello... Cestero repasa mentalmente su vida desde entonces. Ha resuelto algunos casos más, la han condecorado y ha ascendido a suboficial... Y nada más. No es poco para alguien de su edad, pero solo puede hablar de éxitos en el ámbito laboral. Su vida personal sigue siendo la de una adolescente que queda con las amigas para salir de fiesta y comparte piso con su hermano.

Está a punto de entrar en la treintena y todavía no tiene a alguien con quien compartir la vida. Los escarceos de sábado noche no escriben el futuro. Tampoco lo echa en falta, si algo ha aprendido en su casa es que sola se está mejor que mal acompañada. Pero a veces tiene miedo de arrepentirse de haberlo dejado para demasiado tarde.

—A ver si voy a verla cuando regresemos —apunta, volviendo a la conversación.

—Le hará ilusión. Te tiene mucho aprecio.

—Yo también a ella —reconoce Cestero. Si se ha distanciado de la

escritora es solo por miedo a remover en ella viejas heridas. La muerte del padre de su hija fue un golpe demasiado duro para Leire. Suerte que es una mujer fuerte, y suerte también que Aitor se convirtiera desde entonces en todo un ángel protector para ella.

—Nos vamos a casar —confiesa su compañero. El rubor se extiende rápidamente de sus mejillas al resto de su rostro.

Cestero lo mira con la boca abierta.

—¿Y no pensabais invitarme?

Aitor desvía la mirada hacia el canal.

—Tampoco haremos nada especial, solo ir al juzgado a firmar y poco más.

La suboficial esboza una sonrisa sincera. Todavía recuerda el día que descubrió que a su compañero le gustaba Leire. Hacía poco tiempo de la muerte de Iñaki, la pareja de la escritora, y Cestero le recomendó que no fuera deprisa.

—Enhorabuena... —Se alegra realmente por él. En los años que lleva en la Ertzaintza no ha conocido un compañero tan fiel como Aitor—. Creo que hacen falta testigos para una boda por el juzgado. Contad conmigo. Me gustaría acompañaros.

Unas pisadas en la gravilla los obligan a girarse.

—¿Qué hacéis, turismo? —pregunta Txema.

—Nos han dicho que estabais aquí —apunta Julia—. En casa del detenido no hemos encontrado nada que lo inculpe en el asesinato. ¿Vosotros tenéis novedades?

Cestero contiene la respiración y espera a que responda su compañero.

—El tipo no admite los malos tratos, y mucho menos el crimen —resume Aitor.

Txema entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

—¿Nada más? ¿No ha ocurrido nada reseñable?

Aitor cruza una mirada con Cestero. Es evidente que Txema ha sido informado de lo sucedido en los calabozos.

—Pues... —comienza la suboficial.

—Nada interesante para el caso —la interrumpe Aitor, zanjando el tema.

Txema lo estudia unos segundos en silencio. Después se gira hacia Cestero.

—Los maltratadores son capaces de sacar lo peor de nosotros, pero el reglamento está para cumplirlo —advierte con gesto serio.

Cestero le mantiene la mirada. Está en sus manos. Si decide denunciarla por

lo ocurrido en el calabozo le abrirán expediente y será apartada del caso. Una ocasión dorada para él si quiere hacerse con la dirección del grupo.

—¿Cómo lo veis? No creeréis que ese cabrón se cargó a las dos, ¿verdad?  
—pregunta el suboficial dando por cerrado el asunto del calabozo. Al menos por el momento.

—No, solo a su mujer —apunta Julia—. La mató y se aprovechó de la psicosis generada por el asesino del Tulipán para quitarse el muerto de encima.

—Yo estoy con ella —asegura Cestero.

Txema niega con la cabeza de manera ostensible.

—No olvidéis que tenemos esa discusión previa de la que hablan las vecinas. Eso apuntaría a un homicidio impulsivo, no planeado. Sin embargo, está ese tulipán en el jarrón... A ver si el tío va a ser inocente.

—Un inocente que maltrata a su mujer —le corrige Cestero.

Txema chasquea la lengua.

—Eso no lo convierte en un asesino. Además, ni siquiera hay denuncia previa.

—Ha sido él —sentencia Cestero.

—¿Y cómo consiguió el tulipán? —inquire Txema—. Tú misma averiguaste que no es fácil hacerse con uno en estas fechas.

La suboficial reconoce que tiene razón. Tal vez se esté obcecando.

—¿Y si lo cogió del ramo que el asesino dejó sobre la tumba de Natalia Etxano? —propone Aitor.

—Ese ramo estuvo desde la víspera en el tanatorio. Pudo haberlo sacado fácilmente de allí —reconoce Julia.

Txema se encoge de hombros.

—Puedes llevárselo a tu amiga, la florista. Que calcule cuándo fue cortado —sugiere dirigiéndose a Cestero.

La suboficial resopla. No le apetece tener que volver a pasar por la tienda de aquella estirada. Sin embargo, es necesario contar con esa información.

—Y otra cosa... —anuncia Txema, torciendo el gesto—. Si se confirmara que es violencia de género, no sería cosa nuestra. Tendríamos que pasárselo al comisario y su pandilla.

El tono despectivo en el que ha pronunciado las últimas palabras provoca a Julia:

—Eres gilipollas.

Cestero cruza una mirada cómplice con Aitor y trata de aguantar la risa que lucha por abrirse camino.

Txema se ajusta el nudo de la corbata y respira hondo.

—Y también soy tu superior.

Una melodía alegre acude al rescate. Julia se lleva la mano al bolsillo y comprueba que no se trata de su móvil.

—Es el tuyo, Cestero.

No es la primera vez que les ocurre. Ambas tienen la melodía que viene instalada por defecto.

—Cestero —se presenta la suboficial, respondiendo la llamada.

La pantalla muestra el número de su jefe.

—Dime que no es verdad. ¿Cómo se te puede ir la olla de esa manera? —El tono de Madrazo mezcla la ira con la incredulidad—. Joder, Ane, me dejas por los suelos. Los de Bizkaia querían a ese de la Interpol dirigiendo el equipo y yo luché para que fueras tú...

La suboficial siente que las cuerdas vocales se le congelan. Es incapaz de dar una respuesta satisfactoria. Esperaba esa llamada, pero no tan pronto. Las noticias han corrido demasiado. Txema y su corbata bien anudada se nublan frente a ella a través de un velo de lágrimas. Se siente dolida, traicionada y al mismo tiempo culpable por haber fallado a la confianza de Madrazo.

—Lo siento —musita a duras penas. Da unos pasos titubeantes para alejarse de sus compañeros, cuyas miradas siente fijas en cada uno de sus movimientos.

—Es de expediente, ¿sabes? ¿A quién se le ocurre agredir a un detenido en el calabozo?

—No lo he agredido. Solo...

Su superior no le deja terminar. No ha llamado para escuchar excusas.

—Me da igual. Hay salas de interrogatorios. ¿Por qué no lo llevaste a una sala? Ese tío será un cabrón, o lo que sea, pero como detenido tiene unos derechos.

—Lo siento —insiste Cestero. Se siente mareada, ve a su propia madre llorando, a su padre humillándola y a sí misma agazapada en una esquina aguardando a que pase la tempestad—. Se me ha ido de las manos.

El auricular da una tregua, Madrazo guarda silencio. Un estridente lamento brota con fuerza entre las cañas que crecen en la otra orilla del canal.

—¿Qué es eso? ¿Dónde estás? —inquire su jefe.

—Algún pájaro. Esto es Urdaibai.

—¿Un pájaro? Pensaba que estaban degollando a alguien. —Una nueva pausa, esta vez más breve—. Ane, no puedes andar así. Eres suboficial, tienes que dar ejemplo. Tu sangre caliente va a poner en peligro tu carrera. ¿Qué pretendes, irte a casa con un expediente abierto? Nuestro trabajo es duro, requiere mucha contención. ¿Crees que a los demás no nos pide el cuerpo golpear a un maltratador? Pues claro que sí. Pero no lo hacemos, controlamos nuestras emociones. ¿Por qué crees que yo hago surf cada día? Todos necesitamos tener una válvula de escape cuando nos dedicamos a un trabajo que requiere tanta templanza.

Cestero asiente en silencio. Sabe que tiene razón, y sabe que le va a costar estar a la altura. Su sangre entra enseguida en ebullición. Lástima no tener cerca su batería para desahogarse. Le vendrían bien unas cuantas canciones y otras tantas risas con sus amigas para regresar a la realidad con menos tensión acumulada.

—¿Quién me ha denunciado?

—No lo sé —apunta Madrazo. ¿Es verdad que no lo sabe, o no quiere decírselo? Lo segundo, decide Cestero, y no le culpa. Es mejor así. Está segura de que ha sido Txema, aunque siempre cabe la posibilidad de que haya salido de la propia comisaría.

—¿Me vais a apartar? —inquire asomándose al canal. El agua calma le devuelve su propio reflejo, que se diluye en mil pedazos ondulados cuando la gravilla que su propio pie arrastra rompe el delicado espejo. Mientras aguarda la respuesta, se gira hacia sus compañeros, que apartan la mirada al verse descubiertos. Los graznidos y reclamos que resuenan por doquier les impiden oír la conversación, pero no necesitarán ser muy avezados para comprender lo que está ocurriendo.

—Me has puesto entre la espada y la pared —confiesa Madrazo. Ya no parece tan enfadado, solo disgustado—. He tenido que oír que te propuse como jefe de grupo solo porque te metiste en mi cama.

—¿Que me metí en tu cama? —exclama Cestero, herida en su orgullo—. ¿Casi dos años saliendo contigo y el resumen es ese?

—Ane, no empecemos... Eso es lo que me han echado en cara desde Erandio, yo nunca resumiría así lo nuestro. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú quien me mandó a paseo porque no quería atarse?

Cestero aprieta el puño que el teléfono le deja libre. Respira hondo,

tratando en vano de insuflarse tranquilidad.

—Estoy harta de tener que dar explicaciones. ¿A que a ti no te ocurre? No, claro que no, porque eres un tío. Yo sí, cada día, cada hora, tengo que justificarme. Una mujer no puede ascender por méritos propios... Siempre flotará ahí la duda. Si dirijo esta unidad es porque me follé a mi jefe... Ponen en duda incluso que haya llegado tan joven a suboficial, como si no hubiera sido fruto de un proceso de oposición interna al que cualquiera de ellos podría haber optado.

Su jefe tarda en responder. Cestero se lo imagina asintiendo con los labios apretados, como siempre que está de acuerdo con ella. No es la primera vez, y seguramente no será la última, que tienen una conversación semejante. A pesar de que trataron de mantener su relación en secreto, enseguida se corrió la voz de que estaban juntos. Desde entonces todo han sido miradas suspicaces hacia ella, comentarios malintencionados. Y lo peor de todo es que quienes más difícil se lo han puesto han sido sus compañeras, de sus bocas han salido las insinuaciones más duras.

—Es envidia —sentencia Madrazo—. No hagas caso.

Ane resopla.

—Es una mierda.

—Deja que pase el tiempo —apunta su jefe antes de matizar sus palabras—. Más tiempo.

Cestero acaricia sus incisivos con el piercing. No quiere decir lo primero que le venga a la boca.

—Siento lo del detenido. No volverá a ocurrir. —Sabe que le costará cumplir su promesa, pero está decidida a hacerlo. No puede permitírselo.

—No me lo pongas más difícil. Por esta vez he conseguido pararlo. Podrías acabar expulsada del cuerpo. Has tenido suerte de que el encargado de la custodia no lo haya recogido en el acta y sea todo extraoficial. De lo contrario, estarías fuera. —Madrazo hace una pausa, larga, de las que dejan tiempo para pensar—. Eres la mejor, Ane. No la vuelvas a cagar.

*23 de octubre de 2018, martes*

La palma de su mano derecha acaricia el extremo superior de los tulipanes. Son rojos, de una intensidad solo comparable con su fragilidad. La corriente de aire los hace bailar suavemente, con elegancia y aplomo. Pronto se marchitarán. Su efímero ciclo vital se habrá completado y solo quedarán unos pétalos tristes que el tiempo terminará por derribar.

Debe darse prisa. Su obra todavía no ha hecho más que empezar y ya debe acelerar en busca del final. Es injusto eso de no tener tiempo de disfrutar del gran logro de tu vida. Pero no queda otro remedio, y lo sabía desde el principio.

Consulta una vez más las noticias en su teléfono móvil. ¿Cuántas veces lo ha hecho en los últimos minutos?

Nada, siguen sin vincular su trabajo del pasado verano con el de los últimos días. Los creía más avezados, tanto a los periodistas como a los policías encargados del caso. Sin embargo, ningún diario, ninguna televisión, habla de tres víctimas. Solo de dos, y, por si fuera poco, llegan a poner en duda que la mujer que hace solo unas horas ha lanzado al vacío sea obra suya. ¿Por qué se empeñan en no reconocer su mérito?

Tendrá que enviar esa foto. Le están obligando a hacerlo.

Acerca la nariz a los tulipanes. Su olor es tan sutil, tan amable. Le recuerda a las nueces recién cogidas del árbol y todavía sin madurar del todo. Jamás imaginó que su aroma haría que se sintiera tan bien.

La tijera está fría, su tacto no resulta agradable. Tampoco lo será para las flores, que comienzan a caer, víctimas de sus hojas de acero, para formar un ramo generoso. Las lágrimas acuden a sus ojos, no le sorprende. Los sentimientos bullen en momentos así. La tristeza se funde con la euforia, y el amor con el odio desgarrado.

No es fácil gestionarlos, ni lo será cuanto más se acerque al final. Sin

embargo, tiene que lograrlo, y sabe que lo hará. Su obra merece que lo haga.

*23 de octubre de 2018, martes*

Cestero cierra con cuidado la puerta del coche, igual que haría un furtivo que no deseara llamar la atención. Una sencilla azada y un cubo de playa serán sus compañeros en las próximas horas. También los aromas a fango y salitre que lo impregnan todo. La lluvia ha cedido el testigo a la bruma, unos jirones que flotan como fantasmas. El contraste de temperaturas entre el mar, aún templado, y el aire la convierte en un fenómeno habitual a estas alturas del año.

La ertzaina respira hondo y oprime el piercing entre los labios. No está asustada, pero sí nerviosa. Sabe que en cuanto ponga un pie en la arena estará haciendo algo ilegal y ya ha metido la pata bastante por hoy. Sin embargo, decidió hacerlo así la víspera, cuando comprobó que de poco servía observar a los furtivos desde la distancia. Son solo cuatro en la unidad y no pueden embarcarse en una redada contra unas personas que conocen la ría mucho mejor que ellos. Siempre queda la opción de pedir ayuda a la comisaría de Gernika, pero mientras no pueda tachar definitivamente a Olaizola de la lista de sospechosos, Cestero no quiere oír hablar de colaborar con su equipo. A quien sí han podido descartar es a la mujer del comisario. Lleva varios días en Madrid, una coartada que ha podido demostrar sin problemas.

Las heridas por lo sucedido en los calabozos y la posterior llamada de Madrazo están aún demasiado frescas. Necesita estar sola, ordenar sus ideas y ocupar la cabeza con otros asuntos que impidan que el sentimiento de traición se adueñe de su mente. Y para eso, no se le ocurre nada mejor que una inmersión solitaria en la noche de Urdaibai. Antes de salir del hotel ha estado a punto de avisar a Aitor de sus intenciones. Sin embargo, ha descartado la idea al verlo en plena videoconferencia con su prometida. Allí estaba Antonius y sus ladridos, claro. ¿Para qué preocuparlo si en realidad no piensa

correr ningún riesgo? Además, su compañero se hubiera empeñado en acompañarla, y no quiere involucrarlo en algo que contraviene las normas.

La arena se hunde ligeramente con cada pisada de la ertzaina.

Las siluetas de los mariscadores se ven cada vez más cerca. Ninguno ha reparado en su presencia. Necesita llamar su atención. Se acerca a uno de ellos y comienza a hurgar torpemente con la azada en el suelo.

—¿No tienes más sitios adonde ir? ¿No ves que este lugar ya está ocupado?

La ertzaina celebra haber logrado su primer objetivo: entablar conversación.

—La ría no es tuya —replica, reprochándose en el acto su brusquedad. Debe mostrarse esquiva, como haría cualquier furtivo, pero si quiere lograr información de aquel hombre necesita dejar alguna puerta abierta.

El mariscador la observa desafiante.

—Pues no tienes mucha idea. Aquí no encontrarás nada —se burla el hombre, dándose la vuelta para alejarse—. ¿Y adónde vas con un cubito de crío? Como te toque salir corriendo ya verás dónde acaban tus almejas.

La ertzaina deja caer la azada y se apresura a ir tras él.

—Perdona. Soy una borde. Es la primera vez que vengo y estoy un poco nerviosa...

El mariscador se detiene. Vuelve a mirarla, esta vez con más curiosidad que irritación, y le tiende la mano. Se trata de un hombre de mediana edad, con entradas marcadas y manos ásperas y firmes. A pesar de la escasa luz, Cestero no pasa por alto su expresión cansada, esa que se dibuja en el rostro de quienes han visto demasiadas veces cómo la fortuna los esquiva al pasar a su lado.

—Todos llegamos nerviosos a nuestra primera noche... Soy Pedro —se presenta con un firme apretón—. Si no quieres irte con el cubo vacío ve más hacia la orilla. Aquí no hay casi nada.

—Gracias. Es que no sé cómo hacerlo, pero necesito el dinero. Estoy embarazada y... —Su propia mentira la sorprende.

—Enhorabuena —celebra el hombre con escaso entusiasmo—. Yo tengo tres. ¿Es tu primer hijo?

—Sí, el primero. Y estoy sin trabajo...

La escasa luz anaranjada que reflejan las nubes le permite ver que Pedro asiente.

—Eso es lo que nos trae a todos aquí. Toda la vida currando en una

fundición y llegan los rusos y la compran. Sabes lo que viene después, ¿verdad? Un ERE, claro. A la calle con una mierda de indemnización. Ayer tuve una entrevista de curro y me dijeron que era mayor. ¡Mayor! Cuarenta años... Está la cosa muy difícil. Y licencias para marisqueo ya no dan. O vienes de noche o no hay nada que hacer.

—Claro.

—¿Qué voy a hacer? ¿Ponerme a pedir? Con esto al menos me gano la vida y puedo pagar los estudios a mis hijos.

Cestero no puede creer la suerte que ha tenido. Con Pedro será todo mucho más fácil de lo que esperaba. Solo tiene que conseguir que la conversación gire hacia donde ella quiera.

—¿Quién te compra las almejas? —pregunta. El silencio del mariscador delata que ha ido demasiado rápido—. Quiero decir... Cuando tenga el cubo lleno, ¿a quién se lo puedo vender?

La silueta de otros dos furtivos se recorta a lo lejos, en el límite de la bajamar. Ambos con su inconfundible azada corta y su posición encorvada.

—Tranquila. Yo me ocuparé de ello. Me pasas a mí tu cosecha y mañana hacemos números. Y no esperes llenar el cubo en tu primera noche. Para cuando quieras darte cuenta, la marea cubrirá estos arenales y no podrás coger una sola almeja más.

—Preferiría venderlo yo directamente.

—En ese caso tendrás que buscar algún restaurante que te las compre. Aquí cada uno tenemos nuestros clientes.

—Pensaba que habría alguien que lo compraría todo y después se ocuparía de venderlo...

El furtivo suelta una risita por lo bajo.

—Qué va. No estamos tan organizados. Aquí cada uno va a su aire. Dame tu teléfono, anda. Te echaré una mano.

—Gente libre —zanja Cestero, disimulando su chasco. Si no hay alguien que dirija a aquellos hombres, y quizá mujeres, tendrá que borrar el marisqueo nocturno como posible móvil del crimen. Si ya resulta poco probable que un traficante de moluscos en grandes cantidades asesine por proteger su negocio, aún más lo es que lo hagan unos parados en busca de un puñado de euros.

—¿Saben los tuyos que estás aquí? —inquire el mariscador mientras hace una llamada perdida al número de teléfono que le ha dado Cestero—. ¿Ves ese agujero en la arena? Ahí tienes una almeja. Eso es, dale ahí a la azada.

La ertzaina frunce el ceño. Su instinto se acaba de poner alerta. ¿A qué viene esa pregunta? De pronto se arrepiente de no haber llevado consigo su arma reglamentaria.

—No, no he dicho a nadie que venía —reconoce agachándose a cribar la arena con su propia mano. Tiene un tacto extraño. No es tan granulada y áspera como la de la playa, sino pegajosa y fangosa. Desagradable. Pero ahí está, redondeada y fría, su primera almeja.

—Enhorabuena. Ya tienes unos cuantos céntimos —indica Pedro sacando un paquete de Ducados del bolsillo—. ¿Fumas...? Claro que no, el niño. Mejor. Yo debería dejarlo. —Se lleva ambas manos a la cara para encenderlo. Con una lo protege, con la otra le aproxima el mechero—. No me extraña que no hayas querido decir a nadie que venías a por almejas. Yo llevo meses mariscando y nadie lo sabe. Mi familia cree que voy a la fábrica, al turno de noche. No quiero que mis hijos sepan que soy un fracasado. —Da una larga calada, pensativo—. Busco almejas y berberechos las horas que me lo permite la bajamar y el resto de la noche lo paso en el coche, intentando dormir un rato. A las seis y media abro la puerta de casa, como hacía antes de que esos cabrones me echaran como a un perro.

Cestero recorre la marisma con la mirada. Otro furtivo se acerca poco a poco. Deambula, como todos ellos, de aquí para allá, agachándose una y otra vez en un movimiento que parece mecánico.

—No eres ningún fracasado.

—Lo soy.

—Claro que no. Tus hijos estarían orgullosos de ti.

Pedro deja escapar una amarga risita antes de propinar una última calada al cigarrillo. Después lo apaga contra la suela de la bota e introduce la colilla en un paquete de tabaco vacío que va a parar a un bolsillo.

—Los hijos nunca están orgullosos de sus padres.

La ertzaina no puede evitar pensar en su propia familia. La realidad da la razón al furtivo.

—Oye, la periodista asesinada os daba mucha caña, ¿no? —comenta Cestero volviendo a agacharse a por una segunda almeja. Contiene la respiración a la espera de la respuesta.

—Bastante —reconoce el furtivo—. Y consiguió que la Ertzaintza viniera alguna vez a identificarnos. Ya me dirás qué daño hacemos. A la ría no le pasa nada porque unos pobres parados saquemos unos cuantos kilos de almejas y

berberechos. Pero ella erre que erre, a por unos pobres desgraciados en lugar de a por los poderosos. Como si no hubiera en Gernika sinvergüenzas a los que denunciar... Menos mal que últimamente empezó a dar caña también a los narcos. Esos sí que son peligrosos.

Cestero aguarda unos instantes a que la respuesta se asiente. Pedro le acaba de regalar una vía que no piensa desaprovechar.

—Pensaba que eso eran elucubraciones de Natalia. ¿De verdad hay narcos aquí?

—Claro. Y como no les metan mano pronto, esto va a parecer la bahía de Algeciras —protesta el mariscador mientras se agacha a por una almeja. La limpia en un charco y se la entrega a Cestero—. Toma, anda, que te vas a ir sin nada.

La suboficial no va a permitirle cerrar tan pronto el asunto de la droga.

—¿La poli no hace nada contra eso?

Pedro suspira.

—Esa gente de la droga tiene demasiado poder. Ya sabes. Tú ven varias noches seguidas y podrás verlo con tus propios ojos.

—¿Los has visto alguna vez? ¿En serio? —inquire Cestero dejando la azada.

—¿Alguna? —se mofa el furtivo. Su dedo índice apunta hacia la orilla opuesta de la ría. Un tenue halo naranja, formado por millones de partículas de agua en suspensión, rodea cada farola. El resto se halla sumido en una completa oscuridad. Un mundo de sombras donde el mar y la tierra se abrazan en un intrincado laberinto de canales y marismas que la bruma hace aún más infranqueable.

—Cuando los ves ahí es que toca desembarco.

Cestero no comprende a quién se refiere.

—Yo no los veo —reconoce forzando la vista.

Pedro lanza un escupitajo al suelo.

—Los pescadores. Cualquiera que sepa un poco de mar sabe que con bajamar no se pesca. Ya me dirás qué pintan unos tíos con la caña echada en plena noche y con más arena que agua a la vista...

Ahora sí, la ertzaina repara en ellos. Están ahí, apostados de uno en uno, cada veinte o treinta metros.

—Cogen sitio con la marea baja. Después, cuando el nivel del agua sube y

permite la navegación, llega la lancha a toda velocidad, pasa junto a ellos y continúa casi hasta Gernika.

—¿Y son narcos?

Pedro suelta una amarga risa nasal.

—Lo de *Fariña* se queda corto con el montaje que tienen esos tíos.

—¿Y la Ertzaintza...?

El furtivo vuelve a escupir. Después se lleva la mano al bolsillo y saca un nuevo cigarrillo que acaba en sus labios.

—Estarán en el ajo... ¿Qué esperas? Se preocupan más por nosotros. Alguna vez los he visto entrar con la patrullera a la ría. Y tengo entendido que hace unas semanas interceptaron la lancha en Murueta. Pero no encontraron nada, claro.

—¿Y la droga?

Pedro se encoge de hombros.

—Ni idea. Esos tíos saben lo que hacen.

Cestero trata en vano de obtener más información. O Pedro no sabe más o no quiere compartirlo con alguien a quien acaba de conocer.

—¿Crees que han sido ellos quienes se han cargado a la locutora? —plantea Cestero volviendo a escarbar con la azada.

—Cuando se tiene tanto poder y tantos enemigos siempre se acaba mal —zanja antes de alejarse con el cigarro entre los labios.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

El Cantábrico no está especialmente generoso esa mañana. Las olas que envía a golpear la costa son escasas en altura y cantidad. Julia lo sabía antes de salir, lo ha visto desde la ventana del dormitorio, cuando todavía era noche cerrada. Sin embargo, ahí está, aguardando con paciencia estoica a que el mar le ofrezca alguna serie de las buenas. No es la única. Tumbados sobre sus tablas hay otros surfistas. Media docena. Los conoce a casi todos. Son muchos años madrugando para ir a cabalgar olas antes de entrar a trabajar. Salvo ese del neopreno verde y la tabla naranja, que será alguno de los muchos americanos que se acercan a probar la famosa ola izquierda de Mundaka, podría rezar el nombre de cada uno de ellos.

Antes había más chicas entre los madrugadores. Estitxu, Lorea, Loli... Ellas sí han sido madres. Ahora se las encuentra paseando con sus carros por el pueblo, pero no entre las olas. Al pensar en eso se lleva instintivamente una mano al vientre y no puede evitar una fugaz sensación de vacío.

¿Cuándo ha sido la última vez que alguien le ha preguntado si ella no pensaba animarse? No hará mucho tiempo, es una constante en los últimos años. Está cansada de que le recuerden que le falta algo. Cansada y desanimada.

Lo peor es cuando se le acercan dando por hecho que ser madre es su mayor deseo y tratan de animarla por no haber conseguido todavía una pareja con quien dar el paso.

¿Y si no quiere ser madre?

Ese es el problema, precisamente, no haber dado todavía con respuesta a una pregunta que hace cuatro años no se hubiera hecho. No, entonces tenía claro que quería ser madre y que iba a serlo.

Mientras su mente se fustiga a la deriva, el sol se dispone a nacer. El astro rey se intuye entre las nubes que coronan Ogoño, un cielo agrietado que augura

un día poco lluvioso. De forma gradual los colores van adueñándose de un mundo que hasta hace unos minutos era un triste compendio de grises.

—¡Ya vienen! —alerta Iker, uno de los que no falla a la cita diaria con el Cantábrico.

El grupo de habituales se mira y decide que Julia tenga el privilegio de estrenar las olas hoy. Entre las muchas normas no escritas que rigen el surf, existe la de la cortesía de ceder las mejores olas a los mejores surfistas.

Julia dirige la vista hacia la isla de Izaro, una meseta rocosa varada mar adentro. Es verdad. Parece que las olas rompen ahora con más fuerza contra sus acantilados.

Mira el reloj. Le quedan diez minutos. Lo justo para darle tiempo a surfear una de las olas de esa serie antes de irse a trabajar.

Le vendrá bien. ¿Por qué habrá tenido que regresar Txema? ¿Cuántas veces se ha despertado esa noche pensando en él, imaginando conversaciones en las que le echaba en cara el daño que le hizo? No quiere sentirse así. Daría lo que fuera por que volviera a desaparecer para siempre.

¿Seguro?

Ni siquiera ella está segura de que sea eso lo que quiere.

Y eso es lo que más duele.

Tiene frío. La espera comienza a pasarle factura. Nada un poco sobre la tabla, busca el mejor lugar para poder subirse a ella sin molestar a los de alrededor. No es difícil, no en octubre. En verano, cuando son decenas los surfistas que inundan la playa, es complicado. Tanto que a veces Julia olvida su afición y la cambia por la piragua. Remar también le relaja, pero no tanto como el surf.

La serie llega por fin. Son tres olas, como siempre; tres olas separadas entre sí por varios segundos. Rema con los brazos hacia la primera. Es tarde. Ya está rompiendo. Sujeta con fuerza la tabla y se introduce bajo la espuma. La adrenalina corre inquieta por sus arterias. Después de casi veinte minutos esperando la serie no puede permitirse perdérsela.

Emerge algo más allá, justo a tiempo para bracear un poco y encarar la segunda ola. Es mayor que la primera, una de las buenas. Y esta vez llegará a tiempo, está segura.

—¡Vamos, Julia! —se anima a sí misma.

Es una ola izquierda, como todas en Mundaka. Para cuando quiere darse cuenta está de pie en la tabla, en la cresta de la ola. Tiene ante sí una bajada

de varios metros. La tabla se lanza a toda velocidad, siempre hacia la izquierda, siempre hacia delante. El Cantábrico no tarda en formar un tubo sobre ella, está dentro del mar, en el corazón de la ola. La velocidad es de vértigo, el mundo ruge a su alrededor, huele a mar y a libertad. Durante unos segundos todo se detiene, no hay más realidad que el tubo de agua por el que desfila. Y al final todo acaba, la ola rompe y se deshace en una espuma que lo tiñe todo de blanco.

Está feliz. Siente el poder sobre el mar. Lo ha domado, igual que quien se enfrenta a un caballo salvaje y lo hace suyo.

El reloj le anuncia que su tiempo se ha agotado. Ocurre demasiado a menudo, cuando el Cantábrico comienza a mostrarse generoso llega la hora de ir a trabajar.

Nada hacia la orilla. La playa se ve desierta, todavía no han llegado los paseantes matinales. Los primeros son siempre los que sacan al perro, después les tocará a los jubilados. Pero ahora no hay ninguno.

Camina por la arena mojada, dejando las huellas desnudas de sus pies dibujadas en ella.

—¡Julia!

La agente se gira para comprobar que quien va tras ella es Aimar Berasarte, periodista de Radio Gernika. Lo conoce hace tiempo, de casi toda la vida, en realidad. Fueron compañeros de instituto, aunque nunca fue santo de su devoción.

—Me han dicho que estás trabajando en el caso del asesinato de Natalia —dice Aimar acercándose con su tabla bajo el brazo.

Julia y él no son los únicos surfers en la cuarentena. En los últimos años muchos otros, más hombres que mujeres, se han sumado a la afición de cabalgar las olas.

—¿Eso dicen? —dice la ertzaina.

—¿Hay novedades?

—No muchas.

—¿No me las cuentas?

—No puedo, ya lo sabes.

—La gente quiere saber. Nunca había pasado algo así por aquí. No te imaginas cuántas llamadas recibimos cada día en la emisora... Dentro de un rato, cuando empiece mi programa, tendré las líneas de teléfono saturadas.

Julia no necesita que se lo diga para saberlo. También ella vive en

Urdaibai, también ella va a comprar cada día y a tomarse un café a media mañana. La vida en Gernika, Busturia, Mundaka y todos los pueblos de la comarca está patas arriba. ¿Cómo no va a estarlo en un valle donde las noticias suelen girar en torno al campeonato del mejor tomate o la crisis de los astilleros de Murueta? Es inevitable. No se habla de otra cosa y la alarma social se ha vuelto insoportable.

—Deberíais tener más cuidado con lo que publicáis —espetea Julia.

—Yo no publico nada, solo lo cuento.

—Es lo mismo. Estáis aprovechando esta mierda para ganar audiencia. Y eso es seguirle el juego al asesino.

—Yo solo difundo la información que me llega. Dame algo real, algo que pueda calmar a la gente, y ganaremos todos.

Julia se detiene y apoya la tabla en la arena.

—La jueza ha decretado el secreto de sumario. Aunque quisiera no podría contarte nada.

—Tonterías. Una y otra vez se filtran datos de investigaciones bajo secreto de sumario.

—No por mi boca —se defiende Julia.

—Nadie sabrá que has sido tú. Y créeme, tú también ganarías. *Gernika Hoy* es el programa más escuchado. ¿Sabes lo que supone que yo te elogie ante el micrófono? La poli más popular de la comarca, la salvadora de nuestra gente... ¿Quién no quiere ascender?

La agente arruga los labios en un gesto de asco. Lo que menos soporta de personajes como Aimar Berasarte es esa necesidad de sentir el aplauso de los demás, a menudo a costa de su propia decencia. El locutor ya era así cuando iban juntos a clase y por lo visto no ha cambiado un ápice.

—A mí lo único que me importa es hacer bien mi trabajo —espetea Julia.

Aimar muestra una mueca burlona.

—Pues ya van dos muertas. Si tu curro es llenar Urdaibai de cadáveres te estás cubriendo de gloria.

Julia abre la boca para replicar. No llega a hacerlo. Sabe que no serviría de nada.

—Que te jodan —dice entre dientes volviendo a ponerse la tabla de surf bajo el brazo.

El periodista la observa alejarse sin ocultar una sonrisa.

—Estás muy guapa con ese traje —sentencia alzando la voz—. Muy guapa.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

Hay ruido. Mucho. El propio de un bar a primera hora de la mañana. Los clientes entran y salen, el molinillo de café apenas disfruta de alguna tregua efímera, y el volumen del televisor está demasiado alto. La mujer del tiempo habla de lluvias; menuda novedad. Algún parroquiano se queja de que hace semanas que no ve el sol y el de la barra le replica que es lo que toca en noviembre. Pues antes no era así, esto es cosa del cambio climático. ¿Qué no era así? Venga, hombre, si nos pasábamos todo el año bajo el sirimiri... Conversaciones de mañana, charlas de café, que tienen lugar sin apenas mirarse a la cara, uno sin parar con la cafetera y los otros removiendo con la cucharilla o con la mirada clavada en la televisión.

—Échame un poco de agua bendita, anda. Así te limpio la taza —pide uno empujando la taza vacía hacia el tabernero, que vierte un chorro de orujo blanco en ella.

—¡Hoy toca, hoy toca! El que salga por la puerta sin su cupón se va a arrepentir esta noche —exclama el ciego. Ya está en su puesto, junto a la puerta, montando guardia para que nadie se le escape.

—Hostia, Crespo, mira que eres pesado... Con eso no se juega. Dame uno, anda, que si toca nos lo vas a restregar toda la vida.

El de los cupones se ríe.

—Mirad a Venancio. Él sí que sabe. Los demás a seguir currando mientras el tío se va en su yate al Caribe.

—Cada mañana igual. Será cabrón, el tío. Venga, dame uno. No, ese no. El mismo que a Venancio, no vaya a ser que le toque a él y a mí no.

—Vaya... Si está aquí mi policía favorita... —El saludo va acompañado de una caricia en el tatuaje de Cestero. Es tan sutil, tan etérea, que la ertzaina siente que se le eriza el vello de la nuca.

Se gira dispuesta a protestar, pero no llega a hacerlo. El gesto divertido del

tatuador, que forma un escudo con ambas manos para defenderse de la bronca que sabe que va a llegar, se lo impide.

—Anda, tómate un café y deja de decir tonterías —se limita a decirle haciendo un esfuerzo por ocultar la sonrisa que lucha por aflorar a sus labios.

—Ponme uno solo —pide Raúl.

—Y a mí lléname la taza otra vez, por favor —interviene Cestero. Lo necesita. Ha dormido pocas horas y siente que se le caen los párpados.

El camarero responde cuadrándose ante ellos, suelta un «a mandar», y continúa sacando tazas y platillos del lavaplatos.

—Contrata un ayudante, hombre. ¿No ves que no llegas? Vas a ser el más rico del cementerio —espeta el que apura el orujo.

El que echa monedas en la tragaperras se gira hacia la barra.

—Pues espérate a que lleguen las del ayuntamiento con sus tostaditas con mantequilla y mermelada. Entonces sí que lo desbordan.

—Los funcionarios y sus desayunos interminables... —protesta alguno.

—Eh, cuidado con lo que decís. Ya está bien de leyendas urbanas. Deberíais ver nuestro ritmo de trabajo. Si midieran la productividad de... — se enzarza uno que lee el diario sentado a una mesa.

No le dejan terminar la argumentación. Está en clara minoría.

—Ya salió el defensor de los imposibles... Venga, hombre, que en el juzgado os los rascáis a dos manos —se queja el pintor, ataviado con un buzo blanco, que acaba de salir de los lavabos.

Cestero se felicita por que el caso que la ha llevado a Urdaibai no monopolice esa mañana las conversaciones. La alarma social es la peor enemiga para una investigación en curso. Que hablen de los funcionarios, del último fichaje del Athletic o de lo cara que está la vida; lo que quieran mientras no contribuyan a que el miedo se instale entre la población.

—Todavía te estoy esperando. ¿Cuándo vas a venir a que te lo complete? — La mano de Raúl vuelve a dirigirse hacia el tatuaje de Cestero, pero ella se retira antes de que llegue a acariciarle la piel.

—Ya veremos.

—¿Y la oferta de dar una vuelta en barco tampoco la vas a aceptar? Podríamos ir a San Juan de Gaztelugatxe, al cabo de Matxitxako, a la isla de Izaro...

Cestero tuerce el gesto. No le apetece explicar que se mareaba cada vez que sube en algo que flota.

—Prefiero tener los pies en tierra firme.

—¿Y si te propongo ir a escalar?

Esta vez logra despertar el interés de la suboficial.

—Ya veremos —dice la ertzaina ocultando con la taza de café la sonrisa que se le escapa. Hace semanas que no escala. La última vez, en las paredes graníticas de Aiako Harria, se lesionó la muñeca y desde entonces no ha vuelto a trepar montañas. La propuesta de Raúl hace que recuerde lo mucho que le apetece, pero ¿cómo ha podido saber que es el único deporte que practica?

—Definitivamente, serías un buen policía —admite Cestero tras fijarse en las durezas de sus propias manos que, muy probablemente, la han delatado.

—Eso es un sí —celebra Raúl—. ¿Cuándo quedamos?

—Mira, Gernika —indica el pintor.

Todos, también el ciego, se vuelven hacia el televisor. Las conversaciones triviales se disipan como la niebla de la mañana en cuanto despuntan los primeros rayos de sol. La ertzaina comprende en el acto que la alarma estaba ahí, solo hacía falta escarbar un poco con la uña para darse de bruces con ella.

—Hostia, tu bar —le dice alguien al tabernero—. Todavía te harás famoso. Y, mira, la furgoneta de Venancio. Ya la tenía en doble fila el tío.

El interpelado protesta mientras algunos se mofan de él. El de los cupones dice que pronto no tendrá que dejar mal el vehículo porque podrá comprarse todos los aparcamientos del pueblo. Y, entretanto, el presentador habla de una extraña conexión gallega.

—Ahora resultará que el asesino es don Manuel Fraga —bromea alguno.

—Ese ya murió, animal. Esto es cosa de drogas, lo he dicho yo desde el principio. A ver quién me lo discute ahora.

Cestero intenta oír a través del nudo de conversaciones cruzadas.

—Sube el volumen —ordena girándose hacia la barra.

—A mandar.

Un reportero, con la catedral de Santiago de Compostela como fondo, explica que meses atrás se produjo en Galicia un extraño crimen, aún sin esclarecer. Cestero no entiende qué puede tener eso que ver con el caso que la ocupa hasta que aparece en pantalla una mujer amortajada en su féretro. Un tulipán rojo destaca sobre el sudario blanco. Nadie había dado importancia a ese detalle hasta que hace unas horas un anónimo ha enviado la foto a *El Faro de Vigo*.

—No puede ser una coincidencia, ¿no? —apunta el tatuador.

Cestero no le contesta. Su mente corre a toda velocidad: busca conexiones, trata de establecer los pasos a dar y lamenta las dificultades que puedan surgir a partir de ahora. Dos regiones, dos cuerpos de policía, dos jueces...

Resopla y saca el teléfono del bolso. Hace rato que está sonando.

Es Txema. Siempre llega el primero, cualquiera diría que lo echan de la cama a patadas. Habrá sabido de la noticia y querrá ponerla al día.

—Cestero —saluda la ertzaina.

—Hay novedades.

—Lo acabo de ver en la tele —dice la suboficial saliendo del bar.

—¿En la tele? No puede ser. Si acabamos de saberlo.

—Pues lo han contado en las noticias.

El auricular se satura con el suspiro del policía.

—¿Quieres soltarlo tú o lo libero yo mismo?

Cestero arruga la frente.

—¿De qué me hablas? ¿A quién quieres soltar?

—Joder, pues al maltratador. ¿No dices que lo has visto en las noticias?

—Creo que no hablamos de lo mismo. ¿Qué pasa con ese? ¿Otra vez el mono?

La víspera, a última hora, mientras Cestero se dirigía a las marismas, recibió una llamada de los del turno de noche. José Manuel estaba fuera de sí en su celda, golpeándose la cabeza y rogando desesperado una dosis de heroína.

Txema chasquea la lengua al otro lado del teléfono.

—Qué va. Sigue adormilado. Los médicos le suministraron una buena dosis de calmantes. Pero aparece en las grabaciones del Eroski. Es verdad lo que contaba. Tiene coartada para la hora del crimen.

Cestero no puede evitar pensar en su propia madre.

—¿Y los insultos? ¿Y los golpes en el domicilio de Araceli poco antes de que se arrojara al vacío?

—Lo sé. Pero no se sostiene como prueba. El tipo estaba en el supermercado mientras su mujer se precipitaba por la ventana.

—Estamos descartando demasiado rápido el suicidio. ¿Y si Araceli no aguantaba un solo desprecio más? ¿Y si se lanzó al vacío cuando se quedó sola en casa? —apunta la suboficial a la desesperada.

—Tenemos el tulipán en la escena. Fue un asesinato.

Cestero arruga los labios. Sabe que tiene razón. Hay que soltarlo, y le duele hasta el tuétano. No se le ocurre un inicio peor para la jornada.

—Suéltalo tú mismo —decide resoplando—. Y mejor si lo haces antes de que yo pueda cruzármelo por los pasillos.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

Julia apenas tiene tiempo de poner el primer pie en la comisaría cuando comprende que algo va mal. Los compañeros con los que se cruza en el pasillo le dirigen miradas cargadas de preocupación.

—Mira —la saluda Txema, girando hacia ella la pantalla de su ordenador. Su rostro lo dice todo, está furioso.

La agente se reconoce al instante. El neopreno negro cubriendo cada centímetro de su cuerpo, el cabello empapado, cayendo desordenado hasta sus hombros, y la tabla de surf bajo el brazo. Una imagen que hace que sienta una vez más el salitre en su boca. Libertad. Sin embargo, el titular que la acompaña es demoledor:

LA POLICÍA SE DEDICA AL SURF MIENTRAS  
LAS VÍCTIMAS SE SUCEDEN EN GERNIKA.

Un poco más arriba, el logotipo deja poco lugar a dudas. Es el Twitter de Radio Gernika.

—¡Qué hijo de perra!

—Tu foto se ha hecho viral: una de las integrantes del equipo investigador dedicándose al surf en lugar de perseguir a los malos. Imagínate el efecto en la gente de la comarca. Al menos estás muy guapa... —añade el suboficial, arrastrando hacia abajo la página.

Julia ve desplegarse decenas de comentarios. No pierde el tiempo en leerlos todos, pero en un rápido repaso comprueba que ninguno es agradable. Quienes no critican la escasa diligencia de la policía se dedican a piropear a una agente convertida de pronto en icono sexual.

—Ha intentado chantajearme y como no he cedido ha publicado esta mierda —explica furiosa.

El suboficial chasquea la lengua antes de preguntar.

—¿Quién es?

—Aimar Berasarte.

Julia le cuenta el encuentro en la playa con el locutor que sustituye a Natalia Etxano. Su interés por obtener información vetada al resto, su insinuación de que podría dinamitar su imagen.

—Es un trepa. Lo ha sido siempre —resume. ¿Para qué entrar en detalles y explicar que ya en el colegio trataba de quedar siempre por encima del resto a costa de lo que hiciera falta?

—Pues el asesinato de Natalia le ha venido de perlas —apunta Txema—. De la noche a la mañana se ha convertido en el presentador del programa más escuchado de todo Urdaibai, con el morbo añadido del asesinato de su compañera. Es evidente que no le importa trepar sobre los cadáveres que quedan a su alrededor.

Pasos. Es Cestero, que cuelga su chubasquero en el perchero y se dirige hacia ellos resoplando.

—¿De qué van esos de Radio Gernika? A ver si no vamos a poder hacer lo que nos dé la gana en nuestro tiempo libre... —exclama la de Pasaia.

—Lo siento —musita Julia. Sus sentimientos cabalgan entre la culpa y la irritación.

—Ni se te ocurra disculparte por eso —la regaña Cestero. Tiene unas ojeras marcadas—. Quiero saberlo todo sobre ese tipo. Sobre todo si tiene coartada. La muerte de su jefa le ha dado una popularidad que deseaba con fuerza. Y parece que le gustan las redes sociales... No olvidemos la retransmisión del crimen del tren por Facebook Live.

Silvia acaba de llegar. El aroma acre del café que lleva en la mano se extiende por la sala.

—Muchos asesinos disfrutan poniéndose en el foco. Los hay capaces de todo por vanidad y protagonismo. Podríamos estar ante alguien así —sugiere entre sorbo y sorbo de la taza.

Cestero golpea con los nudillos en la mesa.

—A por él. Si quiere ponernos una bomba bajo los pies, le va a explotar en los morros —zanja con decisión.

Txema asiente. Le gusta la idea. A Julia también.

—¿Has liberado al maltratador? —pregunta la suboficial.

—Ahora mismo acabo de hacerlo —apunta Txema—. Menuda mañana de

novedades, ¿no? Tenemos el caso patas arriba. ¿Qué os parece lo de Galicia?

—Ojalá sea una invención para vender más periódicos y no tengamos un asesino que se mueve por todo el país —confiesa Cestero frunciendo los labios—. Aitor está hablando con la Guardia Civil. Quizá se trate solo de una casualidad. Algunos periodistas son capaces de encontrar vínculos donde no los hay. El morbo da dinero.

—Ojalá sea solo eso —musita Julia. Nunca antes ha tenido que trabajar en un caso con ramificaciones fuera de la jurisdicción de la Ertzaintza, pero sabe que no será fácil. La burocracia lo haría todo más lento y farragoso.

—El patrón temporal no encaja —apunta Silvia—. Si estamos ante un asesino serial es muy extraño que haya dejado pasar tres meses entre un crimen y otro, y solo cinco días entre los siguientes.

No tienen tiempo de discutirlo más, porque Aitor aparece por la puerta del fondo.

—Menuda historia... Vais a alucinar —anuncia apoyándose en la mesa. Sus compañeros le apremian con la mirada—. Todo ocurrió en una fiesta religiosa. ¿Habéis oído hablar de la romería de los muertos? —Aguarda una respuesta que no llega—. Yo tampoco. Pues es una procesión en una aldea recóndita de la provincia de Pontevedra, Santa Marta de Ribarteme. Lo curioso del caso es que hay fieles que se introducen en ataúdes para que los lleven a hombros, simulando su propio entierro.

—¿Qué dices! ¿En serio? —profiere Cestero. Ahora comprende la imagen del féretro abierto que alguien ha filtrado a los medios.

Txema ha tecleado algo en el buscador y varias imágenes de tan tétrica romería ocupan su pantalla.

—Hay que echarle ganas para meterse ahí dentro —interviene Julia, fijándose en la apariencia de verdaderos cadáveres de quienes desfilan en ataúdes.

—Pues la víctima era una de ellas. Al terminar la procesión comprobaron que estaba muerta de verdad. Y tenía el tulipán ese encima.

—¡Joder! —exclama Cestero imaginándose la estampa.

—Primero pensaron en un infarto o algo así, pero la autopsia delató envenenamiento —continúa Aitor—. Tetratoxina, el veneno del pez globo. Habían colocado una pequeña ampolla bajo el forro del ataúd. Una aguja hipodérmica se ocupó de asesinarla en silencio.

—¿Y no se dio cuenta al pincharse?

Aitor se encoge de hombros. No ha podido conseguir tanta información por teléfono.

Julia mira a Cestero, expectante. ¿Cuál será el camino a seguir ahora?

La suboficial tarda un tiempo en responder. Tiene la mirada perdida en el ordenador, que continúa mostrando una imagen de la romería de los muertos, aunque parece no ver nada.

—Mañana me iré a Galicia —anuncia finalmente. A pesar de decirlo convencida, no está segura de que los de arriba puedan hacer las gestiones necesarias tan rápido. La colaboración entre los distintos cuerpos policiales resulta tediosa.

—¿Y los demás? —pregunta Txema.

—Vosotros tenéis suficiente por aquí —decide Cestero—. Hay demasiados frentes abiertos. Hablad con las familias. Necesitamos buscar vínculos entre Natalia y Araceli y ver si algo las conecta con el caso de la romería. Julia, tú vete a hablar con la familia de la locutora; Txema, tú con la de Araceli.

—¿Y Aitor? —inquire el suboficial con gesto contrariado.

Los labios de Cestero se arrugan. Por un momento parece que va a darle una mala respuesta. Sin embargo, se recompone.

—Aitor va a por el locutor. Y mejor si hace un poco de ruido; que sepa que lo tenemos en el punto de mira. Así se lo pensará dos veces antes de difamar a Julia o a cualquiera de nosotros.

Txema no ha terminado:

—¿Y tú? —pregunta mirando el reloj. Su gesto da a entender que aún queda mucha jornada por delante.

Julia aparta la mirada, incómoda. ¿A qué juega su compañero?

—¿Yo? —le desafía Cestero—. Yo continuo al frente de esta unidad, mal que a alguno le pese. —Una pausa en la que cualquier director de cine habría introducido el rechinar de unos dientes—. Si no te parece mal, yo voy a tratar de averiguar si existe realmente una banda de narcos operando en la ría. Ese sería otro vínculo entre ambas víctimas, un tanto débil, pero ahí está. Natalia denunciaba el narcotráfico y Araceli es la mujer de un consumidor. No sería extraño que el tipo traficara para pagarse sus dosis y que tuviera cuentas pendientes.

—Un poco cogido con pinzas, aunque es mejor que nada —admite Aitor.

—El tipo de crimen encajaría con el narcotráfico. El miedo por el miedo para controlar las zonas donde operan. Y las rías gallegas entrarían de lleno en

ese mapa. La gallega podría ser otra víctima a la que silenciar o de la que vengarse y el tulipán, un aviso a navegantes —argumenta Cestero.

—Por el momento no hemos encontrado evidencia alguna de que exista narcotráfico a tal escala en Urdaibai —discrepa Julia.

Algo en la expresión de Cestero le dice que calla algo. La suboficial abre la boca como si se dispusiera a hablar, y vuelve a cerrarla enseguida.

—¿Qué opináis del asunto de los terrenos para el nuevo museo? —pregunta Aitor. ¿Está acudiendo al rescate de la jefa con el cambio de tema?—. Algunos creen que hay mucho dinero en juego.

Txema niega con la cabeza.

—Hum, lo de Galicia parece apuntar en otra dirección...

—Y otros elementos —interviene Silvia—. Tenemos un asesino metódico, calculador, con una firma y una puesta en escena cuidadas. No me encaja con un constructor que mate por simples intereses económicos.

—Sí, nuestra responsabilidad es investigarlo, pero tampoco le dediquemos demasiado tiempo —admite Cestero—. ¿Quién está comprando los terrenos? ¿Quién está filtrando los posibles emplazamientos? ¿Lo haces tú, Julia?

La agente evita torcer el gesto, aunque no recibe el encargo de buena gana. Si la suboficial no le otorga valor como posible móvil, ¿para qué perder el tiempo en ello?

Cestero se vuelve hacia Aitor.

—Y tú sigue también con el comisario. No podemos descartarlo porque no tenga relación aparente con la segunda víctima. ¿Ha recibido algún paquete en los últimos días? Esos tulipanes han tenido que llegar a Gernika de alguna manera. Julia... ¿No sabrás si Luis Olaizola es aficionado a la jardinería?

—No le pega. Siempre está hablando de salir a pescar. Es más de mar que de tierra.

La suboficial oscila ligeramente la cabeza, encoge los hombros y suspira. Es la clara imagen de la duda.

—Habría que buscar plantaciones de tulipanes —decide—. Y no será fácil. Para que florezcan en esta época habrán tenido que crecer en un entorno cerrado y con climatización. Creo que Aitor puede contarnos algo más sobre este tema.

Su compañero abre un cuaderno y consulta un esquema que ha escrito a bolígrafo.

—Sí, he estado documentándome y tengo que deciros que se trata de una

flor apasionante. Estamos ante una planta que no es nada sencilla. Al contrario, su cultivo requiere de unos cuidados que echarían para atrás a cualquiera que no tenga la paciencia como virtud. —En este punto alza la mirada hacia Cestero y le guiña el ojo. La suboficial le devuelve una sonrisa. No, ella no lo intentará—. Nuestro asesino, si es que realmente los ha cultivado personalmente, habrá necesitado un buen sistema de climatización. Las primeras semanas, además de una oscuridad casi absoluta, los bulbos precisan una temperatura constante de ocho grados centígrados. Y eso en pleno verano, no olvidemos que para que hayan florecido a estas alturas del año, habrán sido plantados en plena temporada estival.

—Joder con los tulipanes... —masculla Txema.

—Uy, esto es solo el principio. No quiero aburrirlos, pero hay mucho más —admite Aitor pasando páginas del cuaderno—. Hay que cuidar mucho la humedad, la calidad de la tierra, la fertilización... Una vez que termina la etapa de frío, necesitan luz y una temperatura de catorce grados. Y así otra temporada, hasta que se quiera forzar la floración.

—Que se logrará subiendo aún más la temperatura —aventura Julia.

—Premio. Pero solo unas horas al día, para simular el día y la noche. Con la iluminación se hace lo mismo, durante las horas de sol, potencia al máximo, y después oscuridad total. —Aitor lee algunos apuntes más para sí mismo, y sacude la cabeza—. Complicado, muy complicado. A mí me ha picado el gusanillo, la verdad.

—¡Yo, ni loca! —exclama Cestero.

—Pues no os he hablado de las plagas, virus y otros problemas que pueden darse...

Silvia ha garabateado algunos apuntes en la pizarra y se gira hacia los demás.

—Todo esto nos da pistas muy interesantes sobre el asesino que buscamos. Es paciente y metódico. Ha de cuidar su creación durante meses para obtener la flor que desea. No es alguien que deje nada a la improvisación.

—Eso no es bueno para nosotros —admite Cestero.

—Algún cabo suelto habrá dejado —la anima Julia—. Tendríamos que empezar a buscar invernaderos o algo parecido.

Aitor arruga los labios.

—Podría ser un simple trastero, un garaje... Mientras tenga luz y una atmósfera controlada...

—¿Y si ponemos a mis compañeros de comisaría a buscarlo? —propone Julia—. Nosotros no llegamos a todo.

—Nos odian —apunta Cestero.

—No es verdad. Solo están dolidos por la falta de confianza en ellos que han demostrado los de arriba en este caso —defiende Julia.

—¿Quién os odia? —La voz llega desde el pasillo.

Todos se giran hacia allí.

—¿Qué haces tú aquí? —inquire la suboficial, con cara de sorpresa.

Julia no puede evitar reírse.

—¿Os conocéis? —pregunta, cogiendo por el hombro al recién llegado—. ¿Cómo lo haces para correr tanto? Una chica nueva en la oficina y el tío ya le ha echado el anzuelo.

—Pero... —Cestero sigue sin comprender—. ¿Cómo has entrado?

Ahora es él quien suelta una carcajada.

—Soy ertzaina. Trabajo en esta comisaría. Soy uno de esos que dices que os odian.

Julia interviene para matizar la explicación:

—Es mi pareja. En el trabajo, eh, que yo con este no quiero nada. Si no me hubieran destinado a esta unidad, estaría con él en alguna investigación.

Raúl se aparta de ella fingiendo enfadarse.

—¿Por qué me pintas tan mal? Si soy un santo varón.

—Santísimo —apunta Julia riéndose y obsequiándole con un beso en la mejilla—. Como compañero eres el mejor, de eso no puedo quejarme.

—Entonces ¿lo de los tatuajes...? —pregunta Cestero.

Julia vuelve a reírse. Tiene la impresión de que podría transcribir la conversación que su jefa y Raúl han mantenido en el bar con puntos y comas. Lo ha visto en acción demasiadas veces como para equivocarse.

—En realidad el estudio lo lleva mi socio. Lo montamos juntos, pero cuando saqué plaza en la Ertzaintza se lo quedó él. Yo le echo una mano siempre que puedo —explica Raúl.

La suboficial dibuja por fin una sonrisa y suspira.

—Has conseguido engañarme.

El tatuador hace un gesto de victoria.

—Un agente raso contra la jefa de una unidad especial...

Un chasquido de Txema se ocupa de recordar a todos dónde están. El suboficial se aprieta el nudo de la corbata y se da la vuelta.

—Cuando terminéis con vuestros flirteos y podamos regresar al trabajo me avisáis —señala dirigiéndose a su ordenador.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

La vieja fábrica de tejas duerme junto a la ría. La vía del tren, esa en la que murió asesinada Natalia Etxano, discurre a los pies de la gran chimenea de ladrillo. Ya no vomita humo alguno. Hace lustros que dejó de hacerlo.

Un convoy silba entre los árboles de ribera y obliga a las dos ertzainas a detenerse ante el paso a nivel. Los raíles vibran y sueltan extrañas notas metálicas conforme se aproxima. Algunas aves zancudas, garcetas en su mayoría, alzan el vuelo, contrariadas por la profanación de su descanso. La locomotora suelta un silbido al pasar junto a Cestero y Julia, el maquinista las saluda alzando la mano. Después todo se sume en un silencio que las invita a cruzar hacia los viejos muelles.

Son sencillas pasarelas de madera, algunas encorvadas por el paso de los años, que se adentran en la ría en forma de gráciles ciempiés. La pleamar de esta mañana apenas permite ver sus patas, que se pierden en un espejo de agua que devuelve su imagen. Se volverán largas y estilizadas cuando el agua se retire y deje al descubierto los lodos del fondo.

—De pequeña venía mucho por esta zona. Mi padre tenía una barca con unos amigos y la amarraban aquí. —Julia apoya la mano en el poste de madera del primer embarcadero. Es solo una de la docena de estructuras similares, a cual más sencilla—. En verano pasábamos más tiempo aquí que en casa. A veces le acompañaba a pescar, otras me quedaba con mi madre jugando por la hierba... Murueta me trae buenos recuerdos.

Cestero esboza una sonrisa. Sus ojos recorren la lámina de agua hasta detenerse en una pareja de patos que nada junto a unos carrizos. Más allá, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo, y rodeadas por una verja venida a menos, se yerguen las grúas y estructuras gigantes del astillero de Murueta. Los ruidos que emergen de allí, todos de un marcado tono fabril, son los únicos que ponen su contrapunto al ritmo de la naturaleza.

—Perdona, te estoy contando mi vida... En realidad quería hablarte de Luis Olaizola, el comisario. Por eso he insistido en salir de la oficina —confiesa Julia con gesto apenado. También su mirada ha recalado en los patos, y los sigue en silencio durante un par de minutos—. Me duele lo que te voy a explicar... Olaizola es una buena persona, nos ha tratado a todos siempre con un cariño que ya quisiéramos de cualquier jefe. No creo que haya en todo Euskadi una comisaría con mejor ambiente que la de Gernika. —Una nueva pausa, una nueva mueca de tristeza—. Pero en los últimos tiempos no ha sido él. Se obsesionó con Natalia Etxano, no fue capaz de superar la ruptura...

—Me dijo que dejaron de verse de mutuo acuerdo —apunta Cestero.

Julia niega con la cabeza.

—Fue ella quien lo dejó. No sé por qué sería, pero fue ella, eso sin duda. Y no fue una ruptura amistosa. ¿Por qué si no azotar cada mañana al pobre Olaizola a través de las ondas como hizo hasta el día de su muerte?

—Para marcar distancias. Por lo que decís todos, la relación era un secreto a voces en Urdaibai. Tal vez Natalia tuviera necesidad de gritar a los cuatro vientos que ya no ponía los cuernos a su marido.

Los patos ya no están. Han echado a volar cuando una barca ha pasado demasiado cerca al regresar al embarcadero. El pescador descarga un cubo azul tan viejo como su barca con las capturas del día. Desde donde se encuentran, Cestero y Julia no alcanzan a ver el contenido, aunque se intuye exiguo. El cigarrillo colgando de los labios, la barba blanca y el gorro de lana le dan al hombre el aspecto que cualquiera esperaría en un viejo lobo de mar, el extra perfecto para una película marinera.

—Olaizola lo pasó mal —continúa Julia—. Nos encargó seguimientos a Natalia. Nunca nos explicó los motivos, pero creo que necesitaba entender por qué lo había abandonado. Quizá creyera que había algún otro... Se malgastaron recursos de la comisaría en un tema personal.

—¿Me estás diciendo que se destinaron agentes a seguir los pasos de la periodista?

—Día y noche —confirma Julia—. Durante semanas fuimos su sombra.

Cestero frunce el ceño.

—Entonces, el día que fue asesinada alguno de vosotros vería cómo fue abordada.

—No. Unos días antes se nos ordenó que dejáramos de seguirla.

—¿Quién lo hizo? ¿Por qué? ¿Habíais descubierto algo?

—El mismo que nos había ordenado que la investigáramos: Luis Olaizola. Y no, no hubo nada que motivara el cambio de criterio. Al menos que nosotros supiéramos.

El pescador pasa junto a ellas con su cubo y su cesto de mimbre. Un saludo escaso, sin mediar palabra, antes de continuar su camino sin apresurarse. Su paso deja impregnado el ambiente de un aroma acre a tabaco frío y pescado.

—¿Crees que pudo ser él quien la mató? —interviene Cestero.

Julia aprieta los labios. La duda se cuele en su rostro, pero enseguida sacude la cabeza.

—No. Él sería incapaz de algo así. Sin embargo, creo que Olaizola permitió que un tema personal lo cegara. Malgastó horas de nuestro trabajo a costa de sacrificar otras investigaciones más necesarias.

La suboficial comprende a qué se refiere.

—Como el narcotráfico. ¿Me equivoco?

—No había agentes disponibles. Los recortes y los seguimientos a Natalia comprometieron esa investigación —admite Julia—. Interceptamos en dos ocasiones la lancha en la que supuestamente entra la droga. Sin resultados. Claro, lo hicimos como entraría un elefante en una cacharrería. Solo nos faltaba una pancarta anunciando qué día y a qué hora íbamos a cruzarnos en su camino.

—Cuando se trabaja sin medios las cosas salen así.

Julia asiente con una mueca de fastidio.

—Somos pocos y la mitad estaban destinados a seguimientos absurdos.

—¿Y nadie se enfrentó a Olaizola?

—Yo solo soy una agente rasa.

—¿Y los oficiales, los suboficiales...? ¿Es que nadie tuvo valor para decirle que sus problemas personales los resolviera él?

Julia se encoge de hombros. Sus ojos hablan de vergüenza, igual que esos labios curvados hacia un lado.

—Teníamos la impresión de que podía tener información, fruto de la relación que mantuvieron, y quisimos creer que estaba intentando desvelar algo importante, no vigilar a su ex. Le debíamos esa confianza.

Cestero trata sin éxito de ponerse en su lugar. Está claro que Luis Olaizola ha creado en Gernika un ambiente de trabajo poco habitual en una comisaría.

—Vamos a tener que informar de esto a los de arriba —apunta la suboficial.

—Lo apartarán —se lamenta Julia—. Pobre Olaizola, te juro que no lo

merece.

—Seguro que no, pero no ha sido profesional. Mientras dedicaba recursos a espiar a la locutora, puede que una banda de narcos se haya hecho fuerte en Urdaibai. Ahora tenemos al menos dos muertes que...

—Bueno, a ver si Olaizola será ahora el culpable de todo —interrumpe Julia, dolida.

—Yo no he dicho eso —aclara rápidamente Cestero—. Sin embargo, creo que no debe seguir al frente de una comisaría. Lo que ha hecho es una clara malversación de medios y caudales públicos.

Ella misma se sorprende de la moderación que ha conseguido imprimir a sus palabras. Sabe que su compañera le aprecia y no desea herirla, pero cree que Olaizola es culpable, al menos de omisión y dejación de sus funciones.

—Hay algo más —anuncia Julia—. ¿Sabes que la mujer del comisario es la abogada de una de las constructoras con más intereses en el asunto del nuevo museo?

Cestero resopla.

—¿Y me lo dices ahora?

—Hace media hora que hemos valorado ese tema como móvil por primera vez —protesta Julia.

La suboficial asiente. Tiene razón. Su teléfono está vibrando. Es Aitor, debe de haber llegado al cementerio, donde tendrá lugar en unas horas el entierro de Araceli Arrieta.

—Ane, ha llegado antes que nosotros —anuncia su compañero.

—Dime que es mentira. —Cestero siente el jarro de agua fría cayendo sobre su cabeza. Le hiela los hombros, la espalda, las piernas... Tenían que haber dispuesto la vigilancia sobre la tumba desde el primer momento. Han tardado demasiado y ha vuelto a ganarles la partida.

Aitor no se esfuerza en reconfortarla:

—Ojalá lo fuera. Solo hay un ramo sobre la lápida: uno de tulipanes, tan rojos y tan frescos que tu amiga la florista solo podrá decir que acaba de cortarlos.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

Las orgullosas formas pétreas del castillo de Arteaga asoman entre los árboles que custodian la carretera. La luna menguante brinda a la torre un hermoso tono plateado, ideal para un cazador de instantáneas nocturnas con las que lucirse en Instagram. A Cestero, en cambio, la estampa solo logra acelerarle el pulso.

Apaga el motor del Renault Clio. No debe ir más allá. Los contundentes acordes de Belako se extinguen de inmediato. Ya no es una joven cantando al volante, sino una ertzaina a punto de zambullirse en una operación de riesgo.

De manera casi mecánica, comprueba que su arma reglamentaria esté cargada y se palpa los bolsillos para asegurarse de que lleva el móvil. La torre se cuele orgullosa a través del parabrisas. Un murciélago revolotea a la caza de los insectos que un pobre farol atrae a una muerte segura. No se ve más movimiento. Cestero tampoco lo espera. Los narcotraficantes habrán elegido algún lugar menos expuesto como centro de operaciones.

—Vamos allá —se dice abriendo la puerta.

A pesar de hablar en voz alta, lo hace para sí misma. No hay nadie más en el coche. Todavía se reprocha no habérselo explicado a sus compañeros. Lo que se dispone a hacer es una locura. Tal vez no pueda contar con Txema para una operación tan descabellada, pero seguro que Aitor y Julia la habrían acompañado si se lo hubiera pedido.

Ya es tarde, en todo caso. No es momento de replantearse su plan.

Coge del maletero la pequeña azada y elige el sendero que se interna entre las marismas, un mundo de canales intrincados entre bancales cubiertos por plantas de ribera. El laberinto de agua se despliega enseguida ante ella. La orientación no va a resultar tan sencilla como esperaba. Aquello no tiene nada que ver con las imágenes de satélite que ha consultado antes de salir de la comisaría.

Un ruido la obliga a detenerse en una de las continuas bifurcaciones. ¿De qué se trata? Un martilleo, suave pero constante. Está tan concentrada que apenas es capaz de reírse de sí misma cuando repara en que no es otra cosa que sus propios dientes.

Las nubes se han disipado, tal vez por varios días o tal vez durante solo un par de horas, y el frío golpea con fuerza la reserva de la biosfera. Es un frío húmedo contra el que difícilmente se puede luchar, empapado por la bruma espesa que flota sobre las marismas.

La parte buena de aquello es la luna. Por primera vez en varios días, su luz natural baña el paisaje, permitiendo caminar sin linternas delatorias.

Un viejo molino de marea aparece entre los carrizales. Es una construcción alargada, de dos alturas, dispuesta a modo de puente sobre el canal que desagua una gran balsa que se llena con la marea. Hay luz tras las ventanas del piso superior, la destinada a la vivienda del molinero y su familia. El farol que ilumina la fachada blanca es similar a los que flanquean la pista asfaltada que llega hasta él desde la carretera cercana.

Cestero toma nota mentalmente del lugar. Habrá que hablar con los moradores del molino. Tal vez ellos hayan visto movimientos extraños que puedan relacionarse con el supuesto tráfico de estupefacientes.

La llamada de alguna ave nocturna hiende el silencio. Le responden otras desde distintos lugares de la marisma, un coro afónico y desordenado que solo cesa cuando los faros de un coche se filtran entre los carrizales.

La ertzaina se agazapa tras un zarzal. La trayectoria del vehículo lo lleva a apenas unas decenas de metros de allí. Puertas abriéndose y cerrándose, voces quedas...

—Buenas noches. ¿Te has perdido? —La voz la deja petrificada. No lo ha oído acercarse.

Su primer impulso es llevar la mano a la empuñadura de la pistola. Lo refrena antes de completar el gesto, no puede echar por tierra el plan al primer contratiempo.

—No... Vengo a por almejas, como todos —miente tratando de que su nerviosismo no impregne sus palabras.

La luna otorga un enfermizo aspecto blanquecino al rostro de aquel hombre que la observa sin atisbo de simpatía. Una cicatriz le une una oreja con la otra pasando por los labios, grotesca sonrisa que se esfuma cuando el intruso da un paso al frente y la sombra de la rama que la dibuja desaparece de su cara.

—Yo no andaría por aquí de noche. Vete a saber con quién te puedes encontrar. Para buscar almejas, mejor la otra orilla —indica el tipo señalando la azada que Cestero se ha ocupado de hacerle ver.

—Vaya —reconoce Cestero a regañadientes. Aun sin cicatriz alguna, el rostro de aquel hombre no inspira confianza.

El vigilante, porque no hay duda de que lo es, está plantado en medio del sendero. Sus palabras no admiten discusión, a pesar de disfrazarse de amabilidad le están ordenando que se dé la vuelta y regrese por donde ha venido. Además, está esa mano que no saca del bolsillo y que la ertzaina supone empuñando un arma.

—Gracias por avisar. Así no pierdo el tiempo en balde —se obliga a decir Cestero antes de emprender el camino de regreso.

No es agradable sentir la mirada del vigilante fija en la espalda. Ya no tiene ninguna duda. Allí está ocurriendo algo. Continúa caminando hasta que unos matorrales envuelven sus pasos. Solo cuando está segura de que nadie la sigue, abandona el camino principal y se escabulle por una senda secundaria.

Avanza encorvada entre las plantas de ribera. Los carrizos son altos y densos, ofrecen un buen escondrijo. De todos modos, se detiene cada pocos pasos a escuchar en la noche, y solo cuando está segura de que no hay nadie cerca vuelve a emprender el paso. La orientación en aquel mundo acuático resulta tan difícil como esperaba. Los canales se suceden como capilares que llevarán la vida hasta los rincones más insospechados de la marisma. Uno tras otro, Cestero se ve obligada a sortearlos o saltarlos para poder mantener el rumbo. La luna, fija en el cielo, su única guía. Quiere llegar al apostadero de los pescadores que no lo son, aquellos a quienes vio desde los arenales de los mariscadores. Presiente que no se encuentra lejos.

De pronto se detiene en seco. Ha oído voces. Dos hombres. Están cerca. Se pone de rodillas y apoya las manos en el suelo. Lo que sea con tal de pasar desapercibida. El olor a tierra húmeda es más intenso ahí abajo, igual que el ruido de los pasos que se aproximan.

—Pequeñaja, con un tatuaje en el cuello y un piercing aquí.

Cestero reconoce la voz. Es el vigilante de antes, y se siente identificada inmediatamente con la descripción.

—¿Poli?

—Imposible. No hay polis tan poca cosa. ¿No hay un mínimo de altura? Era

una mariscadora. Llevaba una de esas azadas con las que buscan sus berberechos. Parecía novata. Se ha acojonado en cuanto me ha visto.

—Habrá que darles un toque. Esta zona no se pisa. Pensaba que les había quedado claro. Tienen el resto de la ría para ellos. ¿Te has asegurado de que se iba? —Una pausa—. Eso es un no... Venga, no me jodas. Vamos a dar una vuelta por si está todavía merodeando.

La ertzaina se muerde la lengua hasta hacerse daño. Ha sido una inconsciente. Si aquellos dos dan con su Clio aparcado junto al castillo se lanzarán como sabuesos en su busca y no se detendrán hasta dar con ella.

Oye sus pasos acercándose. Acaricia conscientemente el metal de la empuñadura del arma y contiene el aliento.

Trata de calcular a qué distancia se encuentran. Es difícil solo con el sonido, pero parece evidente que están a menos de diez metros.

El gorjeo inoportuno de una garza le roba el ruido de los pasos. Descorre el seguro de la USP Compact de nueve milímetros. La adrenalina despierta todos sus sentidos, la siente extenderse por todo su ser a la velocidad del rayo. En unos instantes todo se irá al traste.

Nunca ha matado a nadie. Esta vez, sin embargo, podría tratarse de ella o ellos. Si la descubren espiándolos, y armada, no tendrán piedad. Ese tipo de gente no suele tenerla.

La garza continúa empeñada en complicar su plan. ¿A qué distancia estarán? Si no se han detenido deben de encontrarse ya a apenas un par de pasos de Cestero. Respira hondo, apoya en el suelo la mano que el arma le deja libre y se prepara para ponerse en pie de golpe.

La suerte está echada.

O ella o ellos.

*Un día de julio de 1985*

—Mi padre llega nadando hasta la isla de Izaro.

—Pues el mío ha visto ballenas.

—¡Sí, hombre! Las ballenas solo existen en los cuentos.

—¡Mentira! Aquí ya no quedan, porque las exterminaron hace muchos años, pero en Gran Sol...

Discutíamos entre zambullida y zambullida, con las olas rompiendo cerca y el frescor del Cantábrico abrazándonos hasta la cintura. Más allá no nos permitían bañarnos. Las corrientes, la resaca, las olas... Los motivos para no hacerlo eran diferentes según el padre o la madre que estuviera cerca, pero todos parecían terribles. A los mayores les dejaban un poco más de libertad, tampoco mucha, aunque la suficiente para que pudieran jugar a impulsarse con las olas. Con seis años era pronto, estábamos condenados a quedarnos cerca de la orilla.

—¿Hacemos un castillo? —propuso Amaia.

A los demás nos pareció una buena idea y corrimos hacia la arena. Así pasábamos las tardes de verano, entre chapuzones y construcciones en la orilla. Otras veces jugábamos a policías y ladrones en las dunas o íbamos a comprarnos un polo a la camioneta de los helados. Si tenías suerte, podía tocarte otro, y algo tan sencillo nos hacía tanta ilusión como si nos hubiera caído el gordo de la lotería de Navidad.

Aquella tarde estábamos cinco amigos, así que el muro exterior del castillo no tardó en estar construido. Aunque lo llamábamos así, castillo, en realidad no era más que una gran muralla tras la que nos protegíamos de las olas. Cuanto más alta la hiciéramos, más tardaría la marea ascendente en llevársela por delante. Y la construcción de aquel día fue de las que recordaríamos durante el resto del verano. Alta y fuerte. O quizá fueran las olas las que tuvieran menor fuerza que otros días, porque tardaron tiempo en arrasarlo.

Recuerdo que nos encontrábamos tras la muralla, reforzando un tramo que

una ola había dejado maltrecho, cuando apareció Ainara. Llegaba emocionada, corriendo y dando saltos de alegría.

—¡Yo también tendré un hermanito!

—¿En serio? —pregunté dejando el cubo de lado.

—Sí, en Navidad. ¿Y el tuyo, cuándo nacerá?

—Creo que en diciembre —apunté. Había oído algo así a mi madre.

—Navidad es en diciembre. Igual nacen el mismo día —aventuró Gorka.

—No, el mío nacerá antes. La mía —corregí—, mi madre dice que será una niña.

—¡Qué suerte! Yo también quiero que sea chica —protestó Ainara.

—¿Qué han elegido tus padres? —inquirió Gorka.

Los demás estallamos en una carcajada.

—Eso no se elige, tonto.

—¿Y cómo sabes que la tuya nacerá antes? —quiso saber Amaia.

—Porque hace muchos días que sé que tendré una hermana, y Ainara acaba de enterarse.

No puede negarse que se trataba de una argumentación perfectamente lógica cuando se tienen solo seis años de edad.

Estábamos tan entretenidos con nuestra conversación que no nos percatamos de que aquella ola llegaba con tanta fuerza hasta que saltó por encima de la muralla y nos empapó. Como siempre que ocurría, estallamos en un griterío desordenado y salimos en estampida hacia la arena seca. En apenas unos segundos nuestro castillo había desaparecido bajo el azote del Cantábrico.

La madre de Ainara debía de haberles dado la noticia al resto de padres, porque cuando llegamos en busca de las toallas estaban todos felicitándola y acariciándole la tripa. Decían que ya se le notaba más gorda, pero yo no veía nada raro. Tampoco a mi madre.

—Tomad, id a compraros un Popeye. Hoy invita el hermanito de Ainara —nos dijo la embarazada entregándole a su hija dos billetes de cien pesetas.

—¡Bieeen!

—¡Viva!

Y así se fue la tarde en la playa de Laida, entre helados, correrías y baños de ola. Fui feliz, muy feliz.

—¡Hola, *ama!* ¿Sabes que Ainara también tendrá un hermanito? —exclamé en cuanto mi madre me abrió la puerta de casa. Estaba deseando contárselo. Seguro que se pondría contenta.

No respondió. Solo se dio la vuelta y se alejó hacia el salón.

Me recuerdo avanzando lentamente por el pasillo, consciente de que esa noche no iba a ser de las que se olvidan fácilmente. A pesar de encontrarnos en pleno verano, me dio la impresión de que hacía frío en casa. Claro que lo hacía, era un frío atroz, de los que brotan del alma y contagian un desasosiego que perdura con el paso de las horas.

—Dice que nacerá en Navidad. ¿A que la mía llegará antes?

Pronuncié aquellas palabras sin convicción, temía una mala respuesta. Lo que jamás hubiera imaginado es que sería tan cruda como lo fue.

—Le tenías envidia —musitó. Su mirada estaba fija en el televisor apagado, que le devolvía su propio reflejo. Nunca antes la había visto con unas ojeras tan marcadas, supongo que de llorar sin nadie que la consolara.

—¿A quién? —pregunté en mi inocencia. No entendía nada—. ¿A Ainara?

Siguieron unos minutos de silencio. No me atrevía a marcharme a mi cuarto, tampoco a abrir la boca ni a moverme de allí. Me encontraba de pie en una esquina del salón, junto a la puerta. El tictac del reloj de pared discurría con una lentitud exasperante. Y ella allí, hundida en el sofá, tan ausente que su presencia era un aullido insoportable. De no ser por esa respiración profunda y esos leves temblores de labios, cualquiera hubiera dicho que no era más que un cadáver.

—Le tenías envidia, ¿verdad? —repitió—. No podías aguantar que ocupara tu lugar. Por eso la has matado.

No entendía nada, solo que todo aquello sonaba horrible.

—¿A quién? —pregunté con las lágrimas inundando mis cuerdas vocales. Comenzaba a comprender la gravedad del mensaje.

—La has matado. Eres un monstruo.

No sé qué me resultaba más doloroso, el odio que escupían sus labios o que ni siquiera fuera capaz de dirigirme la mirada.

—Yo no he matado a nadie. ¿Dónde está mi hermanita? —rompí a llorar como no lo he hecho jamás. Y no he derramado pocas lágrimas en mi vida, pero nunca tan amargas como las de aquel día.

Recuerdo el tacto cálido de su piel cuando me abalancé sobre su vientre y

lo abracé para cubrirlo de besos. ¿Qué había sucedido con esa hermanita que vivía allí dentro? ¿Dónde estaba? ¿Por qué decía mi madre que había muerto?

Su calor apenas duró unos segundos, los que tardó en sacudírseme de encima a patadas y empujones.

—¡No me toques! —me ordenó poniéndose en pie. Ahora sí me miraba, y lo hacía con unos ojos que destilaban odio—. No quiero volver a verte en mi vida. ¡Fuera!

Abandonó el salón, dio un portazo y me dejó allí solo, confundido y roto.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

Julia lleva la mano a la jamba de la puerta y pulsa el timbre.

Un cosquilleo hace acto de presencia en su estómago mientras aguarda a que le abra. No está segura de que haya sido buena idea acercarse hasta aquí.

—¡Julita! ¿Cómo estás, cariño?

La ertzaina le regaña con la mirada.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no me llames así?

Álvaro dibuja una mueca burlona, al tiempo que la estrecha en un abrazo. El cosquilleo aumenta.

—Te ha crecido bastante.

—¿El qué? —Finge escandalizarse el anfitrión dirigiendo la vista hacia abajo. Después sonrío con falso alivio—. Ah, la barba... Sí, la llevo más larga.

—Te queda bien. Te hace la cara más estirada.

Álvaro se peina la barba con los dedos y la moldea para que acabe en punta.

—Me gusta —reconoce—. Si me dicen hace tres o cuatro años que me voy a dejar barba no me lo creo.

—Ahora se lleva.

—Bueno, es casualidad. Ya sabes que no me muevo por modas —se defiende él. Después se hace a un lado y la invita a entrar—. Pasa, que te tengo en la puerta como a un encuestador cualquiera.

Julia avanza por el pasillo. Conoce la casa.

—¿Qué has montado aquí? —inquiere sorprendida en cuanto se asoma al salón.

Álvaro se ríe.

—Bienvenida a mi mina.

Varios ordenadores interconectados y con las tripas a la vista ocupan buena

parte de aquella estancia de la que el sofá ha sido borrado de un plumazo. Tampoco es que fuera ninguna maravilla, pero Julia se había acostumbrado a verlo allí.

—¿Sigues con eso del Bitcoin?

Su amigo asiente.

—Pero ahora voy en serio. No te diré que me estoy forrando, pero casi. Soy un minero del futuro.

La ertzaina contempla asombrada aquella enorme computadora.

—¿Cómo funciona?

—¿El minado? Uf, no es fácil de explicar... El ordenador resuelve algoritmos para crear Bitcoin, la moneda virtual que sustituirá a las emitidas por los bancos centrales de cada país.

—Bueno, eso de si es el dinero del futuro o una mera especulación está por ver... Pero ¿cómo puede un ordenador fabricar moneda?

—Criptomoneda —le corrige Álvaro—. Todo se rige por las cadenas de bloques. A día de hoy han sido hallados dieciséis millones de Bitcoin y quedan todavía cinco millones por descubrir.

Julia siente que todo aquello se le escapa.

—Y este aparato trabaja buscándolos...

—Y los encuentra.

—Pero ¿sirven para algo?

Álvaro la observa con gesto escéptico.

—Igual que los euros. Puedes comprar de todo, o puedes cambiarlos por el dinero de toda la vida: dólares, euros...

Julia asiente sin convencimiento. Sigue sin entender cómo un ordenador puede generar dinero, pero tampoco es eso lo que la ha llevado a esa casa.

—¿Pedimos la cena? —pregunta dando carpetazo al tema.

—Ya lo he hecho. Hoy invito yo. —Álvaro se acerca a la pantalla del ordenador y consulta la hora—. Estará al llegar.

—No empieces —protesta Julia—. Pagamos a medias.

—Bueno, ya veremos. Ven, he puesto la mesa en la cocina —señala su amigo perdiéndose por el pasillo.

Julia celebra la idea. No le apetece cenar junto a aquel aparato cuyos ventiladores respiran como un enorme dragón furioso.

—Habrás pedido rollitos vietnamitas.

—Claro. ¿Crees que he olvidado que son tus preferidos? Y sopa de miso.

Vietnam, Japón... Lo demás es tailandés. ¿Qué tal un poco de *pad thai* y una ensalada de papaya muy picante?

Las glándulas salivares comienzan a trabajar solo de imaginarlo. La incomodidad comienza a ceder, Álvaro es experto en hacerla sentir bien. Demasiado. Luego vienen las ilusiones y los disgustos.

—¿Y helado de té verde? —pregunta Julia siguiéndolo hacia la cocina.

—No me he dejado ni uno de tus platos fetiche. ¿Qué esperabas? Aunque vengas poco a verme te tengo muy presente —se burla Álvaro invitándola a sentarse a la mesa. Los palillos orientales junto a los platos vacíos dan una idea del viaje gastronómico que se disponen a realizar.

El timbre irrumpe en la conversación.

—Ya está aquí el repartidor —anuncia Álvaro dirigiéndose con pasos rápidos hacia la puerta.

—Déjame pagar, en serio. Vamos a medias —insiste Julia levantándose de la silla.

—Ni se te ocurra moverte de ahí. Tú hoy eres la invitada. Otro día hacemos una en tu casa. —La voz de su anfitrión se funde con el sonido de la puerta al abrirse. Después llegan unos saludos quedos y el sonido del intercambio de monedas y bolsas de papel.

La ertzaina suspira y dirige la mirada a la ventana. Las farolas imprimen un tono anaranjado a los contornos de la marisma, que se halla sumida en la oscuridad. De día es una vista hermosa, aunque ella es más de mar que de marisma. Por eso eligió Mundaka para vivir. Es la magia de Urdaibai, que en apenas un puñado de kilómetros todo cambia. Si en Gernika, donde está la comisaría, solo un triste canal recuerda la cercanía del mar, y en Busturia, donde vive Álvaro con su mina de criptomonedas, la marisma es protagonista del paisaje, en Mundaka el Cantábrico lo es todo.

—Ya estoy aquí. Toda la tarde cocinando... Espero que te guste —bromea Álvaro dejando las bolsas en la encimera—. Ni te muevas— advierte cuando Julia hace amago de levantarse para ayudarlo.

Julia sonrío para sus adentros al verlo colocar todo en platos y bandejas. De haber sido ella la anfitriona, las fiambreras de plástico irían directas a la mesa.

La sopa de miso todavía humea cuando Álvaro coloca los cuencos con sobrios dibujos de golondrinas sobre la mesa. Julia hunde la cuchara en ella y

remueve suavemente. La soja fermentada oscurece el caldo como una nube de tormenta.

—Huele a mar —dice con deleite acercando la nariz al bol.

—Es la marisma —se burla Álvaro señalando hacia la ventana—. Está bajando la marea.

Julia se ríe. Claro que no. El olor a lodo y algas que emana del paisaje con la bajamar es bien diferente.

—Está riquísima —celebra llevándose una cucharada a la boca.

Su amigo la observa seriamente mientras remueve con lentitud su sopa.

—¿Vas a contarme qué haces aquí? —inquire por fin—. Desde aquel día no volví a saber de ti. He perdido la cuenta de las veces que te he llamado y no has querido responder... Me importas mucho y lo último que deseaba era hacerte daño.

La ertzaina respira hondo y levanta la mano para pedirle que no siga. El día al que se refiere Álvaro duele todavía en su amor propio. No fue fácil decidirse a dar el paso, y mucho más difícil aún sentirse rechazada. Creía que la atracción era mutua. Si no, ¿por qué estuvieron viéndose durante meses casi a diario, compartiendo confidencias y riéndose juntos de las penas del día a día?

En ocasiones, Julia todavía se descubre pensando en él. Recuerda perfectamente aquel día que coincidieron en la plaza del mercado después de más de un lustro sin verse. Lo que comenzó como el reencuentro de dos viejos compañeros de instituto se asentó durante las semanas siguientes como una intensa amistad. Hasta que la ertzaina la echó por tierra. Entonces llegó la decepción, la vergüenza y se reabrieron las heridas en la autoestima que Txema años atrás se había ocupado de infligir. Tiene ganas de contarle cómo se siente desde que él ha vuelto, pero en el último momento duda y evita mostrarle sus sentimientos.

—Estoy trabajando en el caso de la periodista asesinada. —Julia hace una pausa para comprobar que su amigo sabe de qué habla. El gesto grave de Álvaro le confirma que está al día. No puede ser de otra manera cuando la comarca entera se encuentra en estado de shock—. ¿Has visto el vídeo de Facebook?

Su amigo niega con la cabeza. Su semblante se ha oscurecido.

—No he querido verlo. Ya tuve bastante con todo lo que tuve que visualizar en esos dos años —reconoce bajando la mirada.

Julia asiente lentamente. No esperaba otra respuesta de alguien que trabajó como supervisor de Facebook hasta hacía solo unos meses.

—Por eso he venido a verte. No entiendo cómo se pudo colar esa retransmisión en la red social. ¿Cómo es posible que tardaran cuarenta minutos en eliminarla?

Álvaro se encoge de hombros. Sus ojos se han vuelto inexpresivos, seguro que repasan las escenas más duras que se vio obligado a contemplar.

—No es tanto tiempo. Yo llegaba a revisar los estados de cuatro mil personas cada día. Cuarenta minutos no es nada.

—Pero era un vídeo terrible. Seguro que alguien alertó de su contenido violento —insiste Julia.

La risita amarga que deja escapar Álvaro no presagia una respuesta positiva.

—¿Violento? ¿Por qué, porque una mujer aguarda a la muerte sentada en la vía del tren? —El minero de criptodivisas niega con un gesto—. No podrías llegar a imaginar las barbaridades que tiene que ver un supervisor. ¿Por qué crees que lo dejé? Hubo semanas que vi desmembramientos, decapitaciones, barrigas abiertas... Brutal.

Julia siente que se le eriza el vello de la nuca.

—¿Quién compartiría algo así en sus perfiles? ¿Qué tipo de persona está detrás de la difusión de esas imágenes? ¿Qué busca? Todo eso también me interesa.

—No creas que hay un perfil claro. Cualquiera que busque un poco de notoriedad. Vi cosas horribles colgadas por la gente de la que menos me lo hubiera esperado.

—Pero ¿de quién estamos hablando, de narcos, terroristas...? —El tono de la ertzaina no oculta su esperanza de poder obtener detalles que añadir al perfil psicológico del asesino.

Los labios de Álvaro se fruncen mientras niega con la cabeza.

—No necesariamente. Por supuesto que las bandas criminales y terroristas emplean las redes sociales para difundir su mensaje y sus amenazas, pero la cantidad de vídeos subidos por personas anónimas como tú o yo, creyéndose reporteros de primera línea mientras graban con su teléfono móvil es inagotable. Son demasiado habituales los vídeos de accidentes de tráfico con final trágico. En cuanto un vídeo comenzaba con alguien grabando una

carretera, me ponía a temblar. Te juro que temblaba de verdad. Llegó un momento en que no podía ni dormir.

—¿Y de verdad hay personas que quieren ver ese contenido?

Álvaro levanta las cejas.

—¿Me lo preguntas en serio? En aquel trabajo me di cuenta de hasta dónde puede llegar el morbo. Cuanto más sangriento sea un contenido, cuanto más grotesco y deshumanizado resulte, más gente lo ve. Es horrible. ¿Cuántas visualizaciones tuvo la muerte de la periodista? Más de cien mil, ¿verdad? Pues ahí tienes la respuesta.

*24 de octubre de 2018, miércoles*

La pistola de Cestero apunta al vacío. Su dedo índice, tenso sobre el gatillo, recibe en el último momento la orden de no disparar. ¿Dónde se han metido? Allí no hay más movimiento que el de los arbustos mecidos por la brisa.

Los dos matones le dan la espalda. Se alejan por el sendero principal en dirección al molino de marea. Mantiene el visor del arma fijo en la cabeza del más cercano hasta que unos tamarices le roban sus siluetas.

Respira aliviada, aunque sabe que será por poco tiempo. Tardarán en regresar lo que les lleve dar con su Clio y comprender que continúa por la zona.

Antes de que suceda, quiere ver qué hay más allá. Un sendero estrecho la lleva rápidamente hasta la orilla de la ría, en la que desemboca el laberinto de canales que evacúa el agua de las marismas en cada bajamar. El avance es complicado, una trampa continua. Cada pocos pasos se ve obligada a saltar alguno de esos arroyos efímeros, y, además, debe hacerlo sin el más mínimo ruido.

De pronto se detiene.

Un silbido.

No ha sido ninguna ave. La triple repetición de la llamada le hace descartarlo. Se trata de algún tipo de código, y viene de la zona del molino.

Las siluetas de los supuestos pescadores se mueven. Unos se agachan, otros tiran de la caña... Están recogiendo. Se van. Los vigilantes habrán dado con su coche y no querrán arriesgarse. El silbido es algún tipo de toque de retreta.

La ertzaina se queda agazapada tras unos carrizos. Lo mejor que puede hacer ahora es esperar y rezar por que su escondite la mantenga oculta el tiempo necesario hasta que se marchen. Sea lo que sea que fueran a hacer, hoy no sucederá.

Uno tras otro, los hombres desfilan ante su apostadero. Pasan casi al

alcance de su mano, todos equipados con sus cañas y cestos de mimbre. Podría detener a alguno, llevárselo a comisaría y hacerle confesar. ¿Qué está ocurriendo en las noches de Urdaibai?

No lo hace. Lo principal es salir viva de allí. Que se vayan. Volverá, pero lo hará con refuerzos. Lo de esta noche ha sido una locura que cualquiera de sus superiores censuraría.

Han pasado seis pescadores. El que se acerca ahora parece el último. Una guerra se desata en el interior de Cestero. La prudencia le dicta que lo deje pasar. No debe precipitarse y poner en riesgo la operación y su propia vida. El instinto, en cambio, le pide que lo detenga. Podría ser una ocasión de oro.

Los pasos del hombre ya son audibles. Arrastra los pies más que quienes le antecedían. Alguien cansado, derrotado. Es increíble la cantidad de información que se puede obtener de oír caminar a alguien.

Está a punto de llegar a la altura de la ertzaina. ¿A quién hacer caso, a la razón o al instinto? La decisión puede condicionarlo todo. Tal vez mejor dejarlo pasar de largo y permanecer oculta hasta que el ruido de los motores le informe de que esos hombres han abandonado el área.

Sí, eso es lo que hará.

El corazón, sin embargo, le da un vuelco en cuanto el rostro del pescador toma forma tras los carrizos. Se trata de José Manuel, el viudo de Araceli Arrieta, el tipo al que hace solo unas horas han sacado del calabozo.

De pronto las conexiones se aceleran, ya no es un consumidor cualquiera, sino un colaborador de los narcos. Eso lo cambia todo.

Cestero no se lo piensa más. En cuanto el hombre pasa junto a su escondrijo, se abalanza sobre él y lo derriba, cubriéndole inmediatamente la boca con la mano.

—¿Te acuerdas de mí?

El maltratador mueve afirmativamente la cabeza. Sus ojos están muy abiertos. Tiene miedo de ella.

—Aquí nadie me verá si te meto un tiro entre ceja y ceja —sisea la ertzaina mostrándole el arma.

—Por favor, yo no la maté —se defiende José Manuel en cuanto su boca queda libre.

—Lo hiciste. Araceli murió hace muchos años, el día que el hombre al que quería se convirtió en su peor pesadilla. La mataste. Lentamente, una y otra vez. La mataste cada vez que apagabas una colilla en su cuerpo, cada vez que

la golpeabas, cada vez que arrojabas al suelo la comida que te había preparado, cada vez que la sometías al terror del chantaje.

—Yo no la tiré por la ventana. La quería.

—No, claro que no la querías. Yo misma he visto las quemaduras en su torso. Hace años que la torturabas. Eres un hijo de puta, y voy a acabar contigo.

Los labios de José Manuel tiemblan al sentir la presión creciente del arma en su sien. Sabe que Cestero habla en serio.

—Por favor, no. No era yo. La droga me ha jodido la vida.

—¿Qué haces aquí? —inquire la ertzaina. Sus palabras destilan un odio visceral.

—Pescar.

La ertzaina presiona aún más el arma contra él.

—No juegues conmigo. O me dices la verdad, o te vuelvo la cabeza.

—Es la verdad. Estoy pescando. Ahí tengo la caña.

—Si eso es verdad mereces morir. Tu mujer recién enterrada y tú ya estás disfrutando de la vida —espetea la ertzaina con desprecio—. Dime ahora mismo qué estás haciendo aquí.

El maltratador tuerce el gesto en una mueca de dolor. Le está haciendo daño con el cañón de la pistola.

—No puedo hablar. Me matarán. Les debo mucho dinero. —No habla, balbucea. Está aterrorizado.

—¿Y por eso mataron a tu mujer? —inquire la ertzaina—. ¡Y encima vienes a ayudarles!

—No tengo alternativa. No sabes de lo que son capaces, joder.

—¿Y tú? ¿Sabes de lo que soy capaz yo? Si en comisaría, con testigos, te hice lo que te hice, ¿qué me impide dispararte ahora? ¡Pum! —amenaza Cestero, consciente de que en cualquier momento volverán, extrañados por su demora.

José Manuel cierra los ojos y lloriquea como un niño asustado.

—¿Me protegeréis si colaboro?

La ertzaina arquea los labios en una mueca de repugnancia.

—Ya veremos. ¿Mataron ellos a tu mujer?

—No lo sé. Puede ser. Llevan tiempo amenazándome.

—¿Por qué?

—Les debo dinero, joder. Ya te lo he dicho.

—Explícate más. Venga, no tengo toda la noche —apremia Cestero girándose hacia el sendero. No hay nadie a la vista, pero podrían aparecer en cualquier momento.

El tipo niega con la cabeza. Las lágrimas le dan un aspecto patético.

—Estoy hablando demasiado. Tendré problemas.

—Habla o... ¡Pum! —insiste la ertzaina presionando el arma.

—Pues méteme un tiro. Mátame, vamos. Prefiero morir que pasar por las torturas de esos tíos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Si nos dices qué está pasando no te tocarán.

—¿Cómo sé que lo cumplirás?

—Porque solo tienes dos opciones: creerme o morir.

El hombre mira de reojo el arma y suspira, resignado.

—Yo soy el último mono, no sé nada.

—¿Cuál es tu misión?

—Solo recoger un fardo y llevarlo al molino.

Cestero sabe que acaba de dar con una información crucial.

—¿En el molino acaba tu trabajo?

—Dejo allí el paquete y me voy a casa. Así saldo mi deuda. A otros les pagan.

El molino es el centro de operaciones. Desde allí la droga saldrá en coches, motos o falsas furgonetas de reparto con doble fondo. Un clásico.

—¿Cómo sabes cuándo se va a producir un desembarco?

—No lo sabemos. A veces pasa solo un día entre uno y otro, a veces semanas... Venimos aquí, simulamos que pescamos y, si hay suerte, pasa la lancha y deja caer los fardos. Si no, a volver al día siguiente. Pero hoy estaba seguro de que habría suerte, se veía más movimiento de lo habitual. Y eso suele significar que habrá premio.

—¿Cuántos porteadores sois?

—Siete, ocho, diez... Depende del día. Pagan bien.

—¿Quiénes son? —Al comprobar que no comprende su pregunta, Cestero puntualiza—. Los del molino, los jefes.

—Ni idea. Dicen que son gallegos, no sé más. —Cestero oprime con fuerza el cañón. No necesita más para que José Manuel comprenda que eso no le basta—. Meirás. Así le llaman al que manda, un tipo siniestro.

La ertzaina se asegura de anotar mentalmente el nombre.

—¿Y los pescadores como tú?

—No sé... En este negocio es mejor no saber. Cuentan que los reclutan entre los mariscadores furtivos. Esto da más pasta.

Cestero asiente, satisfecha. Tiene suficiente.

—Ahora vuelve con los demás y no abras la boca o estás muerto. No creas que me voy a andar con detenciones con basura como tú.

—Estoy muerto en cualquier caso. No me van a creer. He tardado demasiado en regresar. Los demás habrán llegado ya al molino.

Cestero sabe que tiene razón. Maldice entre dientes antes de propinarle una patada con todas sus fuerzas en la barriga. El hombre cae de espaldas al canal y bracea angustiado para salir de él. Cuando lo hace está empapado y cubierto de barro de la cabeza a los pies. Las zarzas de la orilla le han provocado también un profundo arañazo en la mejilla derecha.

—Ahora te creerán. Eres tan patético que no les extrañará que hayas tropezado y caído al agua.

El hombre masculla algún insulto que Cestero no llega a descifrar. Tampoco le importa. Ha obtenido de él una información que resultará muy útil para el viaje que le espera mañana a Galicia y con el que confía en poner fin a los asesinatos.

*25 de octubre de 2018, jueves*

Cestero se había imaginado una ciudad gris y lluviosa. Es poco habitual que un lugar te dé la razón en cuanto pones el pie en la escalerilla del avión. Vigo, sin embargo, no ha querido defraudarla. La lluvia fina que cae, esa que los gallegos llaman orballo y los vascos sirimiri, le empapa la cara en los escasos minutos que la separan de la terminal.

—¿Suboficial Cestero? —la saluda un hombre en vaqueros y plumífero que aguarda junto a los guardias civiles uniformados que custodian la aduana.

—Ane Cestero. Encantada —se presenta la ertzaina tendiéndole la mano.

—Soy el teniente Xosé Pombo. Bienvenida a Galicia. Ya siento que haga tan mal tiempo.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. Vengo de Euskadi.

—Sí, allí tampoco sois famosos por el sol —bromea el teniente—. Aquí no siempre hace tan malo. Eso es en las Rías Altas, pero la etiqueta de la lluvia nos la pusieron a toda Galicia.

Cestero sonrío para sus adentros. La lastimosa cadencia musical que enmarca cada una de sus frases le recuerda a sus muchos vecinos gallegos. Y es que Pasaia recibió en la segunda mitad del siglo veinte a miles de gallegos en busca de oportunidades laborales. Muchos bromean todavía con que el pueblo parece la quinta provincia gallega. El día a día les da en cierto modo la razón; no es extraño oír por sus calles la lengua de Rosalía de Castro.

—Te he traído una copia del expediente. ¿Quieres echarle un vistazo o prefieres que te lo resuma? —inquire el teniente entregándole una carpeta de un grosor considerable.

Cestero siente rugir su barriga. Son casi las tres de la tarde y todavía no ha podido llevarse nada a la boca. Tenía previsto comer en el avión uno de esos sándwiches sin gracia que venden las aerolíneas a precio de caviar iraní, pero las azafatas solo han podido ofrecerle sus disculpas. Un problema de

suministros reducía las existencias a bordo a algunos refrescos y bolsas de patatas fritas.

—¿Te importa si vamos a comer algo y compartes conmigo los puntos más importantes de la investigación? —propone señalando la cafetería del aeropuerto.

El teniente Pombo le coge la maleta.

—Menudo anfitrión estoy hecho... Perdona. Vamos al coche. Te llevaré a un sitio mejor. Ya tendremos tiempo de dedicarnos al caso.

La enorme olla de agua borboteante ocupa buena parte de la entrada al establecimiento. El color morado de su contenido hace pensar en alguna extraña poción mágica, igual que la pulpera, con su rostro ajado por los años y los ojos rezumantes de esa sabiduría que solo da la edad. Sus ágiles manos extraen un pulpo y trocean dos de sus patas en un plato de madera, una generosa ración de cefalópodo que remata con aceite, sal y pimentón.

Cestero la coge para llevarla a una de las mesas con largos bancos de madera.

—Ponle un albariño. A mí, agua fresca —pide el teniente antes de seguirla.

—No, agua también para mí —le corrige la ertzaina. De buena gana acompañaría el manjar que tiene entre manos con un vino blanco gallego, pero no es el momento. Quizá por la noche.

—Venga, que conduzco yo —insiste el guardia civil—. Es pecado comer eso sin un vino de la tierra.

—No. Estoy de servicio. —El gesto incómodo de Pombo le hace arrepentirse de haber pronunciado las últimas palabras con demasiada brusquedad—. Perdona, te agradezco el detalle, pero ya tendré tiempo de tomarme un par de albariños cuando deje la placa en el hotel.

—Sí, sí. Tienes razón. Perdona mi insistencia. Solo intento que te sientas a gusto en Galicia.

Cestero se lleva un pedazo de pulpo a la boca.

—Mmm, espectacular.

—Moncha lo prepara de maravilla. La mejor pulpera de toda la provincia —celebra el teniente antes de girarse hacia la puerta y levantar la voz—. Dice que está delicioso, Moncha. Y es vasca, allí saben de comer...

La mujer, que protege un vestido floreado con un ajado delantal de hule, se encoge de hombros. Su rostro, arrugado como una pasa pero maquillado con gracia, se ilumina con una fugaz sonrisa que se funde inmediatamente con una timidez que la obliga a bajar la mirada hacia el caldero.

—¿Y dónde no saben de comer? —Introduce el gancho en el agua y muestra un pulpo. Es aún más grande que el anterior. Después vuelve a sumergirlo en la olla—. No tiene tanto mérito lo que hago. Solo tengo un secreto: el pulpo es siempre de Bueu, pescado en la ría y comprado en la lonja. Y si un día no lo hay, prefiero cerrar que traerlo de fuera.

—Está riquísimo —reconoce Cestero untando un pedazo de pan en el aceite. Es de esos recios, de los que pican en la garganta y perduran en el paladar.

El teniente abre la carpeta y rebusca entre las hojas del expediente.

—Isabel Otero, la supuesta víctima de tu asesino del Tulipán —señala mostrándole una fotografía.

La ertzaina observa la expresión serena de aquella mujer amortajada. De no haber sido porque se encuentra dentro de un ataúd, juraría que dormía. La palidez de su piel tampoco es que transmita vitalidad, pero Pombo señala que se debe en parte al maquillaje de la fallecida. El rosario que sostiene con las manos entrelazadas sobre el pecho no desentona, pero sí lo hace el rojo intenso del tulipán que descansa sobre el cadáver.

—¿Cuáles fueron las conclusiones del examen forense? —inquire la ertzaina.

El teniente deja la foto a un lado y extrae un informe de la carpeta.

—Envenenamiento por tetradotoxina —indica acercándole los papeles—. Es la primera vez que tenemos algo así en Galicia. Fue una muerte rápida, casi sin darse cuenta.

Cestero se lleva un nuevo pedazo de pulpo a la boca y mastica pensativa. Su mirada recorre el local sin verlo y lee sin interés los precios de las raciones escritos con tiza en una pizarra.

—Así que nuestra víctima se prepara para parecer un cadáver, se introduce en un ataúd y la sacan en procesión. ¿Cuánto tiempo estuvo dando vueltas por el pueblo?

—Algo más de una hora. Fueron ocho féretros los que participaron este año. Acostumbra a ser un número menor, a lo sumo cinco, pero con los incendios del año pasado... —Los ojos del teniente, fijos en el plato de pulpo, miran en

realidad mucho más lejos, en los recuerdos dolorosos del anterior otoño—. La gente de la zona pasó miedo. No era para menos. Si hubieras visto todo el monte en llamas, las casas rodeadas por el fuego... No dábamos abasto.

—Nunca me ha tocado un incendio. Tiene que ser horrible —reconoce Cestero.

Pombo alza una mirada dolida hacia ella y asiente con una mueca de impotencia.

—En esta zona te habrían tocado demasiados. Es una situación que se te graba en la retina. Y aquí —dice Pombo llevándose el dedo a la nariz—. Ese olor es inconfundible. He vivido muchos... Nunca como los del año pasado en As Neves, no creas. Aquellas dos mujeres que murieron mientras trataban de huir de las llamas... Pobre gente. Terrible.

—¿Queréis café? —interrumpe la pulpera acercándose a la mesa.

—Yo sí.

—Que sean dos, Moncha —indica Cestero antes de disculparse para atender el teléfono, que vibra con insistencia en su mochila. El nombre que aparece en la pantalla le hace fruncir el entrecejo—. Hola, Pedro.

El mariscador furtivo no pierde el tiempo en ceremonias.

—¿Cómo se te ocurre meterte a buscar almejas en la zona donde se mueven esos cabrones? Y no me digas que no fuiste tú... Una tía con piercings y un tatuaje en el cuello... ¿Tú estás loca? Esos tíos son peligrosos, lo que hacen no es ningún juego.

—Me perdí. Todavía no conozco bien la ría —se excusa Cestero.

—¿Te perdiste? Joder, tía, nos has metido a todos en un lío. Ten más cuidado la próxima vez. Y escúchame bien: hoy quédate en casa. Si algo nos han dejado claro es que esta noche no quieren a ningún idiota deambulando por la zona.

La ertzaina siente que se activa una alerta en su mente. Su mirada recalca en los carteles en gallego de las paredes y en el guardia civil que comparte mesa con ella.

—¿Hoy? —inquieta con la esperanza de haber entendido mal. No está a tiempo de regresar a Euskadi para dirigir una redada dentro de unas pocas horas.

—Sí, esta noche. Por favor, hazme caso. Ni se te ocurra acercarte por la ría. Si quieres volver a por almejas déjalo para otro día. No es ninguna broma.

Cestero se dispone a preguntar algo más, pero el auricular solo le devuelve

el vacío de la llamada cortada.

—¿Todo bien? —se interesa Pombo.

La ertzaina resopla mientras asiente con la mirada perdida.

—Más o menos.

Moncha no tarda en regresar de la cocina con dos vasos de Nocilla llenos de un oscuro brebaje humeante.

—Espero que te guste el café de puchero —apunta el teniente abriendo el frasco del azúcar.

—El único que no me gusta es el de la máquina expendedora de mi comisaría —asegura Cestero llevándose a los labios. Su mente está en Urdaibai. Tiene que llamar cuanto antes a su equipo para que dispongan todo para la noche—. Está buenísimo, señora.

—¿Sin azúcar? —La mueca de desagrado de la pulpera es de foto—. Mira que me gusta el café, pero así no lo he podido tomar nunca. Qué menos que una sacarina... Ya tomaréis un orujiño, ¿verdad?

—Gracias, Moncha, pero estamos de servicio —se disculpa el teniente.

La mujer reniega por lo bajo mientras recoge la mesa.

—¿Por dónde íbamos? —inquire Pombo en cuanto los deja solos.

—La procesión. ¿Cómo sucedió todo?

El teniente cierra los ojos tratando de recordar.

—Eso es. Te comentaba que este año había ocho féretros. Los fieles que deciden salir en el ataúd lo hacen para dar gracias por haber sanado de alguna enfermedad o por haber sobrevivido a algún accidente. El fuego hizo que fueran muchos quienes quisieron mostrar su agradecimiento por seguir con vida.

—¿Cuándo se dieron cuenta de que la víctima había fallecido? —pregunta Cestero. Si los participantes eran muchos o pocos no parece lo más importante para la investigación.

—Al terminar la procesión. Quienes llevaban el féretro de Isabel Otero pensaron que se había quedado dormida. Sin embargo, estaba muerta. Imagínate el revuelo...

Cestero se lleva el café a los labios. La escena resulta fácil de imaginar. Llantos, gritos, sofocos y fervor religioso desbordado.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así?

El teniente se encoge de hombros.

—No es tan difícil. Los ataúdes están expuestos en la iglesia desde semanas

antes de la romería. Quien introdujo el veneno lo tuvo muy fácil. No tuvo más que ir cuando no hubiera nadie y disponerlo todo. La propia tela del fondo ocultaba la aguja hipodérmica y el pequeño depósito del veneno.

—Y al tumbarse la víctima se inyectó a sí misma la tetradotoxina —termina Cestero. Es realmente un crimen de una sencillez desconcertante—. ¿Y nadie reparó en el tulipán? ¿No sabemos cuándo fue depositado sobre la muerta?

Pombo niega con la cabeza.

—Piensa en el shock que supuso la muerte de esa mujer... Como para que los presentes se fijaran en una flor. Hay muchas en una procesión.

Cestero da un sorbo al café. El amargor le llena todos los rincones de la boca.

—El asesino tuvo que depositarlo en algún momento de la romería. ¿Habéis revisado fotos y vídeos para comprobar si alguno de los asistentes llevaba un tulipán?

El teniente Pombo mueve afirmativamente la cabeza.

—Tengo a mis hombres en ello desde que saltó ayer la noticia —asegura—. Nada. Ni rastro de la flor. Y hemos revisado cientos de fotos y vídeos.

La ertzaina no esperaba otra respuesta. Habría sido muy ingenuo pensar que el asesino llevaría el tulipán a la vista de todos.

—¿Y los fieles que portaban el ataúd a hombros? Supongo que habréis hablado con ellos por si vieron algo raro.

—Nada —sentencia Pombo.

Cestero arruga los labios. Quiere ver esas imágenes.

—Necesitaré copia de todas las fotos que tengas de la romería.

—Veremos qué puedo hacer. ¿Qué te parece si vamos al cuartel y lo vemos todo con más calma?

—Antes me gustaría pasar por el lugar donde fue asesinada, y también por el cementerio —indica Cestero.

Pombo no oculta su asombro.

—¿El cementerio de Santa Marta de Ribarteme?

—¿Fue ahí donde enterraron a la víctima?

—No, fue en Cambados. Es allí donde vive la familia.

—Pues el de Cambados —decide Cestero rematando de un trago el café de puchero—. ¿Por dónde empezamos?

*25 de octubre de 2018, jueves*

Las bisagras exhalan un profundo lamento cuando Cestero empuja la reja metálica. Tal vez sea solo su imaginación, pero la ertzaina no puede pasar por alto las similitudes entre aquel llanto metálico y el acento gallego.

—Es por ahí, en línea recta —señala el teniente, consultando el plano que les ha fotocopiado el vigilante del camposanto.

La ertzaina avanza entre las sepulturas, un mar de mármol que habla de sentimientos desgarrados. Decenas de cruces, tocadas por un sedoso velo pétreo, se extienden a ambos lados, un melancólico ejército decidido a recordar a los visitantes la futilidad de la existencia.

Entre las lápidas flotan las ruinas de la iglesia de Santa Mariña, inquietante esqueleto desnudo que contagia desazón. Sus arcos góticos, despojados de cubierta, tratan de sostener la bruma que ha tomado el testigo a la lluvia. Algunos jirones se atreven incluso a abrazar con descaro las arcadas centenarias.

—¿Por aquí? —pregunta Cestero.

Pombo se detiene, traza con el dedo un camino en el papel y asiente.

—Todo recto. Hasta las ruinas. ¿Con qué hipótesis estáis trabajando?

Cestero duda. Está todo demasiado abierto. Sin embargo, ella ha tomado una vía como opción preferente.

—La principal relaciona los crímenes con el narcotráfico.

El teniente tarda en volver a abrir la boca y cuando lo hace es para discrepar.

—No hallamos ninguna conexión entre la fallecida o su entorno más cercano y las redes de tráfico de drogas.

—¿Te dice algo el nombre de Meirás?

—Algo me dice —confiesa Pombo sin dejar de seguirla.

La ertzaina resopla. Comienza a estar cansada de que el guardia civil no sea

más claro en sus respuestas.

—Lo hemos localizado en Urdaibai. Tenemos indicios de que ha establecido allí un punto de entrada de droga alternativo a los de las rías gallegas.

—Era cuestión de tiempo que lo intentara. Aquí lo seguíamos de cerca. Yo no estoy en Aduanas, pero mis compañeros tenían preparada una operación para dismantelar su red y un chivatazo la frustró.

—¿Un chivatazo? ¿De quién?

—De alguien.

Cestero se muerde la lengua. No puede permitirse perder la paciencia. Necesita a Pombo.

—¿De alguien de dentro? ¿Uno de los vuestros?

—Puede ser. Esa gente tiene demasiado poder. Sus tentáculos llegan a todos los niveles. La cosa es que desapareció.

—Y ahora está en Gernika y puede estar involucrado en los crímenes.

—Él no se mancharía las manos. Te lo digo yo. Se lo encargaría a alguno de los suyos.

La ertzaina contaba con ello.

—La primera víctima era una periodista muy activa en la denuncia del narcotráfico.

—¿Y la otra, esa a la que asesinaron empujándola al vacío?

—Su marido consume y tenemos indicios de que ha hecho algunos trabajos para la red de Meirás.

—¿Trabajos?

—Ha participado en la descarga y ocultación de fardos.

Una anciana los saluda con una sonrisa melancólica desde la tumba más cercana. Está de rodillas sobre la lápida, a la que saca brillo con un cepillo que empapa regularmente en un viejo cubo rojo. No es la única. Aquí y allá se ven diferentes personas adecentando los enterramientos. Falta muy poco para el día de difuntos y nadie quiere que los suyos sean señalados como olvidados por sus familias.

—Isabel Otero y su entorno están limpios —apunta Pombo—. No hay relación alguna entre la familia y la gente de Antonio Meirás. El viudo es un pescador jubilado que atiende una batea de mejillón con la que complementa su pensión. Una vida sin lujos. Todo muy normal.

Cestero anota mentalmente el dato. Tendrá que hablar con el pescador.

—¿Y no cabe la posibilidad de que Isabel descubriera algo relacionado con la banda de Meirás y que la asesinaran para que no pudiera irse de la lengua? —inquire.

—Estamos hablando de una operaria en la depuradora de moluscos de Beluso, no de una intrépida reportera de guerra.

—Bueno... Hay casualidades en la vida. Tal vez se topó con algo que no querían que viera al regresar a casa.

Pombo arruga los labios.

—Estamos entrando en el ámbito de las suposiciones sin fundamento alguno. Nuestra conclusión a la investigación apunta a un sabotaje contra la propia romería. Es muy probable que quien dispuso el veneno en el féretro ni siquiera conociera a la mujer. Apostaría a que Isabel Otero es una víctima colateral de un ataque contra las creencias religiosas. No creo que haya conexión con vuestro caso.

—Pero el ataúd estaba reservado para ella desde semanas antes de la romería.

—Eso no quita para que pudieran haberla elegido al azar —insiste el teniente.

La ertzaina no está de acuerdo. Hay elementos que no concuerdan con un ataque como el que plantea el guardia civil.

—Lo habrían reivindicado. Si un grupo anticlerical quisiera transmitir un mensaje a alguien se aseguraría de que tuviese publicidad —discrepa.

—Salvo que se asustaran de la repercusión del suceso y se echaran atrás. Cestero decide regresar a sus hipótesis.

—¿Cuándo huyó Meirás? ¿Hablamos de este año?

Pombo entrecierra los ojos, pensativo.

—A finales del año pasado. Tendría que confirmarlo con los de Aduanas pero estoy casi seguro. Acababa de abrirse la veda de la centolla y coincidió con una operación contra los furtivos. Sí, en noviembre debió de ser.

La ertzaina hubiera preferido que le dijera que el narcotraficante había huido la semana siguiente a la romería en la que fue asesinada la víctima. Todo no puede cuadrar a la primera.

—Me gustaría interrogar al marido.

El semblante del guardia civil se ensombrece.

—Ya lo hicimos. Está todo en el expediente. Ese hombre ya sufrió bastante, no me parece que debamos importunarlo de nuevo.

—Pero ahora hay novedades. Todo lo ocurrido en Bizkaia... La foto que alguien envió a la prensa ha establecido un vínculo interesante entre vuestro caso y el nuestro.

—Lo único que une mi caso con el tuyo es ese tulipán. Podría tratarse de una mera casualidad.

Cestero reconoce que tiene razón. Si está en el cementerio es precisamente para tratar de afianzar el nexo entre los crímenes. Necesita comprobar si alguien ha llevado tulipanes a esa tumba. Si lo logra, el teniente tendrá que olvidar sus conclusiones y abrir de nuevo el melón de las hipótesis. Y eso incluirá, por supuesto, volver a realizar preguntas al entorno de la víctima.

—Es esa de ahí —indica Pombo. La sepultura a la que se refiere se encuentra bajo los arcos en ruinas.

—Pues hay alguien limpiándola —anuncia Cestero sintiendo el regusto de la decepción. Guardaba la esperanza de encontrar un ramo de tulipanes sobre la lápida. Tal vez haya pecado de ingenua, han pasado tres meses desde el asesinato de Isabel Otero y es improbable que, si lo hubo en algún momento, nadie lo haya retirado en ese tiempo.

—Buenos días —saluda el teniente.

La señora se gira hacia ellos. No pasa por mucho de los cincuenta años, y el cansancio se agolpa bajo sus ojos en forma de unas generosas bolsas. No muestra expresión alguna al verlos, solo una vaga sonrisa de cortesía.

—Ah, teniente. ¿Cómo está? ¿Hay novedades?

Pombo le tiende la mano.

—Perdone, no la había reconocido. Le presento a Ane Cestero, de la policía vasca.

—¿Vasca? —Ahora la extrañeza arruga la frente de la mujer.

—Es la hermana de la víctima —explica el guardia civil girándose hacia Cestero—. Aurora Otero.

—Pilar, Pilar Otero —le corrige la hermana.

El teniente se deshace en disculpas. Son tantos los nombres que se ve obligado a aprender en tan poco tiempo... Ane no puede evitar darle la razón. Ella ha vivido la misma situación demasiadas veces.

—He venido del País Vasco porque hemos encontrado un posible vínculo entre el crimen de su hermana y un caso reciente —apunta tras estrechar la mano de la mujer.

—Lo sé. Yo también veo la tele —reconoce Pilar Otero—. Es terrible lo

que está ocurriendo allí. Pero no, lo de mi hermana no tiene nada que ver con eso. Ella tuvo la mala fortuna de estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno. Ese veneno iba dirigido a acabar con la vida de cualquier ofrecido en la romería. Era un ataque contra Santa Marta.

Cestero lamenta que las teorías de Pombo hayan calado también en los familiares de la víctima.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas —insiste la ertzaina.

—En realidad, Pilar ya contestó a todo cuanto se le planteó. No creo que sea necesario importunarla más. Puedo mostrarte las transcripciones de los interrogatorios —interviene Pombo.

Cestero esboza una mueca de fastidio. No se ha desplazado hasta Galicia para consultar informes que podía haber pedido que le remitieran.

—Sería interesante...

El teniente no le deja tiempo a terminar la frase. Insiste en su negativa. Cestero lee rápidamente entre líneas. Tras la excusa de proteger a la hermana hay quizá un temor a ser desautorizado, a que una policía llegada de fuera pueda dar con huecos negligentes en la investigación que él comandó.

—Por favor, teniente. Claro que quiero responder. Lo que haga falta para ayudar a dar con el asesino de mi hermana —decide Pilar antes de girarse hacia Cestero.

La ertzaina evita cruzar la mirada con Pombo. Tiene que aprovechar esa ventana abierta.

—En su día no se le dio al tulipán una importancia que hoy comprendemos que puede tener. La aparición sobre el cadáver de su hermana se enmarcó en la peculiaridad de la escena del crimen. En una romería que simula un entierro, cualquiera podría haber depositado la flor a modo de homenaje, igual que se hace cuando alguien fallece —explica Cestero—. Sin embargo, con el empleo del mismo tipo de flor como firma en dos muertes violentas sucedidas en Bizkaia recientemente, nos inclinamos a pensar que podamos estar ante el mismo asesino.

—Espere un momento. Tengo algo que podría servirle. —Pilar hurga en una bolsa de basura azul que tiene junto a la lápida y extrae un ramo de flores, tan viejo y tan seco, que ha perdido todo rastro de color—. Lo he encontrado aquí, junto con otros muchos que se han ido marchitando desde el día que la despedimos. Vivo en Santiago y desde entonces no he podido venir a visitarla.

Cestero lo observa en silencio. Ahí tiene lo que la ha llevado al

camposanto: el ramo de tulipanes. Cualquier atisbo de duda que pudiera tener sobre la conexión con su caso acaba de disiparse. Casi todas las flores han perdido los pétalos, pero los pocos que se aferran aún a sus tallos no dejan lugar a dudas.

—En las tumbas de las víctimas de los últimos días han aparecido ramos como este —anuncia clavando la mirada en el teniente—. La conexión es evidente.

Pombo respira hondo.

—¿En ambas?

Cestero asiente antes de dirigirse de nuevo a Pilar Otero.

—¿Sabe si su hermana, o alguien de su familia, tenía algún tipo de relación con el clan de los Meirás?

La mujer frunce el ceño y dirige una mirada inquisitiva al teniente.

—¿Quiénes son esos?

—Unos narcotraficantes de la ría de Arousa —explica Pombo antes de volverse hacia la ertzaina—. No, claro que no tienen nada que ver con ellos. Son una familia normal. No todos en Galicia nos dedicamos a la droga. Eso son mitos que tenéis fuera de aquí.

Cestero se muerde la lengua. Mejor no responder. Ella ni siquiera ha sugerido algo así.

—¿Hubo algún tipo de comportamiento extraño en Isabel en los meses o semanas previos a su muerte?

Su hermana niega con gesto de tristeza. Tras ella se recorta la lápida. El nombre de Isabel Otero y la fecha de su fallecimiento destacan sobre la piedra envejecida. Los líquenes que devoran los de sus padres todavía no han tenido tiempo de hacer acto de presencia. Es una sepultura triste; todas lo son.

—Estaba contenta por mi sanación. Estuve muy enferma... Queríamos celebrarlo con un viaje. Primero hablábamos de París, ella siempre quiso ir, pero después pensamos en Bilbao. Desde que vivimos por allí de niñas no habíamos regresado, y dicen que ha cambiado tanto...

La revelación activa el cerebro de Cestero como un disparo. Si su intuición no le falla, ahí puede haber un hilo del que tirar.

—No sabía que vivieron en Bilbao.

El teniente aprieta los labios y niega con la cabeza. Él tampoco.

—Yo nací allí, a mi hermana la llevaron cuando tenía dos años. Vivíamos

en Durango. Mi padre era ingeniero y trabajaba en la planta papelera de Amorebieta —explica la señora sin darle importancia.

La mente de Cestero dibuja ágilmente un mapa de la zona. Durango, Amorebieta, la ría de Urdaibai, un triángulo donde todo se encuentra a escasos kilómetros de distancia.

—¿Cuándo regresaron a Galicia?

—Muy mayores. Crecimos allí. Yo tenía dieciséis años, y mi hermana diecinueve. Papá murió y dejó de tener sentido seguir allí. Mamá echaba de menos a su familia.

—¿De qué murió su padre?

Un rictus de tristeza aparece en el rostro de la gallega, que se vuelve para leer los nombres grabados en la lápida, y que convierten esa pieza de mármol en mucho más que una simple losa.

—Un accidente en la fábrica... Fue muy duro. Se fue por la mañana y ya no volvió. Solo una llamada de un compañero para darnos la noticia... Se portaron bien. Le dieron a mamá treinta mil pesetas de las de entonces y trabajo para mi hermana. Yo todavía era muy joven, con catorce años tenía que seguir estudiando.

El teniente aferra a Cestero por el antebrazo y la invita a apartarse unos metros.

—¿Es necesario que hurguemos en heridas del pasado? —inquire en voz baja. Su mirada reprobadora le dice a Cestero que él tiene demasiado clara la respuesta.

—Tenemos una conexión geográfica. Por supuesto que es necesario continuar por ese camino. Dame solo un par de minutos más.

El guardia civil suspira. No está de acuerdo, pero asiente de mala gana y le hace un gesto para que continúe.

—¿Su madre dónde falleció? —pregunta Cestero tras regresar junto a la gallega.

—Aquí, en su tierra. Solo cuatro años después de lo de papá. No pudo superarlo. Los médicos dijeron que había sido un infarto, pero yo estoy segura de que murió de pena. Se había ido apagando y era solo una sombra de lo que fue, una mujer fuerte y luchadora. Hacía poco más de un año de nuestro regreso.

Ane ha olvidado ya el mapa y ahora dibuja un esquema mental de todo aquello.

—¿Y regresaron las tres juntas a Galicia? Creía que Isabel había empezado a trabajar en la fábrica.

Le cuesta imaginarse a una joven mayor de edad, con su trabajo y la vida hecha en Durango, abandonándolo todo para seguir a su madre a su Galicia natal.

—Isabel también sufrió mucho por la pérdida de papá.

Cestero se dice que eso podría explicarlo. No debía de ser fácil cruzarse cada día en el trabajo con la máquina que había arrebatado la vida a su padre.

—No queremos molestarla más, ¿verdad? —apunta Pombo dando por terminada la charla.

La mujer niega con la cabeza. Sus ojos brillan. No tardará en romper a llorar.

—No es molestia, teniente. Todo sea por ayudar... ¡Mi pobre Isabel! —Ya está ahí la primera lágrima. Corre por la mejilla derecha hasta encontrarse con el dorso de su mano—. Lo que más me duele de todo es que lo hizo por mí. Era yo quien debería haber estado en ese ataúd.

Cestero no entiende qué quiere decir.

—¿Por qué?

Pombo alza las manos.

—Yo creo que es suficiente. Todo esto se encuentra en las transcripciones de los interrogatorios —indica, ahora ya furioso.

Pilar no le escucha. Necesita desahogarse.

—Superé un cáncer, y ella prometió a santa Marta que se ofrecería en la romería si me salvaba la vida... Era muy devota. La pobre ha muerto por salvarme a mí.

—Bueno, no removamos más sentimientos. —La voz del teniente se ha vuelto autoritaria. Pone una mano en la espalda de Cestero y la empuja hacia la salida—. Lo siento, Pilar. Lamento sinceramente haberla obligado a recordar todo esto.

Cestero agradece su colaboración a la mujer, que ante las palabras de apoyo derrama más lágrimas.

—Den con ese asesino, por favor. Mi hermana era una buena mujer.

—Daremos con él. No lo dude. Daremos con él, y su hermana podrá descansar en paz —le promete la ertzaina antes de seguir a Pombo entre las hileras de sepulturas.

*25 de octubre de 2018, jueves*

—Lo de vuestra jefa es increíble —espeta Txema dejando caer el móvil en la mesa.

—Nuestra —le corrige Julia. Su compañero frunce el ceño, no la entiende—. Nuestra jefa. Cestero también es tu jefa. —La llamada de la suboficial anunciando que el desembarco tendrá lugar esa noche ha caído como una bomba en la Unidad Especial de Homicidios de Impacto.

—¿Y qué he dicho pues?

Julia sacude la cabeza. Da igual.

—Cestero siempre ha sido así —argumenta Aitor—. Pero miradlo por el lado bueno. Esta noche podremos desarticular una banda de narcotraficantes. ¿No es eso lo importante?

Txema está de pie, apoyado con ambas manos en el respaldo de la silla, y alza las cejas con gesto incrédulo.

—Lo importante es hacer las cosas como manda el reglamento. ¿Qué hacía ella ayer por la noche en mitad de la ría? ¡Y sola! Joder, que se la podían haber cargado. ¿Alguno de vosotros sabía algo?

Julia cruza una mirada con Aitor. No, él tampoco sabía nada.

—Hola. —Silvia acaba de llegar. Deja sobre la mesa un folio con unos esquemas garabateados—. Julia, tú que lo conoces mejor, tendrás que ayudarme a completar el perfil psicológico del comisario. Hay elementos que me impiden encajarlo en la idea que me he creado de nuestro asesino.

Txema suelta una risa nasal.

—Ahórratelo, Cestero la ha liado. De ella sí que podrías sacar un perfil interesante...

Suena el teléfono. Julia es quien más cerca lo tiene. Estira la mano y responde. Es de la Unidad de Intervención. Quieren hablar con quien esté al

mando para organizarlo todo para la noche. Apenas faltan unas horas y no hay tiempo que perder.

—Es para ti —dice tendiéndoselo a Txema. A falta de Cestero, es él quien dirige el grupo.

La mirada de la agente recalca después en la pared de vidrio traslúcido del despacho del comisario. Sabe lo que está ocurriendo allí dentro y no puede evitar una punzada de culpabilidad. De no ser por lo que le confesó a Cestero en Murueta, no habría ocurrido. Sin embargo, está convencida de haber actuado correctamente.

El resto de agentes de la comisaría están también expectantes. Las escasas conversaciones se desarrollan en voz baja y entre miradas de reojo hacia el despacho. Que un intendente visite las instalaciones no es lo más frecuente del mundo, y que encima llegue acompañado del mismísimo jefe de la Ertzaintza es algo que ninguno ha visto jamás en Gernika.

Los días de Luis Olaizola al frente de su equipo están a punto de terminar.

—Necesitamos algún agente que conozca el terreno —dice Txema girándose hacia Julia. Ha colgado el teléfono.

—¿Urdaibai? Yo misma.

—Sí, ya lo sé. Alguno más. Los de Intervención me han pedido cinco agentes. Nosotros somos cuatro. ¿En quién podemos confiar en esta comisaría? —inquire el suboficial bajando la voz. En una operación contra el narcotráfico, mejor cuanto menos gente haya involucrada.

Julia realiza un rápido recorrido mental por sus compañeros. Lo tiene claro, no hay nadie mejor que él.

—Raúl —anuncia señalando a su compañero con el mentón.

No da tiempo de más. La puerta del despacho acaba de abrirse. No hay nadie que no se gire hacia allí. Luis Olaizola abandona el lugar desde el que ha dirigido a su gente desde hace más de una década. Su mirada está fija en el suelo, está hundido.

—¡Ánimo, Luis! —exclama alguien.

Se suma alguna que otra palabra de apoyo. Tampoco muchas.

Julia no es capaz de saber si alguna de ellas ha salido de su propia garganta. Siente que la culpa se clava con saña en la herida abierta. Es una daga que rasga la carne y se retuerce.

Necesitará tiempo para poder perdonarse a sí misma haber hecho bien su trabajo.

*25 de octubre de 2018, jueves*

En el momento en que Cestero pone el primer pie fuera del coche comprende que está en un lugar diferente a todo lo que conoce. Quizá durante la romería anual, a finales del mes de julio, Santa Marta de Ribarteme se vista de gala para ser una aldea más, con su procesión de los ataúdes junto a pulperías ambulantes y músicos ensayando para el baile de la noche. Con noviembre llamando a las puertas, en cambio, no hay lugar para la fiesta. La iglesia se yergue muda sobre unos valles donde guardan silencio casas de granito perdidas entre retazos de bruma.

—Es bonito —dice tratando de no reparar en las colinas calcinadas que cierran la panorámica. Los fuegos del anterior otoño tardarán tiempo en olvidarse.

—Es Galicia —resume Xosé Pombo.

La ertzaina piensa en la costa recortada, en las calles empedradas de las ciudades, en las playas y las bandejas rebosantes de marisco. Todo es Galicia. Pero sí, este lugar, al que la niebla y el aislamiento confieren una mística indiscutible, también lo es. Se encuentran en la Galicia más devota, un territorio de creencias y mitos ancestrales donde la muerte, o más bien el temor a su llegada, se convierte en el centro de la vida.

Todavía no han alcanzado la puerta de la iglesia cuando un hombre con sotana, y tocado con un sombrero de otro tiempo, sale a recibirlos.

—El cura —susurra el teniente.

—Ya.

Cestero le calcula con facilidad unos setenta años. Cojea levemente de una pierna pero no se apoya en bastón alguno. Es delgado, aunque de pómulos redondeados y rosados.

—Bienvenido, teniente. Y usted debe de ser la policía vasca —saluda esbozando una afectuosa sonrisa.

—Suboficial Cestero, Ane Cestero —se presenta la ertzaina sacudiéndole la mano.

—¿Qué tal? ¿Qué le parece Galicia? ¿Ya había venido alguna vez? Lástima de los fuegos del año pasado. Está todo hecho una pena.

Cestero asiente con gesto de circunstancias. No tiene tiempo de abrir la boca porque Pombo se le adelanta.

—¿Podríamos hablar en algún lugar más tranquilo? —inquire señalando hacia el templo.

La ertzaina no puede evitar girarse sorprendida. ¿Qué hay más tranquilo que aquello? La única persona a la vista es una mujer que guía a dos enormes vacas con la ayuda de una vara. Y no está a menos de cincuenta metros de ellos.

—Sí, claro. Pasad a la sacristía.

—Le seguimos —indica Pombo haciendo un gesto al sacerdote para que vaya delante.

Los ojos de Cestero tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad de la iglesia, que atraviesan por la única nave.

—Santa Marta —anuncia el cura deteniéndose junto a una capilla. Toma un pañuelo blanco de un cajón y se lo tiende a los policías.

Xosé Pombo lo recibe musitando un agradecimiento. Cestero trata de no mostrar sorpresa cuando el teniente de la Guardia Civil frota con el paño los desgastados pies de la santa para después tocarse la cara con él. Una respetuosa genuflexión ante la santa completa el ritual.

La ertzaina siente ahora las miradas fijas en ella. Pombo le tiende el pañuelo y la apremia con un gesto para que imite sus movimientos.

—Nuestra santa ha sanado a personas llegadas de todos los rincones del mundo —señala el sacerdote.

Cestero se muerde la punta de la lengua. El piercing choca contra sus incisivos, que aflojan la presión. Su mente cavila a toda velocidad. ¿Contentar al cura con un gesto en el que no cree o mantenerse fiel a sus principios?

El teniente se da por vencido y devuelve el paño al sacerdote, que lo guarda en el cajón mientras niega con la cabeza.

—Quien no tiene fe, no tiene nada —reniega dirigiéndose hacia la sacristía.

Una fría luz tamizada por los visillos que cuelgan de la única ventana ilumina aquella estancia de paredes de granito. Varias sotanas y trajes de celebración eucarística penden de una de ellas junto a dos cuadros con

motivos religiosos. Sin embargo, todo ello pasa a un insignificante plano secundario en cuanto la mirada de Cestero recalca en los féretros apoyados contra la pared del fondo.

—¿Son los de la procesión?

De las siete cajas a la vista hay una que atrae la mirada; blanca y pequeña, lista para acoger a algún bebé.

—Son los ataúdes del último año. Tuvimos ocho ofrecidos. Nunca antes hubo tantos. La devoción por santa Marta es cada vez mayor.

—¿Ocho personas se metieron ahí dentro? —inquire Cestero con un estremecimiento—. ¿Y qué tipo de gente acude?

—Personas normales, como usted y como yo. Es una fiesta. Aquí hay música, pulperas, mercadillo... Se trata de una romería. Como cualquier otra, pero especial, muy especial.

—Un tanto tétrica —aventura Cestero.

—Ni mucho menos. En Santa Marta celebramos la vida, y lo hacemos sin temer a la muerte. Quienes aquí acuden lo hacen para dar gracias por poder seguir vivos. ¿Es eso tétrico?

—Perdón, no ha sido un adjetivo acertado —reconoce Cestero.

El cura recibe las disculpas con una sonrisa forzada. Es evidente que la ertzaina no está consiguiendo caerle simpática.

—¿En cuál falleció Isabel Otero? —pregunta la policía acercándose a los ataúdes.

El teniente Pombo la observa con gesto de sorpresa.

—En ninguno de estos. Es una prueba del crimen. Se encuentra bajo custodia.

La ertzaina deja escapar un suspiro.

—Claro —admite sintiéndose ridícula.

—Era uno como este —señala el cura, dando una palmada en un féretro negro cuya tapa muestra un Cristo crucificado de latón—. Marisa, ¿me ayudas a abrirlo?

Una mujer emerge de las sombras. El plumero amarillo que lleva en una mano ofrece una pincelada de color a la sacristía. Como si pretendiera estar a tono con el riguroso luto de sus ropajes, su cabello, recogido en un apretado moño, es tan negro como la noche. También sus ojos, que sonrían al saludar al teniente.

La sacristana pasa el plumero por el ataúd antes de girar la llave que

asegura la tapa. Después tira de ella con la ayuda del sacerdote, dejando a la vista el acolchado interior blanco. Desde luego que no parece el lugar más acogedor donde introducirse, y menos en plena canícula estival.

—Los ofrecidos realizan la procesión sin tapa, claro —indica el sacerdote.

Cestero pasa la mano por el interior. Bajo esa tela tan suave se escondía el arma homicida. El asesino del Tulipán empleó un método ingenioso para acabar con la vida de su primera víctima.

—Tengo entendido que era el primer año que Isabel Otero participaba en la romería —apunta sin dejar de acariciar el ataúd.

—¿Quién dijo eso? —interviene la sacristana.

La ertzaina se gira hacia Pombo. El signo de interrogación en su rostro es evidente.

—Eso es lo que tengo en el expediente. Yo mismo los interrogué. ¿No era la primera vez?

La sacristana se encoge de hombros.

—Quizá la primera, quizá no. Fue el primer año que salió como ofrecida, pero yo no dije que antes no viniera por aquí como una romera más.

—¿Pero lo hizo? —insiste el teniente con tono impaciente.

La mujer repite el gesto de duda.

—¿Y quién sabe?

Cestero se ríe para sus adentros. Pombo está recibiendo de su propia medicina. Parece que los gallegos también pueden irritarse ante la falta de concreción de las respuestas de otros.

—En cualquier caso, nunca antes lo había hecho dentro de un ataúd —apunta el teniente.

—Eso sí lo dije —admite la sacristana.

—¿Cuándo supieron que Isabel Otero sería una de las ofrecidas?

La sacristana aguarda un gesto de asentimiento del cura antes de dirigirse a un cuaderno para consultar la fecha.

—En mayo ya contábamos con ella —anuncia tras pasar unas páginas.

Cestero resopla.

—¿Por qué es eso importante? —pregunta Pombo dirigiéndose a la ertzaina.

—Cualquier detalle lo es. Necesito saber quién estaba al corriente de que Isabel Otero se metería en ese ataúd —apunta Cestero.

El cura interroga con la mirada a Pombo antes de hablar.

—¿No dijo que fue cuestión de azar?

—No podemos descartar ninguna hipótesis —responde el teniente—. Al principio pensamos en un ataque de algún movimiento anticlerical para causar el pánico entre los fieles de la zona. Aunque existen elementos que nos obligan a replantear el caso.

Cestero celebra que el guardia civil comience a abrirse a otras hipótesis.

—Si Isabel Otero se metió en ese ataúd para agradecer la curación de su hermana, toda su familia sabría que iba a participar en la romería desde mayo —sugiere la ertzaina.

—Y más gente. Seguro que todo su entorno tenía noticias de ello —añade Pombo.

El cura hace un gesto afirmativo.

—Los ofrecidos acuden acompañados de familiares y amigos. Es un día muy especial en la vida de quienes se ofrecen. Están viviendo su propio entierro. ¿Quién no se ha planteado alguna vez cómo será su despedida?

A Cestero no le gusta la respuesta. Abre demasiado el abanico de sospechosos.

—¿Hubo algo en los días previos o bien en la romería que llamara su atención?

—Eso está en el expediente —la interrumpe Pombo—. No hubo nada que les pareciera fuera de lo normal. ¿Verdad? —aclara dirigiéndose al sacerdote.

El cura se limita a negar con la cabeza.

—¿Les dice algo el tulipán? —añade Cestero.

Tanto el sacerdote como la sacristana responden con una negativa.

—Creo que es todo. Podemos irnos —decide Cestero. No parece que pueda avanzar mucho más en esa recóndita aldea gallega—. Gracias por su ayuda. Si recuerdan algo...

—Si recuerdan algo, tienen mi teléfono. Llámenme —la interrumpe Pombo dando una palmada en el ataúd.

*25 de octubre de 2018, jueves*

Las gotas de lluvia acarician los hombros de Julia en cuanto pone el primer pie en la escalera que la saca del mar. La brisa es gélida esta tarde y los peldaños parecen de hielo. Suerte que ha dejado la calefacción a tope y no tardará en estar en su salón, disfrutando de un café bien caliente. Lo va a necesitar, y no solo para entrar en calor. Si Cestero está en lo cierto, la noche será de esas que se tardan en olvidar.

La tarde no ha sido para menos. Tras la salida de Olaizola de la comisaría, los informáticos se han apresurado a revisar su ordenador en busca de pruebas de su mala gestión. Decenas de correos electrónicos han salido de la impresora. Mensajes enviados y recibidos por el comisario en los últimos meses.

Julia se ha sentido una intrusa en una vida ajena mientras los revisaba junto a Aitor. Sin embargo, la realidad enseguida le ha demostrado que estaban actuando correctamente. Existían correos privados entre Olaizola y su mujer en los que se mencionaba a Natalia Etxano. El terreno de una vieja colonia infantil, propiedad de la caja de ahorros, ocupaba demasiadas líneas en esas conversaciones. Todo apuntaba a que la nueva sede del Guggenheim podría levantarse en ese privilegiado enclave de la ría, y la constructora para la que trabaja la mujer del comisario mostraba interés en adquirirlo. Y en esas intenciones se interponía la locutora asesinada, defensora desde su atril radiofónico de la titularidad pública del edificio de la colonia.

Una y otra vez, su mujer le pregunta por el asunto; una y otra vez, Luis Olaizola le contesta que ha hablado con Natalia y que piensa recurrir a airear los trapos sucios de la periodista si no atiende a razones. Le cuenta incluso que ha establecido vigilancia alrededor de ella para hacer que se sienta presionada y obligarla a tirar la toalla.

Asuntos turbios, decepcionantes viniendo de un hombre al que Julia ha

apreciado y valorado desde que entró a trabajar a su servicio. De pronto tiene la sensación de que no lo conoce. Incluso la idea de que fue Natalia quien dejó al comisario se desvanece por momentos. El dinero y la especulación urbanística parecen haber llevado a Olaizola a forzar la ruptura.

El albornoz, que aguarda bajo el alero, regala un primer abrazo reconfortante a la piel empapada y fría de Julia. El cielo está apagado, de un gris tan oscuro que casi es negro. Las balizas que indican las zonas de bajíos todavía no lanzan sus destellos verdes y rojos. Acostumbrada a nadar de noche, ese baño vespertino no le ha resultado tan agradable. Quizá porque sabe que esta vez no es el punto final de una jornada complicada, sino un punto y coma antes de que arranque la parte más emocionante de la oración. Y el problema es que es una frase que sabe cómo comenzará, pero cuyo desenlace será hasta última hora una inquietante incógnita.

Da la espalda al Cantábrico. Un estremecimiento sacude su cuerpo al imaginar el ambiente cálido que la espera al otro lado de esa puerta corredera. Estira la mano hacia la manilla, pero no llega a tocarla. Su gesto queda tan congelado como la tarde y como la sangre que le corre por las venas.

Son letras grandes, escritas en el vidrio aprovechando que está empañado por la diferencia de temperatura. Letras efímeras, de agua condensada y mensaje contundente:

TE ARREPENTIRÁS

*25 de octubre de 2018, jueves*

Un pesado cielo encapotado llora sobre la ría. Son lágrimas finas, casi invisibles, pero Cestero las siente correr por su rostro. La noche comienza a amortajar el paisaje. No tardará en fundir a negro aquel mundo donde el mar dibuja el mapa a su capricho. Los faros de las islas de Ons y Sálvora, que parecen flotar sobre la bruma, se encienden de pronto para llenar el horizonte. Les siguen apenas un minuto después las balizas verdes y rojas que facilitan la navegación a las embarcaciones que surcan las aguas.

No son pocas. Barcos pesqueros que regresan a puerto en su mayoría. Las nasas para la captura de pulpos y nécoras se amontonan en sus cubiertas. Se abren camino en un laberinto de bateas para el cultivo del mejillón, plataformas flotantes agrupadas en las zonas menos expuestas al oleaje.

En ellas es precisamente donde Cestero clava la mirada. Aguarda el regreso del viudo de Isabel Otero. Una barca azul, sencilla, y una matrícula de Pontevedra acabada en sesenta y seis. Esas son las indicaciones que le han facilitado en la lonja unos pescadores que también le han advertido de que continúa muy afectado por la pérdida de su mujer.

—Desde aquello apenas habla con nadie. Está hundido y se pasa el día en su batea. No puede ser que le dé tanto trabajo, los mejillones crecen solos. Para mí que se refugia allí para llorar tranquilo —ha argumentado uno.

—¿Y qué harías tú? Pues lo mismo —ha sido la respuesta de otro.

—Pero hay que seguir adelante. Mal marinero eres si permites que la muerte te cambie la vida. Hay que mirarla de cara.

Cestero recuerda la conversación, que ha tenido lugar entre cajas de sardinas listas para la subasta, mientras contempla el ir y venir de los barcos. El mar, protegido por los cabos que cierran la ría de Bueu, es manso como un lago y solo el runrún lejano de los motores de las embarcaciones que regresan a casa se atreve a herir el silencio.

La melodía del móvil se cuela en escena. Cestero se apresura a sacarlo de la mochila. A esas horas el dispositivo desplegado para dar caza a los narcotraficantes debe de estar listo. Lástima encontrarse tan lejos. Le habría gustado dirigir el operativo. Aunque, en realidad, poco hará su equipo. Será la Unidad de Intervención, llegada desde Berrozi, quien lleve a cabo la acción. Txema y los demás se limitarán a ser espectadores, o poco más.

—Mierda... —masculla al reconocer el nombre de Madrazo en pantalla. Si su superior la llama no será precisamente para felicitarla. Toma aire y se presenta—: Cestero.

—¿Qué tal por Galicia? ¿Mucho pulpo?

A pesar del inicio afable de la conversación, la ertzaina sabe que no tardará en dar un giro de ciento ochenta grados.

—Llueve. —Responde escuetamente.

Madrazo suspira.

—Siempre llueve. Como aquí... Ane, ¿sabes rezar? —Cestero no dice nada, no es necesario—. No te pega mucho, la verdad. Pues ya puedes empezar. ¿Qué es eso de que has estado metiéndote sola en la boca del lobo? Joder, Ane, que diriges una unidad especial... ¿En qué cabeza cabe irse por la noche a la caza de narcos? ¡Es una locura! Las lobas solitarias, para las películas. En la Ertzaintza trabajamos en equipo.

—Era fuera de horas. ¿Qué harías tú si te desplazaran a otra zona y durmieras en un hotel, ponerte a ver la tele tirado en la cama?

—¡No avisaste a nadie! Podrían haberte matado y ninguno de tus compañeros se habría enterado... Y no me pongas la excusa del hotel. Aitor también está ahí, y él no se ha metido en problemas. Joder, podría contagiarte un poco de su cordura...

La suboficial observa su propio reflejo en el agua. Es una imagen rota, intranquila; las gotas que el cielo derrama se ocupan de convertirla en una pintura abstracta.

—Gracias a mi imprudencia vamos a desarticular una red de traficantes de droga —argumenta, dolida en su orgullo—. Deberías llamarme para celebrarlo, no para echarme la bronca.

—Por eso te pido que reces, Ane. Si esta noche cae esa supuesta banda todo serán palmadas en la espalda. Si, en cambio, te han informado mal y no sucede nada, se te van a echar al cuello. Que Txema pase a dirigir el grupo será el menor de tus problemas.

Cestero asiente sin abrir la boca. Sabe que tiene razón. Ya puede empezar a rezar.

La despedida es fría, sin ceremonias ni parabienes. El móvil se desliza en la mochila y la ertzaina vuelve a perder la mirada en el mar en calma.

De nuevo, solo el silencio.

A lo lejos suena una campana doblando a difuntos. La ertzaina trata de recordar la explicación que oyó una vez de boca de un sacerdote. Si el último tañido de la serie es agudo, el funeral es de una mujer, y si es grave, de un hombre. ¿O es exactamente al revés?

Tanto da. Aquel llanto metálico contagia su tristeza a un paisaje demasiado acostumbrado a las despedidas. El mar es fuente de vida y riqueza en las rías gallegas, pero también quien escribe a menudo la última nota musical de quienes tratan de bailar al son de sus olas.

Una barca se acerca a puerto. Parece azul, aunque el orballo y la llegada de la noche impiden saberlo con seguridad.

—Sí, azul —musita Cestero cuando la ve aproximarse al dique exterior.

Y ha partido de las bateas, de eso no cabe duda. Tiene que ser él.

De manera instintiva, se gira para comprobar que no haya nadie más en el muelle. Y claro que hay gente. Varios pescadores desembarcan las capturas del día y las colocan en una carretilla para trasladarlas a la lonja. Los observan de cerca varios curiosos con las manos a la espalda. Cestero puede imaginar sus comentarios críticos con la calidad o cantidad del pescado. Es un clásico que caracteriza a todos los puertos pesqueros. Siempre hay jubilados sin nada mejor que hacer que recordar que cuando ellos se hacían a la mar regresaban con más y mejores capturas que quienes les han tomado el relevo.

También se ven empleados de la lonja y algunos pescadores que tiran la caña desde los diques. Ni rastro, eso sí, del teniente Pombo. Al guardia civil no le gustaría comprobar que Cestero se salta sus instrucciones.

La barca pasa entre los diques. La matrícula coincide. Aquel hombre encorvado que la pilota solo puede ser el marido de la víctima.

La ertzaina juguetea con el piercing, indecisa, acercándose al pantalán en el que el viudo amarra la embarcación. Lo que se dispone a hacer es del todo irregular. No puede interrogar a nadie fuera de la jurisdicción de la Ertzaintza, y Galicia dista mucho de serlo. Sin embargo, necesita hablar con la familia de la víctima, y Pombo no parece dispuesto a facilitárselo.

—¿Arsenio Vilaboa? Soy Ane Cestero, policía.

El hombre apenas dirige una mirada fugaz a la placa identificativa que le muestra la ertzaina.

—¿Hay novedades?

—Me temo que no. Lamento mucho lo de su mujer.

—Pues ya me dirá qué quiere.

La ertzaina comprende que está ante un hombre arrasado por meses de incertidumbre, de un duelo imposible de cerrar por la falta de alguien a quien culpar. No puede andarse con rodeos ni hacerle perder más tiempo.

—Necesito su ayuda, Arsenio.

El hombre arruga el entrecejo. Sus ojos grises se ven tan perdidos como agotados.

—¿Cómo dice?

—Estoy investigando varios asesinatos de mujeres y tengo motivos para creer que están conectados con el de su esposa.

Arsenio Vilaboa asiente, saltando al embarcadero. Su extremada delgadez resulta sobrecogedora. Se habrá abandonado tras lo de su mujer.

—Supuse que vendrían en cuanto oí hablar del asesino del Tulipán. ¿Cree que fue él quien me robó a mi Isabel?

Cestero resopla. No quiere correr tanto.

—Digamos que hay indicios que relacionan su crimen con los del País Vasco.

—La flor, claro —reconoce Arsenio—. Y algo más: el pueblo ese del cuadro de Picasso: Gernika. Ha dicho la radio que los dos crímenes de esta semana han sido por allí. Isabel vivió por esa zona de joven. No me pregunte dónde exactamente, a tanto no llevo.

Arsenio Vilaboa le da la espalda para atar un cabo. Cestero no quiere apremiarlo. No necesita verlo para saber que las lágrimas han roto todos los diques de contención.

—Lo siento —murmura incómoda.

La llamada a difuntos vuelve a abrirse paso entre la lluvia. La ría enmudece en señal de duelo.

—Antón, el del videoclub. Se sintió mal después de cenar —se oye comentar a uno de los que preparan las nasas para el día siguiente.

—Dijeron que fue un infarto —apunta alguno de los que están cerca.

—Pobre chico. Pues era bien joven.

—Cincuenta y tres pusieron en la escuela.

—Si es que no somos nada.

Vilaboa se pasa un pañuelo por la cara y se vuelve hacia Cestero.

—¿Dónde está el teniente Pombo?

La ertzaina se muerde el labio. No contaba con esa pregunta.

—Pues... —Una gaviota se zambulle a escasos metros y emerge con un pez en el pico. Su lomo plateado lanza un destello cuando alza el vuelo hacia el tejado de la lonja. Los graznidos de las gaviotas que le persiguen dan tiempo a Cestero a decidir que no puede mentirle—. Pombo lleva la investigación del crimen de su mujer, y yo la de las nuevas víctimas del que podría ser el mismo asesino. Soy ertzaina, policía vasca, y no tengo jurisdicción aquí. Le ruego que colabore conmigo para que podamos detener a quien le arrebató a su esposa. Ayúdeme antes de que sea demasiado tarde para otras mujeres.

—Ya le conté a la Guardia Civil todo lo que sé.

—Lo sé, y el teniente me ha facilitado una copia del expediente. Pero los dos asesinatos de la última semana lo cambian todo.

—Yo no aprecio ningún cambio. Isabel sigue muerta y nunca más volveré a verla. Hace casi tres meses de la romería. ¿Y qué han averiguado? ¡Nada! — El temblor de sus labios hace temer a Cestero que el viudo rompa abiertamente a llorar.

—Por eso estoy aquí. Confíe en mí. Deme una oportunidad. Una sola. —El tono de voz de la policía se convierte en una súplica—. Tengo en el expediente todo lo que le explicó al teniente sobre los días previos a la romería. Solo necesito completarlo. Cuantos más detalles pueda facilitarme de la vida de su esposa, más probabilidades tendré de dar con algo que la vincule a las otras víctimas.

Arsenio clava la mirada en el agua. Después asiente sin borrar la tristeza de su expresión.

—Está bien —admite—. ¿Por dónde quiere empezar?

Cestero lo tiene claro.

—Por los años que Isabel pasó en Euskadi. Y, sobre todo, el motivo por el que regresó a Galicia.

De pronto está segura de que ahí podría hallarse la clave.

—Pues no sé si podré ser de mucha ayuda. Yo ni siquiera la conocía por aquel entonces. A quien debería preguntar es a su hermana. Ella vivió allí con Isabel. Sus padres fallecieron, no los busque.

La ertzaina asiente. Conoce esa parte de la historia. Tendrá que localizar a

Pilar Otero, dijo que vivía en Santiago de Compostela.

—¿Y nunca le explicó su mujer por qué regresó del País Vasco?

Arsenio se encoge de hombros.

—La tierra siempre tira, ¿no? La morriña... La verdad es que Isabel no solía hablar de esa época de su vida. No le gustaba recordarla. Era poco de mirar atrás, siempre vivió en el presente.

La ertzaina finge contentarse con su respuesta, pero la intuición le dice que algo sucedió para que abandonara su vida en Durango. Y ese algo podría ser la clave que explique lo que está ocurriendo.

—¿Qué le dice el nombre de Meirás? —pregunta recordando la operación que estará a punto de arrancar a cientos de kilómetros de allí, en las marismas de Urdaibai.

—Un narco, ¿no? —apunta el viudo sin mucho interés—. ¿No es ese de Vilagarcía de Arousa?

Cestero trata de buscar las palabras adecuadas para continuar.

—Tengo algún motivo para creer que puede tener relación con el caso.

—¿El traficante? —Ahora Arsenio parece realmente sorprendido—. Es imposible. En nuestra familia siempre hemos estado lejos de esa mierda. Y mire que es fácil caer en la tentación, eh. Llevas unos fardos de aquí para allá y ganas en unas horas lo que cobras en un mes normal pescando día y noche.

—¿Descartaría totalmente cualquier tipo de relación de su mujer con la red de Meirás?

—Absolutamente —zanja el viudo sin pensarlo ni un solo segundo.

Pues ya está, no hay mucho más que hablar. Cestero alza la vista hacia el cielo y siente las gotas rompiéndole en la cara. Las campanadas continúan en la distancia y los faros no detienen su baile de destellos y ocultaciones. La vida sigue su curso en las rías gallegas, por lo menos para algunos.

*25 de octubre de 2018, jueves*

Julia llena los pulmones con el pesado aire de la marisma. Huele a lodo y a salitre, a tierra y a mar. Pero también flota en el ambiente la tensión que anticipa lo que está a punto de ocurrir. El chaleco antibalas que viste la ertzaina no logra disiparla. Tampoco el saber que hay desplegada una veintena de agentes de la flamante Unidad de Intervención en diferentes ubicaciones de la ría, así como la patrullera costera lista para bloquear la salida al mar.

El oficial al mando de los de Intervención ha dejado muy claro que el objetivo es cercar a los narcotraficantes y aguardar hasta que la droga haya sido trasladada al molino de marea. Solo entonces caerán sobre ellos. Que nadie se mueva antes o todo se habrá echado a perder.

No importa si ven llegar la lancha neumática, no importa si los falsos pescadores se adentran en la ría en busca de fardos, ni tampoco si los ven perderse por las sendas de la marisma con los paquetes bajo el brazo. Quietos, todos quietos. Ni un solo movimiento hasta que la droga llegue al cuartel general de los narcotraficantes. Si quieren descabezar la organización tendrán que hacerlo así. De lo contrario, meterán en prisión a los mensajeros y no habrá manera de imputar delito alguno a quienes lo dirigen todo desde el molino.

—Tiene gracia que hayan elegido un molino para llevar la «fariña» — comenta Txema. Está junto a Julia, controlando el dispositivo desde la terraza superior del castillo de Arteaga.

En realidad son poco más que unos meros espectadores. Los de Intervención, con sus uniformes negros de la cabeza a los pies y sus tácticas casi militares, serán quienes lleven a cabo el grueso de la operación.

—No se aprecia mucho movimiento. ¿No nos habremos equivocado de día?  
—plantea Julia.

—Eso díselo a Cestero. Ella tiene muy claro que el desembarco será hoy.

Espero que no hayamos movilizado a los de Intervención para nada.

Julia se lleva los prismáticos de visión nocturna a los ojos. El mundo se vuelve verde a través del visor, pero las formas se aprecian como si fuera de día. No hay luces encendidas en el molino, que parece dormir sobre el agua retenida en su laguna. Quizá todavía sea pronto. Mira el reloj. Son casi las doce de la noche. La marea sigue bajando. Pronto ni siquiera una planeadora será capaz de navegar por la ría sin embarrancar en algún banco de arena.

—Los pescadores están en sus puestos —anuncia Aitor Goenaga a través de la radio. Él se encuentra en la primera línea de costa.

No es una mala señal, aunque no es suficiente. Por lo que Cestero pudo averiguar ellos nunca saben a ciencia cierta cuándo se producirá el desembarco de los estupefacientes. Acuden a sus apostaderos con la esperanza de que aparezca la lancha y deje caer algún fardo cerca para poderse ganar unos cientos de euros con su transporte. En muchas ocasiones regresarán a casa de vacío.

—Por lo menos ha parado de llover —celebra Txema frotándose los brazos para entrar en calor—. No te lo creerás, pero en Bruselas el clima era mejor que aquí. Quizá hiciera más frío, pero no era tan húmedo. Aquí te cala hasta los huesos. Y eso por no hablar de la lluvia...

Julia se conforma con un gesto de asentimiento mientras continúa oteando el entorno a través de los prismáticos. Es incapaz de quitarse de la cabeza el anónimo que ha leído hace apenas unas horas. Todavía se le acelera el pulso al recordarse abriendo aterrorizada la puerta para acceder al salón y lanzarse a la carrera a por la pistola que guarda en el cajón. Para cuando ha terminado de inspeccionar la casa en busca de algún intruso, el vidrio se había desempañado. Las letras habían desaparecido, aunque el mensaje continuaba flotando en el ambiente.

—No me digas que todavía estás dándole vueltas a eso —le reprocha Txema. Ha estado más de una hora con ella, buscando huellas en el salón. Sin éxito, claro. Ahora son los de la Científica quienes tratan de dar con alguna prueba en su casa.

—Estoy convencida de que lo leí.

—Tal vez te iría mejor si instalaras una cerradura en esa puerta. Te sentirías más segura. Cualquiera puede entrar en tu casa desde el acantilado mientras nadas.

Julia sabe que tiene razón. No costaría tanto llevar una llave a modo de

collar, o como pulsera, igual que se hace al practicar deporte en un polideportivo.

—Lo haré —decide, volviendo a su labor de vigilancia. Su mente continúa en ebullición. Al susto de la tarde se suma el regusto amargo que le ha dejado lo de Olaizola.

—¿Qué hace ese idiota? Lo van a ver —señala Julia reparando en uno que se está acercando demasiado al molino de marea.

Txema le pide el visor nocturno y observa unos instantes.

—No es de los nuestros. No tenemos ninguno tan gordo... Mira, si la puerta está abierta. Ha salido del molino. Está echando un vistazo. Será uno de los vigilantes de los que habló Cestero.

—Eso es buena señal. Si vigilan es por algo.

El motor de un coche llama su atención hacia la pista de tierra que llega de Arteaga. Los carrizales que la flanquean, encendiéndose al paso de sus faros, lo ocultan hasta que se detiene en un ensanche junto a la balsa del molino.

—Un Audi Q7. Negro —anuncia Txema antes de devolverle los prismáticos.

Julia lo localiza rápidamente. Dos siluetas han salido del interior y se dirigen al edificio tras intercambiar unas palabras con el gordo, que se queda de centinela. Enseguida aparece luz tras las ventanas. Se reflejan en la lámina de agua que aguarda paciente a que se abran las compuertas para activar los engranajes de la molienda. De no haber estado agazapada entre arbustos y armada hasta los dientes, le habría parecido una estampa hermosa.

—¿Novedades en algún puesto de control? —se oye al oficial al mando a través de la radio.

—Ninguna.

—Aquí no.

—Nada.

Las respuestas llegan limpias, sin interferencias. Txema se gira hacia Julia y chasquea la lengua.

—Nos espera una noche muy larga.

—¿Y Raúl? —pregunta la ertzaina frunciendo el ceño. El tatuador no ha contestado. A él le ha sido encomendado el puesto de control situado en la playa de Laida, junto a la desembocadura de la ría. Debería de ser el primero en divisar la embarcación de los traficantes de droga.

Txema activa el micrófono.

—¿Laida, me recibes?

Silencio.

Los dos ertzainas cruzan una mirada de preocupación.

—Atención, Laida... Laida. ¿Todo en orden?

Raúl no responde.

Julia no tiene dificultades para imaginar las dunas sumidas en la oscuridad y las olas rompiendo contra la orilla. Su compañero debería de estar ahí, apostado entre los carrizos a la espera de dar el aviso que todos aguardan. Confía en que no le haya ocurrido ningún percance. A veces las radios fallan, eso es todo.

—Tendrías que haberlo enviado con alguien.

Txema inspira ruidosamente.

—Es fácil decirlo. ¿De cuántos agentes disponemos? Nadie contaba con que la playa pudiera resultar peligrosa. Está a casi cinco kilómetros del molino de marea... Además, lo más probable es que nos estemos alarmando sin motivo.

—Vuelve a presionar el botón de la radio—. ¿Laida, me recibes?

No hay respuesta. Julia juguetea inquieta con sus uñas. No le gusta nada ese silencio.

—¿Alguien puede ver la playa de Laida desde su posición? —inquire la voz del oficial al mando. También él comienza a inquietarse.

—Desde aquí arriba todo se ve tranquilo —apunta una voz femenina.

Es una de las agentes de Intervención. Julia la sitúa mentalmente en la ermita de San Miguel de Ereñozar. Desde lo alto de esa montaña picuda se domina toda la desembocadura de la ría. A falta de helicóptero, que no puede volar de noche, cuentan así con una visión aérea que permitirá ubicar en todo momento a los actores de una noche que se promete interesante.

Julia vuelve a recorrer los alrededores del molino a través del visor nocturno. Un segundo centinela se ha sumado al gordo. Dentro del edificio hay luz. La puerta del granero está entreabierta. Esta es la noche, no hay duda.

De pronto el piloto verde de la radio se enciende.

—Todo en calma por Laida. —Es la voz de Raúl.

Txema asiente con gesto satisfecho.

—¿Dónde se habría metido? —pregunta Julia.

Su compañero se encoge de hombros en la oscuridad.

—Habría ido a mear.

Un búho ulula en la distancia. No es el único animal de la noche. Hay

algunos murciélagos que sobrevuelan insistentemente el castillo de Arteaga, atraídos por los insectos que revolotean en torno a una vieja farola que pende de la fachada.

La espera se está haciendo larga.

—¿Por qué regresaste? —pregunta Julia. Lleva repitiéndose esa cuestión desde que supo que Txema había dejado la Interpol.

—Estaba cansado. Mucho papeleo y poca acción. Me pasaba el día delante de un ordenador. Era un trabajo para viejos.

Julia se muerde la lengua para no decirle lo primero que le pasa por la cabeza.

—Pues era tu sueño. Lo dejaste todo cuando te llamaron. Todo.

Txema tarda en responder. No hace falta saber leer demasiado entre líneas para comprender que ese «todo» se refiere a su relación con ella. Cuatro años juntos tirados por la borda por un trabajo que ahora reconoce que era una mierda. Un proyecto de vida en común olvidado de la noche a la mañana.

—No es el momento, Julia.

La ertzaina observa el molino de marea. Todo está tranquilo. Los centinelas charlan junto a la puerta y no se percibe ningún otro movimiento.

—No, claro, nuestro momento ya pasó. ¿Qué te ocurrió de repente? Me gustaría comprender... Había alguien más, ¿verdad?

—Te juro que no. No había nadie. Solo mi trabajo. Fue mi gran apuesta personal. Y salió mal. ¿Crees que no estoy arrepentido? —Su mirada herida obliga a Julia a hacer grandes esfuerzos por no derramar lágrimas. Se siente decepcionada consigo misma al comprobar que sus sentimientos se encuentran más a flor de piel de lo que esperaba.

La luna asoma tímidamente entre las nubes allá en lo alto de San Miguel de Ereñozar. El paisaje se torna plateado, igual que el rostro de ambos policías.

—Me hiciste mucho daño, ¿sabes?

—No creí que fueras tan en serio, la verdad. Ya te he dicho que me arrepiento.

La ertzaina aprieta la mandíbula.

—¿Te arrepientes? ¿De qué? —pregunta con rabia—. ¿De haberme dejado tirada o de haber malgastado cuatro años en un trabajo de mierda? Es lo segundo, ¿verdad?

El chasquido que deja escapar Txema logra irritarla todavía más.

—Julia, estás exagerando. Solo fue una ruptura, como las hay a miles cada

día. La gente sigue adelante, no se acaba el mundo.

—Fuiste un cobarde, Txema. Un cobarde egoísta. ¿Cuántas veces te llamé? ¿Cuántas? ¿Tan difícil era cogerme el teléfono después de cuatro años juntos? —inquire Julia fuera de sí.

—Shhh. Te van a oír. Estamos en plena operación.

Julia abre la boca para mandarlo a la mierda, pero la radio se activa.

—Está entrando la lancha —anuncia la voz de Raúl.

De pronto todo lo demás pasa a un plano insignificante. Julia es ahora una policía en plena operación, y nada más. Con lágrimas que le nublan la vista, pero una policía al fin y al cabo. El hombre que está junto a ella ya no es quien la abandonara tras años de vida en pareja, sino un suboficial al que debe obediencia.

—Que nadie se adelante a mi señal —advierte a través de las ondas el responsable del grupo de Intervención.

Ahora todo es silencio. Silencio y tensión.

El motor de la embarcación no tarda en colarse en la quietud de la noche, es un runrún constante que gana intensidad conforme se aproxima a toda velocidad.

—La veo —anuncia Aitor Goenaga—. Los pescadores toman posiciones... Ya está aquí la lancha. Han tirado el primer fardo... Dos, tres... Ocho. Han lanzado ocho paquetes por la borda.

—Hay movimiento en el molino —anuncia Txema oteando a través del visor—. Está llegando una furgoneta de reparto.

La lancha continúa ría adentro, tal como había explicado Cestero que sucedería. Una maniobra de distracción destinada a evitar que el foco de atención se centre en los falsos pescadores.

—Adelante la patrullera. Bloquead la salida —ordena el jefe de los de Intervención.

—Recibido. Dos minutos —vomita la radio.

—El primer pescador llegando al molino —anuncia otra voz.

Julia se imagina a todos los agentes en tensión, deseando que llegue la orden de lanzarse a por ellos. Han hecho un gran trabajo, blindando la zona sin que los traficantes se hayan percatado de su presencia. Le maravilla la facilidad del grupo de Intervención para llevar a cabo las operaciones más complicadas. De no ser porque su centro de entrenamiento se encuentra en Berrozi, una aldea perdida de la montaña alavesa, le gustaría formar parte de

esa unidad. Pero ¿qué iba a hacer ella tan lejos del mar durante semanas enteras?

—Han recuperado todos los fardos. Todos camino del molino —anuncia Goenaga.

Julia siente sus músculos tensándose. Los próximos minutos serán decisivos.

—Preparada la avanzadilla —ordena el oficial al mando—. A mi señal, vamos allá.

El ruido de un motor hiere de pronto la noche.

—Nos han descubierto —anuncia alguien a través de la radio—. ¡Se van!

—Mierda... —se lamenta Txema arrancándole a Julia el visor nocturno de las manos.

Para entonces, la agente ha podido ver a los cabecillas saliendo del molino y corriendo hacia el Audi. Lo que ocurre después se pierde en una maraña de disparos, derrapes y focos convirtiendo la noche en día. Las aves se suman al concierto de la confusión. Bandadas formadas por decenas de ellas vuelan aquí y allá, llenando el cielo con sus aleteos y sus graznidos asustados. Y, por si fuera poco, la radio vomita continuos mensajes en clave que solo los de Intervención serán capaces de descifrar.

—Voy a interceptarlos —anuncia Julia al comprobar que el Audi se dirige hacia el castillo desde el que Txema y ella asisten al operativo. Los Meirás tendrán que pasar junto a su puerta si quieren llegar a la carretera.

—No. Van armados hasta los dientes —le advierte Txema—. ¿No has oído las ráfagas de automática? Déjales a los de Intervención.

Julia asoma la cabeza entre las almenas. El coche continúa acercándose. Nadie persigue a los cabecillas. No hay tiempo que perder si quiere impedir que escapen.

Mientras Txema le pide que se detenga, la agente se lanza escaleras abajo. Las baja de dos en dos y abre la puerta sin pensarlo dos veces. Justo en ese momento, el Audi desfila a toda velocidad junto al castillo.

—¡Alto! —ordena Julia fuera de sí. Sabe que no pueden oírle. Tampoco importa. Su dedo índice se tensa sobre el gatillo hasta que no queda ni una sola bala en el cargador.

El derrape que escucha a continuación y que precede a la colisión del coche contra los árboles que flanquean el camino le indica que ha dado en el blanco.

Dos de los cuatro neumáticos han sucumbido a los disparos y el conductor ha sido incapaz de mantener el control.

—¡Al suelo! —grita alguien a su espalda.

Es Txema, y lejos de conformarse con dar voces, la ha derribado.

Justo a tiempo. Un destello acompaña al sonido del disparo que brota de la ventanilla rota del vehículo. Si no llega a ser por él, la habrían matado.

—Estás loca —le reprocha su compañero.

Los disparos siguen sonando, pero también las órdenes de despliegue de los de Intervención. Han llegado, con sus escudos y sus cascos antibalas. Son minutos de tensión, con la cara contra el suelo y la adrenalina desbocada, pero por fin alguien anuncia por radio que los Meirás han sido detenidos.

*26 de octubre de 2018, viernes*

Las calles están mojadas, rezuman una tristeza que el cielo encapotado del alba no amortigua. Los comercios que se alinean bajo los soportales de la rúa de Vilar están cerrados, como la mayoría de las tascas que a mediodía serán un hervidero de turistas y lugareños.

Santiago de Compostela duerme todavía. Ella apenas lo ha hecho, pendiente de la operación contra el clan de Meirás.

Un vehículo de limpieza, con sus cepillos giratorios y su estrépito, se afana en las esquinas de la praza das Praterías, enmascarando la cantinela de la fuente que sacia la sed de los peregrinos desde hace cientos de años. Cestero da un trago de uno de sus cuatro caños en forma de caballos de granito. Tiene la boca seca. Y sueño, mucho sueño. Ha madrugado demasiado para poder desplazarse desde la ría de Pontevedra hasta la capital gallega en el primer autobús de la mañana. Quiere completar el croquis de la vida de Isabel Otero con ayuda de la hermana de la víctima, y necesita hacerlo antes de regresar a Gernika.

Las campanas de la catedral dan las siete y media. Es la hora. La ertzaina observa las calles que confluyen en la pequeña plaza. Apenas cuenta media docena de personas. Una que levanta la persiana de una panadería, otra que reparte prensa a domicilio y varias que caminan apresuradamente. Son sombras silenciosas que bailan en esa etérea atmósfera que crean las primeras luces del día al toparse con un mundo gobernado todavía por la luz de las farolas. A esas horas tempranas todas las ciudades tienen en común la ausencia de paseantes sosegados; nadie sale de casa antes de que cante el gallo si no es para dirigirse al trabajo.

—*Bos días.*

El saludo ha llegado por su espalda. Cestero se gira y se topa con el rostro de Pilar Otero. Apenas la reconoce. ¿Dónde están esos ojos llorosos y ese

rostro triste del camposanto? La hermana de la fallecida en la romería parece otra mujer. El maquillaje obra milagros.

—Gracias por venir —dice Cestero estrechándole la mano.

—Gracias a ti. ¿Sabe el teniente que estás aquí?

Cestero siente el piercing chocando contra sus incisivos. Una respuesta incorrecta podría echar por tierra el encuentro, pero una mentira no parece el mejor modo de comenzar. El agua de la fuente se ocupa de llenar el tenso silencio. No es capaz de dar con un argumento convincente. Necesita cafeína urgentemente, o su mente no estará lista para interrogatorio alguno.

—¿Puedo invitarla a un café? —pregunta.

Pilar Otero echa un vistazo al reloj de muñeca.

—Me queda un cuarto de hora. Después tendré que abrir la tienda. Y no me hables de usted, por favor. Haces que me sienta vieja.

La ertzaina la sigue por la rúa de Xelmírez. Cada segundo que pasa sin que Pilar retome la cuestión sobre Pombo es una victoria. Y pasan muchos, en silencio, mientras caminan entre almas que bostezan y piedras cargadas de historia.

—Voy a necesitar que me cuentes todo lo que recuerdes de los años que pasasteis en Euskadi —le adelanta Cestero.

—Tú no crees que mi hermana fuera una víctima del azar, ¿verdad? —inquire la gallega. La musiquilla de sus palabras encaja a la perfección en esas calles donde reina la melancolía—. A mí me gustaría pensar que el teniente tiene razón, y que ese maldito veneno no estaba dirigido a Isabel, sino a la propia romería. Lástima que ya no me lo crea. Necesito más respuestas.

Una furgoneta de reparto descarga hogazas frente a una panadería. El olor a pan recién hecho impregna el frío de la mañana y hace activarse el estómago de Cestero. Aunque antes necesita un café.

—Es aquí. ¿Te importa que lo pidamos para llevar? Así no llego tarde —pregunta la gallega.

Cestero se encoge de hombros. Mientras tenga cafeína le da igual.

—Para mí, uno doble —pide acercándose al mostrador.

—¿Un cortado para ti, Pilar? —pregunta la panadera.

—Sí, Muxía. Y suavcito. ¿Qué tal tienes a tu Manuel, se va recuperando?

Un gesto de hastío se adelanta a la respuesta.

—Mejor, y no lo merece. ¿Tú crees que con semejante catarro tiene que

seguir fumando? Estoy harta de preocuparme por él y que no se cuide lo más mínimo.

Los cafés humean en el mostrador. Unas despedidas rápidas y las dos mujeres están de nuevo en la calle. Cestero se siente mejor. Apenas ha dado todavía un par de sorbos del vaso de papel, pero el gusto acre ha despertado ya sus papilas gustativas e invade poco a poco todo su cuerpo.

—Lo necesitaba. Gracias por la parada. Ahora empiezo a ser capaz de pensar. ¿Te parece que comencemos?

Pilar hace un gesto afirmativo. El color de su rostro, antes ligeramente anaranjado, se ha vuelto más lívido. Las farolas se han apagado y la escasa calidez que eran capaces de brindar a las calles se ha esfumado junto con su luz.

—¿Y qué quieres que te cuente? No creas que recuerdo tanto de aquellos años. Ha pasado mucho tiempo y yo solo era una cría cuando dejamos Durango.

—Lo sé, pero seguro que me puedes ser de ayuda. Ya verás. —Cestero apura el café de un trago y coge libreta y bolígrafo. No quiere pasar por alto ningún detalle—. ¿Qué recuerdas de la muerte de tu padre? ¿Hubo alguna investigación sobre lo sucedido?

—No. Y si la hubo, mamá no nos contó nada. Aquello fue un accidente. Una prensadora le atrapó un brazo y... —La mujer hace una mueca—. Bueno, algo muy desagradable. Los compañeros intentaron sacarlo, pero no hubo nada que hacer.

—Me contaste que la empresa os pagó una indemnización y dieron trabajo a tu hermana.

—Eso es. Comenzó a trabajar al poco de la muerte de papá. Estaba en las oficinas. Entonces las mujeres no hacían otra cosa en una fábrica como aquella. No sé si le gustaba su trabajo. Creo que no, porque nunca hablaba de ello. Además, luego vino lo del convento. Eso es señal de que no estaba a gusto... —Pilar saluda con la mano a un hombre que pasea a un perro que olisquea las esquinas. Algo más allá, un cura con sotana hasta los pies abre la puerta de la iglesia de San Bieito—. Es que lo de papá fue muy duro.

Cestero lo anota todo. Después tendrá tiempo de analizarlo con calma. Ahora es el tiempo de las preguntas. Y hay algo que tiene la impresión de que merece más de una.

—¿Qué es eso del convento? ¿Quiso hacerse monja?

—No tanto. Se fue una temporada de voluntaria a Lourdes. Ayudaba a los peregrinos. Hay mucha gente mayor que llega allí, eso no es como el Camino de Santiago. Qué va, a Lourdes solo van ancianos y lisiados.

—¿Qué explicaba de la experiencia?

Pilar sacude la cabeza.

—No le gustaba hablar de ello.

—Vaya, de eso tampoco. Ni de la fábrica ni de Lourdes.

La gallega pasa por alto el comentario.

—Estuvo bastantes meses con las religiosas. Era un convento de Gernika el que organizaba las estancias en Francia. Yo pensé que mi hermana acabaría metiéndose a monja. Todavía recuerdo la alegría que me llevé cuando regresó.

—¿Recuerdas el nombre del convento?

—Para nada. Probablemente no llegué ni a saberlo. Eran monjas de clausura, es lo único que recuerdo.

—¿Y qué fue del trabajo en la fábrica? ¿Lo retomó a la vuelta?

—No, creo que ni siquiera lo intentó. Su marcha había sido muy precipitada. A mí no me contaban nada, era una mocosa, pero ahí debió de ocurrir algo raro. Un desengaño amoroso, un problema en la fábrica... —Pilar se detiene, pensativa. Dirige la mirada al cielo, que surca una paloma que detiene su vuelo en el alero de un palacete cercano—. Sucedió todo de la noche a la mañana. Un día llegó de la papelera, mi madre y ella se encerraron en una habitación, y al día siguiente se fue a Lourdes. Tengo grabados en la memoria el silencio de aquel día durante la cena y los ojos llorosos de las dos.

El bolígrafo de Cestero corre raudo sobre el papel.

—¿Supiste qué era lo que las preocupaba?

—No, pero estoy segura de que estuvo detrás de la decisión de Isabel de irse a Lourdes.

Varias posibilidades cruzan rápidamente por la mente de la ertzaina. De todas ellas la que más fuerza gana es la que muestra a Isabel Otero como víctima de algún tipo de acoso, quizá por parte de alguno de sus jefes. En esa época, cuando los derechos de la mujer eran una utopía lejana, la solución de irse con las monjas podría ser la más natural.

—¿Nunca hablaste de ello con Isabel? ¿Ni siquiera años después? — Cestero está realmente extrañada de esa falta de comunicación entre ambas

hermanas. Tampoco es que ella con Andoni hable mucho más, pero siempre ha creído que de haber tenido una hermana habría sido diferente.

—Nunca —asegura Pilar. Ha vuelto a arrancar a caminar. Ahora caen algunas gotas, pero no abre el paraguas que lleva colgando de la mano—. Después de aquello Isabel no volvió a ser la misma. Para mí que se arrepintió de no quedarse en el convento. Salió hundida. Al principio pensé que era por la experiencia vivida entre tantos enfermos y ancianos, pero para mí que había un fondo más intenso. Igual quería ser monja y no supo dar el paso de encerrarse para el resto de sus días.

Cestero valora esa posibilidad.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que regresó de Lourdes hasta que dejasteis Durango?

Pilar masculla entre dientes, hace cálculos que llegan entrecortados hasta Cestero. Finalmente se vuelve hacia la ertzaina.

—Alrededor de un año. Era el ochenta y uno cuando llegamos a Vigo, y mi hermana volvió de Lourdes en el setenta y nueve. Lo sé porque yo estudiaba bachiller y mis compañeras alucinaban cuando les contaba que Isabel se había ido a Francia con unas monjas.

Cestero garabatea los años en el cuaderno.

—¿Ocurrió algo en ese último año que desencadenara el regreso a Galicia?

Pilar niega con la cabeza.

—Solo recuerdo que en casa todo eran penas. Yo intentaba pasar tanto tiempo como podía lejos de ellas dos, porque eran la amargura en persona. — De pronto se detiene y dibuja una mueca avergonzada—. Entiéndeme, con esa edad una no se plantea ayudar. Solo quiere pasarlo bien y huir de los problemas que pueda tener en casa... Mi hermana sin trabajo y como un alma en pena, mamá hundida por la muerte de papá... Llegó un día que mi madre decidió que para estar en Durango tirando el tiempo y el dinero nos volvíamos a Galicia.

—Vosotras erais adolescentes. Tendríais amigas, quizá hasta novio. ¿No protestasteis?

Pilar suelta un bufido.

—Yo mucho. Había nacido en Durango. Yo me sentía vasca, no gallega. Para mí fue un drama.

—¿Y para Isabel? —Es su reacción la que importa a Cestero.

—A ella le daba todo igual. Ya te he dicho que estaba pasando una mala

racha. Yo incluso llegué a culparla de todo. Si Isabel no hubiera dejado el trabajo en la papelera no habríamos llegado a esa situación.

La cercanía del Mercado de Abastos se huele en el ambiente. Hay más movimiento. Gentes que van y vienen cargadas de verdura y carretas repletas de pescados que asoman sus ojos inexpresivos entre las escamas de hielo. En apenas media hora los clientes comenzarán a llegar y hay que tenerlo todo listo para la apertura.

—¿Queréis ajos? Son de La Mancha, de los que duran todo el año —les ofrece una gitana que ha decidido comenzar su venta antes de hora.

—No, gracias —le dice Pilar.

—Venga, cariño, que te dejo dos ristras por el precio de una. Mira qué gordos. —La vendedora le acerca una de las cabezas de ajo entrelazadas que lleva en una bolsa de plástico a punto de reventar.

—No, de verdad. Tengo que abrir la tienda —se disculpa Pilar señalando una pequeña ferretería al otro lado de la calle.

La gitana suelta una maldición entre dientes y se aleja en busca de alguna otra clienta.

—¿Le recuerdas algún novio mientras vivisteis en Durango? —pregunta Cestero. Todavía tiene cuestiones pendientes para completar una suerte de biografía de la víctima.

Pilar introduce la llave en la cerradura de su tienda mientras sacude la cabeza.

—Ninguno. Hasta que conoció a Arsenio con más de treinta años no supe de ninguna pareja de mi hermana. Ni amigos especiales, no creas. Ya te digo yo que iba para monja. —La mujer se hace a un lado para permitirle entrar—. Pasa, por favor.

Cestero duda entre seguirla o despedirse. Finalmente decide entrar a la ferretería. El suelo de madera, ajado por las pisadas de miles de personas, apenas se asoma entre las decenas de objetos que ocupan todos los rincones. Es una tienda pequeña, tras cuyo mostrador se alinean unas estanterías que forman tres pasillos estrechos y repletos de quincallería y menaje.

—Fue el abuelo de mi marido quien montó este negocio —explica Pilar—. A mi marido le gustaría que alguna de nuestras hijas siguiera con la tienda, la cuarta generación. Yo las animo a estudiar, que esto es muy esclavo. Y cada vez se vende menos. Cuando se mueran los viejos no nos van a quedar clientes.

—¿Isabel no tuvo hijos?

Pilar niega con la cabeza mientras trata de encender una estufa de butano. El olor a gas se extiende rápidamente por el local.

—No quería ni oír hablar de críos. Después creo que se arrepintió, pero ya era tarde.

Cestero toma nota de ello en su cuaderno, lleno ya de garabatos que solo ella podría descifrar.

—¿Conservaba tu hermana amigos de su infancia y juventud en Euskadi?

—No, ninguno —asegura Pilar accionando el regulador de la estufa. El calor se disipa rápidamente por la ferretería—. Yo tengo un grupo de WhatsApp con la gente de allí. Voy a verlos, vienen por aquí... ¿Cómo iba a borrar de un plumazo toda mi infancia? Isabel, en cambio, lo hizo. Es como si todo aquello dejara de existir para ella el día que regresamos.

La ertzaina cierra la libreta. No cree que necesite más, al menos por el momento.

## *Un día de mayo de 1993*

Cumplí catorce años. Mi cuerpo estaba cambiando, y mi madre se ocupaba de recordármelo cada mañana con sus gestos de desagrado. Sentía su rechazo con más fuerza que nunca. Creo que no hubo día que no estuviera a punto de preguntarle por qué me había tenido si no pensaba quererme. Y, sin embargo, jamás me atreví a hacerlo. Temía que su respuesta fuera aún más dolorosa que la propia pregunta.

Esa mañana era diferente. Mi padre estaba en casa. No sé cuántos años hacía que mi cumpleaños le pillaba en el mar, pero demasiados en cualquier caso. Cuando cumplies catorce ya no hace ilusión soplar velas, pero mi padre me animó a preparar un bizcocho con él. Así podría llevarlo al instituto y compartirlo con mis compañeros para que aquel no fuera un día cualquiera.

No es que me motivara la idea, pero no quise disgustarlo. Además, siempre estaba bien poder compartir un rato con la única persona que sientes que te quiere.

Preparamos chocolate fundido para el relleno y él se empeñó en poner también mi nombre sobre el pastel. Lo hizo con una jeringuilla que guardábamos en el cajón de los cubiertos. Era una tarta fantástica.

—Ahora, a disfrutarla. No olvides celebrar siempre tu cumpleaños. Los que trabajamos en la mar sabemos mejor que nadie la importancia de cumplirlos —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque es un trabajo duro. Ver morir a tantos compañeros te enseña a valorar cada nuevo día.

No dijo más, como buen hombre de mar no acostumbraba a desperdiciar las palabras.

Me acompañó a la puerta del instituto y me dio un abrazo de despedida. Regresaba a Gran Sol. No volvería a verlo en tres semanas.

La tarta todavía estaba caliente cuando entré al laboratorio. Esa mañana

teníamos una clase práctica. Sentí las miradas fijas en mí. No todos los días llegaba alguien con desayuno para todos. A pesar de comprender lo que algo así significaba, nadie se acercó a felicitar me.

—¿Adónde vas con esa tarta, Cara Triste? —preguntó Gorka. Se había erigido en el líder de mi clase. Sus labios estaban torcidos en una mueca burlona.

—¿No pensarás comértela entera? —inquirió otro.

—Claro. ¿Con quién la iba compartir si nunca habla con nadie? —se mofó Ainara.

—¡Amarguras!

Cada intervención humillante era recibida con carcajadas por los demás.

Y lo peor todavía estaba por llegar.

No supe quién lanzó aquel trapo empapado en sosa cáustica que aterrizó en mi cara. Al principio solo sentí un frío que contrastaba con el calor de la humillación. Después me ardieron los ojos. Mil puñales afilados se hundieron en ellos. Jamás hasta entonces había sentido un dolor semejante, y tampoco he vuelto a experimentar algo tan brutal en toda mi vida.

Mis aullidos se mezclaron con las risotadas hirientes del resto. Dejé caer la tarta, que se convirtió en una triste masa informe, y corrí al fregadero para meter la cabeza bajo el agua fría.

*26 de octubre de 2018, viernes*

Cestero contempla el negro cauce del Sil abriéndose camino a través de un paisaje de viñedos y bosques de repoblación. Aldeas solitarias, cuyo nombre jamás conocerá, salpican las colinas, que se vuelven montañas con la distancia. El traqueteo del tren se confabula con el panorama que le brinda la ventana para sumirla en un estado de tranquilidad con el que se siente poco identificada. También influye saber que el viaje que tiene por delante es largo y lento hasta rozar el absurdo. La impaciencia no es buena compañera con casi diez horas de trayecto por delante.

La huelga de controladores aéreos ha obligado a cancelar vuelos, y los pocos que operan desde Galicia están completos. El envejecido tren diurno que une las rías gallegas con Euskadi se ha erigido como la mejor opción para regresar a Gernika, un viaje propio de otro tiempo, con una velocidad media que no supera los cincuenta kilómetros por hora.

El reloj que pende de la pared marca poco más de las doce del mediodía. Txema estará interrogando a Meirás. Le gustaría estar allí, ser quien haga las preguntas. Gracias a ella lo han detenido y su compañero se va a poner la medalla. La operación ha sido un éxito. Madrazo ha llamado para felicitarla, y el consejero de Interior parece que también está contento.

No son los únicos. Los diarios digitales celebran en sus portadas la desarticulación de la banda de Meirás. Algunos incluso olvidan el tratamiento de presunto al referirse al narcotraficante como responsable de los crímenes de los últimos días. Cestero sabe que tanto parabién es solo un espejismo. Después comenzarán a sacarle peros a todo, sin embargo ahora lo que vende es dar la buena noticia.

—Ponme otro café, por favor —le pide al hombre que atiende el vagón restaurante.

El empleado levanta la vista del periódico y se gira hacia la cafetera.

—¿Te lo pongo doble?

A Cestero le parece bien la propuesta. O la cafeína le ayuda a mantenerse despierta o perderá el día entre cabezadas y miradas por la ventana. Y eso no puede permitírsele. Tiene que dar con una conexión entre las víctimas. Sabe que la hay y está convencida de que debe buscarla años atrás, cuando Isabel Otero vivió en Durango. Lo que la desconcierta es que algo tan antiguo pueda tener que ver con el narcotráfico.

¿Y con Olaizola? El vínculo del excomisario con la especulación surgida a raíz del interés del Guggenheim por establecer una nueva sede en Urdaibai resulta asombroso. Espera, por el bien de la propia Ertzaintza, que no haya tenido nada que ver con los asesinatos. Cestero no ve el momento de encontrarse frente a frente con ese hombre que tan roto parecía durante el entierro de Natalia Etxano. Tiene demasiadas preguntas que hacerle.

Abre la libreta y repasa una vez más la biografía de la mujer asesinada en la romería. Tiene la sensación de sabérsela de memoria. Su infancia en Bizkaia, sus estudios de corte y confección, su trabajo en la papelera de Amorebieta, su regreso a Galicia a los diecinueve años de edad...

—Aquí tienes —anuncia el camarero dejándole la taza en la barra—. ¿Qué, estudiando?

El aroma áspero del café se extiende rápidamente por los orificios nasales de Cestero mientras valora la respuesta.

—Más o menos —dice sin entrar en detalles.

El empleado del vagón restaurante se mantiene frente a ella solo unos instantes, los que tarda en decidir que allí no hay ninguna conversación que rascar. Después se vuelve hacia la cafetera y pasa una bayeta amarilla por sus mandos.

—Hemos recuperado el retraso. Circulamos en hora —anuncia alguien que llega desde el fondo del vagón.

Cestero levanta la vista para encontrarse con la del revisor, que la saluda con una sonrisa antes de dejar sobre la barra una cartera y un juego de llaves.

—Vamos casi vacíos hoy, ¿no? —apunta el camarero.

El revisor asiente con un silencioso movimiento de cabeza mientras consulta sus papeles.

—En el Barco de Valdeorras suben cuatro.

—Cuatro —repite el de la barra colocando dos tazas en la cafetera.

Cestero trata de concentrarse en lo suyo. Todo y nada es extraño en la

biografía de Isabel Otero. Esa marcha repentina de la fábrica, la estancia en Lourdes... Algo sucedió que cambió su vida. Probablemente, algo más que la muerte de su padre.

Consulta el teléfono móvil.

Nada.

Sin noticias de sus compañeros. ¿Cómo irá el interrogatorio?

Abre el WhatsApp y escribe un mensaje para Aitor Goenaga.

*¿Cómo lo lleváis?*

La respuesta solo se demora un par de minutos.

*Los narcos no admiten ninguna responsabilidad en los asesinatos. Va a ser difícil demostrar que han sido ellos.*

Cestero no se sorprende ante las palabras de su compañero. Mientras no den con pruebas que los incriminen no van a poder acusar a la banda de Meirás de estar detrás de los crímenes.

Tal vez cruzando datos puedan dar con algo. Vuelve a activar el teléfono y teclea un mensaje para Aitor.

*Envíame todo lo que sepamos de la biografía de las víctimas.*

Mientras aguarda la respuesta, Cestero da un largo trago al café. El Sil dormita al otro lado del cristal, igual que las escasas viviendas que se asoman a su cauce. No hay nadie a la vista, solo un puñado de patos salvajes que surcan el río para dibujar largas estelas en el agua. Lo único que rompe la paz es el silbido de la locomotora cada vez que el Intercity A Coruña-Bilbao atraviesa alguno de los numerosos pasos a nivel.

—Ya están otra vez metiéndonos miedo con las pensiones —comenta el camarero pasando una hoja del diario.

—Eso a ti. A mí me quedan dos años para la buena vida. Los jóvenes sí que lo vais a tener peor. Te veo currando hasta los ochenta —se mofa el revisor, apoyado en la barra—. Ponme un poco de leche fría en el café, anda, que me lo has servido hirviendo. A este paso no me lo tomo ni en Ponferrada.

La ertzaina vuelve a clavar la mirada en el teléfono. Una serie de años se despliega en la pantalla. Por un momento se siente una intrusa en la vida de Araceli Arrieta. Le ocurre siempre que examina biografías. Además, tras aquellos renglones sin alma se oculta lo más importante en la vida de una persona: sus alegrías y sus penas, sus ilusiones y frustraciones.

No hay nada que chirríe en esas líneas. Será complicado encontrar así una conexión.

Los andenes de una estación se despliegan al otro lado de la ventana en cuanto el convoy termina de frenar. Cestero se siente tentada de regresar a su asiento en esa inercia que lleva a todo viajero a proteger su plaza ante quienes se incorporan al viaje. Apenas tarda unos segundos en desechar la idea; los andenes se ven casi tan desiertos como los vagones.

—¿Otro café? —la interrumpe el camarero al ver que ha apurado el contenido de la taza.

Cestero niega con la cabeza.

—Gracias —murmura percatándose de que el tren ha reanudado la marcha.

Los viñedos son cada vez más exigüos al otro lado de la ventana y el cereal de ciclo largo, que asoma tímidamente en unos vivaces brotes verdes, gana la partida por momentos. Las amplias llanuras castellanas comienzan a anunciarse.

Ojalá pudiera decirse lo mismo de la resolución del caso.

*26 de octubre de 2018, viernes*

Los hielos tintinean en el vaso y ofrecen su contrapunto al rumor de las olas que rompen lejos, tras los diques del puerto. De vez en cuando alguna de las gaviotas que duermen en los aleros de los edificios que flanquean los muelles estalla en un graznido irritado que es imitado rápidamente por las demás. No hay mucho más esa noche en Mundaka, solo la quietud propia de un día de octubre que se apaga.

Julia observa a Aitor, que se aleja con el móvil en la oreja en busca de intimidad. La sonrisa bobalicona que su compañero muestra al hablar con su hija, o hijastra, le hace pensar. ¿De verdad va a renunciar a poder sentir ella alguna vez algo así? Maldice para sus adentros esa espada de Damocles del reloj biológico. Sabe que su tiempo se agota, que mañana tal vez sea demasiado tarde, y teme arrepentirse cuando ya no haya nada que hacer. El miedo, sin embargo, la agarrota. No quiere volver a sufrir, no soportaría volver a pasar por una situación tan espantosa.

—Yo soy incapaz de beberme esto. Pica como un demonio —protesta Txema—. Voy a pedir que me lo cambie. Prueba el tuyo a ver.

Julia da un sorbo al zumo de tomate. El camarero se ha pasado con la salsa picante y se nota en los labios.

—Está muy fuerte, pero puedo beberlo.

Txema se pierde en el interior del bar, del que emerge una música que recuerda a Julia las verbenas de su adolescencia.

—Vaya con los hombres del grupo. Nos han dejado solas. Yo que quería brindar —se ríe Cestero arrancando la etiqueta de su botellín de cerveza.

Ha sido ella quien ha propuesto al equipo tomar una caña en Mundaka al salir del trabajo. Hay que celebrar la detención de la banda de narcotraficantes.

—Por fin un día sin lluvia. Y han dicho que estará así todo el fin de semana.

No sé si creérmelo —comenta Silvia alzando el botellín de cerveza hacia el cielo.

Están sentadas en el peldaño superior de las escaleras que permiten bajar hacia los botes y chipironeras que descansan en la rada.

Julia levanta la vista. El viento sur, apenas una brisa, otorga a la noche una agradable temperatura y un cielo con escasas nubes.

—Ya era hora. Se hace pesada tanta lluvia —reconoce.

—¿Pesada? —exclama la psicóloga—. Es insoportable. Desde que estoy aquí se me están oxidando los huesos. No sé a qué tribu prehistórica se le ocurrió comenzar a poblar esta zona, pero no tenían ni idea de lo que es la calidad de vida.

Cestero y Julia estallan en una carcajada. Cuando Silvia se pone a exagerar podría ganar un concurso.

—No os riais, no. A vosotras os parece normal porque habéis nacido aquí, pero esto no puede ser sano.

—¿Cuántos años llevas aquí? —inquire Julia.

—Tres, y tiene pinta de ir para largo —reconoce Silvia.

Cestero da un trago a su cerveza y niega con un gesto.

—Yo no me mudo a otra ciudad por un tío ni loca —suelta con la mirada perdida en las barcas amarradas.

Silvia le apoya en la espalda la mano que el botellín le deja libre.

—No lo digas muy alto. Yo pensaba igual que tú, y mira dónde estoy. Y bien que ha merecido la pena.

La suboficial protesta, ella no caerá. Julia no sabe qué decir. No quiere ni planteárselo cuando sus sentimientos están en plena marejada.

—Oye, Julia, ¿puedo preguntarte algo personal? —dice Cestero.

—Dispara.

—¿Qué rollo os traéis Txema y tú? Saltan chispas cada vez que os dirigís la palabra.

Julia respira hondo, sabía que esa pregunta llegaría antes o después.

—Estuvimos juntos. Estábamos bien o eso pensaba yo. De repente todo cambió. Le ofrecieron lo de la Interpol y ya no vio más allá. Su carrera por aquí, su carrera por allá... Me dejó para marcharse a Bruselas y nunca más volví a saber de él. Lo pasé bastante mal.

—¿No volvió a dar señales de vida? —interviene Silvia con gesto sorprendido.

—Ninguna. Hasta que de repente van y lo destinan al mismo grupo que a mí. Cestero esboza una mueca de desagrado.

—Vaya marrón, ya lo siento.

—Más lamento yo que nuestros desencuentros puedan haber afectado a la armonía del equipo.

—Qué va. Además, me encanta que alguien lo ponga de vez en cuando en su sitio —apunta Cestero.

Julia se echa a reír. Una gaviota se ha lanzado planeando desde el alero. Ha divisado un pez que flota panza arriba entre dos chipironeras. Las demás no pierden el tiempo. Van tras ella con estrépito y de repente la rada es un griterío de aves que aletean en un perfecto desorden.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —inquire Silvia.

—Cuatro años.

—¿Qué sientes ahora por él? —continúa la psicóloga.

No podía haberle hecho una pregunta más difícil. ¿Qué siente por Txema? Abre la boca para decir que nada, que todo está olvidado. Tal vez eso fuera así hace apenas una semana, antes de que el trabajo volviera a unirlos, pero ya no lo es. Su regreso ha reabierto la herida más importante de su vida.

—Es complicado —resume, no tiene ganas de entrar en detalles.

—¿Complicado? —se irrita Cestero—. ¡Que le den, tía! Yo ni me lo plantearía.

—Tú no tienes pareja, ¿no? —inquire Silvia con una risotada.

La suboficial niega convencida.

—No. Amigos, sí; pareja, no. Sexo y buen rollo, pero sin compromisos. — Después apura su cerveza mientras hace un gesto con la cabeza hacia el bar que tienen a su espalda. Txema regresa con su zumo de tomate. La conversación tendrá que quedar para otro momento.

—¿Seguro que tú no quieres que te lo cambie? —le pregunta a Julia—. No sé cómo eres capaz de tomártelo. Me ardía la boca.

—A mí me gusta fuerte.

—¿Y Aitor? ¿Todavía está al teléfono con su escritora? —Txema busca a su compañero con la mirada.

Cestero señala una silueta en el extremo más alejado del dique. La luz de la pantalla del móvil delata que está en plena videoconferencia.

—Estará hablando con Sara. Lo hace cada día antes de que Leire la acueste.

—¿Cuántos años tiene la pequeña?

—Dos y medio —apunta la suboficial tras detenerse unos instantes a calcularlo.

—¿Sabéis que me he leído algunos de los libros que ha escrito? —interviene Silvia.

—¿Leire Altuna? Es conocida, ¿no? ¿De qué van?

—Novela policíaca. Es buena. Antes creo que escribía historias de amoríos.

—Joder, vaya cambio —espeta Txema sacudiendo la mano—. Mirad, ya ha terminado.

Aitor llega con el gesto relajado, les dirige a todos la sonrisa de quien se siente observado, y se agacha a por su cerveza.

—¿Por fin estamos todos? —comienza Cestero—. Quería que supierais que estoy muy orgullosa del grupo que me ha tocado dirigir. Sois los mejores. Asesinatos, narcotráfico. ¿Os dais cuenta de todo a lo que nos hemos enfrentado en los últimos días? —Levanta el botellín a modo de brindis—. ¡Por nosotros! ¡Por la Unidad Especial de Homicidios de Impacto!

El sonido de los vasos y las botellas al entrec chocar se suma a los graznidos de las gaviotas, que continúan a la gresca en la rada. La suboficial celebra también en silencio que el viudo de Araceli Arrieta, el hombre que la maltrataba, pasará una buena temporada entre rejas. Fue detenido en la operación contra el narco con un fardo de droga, y tendrá que pagar un alto precio ante la justicia. Le hubiera gustado que cumpliera condena por violencia machista, pero al menos no quedará impune.

—Por ti, Cestero. Sin ti no habríamos detenido a los Meirás —añade Julia chocando con ella su zumo de tomate preparado.

El gesto contrariado de Txema delata que le han escocido sus palabras.

—No deberíamos felicitarla por correr un riesgo innecesario adentrándose sola en la boca del lobo. Somos un equipo, y lo que hizo Cestero no está bien —apunta.

—Ya salió el ortodoxo —le espeta Julia—. Lo importante es que detuvimos a los narcos, ¿no? Pues no le des más vueltas y disfruta del éxito.

Un silencio tenso queda flotando sobre el grupo. Suerte que Silvia acude al rescate del buen ambiente.

—¿Qué hacéis el fin de semana? ¿Os volvéis para casa? —pregunta la psicóloga dirigiéndose a Aitor y Cestero.

—Yo me quedo. Mañana iré al convento a ver si puedo conseguir averiguar

los motivos que llevaron a Isabel Otero a dejarlo todo para irse a Lourdes. Aitor se va a Pasaia. Me parece que el domingo tiene un concurso de belleza —apunta Cestero guiñándole el ojo a su amigo.

—¿Un concurso de qué? —Julia observa a su compañero con la boca abierta.

—Era un secreto —protesta Aitor propinándole un empujón a su jefa.

—¿Eres modelo? —inquire Txema realmente sorprendido.

—Más o menos —confiesa Cestero entre risas.

—Ane, te estás pasando... —La mueca divertida de Aitor contrasta con sus palabras—. ¿Cómo voy a ser yo modelo? Es Antonius, mi perro labrador. A veces lo llevo a concursos de belleza.

Julia es incapaz de contener la risa. No es la única. Aitor no se molesta, se limita a encogerse de hombros. Está acostumbrado a que su afición provoque ese tipo de reacción.

—A veces, dice... Si no se pierde ni un concurso. Y mira que Leire se lo tiene prohibido... —añade Cestero en tono burlón.

—No me hagas hablar, Ane. —Aitor se hace el ofendido—. ¿Les has contado que aporreas la batería?

—¿Sois una caja de sorpresas! —exclama Silvia.

—Es un grupo de rock femenino, con mis amigas Nagore y Olaia. Nos llamamos The Lamiak.

—¿Eso qué son, brujas? —inquire Silvia.

—¿Las lamias...? —A Cestero le cuesta creer que alguien que lleva años en Euskadi no haya oído hablar de ellas—. Son como sirenas de tierra adentro. Tienen patas de cabra y son atractivas.

—¿Pero malas o buenas? —pregunta la palentina.

Cestero se lo piensa unos instantes. ¿Qué puede responder a eso?

—Son muy suyas. Si se las molesta pueden ser vengativas, pero también pueden ayudar a quien lo necesita. Siempre se ha dicho que asisten en los partos a las mujeres de las zonas rurales... En cualquier caso, la gente les tiene respeto, miedo incluso. Así que, ya sabéis, mucho cuidado con nosotras.

Las risas de los ertzainas rompen el silencio nocturno del muelle. Las gaviotas alzan el vuelo entre protestas y se dirigen hacia el dique, no quieren saber nada de aquellos graciosos.

—¿Voy a por otra ronda? —propone Cestero.

Julia asiente. Está a gusto. La jefa ha tenido una gran idea al invitarlos a

tomar algo después del trabajo. Incluso Txema está relajado; es ese Txema del que ella se enamoró, ese que sabe reírse de sí mismo, no ese otro constreñido por un nudo de corbata demasiado ceñido.

—Es un poco tarde, igual mejor dejarla para otro día.

Es Txema, claro. Ha sido un espejismo.

—¿Has estado en San Juan de Gaztelugatxe? —le pregunta Julia a Cestero—. Si quieres, mañana te acompaño después de ir al convento. Es muy chulo. Y ese dragón de tu cuello estará encantado de visitar el Rocadragón de *Juego de Tronos*.

La suboficial se lleva la mano al tatuaje y resopla entre risas.

—Qué pesados sois todos con que es un dragón. No tenéis ni idea de mitología vasca... Pero sí, te cojo el guante. Para un día que no dan lluvia y tenemos libre, habrá que aprovecharlo.

—¿En sábado? ¿Estáis locas? —interviene Silvia—. Dejadlo para otro momento. Desde que grabaron la serie, los fines de semana aquello es una romería.

Julia tuerce el gesto.

—Tienes razón. Ya iremos la semana que viene. Así podrá venir también Aitor.

El interpelado alza la mano a modo de advertencia.

—Eh, tampoco esperes que nos pasemos aquí tanto tiempo... En cuanto podamos probar que los narcos están detrás de los crímenes, Ane y yo desaparecemos de aquí.

*27 de octubre de 2018, sábado*

Una estridente llamada metálica, similar a la de los patios de los colegios, resuena al otro lado de la puerta.

—Vaya con el timbre. Como para no oírlo —se alarma Julia, apartando la mano.

Cestero deja escapar una risita.

—Estarán sordas. A saber cuántos años tiene la más joven.

El portón de madera se abre casi inmediatamente.

—Vaya, las ertzainas más guapas de toda la comarca... —saluda un hombre de tupé generoso y gafas de sol que sale de la penumbra del recibidor. Es el vendedor de cupones, que les ofrece uno de los que lleva colgados de la pechera—. ¿Cómo podéis rechazar un sueldo para toda la vida...? Pasad, pasad. Yo ya me iba. Creo que aún quedarán amarguillos para vosotras. Son los más ricos de la zona.

Apenas ha tenido tiempo de alejarse unos pasos cuando Cestero se vuelve hacia Julia.

—¿Pero este tío es ciego? Siempre que me cruzo con él menciona algo de mi aspecto, aunque luego va con las gafas y el bastón a todas partes.

—¿Quién? ¿Crespo? Qué va... Tiene baja visión, solo ve una franja reducida, pero se arregla bastante bien. Es de mi quinta. Menudo era cuando éramos estudiantes y salíamos de fiesta... El tío ligaba con la que quería.

Han entrado al recibidor y alguien carraspea al otro lado del torno para interrumpir su conversación mundana.

—Ave María purísima —saluda una voz aterciopelada.

—Sin pecado concebida —se adelanta Julia—. Buenas tardes, hermana. Somos ertzainas y tenemos algunas preguntas que hacer a la madre superiora. ¿Sería tan amable de pedirle que nos atienda unos instantes?

—¿Policías? Ay, Dios mío... ¿Ha ocurrido algo?

Julia se vuelve hacia Cestero, que se limita a hacerle un gesto para que continúe. Entretanto la suboficial hace un rápido repaso visual de aquella estancia de paredes de piedra. Una imagen de la Virgen preside el lugar, aunque es el viejo torno de madera empotrado en la pared el que delata que se encuentran en el recibidor de un convento de clausura.

—Nada grave. Es solo un asunto rutinario, pero necesitamos hablar con la abadesa. Y es urgente.

Cestero celebra que no alarme a esas mujeres de vida pausada. Ya lo harán si no queda otro remedio.

La monja permanece unos segundos en silencio. Lo de la urgencia no debe de haberlo entendido.

—No va a ser posible.

—¿Por qué? ¿No se encuentra en el convento? —interviene Cestero.

La religiosa permanece inmóvil. Solo se oye su respiración.

—Está malita.

Julia se gira hacia Cestero con gesto contrariado.

—¿Y no hay nadie a quien podamos hacer unas preguntas? ¿Quizá usted...?  
—dice volviendo a dirigirse a la celosía.

—¿Y qué vamos a decir nosotras? Si nuestra vida es la oración. No salimos de aquí.

Cestero comienza a impacientarse. A ver si va a tener que solicitar una orden de registro para poder hacer unas preguntas de trámite a unas monjas de clausura... No será el caso, pero sabe que podría ser complicado porque a veces las convicciones religiosas de un magistrado pueden determinar sus decisiones.

—Hermana, una mujer que ha sido asesinada tuvo relación con este convento —anuncia en busca de un revulsivo.

—¡Ay, *ama!* ¿Una de esas de los tulipanes? —inquieta la religiosa.

—Vaya, no sabía que las noticias llegaran también aquí dentro —comenta Cestero sin ocultar su sorpresa.

—Siempre ocurre —la disculpa la monja—. Los de fuera creéis que vivimos de espaldas al mundo. Tenemos televisor, radio... Hasta internet y redes sociales. Nuestras compañeras del convento de Hondarribia se hicieron famosas hace unos meses por su mensaje de solidaridad con la chica de La Manada... Si queremos rezar por la gente que lo está pasando mal,

necesitamos saber qué ocurre fuera. Y está todo muy mal. Con tanta maldad no sé adónde vamos a ir a parar.

—Entonces ¿podemos hablar un momento sobre lo que nos ha traído aquí?  
—interviene Julia.

De nuevo el silencio, de nuevo aquellos ojos velados que las estudian a través de la celosía.

—Dadme un momento. Veré qué puedo hacer.

Los pasos suenan esta vez en dirección opuesta.

—Está malita —imita Cestero en voz baja.

—Con alguien podremos hablar —murmura Julia.

Las pisadas se detienen al llegar al piso de arriba.

—No sabía que supieras manejarte tan bien entre monjas —bromea Cestero.

—Estudié en un colegio religioso. Cosas de mi madre. No falta un domingo a misa.

Cestero no puede evitar pensar en la suya. No se la imagina yendo a la iglesia por decisión propia. Solo lo hace en bodas, entierros y otras circunstancias en las que es necesario. Y es eso lo que ha inculcado a sus hijos. Ni Ane ni su hermano son creyentes, y la ertzaina no lo echa en falta. Tal vez lo haga cuando pasen los años y sienta cercano el final. Tal vez.

—¿Tú eres creyente? —pregunta a su compañera.

Julia dirige la mirada a la imagen de la Virgen y tarda unos instantes en responder.

—No, y si lo fuera sería budista —confiesa.

Ahora se oyen más pisadas. Baja más de una persona.

—¿Como Richard Gere?

Julia se echa a reír.

—Más o menos. Hace tres años estuve un mes en Tailandia. Quería aprender a meditar y me apunté a un retiro en un templo en medio de la selva. En Chiang Rai, donde los niños esos que se quedaron encerrados con su entrenador en una cueva...

—Y te volviste budista —resume Cestero. Los pasos se acercan y no podrán dilatar la charla.

—No tanto, pero la verdad es que nunca había sentido tanta paz.

El pestillo que asegura el torno emite un chasquido cuando alguien lo libera desde el otro lado.

—Os ayudará sor Carmen —indica la misma voz que las ha atendido

previamente.

El torno de madera gira entre chirridos que piden a gritos un poco de aceite.

—Coged esta llave y abrid aquella puerta. Os espera dentro.

Julia estira la mano y recoge la llave.

—Gracias, hermana. Que Dios se lo pague —dice volviéndose en busca de la puerta que ha mencionado la monja.

—Rezaré por vosotras —se despide la voz—. Sí, esa de la derecha. Está cerrada con dos vueltas.

Cestero sigue a su compañera a la nueva sala. Lo primero que le viene a la cabeza al ver las rejas que parten aquella estancia por la mitad es la cárcel. Esa monja a un lado de los barrotes y ellas al otro es algo que impresiona, y más a sabiendas de que esas mujeres se han encerrado allí dentro por su propia voluntad.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida. —Esta vez las dos ertzainas responden a coro.

—Me ha explicado sor Teresa que queríais ver a la abadesa. Lo lamento, pero está muy enferma y no podrá recibirnos. Espero poder seros de ayuda. Soy la hermana Carmen.

Es sorprendentemente joven. No pasa de los cuarenta años.

—Necesitamos información sobre algo que sucedió en mil novecientos setenta y nueve —aclara la suboficial. Una monja que probablemente no hubiera nacido en aquella época no será de mucha ayuda.

—Uf, complicado —reconoce sor Carmen—. Yo llevo aquí ocho años. Realicé el noviciado en Lerma y después me vine para aquí. Hacían falta vocaciones en Gernika.

—¿Podemos hablar con alguna hermana que estuviera en el convento en aquellos tiempos? —inquire Julia.

La religiosa asiente lentamente, pensativa.

—Un momento —les pide poniéndose en pie y abandonando la sala.

Sus pisadas no se pierden muy lejos. Se oye cuchichear en el pasillo.

—Qué joven, ¿no? —apunta Cestero en un susurro.

—Estaba pensando lo mismo —confiesa Julia—. ¿Qué puede mover a una chica de su edad a meterse a monja?

—Vete a saber. Calla, que ya vuelve.

Sor Carmen se asoma de nuevo a la puerta, pero se hace a un lado para

ceder el paso a una monja de una edad más acorde a la imagen de una religiosa que se dibuja en la mente de Cestero.

—Ave María...

Tras el ritual habitual, la recién llegada señala la mesa sobre la que se apoyan las ertzainas y regaña a sor Carmen con un gesto.

—Pero sácales algo, hija mía... Ay, estas jóvenes. No sé qué tienen en la cabeza.

—No se preocupe —la disculpa Cestero—. Solo queremos hacerle unas preguntas.

La mujer niega ostensiblemente mientras toma asiento a su lado de los barrotes. El hábito permite adivinar unas formas redondeadas. Su rostro, sin embargo, no resulta tan amable como el de la joven que las estaba atendiendo previamente.

—Sentaos —ordena indicando la mesa que ocupa buena parte del lado reservado a las visitas—. Antes teníamos siempre abierta esta sala. Dábamos de comer a los más necesitados. —La monja exhala un suspiro—. Tuvimos que dejar de hacerlo. Nos robaban todo. —Señala una pared desnuda—. Ahí teníamos un cuadro que nos había donado una artista de aquí, de Gernika. Ay, no me acuerdo del nombre... Ya sabréis vosotras. Esa que expuso en París... ¿No? Bueno, igual sois demasiado jóvenes. La cosa es que se lo llevaron. Hasta el crucifijo desapareció un día... Ya no se puede confiar en la gente.

Sor Carmen regresa con una bandeja metálica que les entrega por debajo de las rejas.

—Habrás traído amarguillos, ¿no? —inquire la anciana.

—Sí, hermana Teresa. Amarguillos y puñitos de San Francisco.

—Ponles también un poco de vino.

—No, no. Estamos de servicio —se disculpa Julia.

—Venga, venga... Que se bebe como el agua —insiste la anciana.

Cestero es incapaz de reprimir un suspiro. ¿Por qué es todo de una lentitud tan exasperante?

—Queríamos preguntarle por una joven que enviaron a Lourdes hace bastantes años —pregunta sin aguardar más ceremonias.

La monja se lleva a la boca uno de los confites, que sor Carmen le ha servido también a ella.

—Mmm... Los acabamos de sacar del horno. Todavía están templados. A

mí me gustan así. Siéntate, hija, siéntate con nosotras —dice ofreciendo una silla libre a la joven religiosa.

Sor Carmen obedece.

—Le preguntaba... —insiste Cestero.

—Lo sé, lo sé —admite la anciana alzando las manos—. Estoy tratando de recordar. A mis años ya no se tiene la agilidad mental que tenéis vosotras. Esperad a cumplir sesenta, a ver si sois tan rápidas... Lástima que la madre priora no pueda atenderos. Ella siempre tuvo una memoria excelente.

—Ya nos han dicho que está enferma —comenta Julia.

—Muy malita —asegura la anciana. Su rostro se ha ensombrecido.

—Y todo por un disgusto —añade sor Carmen.

—¿Un disgusto?

La joven asiente con gesto grave. Antes de que pueda contestar, sor Teresa se adelanta en la silla y baja la voz como quien confiesa un secreto.

—Nos entraron a robar. Ya había pasado alguna otra vez. El cepillo de la iglesia nos lo saquean cada dos por tres. La gente ya no respeta nada, no hay valores. ¡Robar ante la mirada de Cristo crucificado!

Cestero y Julia cruzan una mirada cargada de dudas.

—¿Y se disgustó la madre superiora?

—Esta vez fue peor. Entraron en la clausura mientras dormíamos. Pensarían que tenemos cosas muy valiosas porque la gente cree que la iglesia está llena de riquezas, pero aquí no queda nada —apunta sor Carmen.

—No recuerdo ninguna denuncia. ¿Cuándo fue eso? —interviene Julia frunciendo el ceño.

—Hará unos seis meses.

—Siete —corrige la joven.

—Siete meses —admite sor Teresa—. Claro que no hubo denuncia. Ya hace tiempo que nos cansamos de poner demandas. ¿Para qué? ¿Alguna vez se ha solucionado lo del cepillo? No. Pues eso. A la policía le traen sin cuidado unas pobres monjitas.

—¿Se llevaron el dinero? —inquieta Cestero.

Las religiosas niegan con la cabeza al mismo tiempo.

—No lo encontraron —celebra sor Carmen. Su rostro se ilumina con una sonrisa orgullosa.

—Tampoco tenemos tanto. No vayáis a creer que unas cajas de pastas sacan de pobre a una congregación... —se apresura a aclarar la anciana—. Lo justo

para poder mantenernos y hacer algunos arreglos, que este edificio es muy viejo y el gobierno no nos ayuda con las obras.

—Todavía no entiendo qué ocurrió con la madre superiora. ¿La agredieron? —interviene Cestero.

Sor Teresa arruga los labios en una mueca de tristeza.

—La pobre se fue a dormir sin síntomas de nada y por la mañana la encontramos inconsciente. Se la llevaron en ambulancia y estuvo varias semanas en el hospital. En Basurto. Allí hay buenos médicos... No hay nada que hacer. Está en coma. —Conforme lo explica, la monja niega repetidamente con la cabeza, abrumada por la pena. A su lado, sor Carmen reza en voz baja —. Ahora la cuidamos aquí. ¿Dónde va a estar mejor que con sus hermanas?

—Lo siento —murmura Cestero, cada vez más confundida. El gesto de Julia indica que ella también se ha perdido—. Pero ¿qué tiene que ver eso con el robo?

—Pues que todo sucedió la misma noche —replica la anciana—. La madre priora debió de oír ruido. Seguro que se levantó y descubrió a los intrusos. No sé si forcejeó con ellos o si fue del susto, pero la encontramos inconsciente en el pasillo. Sor Carmen se levantó a tiempo para ver que alguien escapaba escaleras abajo.

La joven religiosa asiente a su lado.

—No me puedo creer que algo así no lo denunciaran —espeta Cestero—. Entran a robarles, la madre superiora aparece en coma, y a nadie se le ocurre hacer nada... ¡Es increíble!

—Claro que hicimos algo: llevarla al hospital —se defiende la joven.

—¿Y no avisaron a la policía...? —insiste Cestero.

—Si no se llevaron nada. Además, ¿qué habríais hecho? —Sor Teresa no solo la desafía con las palabras, también con los gestos—. Venir, remover todo, romper la paz del convento y husmear en nuestras cosas. ¿Algo más? ¡Nada, como siempre!

—¿Qué dijeron los médicos? —interviene Julia interrumpiendo los reproches.

—Que está en coma. Su cerebro ha sufrido daños irreparables. Le faltó oxígeno. El Señor lo ha querido así —explica sor Carmen.

—¿Podemos verla? —pregunta Cestero. Su voz ha perdido todo atisbo de cordialidad.

Sor Teresa no tarda ni un segundo en negarse. Tampoco queda rastro de

amabilidad en su voz.

—No necesitáis ver a una pobre anciana postrada en la cama. Su dignidad...

Cestero le mantiene la mirada unos instantes. No le gusta nada aquella historia.

—Le preguntábamos antes por la joven que enviaron a Lourdes en el setenta y nueve. Necesitamos saber qué la empujó a abandonar su trabajo para irse con ustedes —recuerda Julia. Cestero aplaude su intervención para sus adentros.

La hermana Teresa asiente pausadamente.

—Enviamos a muchas niñas a Francia, no solo a una. Eran criaturas vulnerables. Hay demasiados pecados que corrompen a nuestras jóvenes. Las familias nos las entregaban para que las devolviéramos al buen camino, ese que marca nuestro Señor. —La anciana da un trago de su vaso de vino antes de continuar—. Unos meses, a veces hasta un año, lejos de casa y de las tentaciones terrenales. Hay tanto que hacer en Lourdes, tantos enfermos que requieren asistencia en su peregrinación. Allí eran de gran ayuda en la casa de nuestra congregación.

—¿Recuerda a Isabel Otero? Era hija de inmigrantes gallegos. Nos consta que pasó por aquí en el setenta y nueve. Sería muy importante que alguna de ustedes pudiera recordarla —pregunta Cestero.

La anciana niega con la cabeza mientras un nuevo amarguillo acaba en su boca.

—¿Cómo voy a recordar algo así? Pasaron tantas niñas por aquí que no podría poner nombre ni a una sola.

El móvil de Cestero vibra en el bolsillo de su sudadera. Es un mensaje de Aitor. Continúa intentando trazar la biografía de las víctimas y esta vez ha dado con algo importante:

*Araceli Arrieta también pasó varios meses en Lourdes.*

La suboficial siente que se queda sin aire. Lo lee de nuevo, una y otra vez. El convento acaba de convertirse en una conexión entre las víctimas. Alza la vista hasta encontrarse con la mirada de sor Teresa.

—¿Le dice algo el nombre de Araceli Arrieta?

La monja niega con un gesto. No le dice nada.

—¿No es la mujer esa a la que asesinaron hace unos días? —interviene sor Carmen.

Cestero le muestra el teléfono a Julia, que alza las cejas, sorprendida, al leer el mensaje de Aitor. Se suma ahora uno que anuncia que el año coincide. También fue en el setenta y nueve.

—¿Y a Natalia Etxano tampoco la conocían? —inquire Julia.

La suboficial celebra la pregunta. Sería interesante saber si la locutora también pasó por el convento.

—De oírla en la radio, claro. Hay que escuchar su programa si quieres estar al día de lo que ocurre en Urdaibai —aclara sor Teresa.

Cestero tensa la mandíbula. Le cuesta contenerse ante esa mujer que se escapa siempre por la tangente.

—Hermana, vamos a necesitar un listado de las mujeres que enviaron a Lourdes —anuncia Julia.

La anciana se impulsa en los apoyabrazos de la silla para ponerse en pie.

—Venid mañana. No, mañana no, es el día del Señor. Mejor el lunes. Buscaremos en los archivos por si conservamos algo. Ahora tengo que dejaros. Vamos, sor Carmen. Es la hora del Ángelus.

—Podría haber vidas en juego —insiste Cestero.

La anciana se vuelve hacia ella al llegar a la puerta.

—Perdéis el tiempo aquí. ¿Cómo se os ocurre buscar respuestas a un crimen en un lugar donde no hay más que paz y amor por el prójimo? No olvidéis cerrar al salir y dejar la llave en el torno.

—Rezaremos por vosotras —añade sor Carmen antes de seguirla por el pasillo.

*Octubre de 1995*

El día que lo cambió todo lo recuerdo entre brumas. Y mejor así, porque hay vivencias que más vale borrar de nuestra mente si queremos seguir adelante.

Era todavía octubre, quedaba todo el curso por delante, y eso se me antojaba una montaña que jamás lograría escalar. Solo quería dormir todo el día, no volverme a levantar. ¿Para qué hacerlo si todo era sufrimiento?

—¿Ya estás de vuelta? —me preguntó mi madre al verme aparecer—. A ver si te quitas esa cara triste de una vez, que no hay quien viva en esta casa con semejante amargura.

Estuve a punto de replicarle que era culpa suya. ¿Cómo iba a ser capaz de sonreír si me pasaba el día entre reproches y desprecios?

No me dio tiempo porque cogió su bolso y se marchó. Era lo que hacía cada tarde en cuanto yo aparecía por casa.

—Esa cara triste... —repetí sus palabras.

Dolían, especialmente porque así era como me apodaban algunos compañeros de la escuela. Cara triste... Y cuanto más me llamaban así, cuantos más desprecios de mi propia madre acumulaba, menos feliz era mi expresión.

Pero aquel día de octubre iba a cambiarlo todo. Les iba a dar a todos un motivo para que se arrepintieran de haberme hecho tan infeliz. Quería que se sintieran culpables, que tuvieran una pesada mochila encima para el resto de sus días.

No me costó disponer la soga. La colgué de la lámpara del comedor, la más alta de la casa. Después pasé por el lavabo. Había oído que los ahorcados se lo hacían encima y yo quería morir con dignidad. No quería que mi muerte les diera motivos para seguir burlándose de mí.

Mientras subía los peldaños de la escalera plegable, mientras introducía la cabeza por el lazo del nudo corredizo, imaginé a mi madre cayendo de rodillas

al descubrir mi cadáver colgante. Esa imagen la perseguiría para siempre, y cada día de su vida se arrepentiría de lo que me había hecho.

—Cara triste —murmuré aguantándome las lágrimas.

Me daba miedo lo que vendría a continuación. Había leído mucho sobre el ahorcamiento y sabía que si el nudo no estaba bien hecho, la agonía podía prolongarse varios minutos. Yo no quería sufrir. De hecho, me aterrorizaba la idea de poder hacerlo. Solo quería que todo acabara para siempre y que fueran ellos quienes sufrieran por mí.

—No puedo —siseé entre dientes.

Recuerdo la impotencia al retirar la cabeza de aquel nudo. No quería sufrir. Me daba pánico hacerlo. Me dirigí a la ventana. De pronto aquel final se me antojaba más fácil. El aire fresco me golpeó al abrirla, pero no me reconfortó. Esta vez no me detuve a pensarlo. Solo cerré los ojos y me lancé al vacío.

Una luz enorme me aguardaba ahí abajo. Podía sentir su calidez, más intensa cuanto más me acercaba. Tal vez aquel fuera el Gran Sol donde mi padre pasaba tanto tiempo. Por fin iba a conocer aquel lugar soñado, por fin iba a poder estar junto a él.

El viaje apenas duró unos segundos. Después la luz me envolvió, me hice uno con ella. Y allí estaba él, rodeándome con su abrazo protector. No recuerdo más, solo que de pronto me sentí querido, en paz, feliz.

*27 de octubre de 2018, sábado*

El viento del noroeste arrastra hasta la costa las partículas de agua y sal, para pintar su rostro y sus manos con una pátina que es al mismo tiempo pegajosa y refrescante. El mar lo es todo. En él se zambullen los recuerdos, las decepciones y las esperanzas. Las penas también, claro; por algo las lágrimas saben a mar. ¿O es el mar el que sabe a las lágrimas de quienes las derraman refugiándose en la complicidad de su silencio?

La luna también es una buena amiga. Ella también escucha y guarda el secreto. El mar y la luna, la luna y el mar; esa noche de finales de octubre, con el astro plateado asomándose tras el cabo de Ogoño, reúne todos los elementos para sincerarse.

Y es lo que hace. Necesita ordenar sus pensamientos y comprender.

Sus piernas cuelgan del acantilado. La iglesia de Santa María le guarda la espalda y más allá se desparraman en un cierto orden las casas de Mundaka. Ya no quedan paseantes en los muelles que se abren a sus pies, solo algunos pescadores que lanzan la caña desde el dique de costa. Desde la soledad de su otero apenas son unas sombras inanimadas, unos peones de avanzadilla en la partida que el pueblo y el Cantábrico juegan desde la noche de los tiempos.

Su propia partida va bien. Tres mujeres. Tres. Tres vidas sobre las que ha podido decidir como algún día alguien decidió sobre la suya. La tercera no salió como esperaba y eso escuece en el orgullo, aunque lo importante es que pudo arreglarlo. Tendrá que cuidar más sus próximas acciones. Al principio le bastaba cumplir su misión, ahora ha comprendido la importancia de que su mensaje llegue a mucha gente. Cuanto más impactante y brutal, será mejor recordado.

—Narcisismo —se recrimina en voz alta.

No le gusta ser consciente de ello, pero es así. Por primera vez en su vida, disfruta de las alabanzas de los demás. Y le gusta. Con Natalia logró tocar el

cielo con los dedos. Ver el contador de visualizaciones del vídeo correr a tanta velocidad fue el mejor reconocimiento para un trabajo bien hecho. Lástima que con Araceli todo se hubiera precipitado, porque el final que había previsto era apoteósico.

Su próxima obra le hará recuperar el aplauso. Gernika está a punto de recibir un mazazo de los que no se olvidan.

¿Y si vuelve a salir mal?

La inquietud que sacude su estado de ánimo le decepciona.

¿Cómo puede pensar que ha fracasado?

Está perdiendo de vista el objetivo principal y ese no es el camino. Quiere acabar con la vida de esas mujeres, quiere borrarlas del mapa. ¿Y no es eso acaso lo que ha hecho con Araceli?

Debe dejar de fustigarse. Las puestas en escena cuidadas deben ser solo un añadido y no el verdadero fin de sus trabajos.

Sin embargo, por más que se lo repite no logra que el mensaje cale en su interior. La decepción pesa. Odia haber visto al marido de la víctima acaparando una atención que no merecía. ¿Por qué tuvieron que detenerlo? ¿Acaso no vieron la flor que dejó en el jarrón del salón tras arrojarla al vacío?

—El asesino del Tulipán —pronuncia lentamente. Le gusta la sonoridad del nombre con el que le han bautizado.

Un leve chapoteo llama su atención hacia el mar. Ahí la tiene, fiel a su cita diaria. Julia nada mar adentro. Parece que quisiera alcanzar la isla de Izaro. Sus brazos se asoman rítmicamente por encima de la lámina plateada en que la luna convierte el agua. Solo cuando la distancia comienza a robarle su silueta, la ertzaina se detiene y se tiende a flotar. El Cantábrico la mece suavemente y deja entrever tímidamente sus pechos desnudos y el perfil de su rostro.

—Julia —murmura contemplándola e iniciando un juego inocente y perverso con sus manos, que parecen acariciar, empujar, e incluso acunar a la pequeña Julia que flota en el agua.

Si quisiera podría acabar con ella, solo tendría que estirar un poco más ese dedo índice y hundirla en el agua. Es maravilloso poder decidir sobre la vida y la muerte.

El cuerpo de la ertzaina se diluye lentamente en un halo blanquecino. Se está levantando bruma. El aire se está cargando también de humedad. Alza la

vista hacia la luna. Sigue ahí, presidiendo la noche desde lo alto de Ogoño, que comienza a desaparecer tras los zarpazos de las nubes que brotan del mar.

Es hora de marcharse.

Julia parece haber llegado a la misma conclusión. Nada a braza, sin apenas mancillar la quietud del mar, de vuelta a casa.

Antes de alejarse de su otero, introduce la mano en el bolsillo y saca algo de él. La luna baña con su luz fría el papel. Es un listado. Lo conoce bien, demasiado bien. Tanto que podría dejarlo caer al agua y continuar leyéndolo en su memoria. Ha podido tachar los tres primeros nombres. Los que siguen tienen a su lado todo tipo de anotaciones: direcciones, teléfonos y, en algunos casos, hasta horarios.

Cada vez será más difícil. No importa. Su obra tendrá que estar concluida en una semana, cuando los tulipanes hayan alcanzado su punto de máxima belleza antes de marchitarse. Nadie va a interponerse en su camino.

Respira hondo. Llena los pulmones de salitre y de humedad, y se aleja sin prisa.

Todavía queda mucho por hacer.

*28 de octubre de 2018, domingo*

Cestero trata de no mirar abajo. No tiene vértigo, pero no le gusta recrearse en el abismo que se abre a sus pies. Para muchos escaladores ese es precisamente el principal aliciente cuando cuelgan de paredes inexpugnables. Ella, sin embargo, prefiere no pensar en lo que va quedando atrás.

—¿Todo bien? —pregunta Raúl, que avanza por delante, tendiendo la cuerda. Sus palabras llegan medidas por las olas que rompen abajo.

—Bien —musita la suboficial. Está demasiado concentrada tratando de dar con una hendidura de la roca en la que impulsarse como para perderse en mayores explicaciones.

—A partir de aquí se complica un poco —explica el tatuador.

—¿Más? —se alarma Cestero. Es la primera vez que escala desde su lesión de muñeca y no quiere forzar, pero tampoco quiere quedar mal con Raúl—. Menos mal que te he dicho que no soy ninguna experta.

—Solo un poco más y coronamos.

Cestero celebra que no quede mucho. Comienza a sentirse cansada. El cabo de Ogoño, con sus trescientos metros de acantilado abrupto sobre el mar, es demasiado exigente. Y menos mal que Raúl ha optado por una vía que parte a media altura de aquella mole caliza, porque así han evitado más de la mitad de la escalada.

—¿Cómo has dicho que se llama la vía? —inquire Cestero.

—Las Gaviotas. ¿Te extraña?

Cestero se ríe. No se le ocurre un nombre mejor. Esas aves están por todas partes. Alzan el vuelo, contrariadas, cuando las manos de los ertzainas se aferran a las repisas donde descansan. Sus graznidos se convierten así en una desordenada banda sonora a una escalada que, por lo demás, está amenizada por el rugido constante del Cantábrico azotando las rompientes.

—A veces se me acercan tanto que me da la impresión de que pretenden

darme un picotazo —confiesa mirando de reojo a una que la espía desde demasiado cerca.

No le gustan esas aves. Su pico curvado hacia abajo le recuerda a una de esas sonrisas maléficas de los cuentos, y más con esa mancha roja que parece la sangre de alguna víctima. Aunque si algo le inspira desconfianza son esos ojillos pequeños y fríos, esa mirada inteligente y torva.

—Porque no es temporada de cría... Cuando tienen a los polluelos en los nidos son capaces de lo que sea por defenderlos —apunta Raúl soltándose de pies y manos. Suspendido en el aire, la cuerda lo hace girar lentamente sobre sí mismo—. ¿No es una maravilla? ¿Cuándo has escalado en un sitio así?

Cestero asiente y aprovecha el descanso en el punto de reunión para aplicarse polvo de magnesio en las palmas de las manos. Es necesario para lograr un mejor agarre. La panorámica es inmejorable. La playa de Laga se extiende en primer término. Está desierta. Claro, es final de octubre y está nublado. No, hay alguien ahí abajo, una persona que juega con su perro. Es difícil descifrar si se trata de un hombre o de una mujer desde semejante altura. Un hombre, es un hombre, la txapela lo delata.

Mientras aguarda a que Raúl alcance el siguiente punto de reunión para reanudar la subida, Cestero dirige la mirada al Cantábrico. La isla de Izaro, batida por los vientos del noroeste y desnuda de vegetación, flota a la deriva en primer plano. Más allá está la plataforma de La Gaviota, esa bestia metálica construida lustros atrás para la extracción de gas del fondo marino.

—¿Sabes la historia de la teja? —inquire Raúl deteniéndose a media altura—. ¿No? Es muy chula. Hace años Bermeo y Mundaka se disputaban la titularidad de la isla. Tras muchos desencuentros, decidieron celebrar una regata. Los primeros en llegar a Izaro serían sus dueños a partir de entonces.

—¿Y quién ganó?

—Bermeo. Su alcalde rememora cada año la regata lanzando una teja al mar frente a la isla. De ese modo simboliza que los tejados del pueblo llegan hasta Izaro. —El brazo de Raúl se estira hacia el mar—. ¿Has visto a los surfistas? Julia no andará muy lejos.

Cestero los busca con la mirada. Están allí, entre la desembocadura de la ría y Mundaka. Las olas parecen ridículamente pequeñas desde ahí arriba, pero el ruido que hacen al batir contra los acantilados aclara que se trata de una falsa percepción.

—Es espectacular —reconoce, maravillada ante el escenario que se abre

ante ella.

—Si existe algún dios se sentirá como nosotros aquí arriba. Podemos ver cada movimiento de quienes están ahí abajo. Mira, si estiras el dedo, parece que pudieras tocarlos —apunta Raúl imitando el gesto.

La suboficial asiente. Es capaz incluso de sentir la congoja de un paisaje que contiene la respiración a la espera de que logre dar con el asesino del Tulipán. Su instinto le dice que con la detención de Meirás y sus hombres no ha acabado todo.

Raúl la observa con gesto triste desde varios metros más arriba.

—¿Ni siquiera aquí puedes desconectar? Es domingo, tienes el día libre... Olvídate por un momento de tu trabajo y disfruta. ¿No desarticulamos una banda de narcos hace un par de días? ¡Celébralo! La mente necesita descansar. Si te he traído aquí es para que olvides todo y respires un poco de libertad.

Cestero ha pasado la noche repasando la biografía de la locutora asesinada y le inquieta especialmente ese año en blanco que coincide con la estancia de las otras dos víctimas en Lourdes. Nadie de su entorno sabe a ciencia cierta dónde estuvo Natalia en el setenta y nueve. Hay quien ha sugerido un viaje a Inglaterra para aprender inglés y quien habla de un curso en Suiza, pero todo parece muy vago.

—Tienes razón. Perdón —murmura menos convencida de lo que quisiera.

—A mí no tienes que pedírmelo. Pídetelo a ti misma. Olvida lo que te ha traído a Urdaibai, aunque solo sea por unos minutos. Necesitas oxigenar la mente. Es solo tu trabajo.

Cestero no está de acuerdo.

—Cuando hay muertes de por medio no puede ser solo un trabajo.

Raúl se aferra a una hendidura y gana altura rápidamente.

—No me malinterpretes, pero lo estás enfocando mal. Igual que cuando pegaste a aquel detenido...

—Vaya, ya veo que las noticias vuelan.

El ertzaina se frota magnesio en las manos. Una ligera nube de polvo blanco se aleja con la brisa.

—Cuanto más de cerca veas los casos, más te costará encontrar al asesino. Es como mirar desde aquí arriba. Esta perspectiva te permite descubrir cosas que no ves desde el suelo. No minusvalores la distancia de las cosas. No minusvalores tu vida. Enamórate, disfruta, vive la vida de modo que tu trabajo no sea lo único importante. —Raúl ha llegado a una repisa—. Yo era como tú

cuando empecé en Investigación. No vivía. Los casos lo eran todo, me obsesionaba con ellos. Hasta que me di cuenta de que me estaba perdiendo la vida. No nos pagan por veinticuatro horas, nos pagan por una jornada de trabajo normal. El resto es tu tiempo, tu vida.

—Hay casos y casos —objeta Cestero reanudando la escalada una vez que Raúl se ha asegurado en el nuevo punto de reunión. Le duelen los dedos de los pies. Los pies de gato que le ha prestado le van demasiado justos—. No es lo mismo un robo que una serie de asesinatos.

Raúl no está de acuerdo.

—¿Por qué crees que Julia hace surf? Ella también se llevaba la mochila cargada al salir del trabajo. Y un día, ¡zas!, llegó la ansiedad y le metió un sartenazo de los gordos. Ahora coge olas, nada en el mar...

—Tendría que haberme traído la batería. Eso sí que relaja. ¿Has tocado alguna vez?

—No, nunca me ha dado por la música —confiesa el tatuador.

—Yo empecé hará un par de años. Una locura entre amigas. Y te juro que no hay nada que me ayude más a desfogarme.

—¿Nada? —se burla Raúl con una mueca que permite entrever doble intención.

—Bueno... Casi nada —admite Cestero correspondiéndole con la mirada. Ha llegado a la repisa. Su amigo señala hacia arriba.

—Solo ocho metros más.

La suboficial resopla y sacude los brazos, los siente agarrotados. Las piernas también. Mañana tendrá agujetas.

—Vamos —indica volviendo a introducir la mano en la bolsa de magnesio.

Apenas unos minutos después, Cestero alcanza la cumbre. El tatuador le tiende la mano para ayudarla a culminar el ascenso.

—Bienvenida a la atalaya.

A pesar de la amplitud de la plataforma de roca, Cestero se siente insegura. Le ocurre siempre que remata una escalada. De repente no hay nada a lo que aferrarse. Sabe que solo serán unos instantes, que luego todo volverá a la normalidad.

—No me habías dicho que fuera tan dura. Casi no llego. Hacía meses que no escalaba. No estaba preparada para tanta caña.

Raúl se ríe y le pasa el brazo por los hombros. Con la mano libre señala

hacia el horizonte, una línea perfecta donde el azul metálico del mar se funde con la pesadez del cielo de plomo.

—Aquí se pasaba el día el encargado de avisar a los vecinos de Elantxobe cuando alguna ballena se acercaba a la costa. Imagínate, desde aquí arriba seguro que las veía antes que los de otros pueblos, y eso era vital, ya sabes que quienes clavaban el primer arpón al animal eran quienes se llevaban la mejor parte.

Cestero se gira hacia él.

—¿Y los otros?

—¿Quiénes? ¿Los de los otros pueblos? Pues se retiraban. La ballena era solo para los primeros en llegar hasta ella. No me digas que no lo sabías...

—Ya te dije que no soy muy amiga del mar.

—Pero vives en Pasaia, y esa tradición es el origen de las actuales regatas de traineras. ¿Tú con quién vas, con San Juan o con San Pedro?

—¿Con San Juan! A los del otro lado ni agua...

La suboficial lo ha dicho en un tono tan serio que hace explotar a Raúl en una carcajada. El remo es sagrado en Pasaia y solo un loco apoyaría al equipo de la orilla opuesta de la bocana.

El tatuador le pasa el dedo índice por el cuello, suavemente, como si dibujara.

—¿Qué tal si me dejas terminar tu Sugaar? —susurra bajando el dedo hacia el hombro.

Cestero le deja hacer. Es agradable sentir el tacto recorriendo lentamente su nuca y la parte superior de la espalda. La relaja. Cierra los ojos. Huele a mar y a encina, huele a roca viva y a aire puro. Se siente libre en la atalaya.

De pronto los dedos de Raúl han dejado de dibujar y le acarician la cara, deteniéndose en su boca. Es una caricia suave, cálida, igual que el beso que llega sin avisar y que Cestero corresponde separando los labios y dejándose llevar.

*28 de octubre de 2018, domingo*

Julia contempla en silencio la estela que la chipironera pinta a su paso, un brochazo blanco en la inmensidad del mar. Las casas de Mundaka, apiñadas en torno al puerto, se ven cada vez más pequeñas. La iglesia de Santa María despunta sobre sus tejados y ofrece un contrapunto vertical al paisaje urbano. Más allá se extienden las laderas cubiertas de pinares que caracterizan Urdaibai.

—Es tan diferente desde aquí... —murmura la ertzaina.

Álvaro asiente. Sigue entretenido deshaciendo los nudos del aparejo.

—Gracias por haber aceptado la invitación. Pensaba que nunca más te vería en esta chipironera —apunta alzando la vista hacia la ertzaina.

Julia esboza una sonrisa de cortesía antes de girarse a babor. Los acantilados de la isla de Izaro están a tiro de piedra. Roca descarnada, batida por los fríos vientos del noroeste que apenas permiten crecer unas briznas de hierba en los rincones menos expuestos.

—¿Serías capaz de vivir aquí? —pregunta su amigo.

La ertzaina sabe a qué se refiere. Las ruinas del viejo convento todavía se dibujan en el paisaje de la isla. Esos franciscanos no tenían una vida fácil. La soledad y el aislamiento debían de resultar atroces en un lugar así. Y, sin embargo, algo le dice que, de no haber sido arrasado por los piratas del siglo dieciocho, el retiro monástico se habría convertido en un anhelado destino de fin de semana para las almas torturadas de los urbanitas modernos.

—Yo vivo feliz en Mundaka. —Mientras lo dice trata de localizar su casa. El promontorio sobre el que se yergue la iglesia la oculta en parte, aunque se intuyen sus formas blancas.

—Claro. Yo tampoco sería capaz de vivir en un lugar tan inhóspito. Me volvería loco —reconoce Álvaro.

Por fin ha logrado liberar el sedal. El pececito de silicona que cuelga de su

extremo lanza destellos brillantes conforme lo arroja al agua. Ahora solo falta que se hunda lentamente y que algún calamar hambriento se decida a convertirlo en su merienda. Los anzuelos ocultos harán el resto.

—Sujétalo —le pide a Julia entregándole el sedal.

La ertzaina obedece mientras Álvaro se ocupa de detener el motor. No hay mucho más que hacer aparte de esperar.

—Estoy mucho mejor que antes de embarcar. ¿Tú no?

Julia asiente ante la pregunta de su amigo. En realidad tampoco se encuentra tan bien como pretende aparentar. Al fin y al cabo fue en esa misma chalupa donde se decidió a besarlo meses atrás. Todavía siente el rubor en sus mejillas al recordar la mano de Álvaro apartándola con suavidad y sus ojos castaños observándola con una mezcla de culpa y tristeza. Pocos minutos se le habían hecho tan largos en la vida como los que tardaron en regresar a puerto. Excusas, disculpas, reproches... Se dijeron mucho en ese tiempo, aunque más valdría haber guardado silencio. Julia, por lo menos, lo hubiera preferido. Cada palabra dolió como una bofetada, cada palabra contribuyó a no aclarar nada de lo sucedido. ¿Por qué no quiso corresponderla? ¿Es que no le resulta atractiva? ¿Es que no la quiere?

—Son los iones —explica Álvaro—. Desde que tengo ese ordenador bestial en el salón, mi casa se llena de iones positivos. Es una mierda. Afecta un montón al estado de ánimo. Estoy más cansado, más triste, me da dolor de cabeza... Debería montar mi mina de Bitcoin en algún otro sitio. Ese aparato podrá hacerme rico, pero me está fastidiando la salud.

—Los iones... —repite Julia sin convencimiento.

—Sí, sí, los iones —insiste su amigo—. Suerte que tenemos cerca el mar, que es la mayor fuente de iones negativos que existe. Mira, estaba hecho una mierda. Un rato navegando y ya me siento como nuevo.

—A mí los iones no sé si me hacen mucho, pero el mar me ayuda a desconectar —apunta Julia antes de sentir un tirón en el sedal.

Álvaro también ha visto la tensión en el aparejo y no pierde el tiempo. Se lo quita a la ertzaina de las manos y comienza a recogerlo, lentamente pero sin descanso.

—Es grande —anuncia cuando logra sacar el calamar del agua—. Cuidado con la tinta.

El primer disparo negro impacta contra el casco de la chipironera. El mar se oscurece alrededor. ¿O está oscuro porque están entrando nubes desde el

oeste? Lloverá, aunque todavía tardará. Después el cefalópodo cae sobre la cubierta y continúa lanzando chorros de tinta hasta que se resigna a su nueva realidad.

—Menudo *begihaundi*. ¿Cuánto hará? ¿Dos kilos? —Julia ha dado un paso atrás para evitar que le manche las zapatillas.

—Kilo y medio —calcula su amigo—. Enhorabuena. Lo has pescado tú.

—No he hecho gran cosa.

—Es tuyo —decide Álvaro lanzando de nuevo el sedal por la borda—. Si te apetece lo compartimos. ¿Comemos juntos?

Julia arruga los labios. No puede. Tiene algo pendiente.

—Estoy cansada. Otro día, quizá. Hoy quiero retirarme pronto —miente. ¿Por qué no se atreve a decirle la verdad?

Álvaro dirige la mirada hacia la isla. La corriente los está acercando peligrosamente a las rocas. Tira de la cuerda que arranca el motor y pilota la embarcación hacia el este, en dirección a Bermeo. Apenas es un minuto, pero resulta suficiente para alejarse de las rompientes. Hay más chipironeras cerca, por lo menos una docena, todas entretenidas en la pesca dominical. Sus motores al ralentí hieren el silencio, aunque son las olas que rompen contra las soledades de Izaro quienes se llevan el protagonismo. Julia tiene la impresión de que los *arrantzales* que las pilotan están más pendientes de lo que ocurre en las chalupas de alrededor que de sus propios aparejos.

—La gente está encantada. No solo nos habéis quitado de encima al loco del Tulipán, sino que habéis desmantelado una red de narcos.

Julia pierde la mirada en la distancia. Le gustaría poder darle la razón, pero cada vez está menos convencida de la relación de los Meirás con los crímenes.

—No me atrevo a cantar victoria todavía.

—Si habéis detenido a todo el clan, ¿no?

—Sí, y es una gran noticia, pero no sé si todo está resuelto.

Su amigo la observa con gesto incrédulo.

La ertzaina siente un nuevo tirón en el sedal. Otro chipirón. La pesca se le está dando bien. Ojalá pudiera decirse lo mismo de sus sensaciones con el caso.

*28 de octubre de 2018, domingo*

Julia da un sorbo a su copa. Las notas afrutadas del txakoli acarician sus papilas gustativas, que se estremecen ligeramente ante su leve acidez. De buena gana apuraría el contenido de un trago y se serviría otra copa, y otra más. Y así hasta terminar la botella. Todo sea con tal de no enfrentarse a la realidad que comparte mesa con ella.

El gesto de Txema le dice que él tampoco está cómodo. Sin embargo, ambos saben que esa comida es una buena idea. Las últimas jornadas, las del reencuentro, no han sido precisamente fáciles, y ya es hora de que puedan aclarar sus cuentas pendientes fuera de las horas de trabajo.

—Ante todo quisiera pedirte perdón —comienza él mirándola a los ojos—. Sé que actué como un perfecto gilipollas, y te comprendería si no admitieras mis disculpas. Hay decisiones en la vida que no son sencillas...

Julia suspira. Su mirada cansada pasea al otro lado de la ventana.

El viejo casino de Mundaka es el escenario de ese encuentro que ella no pretende romántico. Su mirador, colgado sobre el recogido puerto, les brinda una panorámica marinera.

—Fuiste un egoísta —le reprocha volviéndose hacia él.

No hay nadie en las mesas de alrededor. Mejor así, de lo contrario no habría tanto espacio para la sinceridad.

—Nada me haría más feliz que poder viajar atrás en el tiempo y que nada de aquello hubiera ocurrido —continúa Txema.

Julia sacude la cabeza.

—Yo también hubiera preferido dedicar esos años a alguien a quien le importara de verdad.

Txema chasquea la lengua, remueve la sopa de pescado con la cuchara y alza la vista hacia ella.

—Julia, por favor. He querido decir justo lo contrario: que ojalá no hubiera

tenido que marcharme porque ahora seguiríamos juntos y....

—No —le interrumpe Julia—. No sigas por ahí. Ni se te ocurra.

Un camarero se asoma a las escaleras. ¿Necesitan algo, más txakoli, agua? Nada, solo una intimidad que les regala inmediatamente.

—Julia, déjame acabar, por favor. No puedes dejarme así, necesito decírtelo. Sigo sintiendo por ti...

La ertzaina levanta la mano para impedirle continuar.

—Estaba embarazada, Txema. Íbamos a ser padres —anuncia fríamente.

El suboficial se queda mirándola sin saber qué decir.

—No me digas que... —comienza a preguntar, aunque no logra completar la frase.

Julia niega con la cabeza.

—No fue intencionado. De repente su corazoncito dejó de latir. Tenía cinco meses. Lo supe mucho antes de que el médico me lo dijera. Se me murió dentro... ¿Sabes lo que es eso? ¿Y sabes lo que es estar sola en un momento así? No, claro, qué vas a saber.

—¿Por qué no me contaste nada?

—¿Por qué? ¿De verdad te atreves a preguntarme por qué? Aunque, pensándolo bien, podría haberlo hecho por email y adjuntarte la ecografía de nuestro hijo muerto —responde Julia fuera de sí.

—Julia, por favor... —el gesto de Txema para que baje la voz solo logra irritarla más.

—Perdí un hijo mientras su padre ni siquiera me cogía el teléfono. Tuve que llorarlo sola. Te puedo asegurar que no vivirás una situación tan dura en toda tu vida. ¿Y todavía me pides que me calme?

Los ojos del suboficial le dicen que el puñal se ha clavado hondo esta vez.

—No sabía que estabas embarazada.

Julia se muerde el labio para frenar el impulso de levantarse y salir de allí.

—No me diste tiempo a contártelo. El día que lo supe llevabas un mes en Bruselas. El resto de la historia ya la conoces. Los tonos del teléfono extinguiéndose sin que atendieras mis llamadas...

La cuchara de Txema vuelve a entretenerse en la sopa, igual que su mirada.

—Tenía miedo de ser débil y regresar si escuchaba tu voz. Solo tú habrías conseguido que volviera. Lo siento tanto... Nada me haría más feliz que estar a tu lado, recuperar el tiempo perdido, tener ese hijo contigo...

La ertzaina siente que las lágrimas anegan su mirada. Pero ¿qué está

diciendo? ¿De verdad la ha invitado a comer para hundirle la cabeza en un mar de dudas?

—Sigues siendo un egoísta, Txema. Un egoísta de mierda —exclama poniéndose en pie y dirigiéndose a la salida.

*28 de octubre de 2018, domingo*

Los pies se mecen sobre la alfombra de hierba que han pisado miles y miles de viajeros desde la Edad Media. El silencio resulta sobrecogedor. Solo el canto de un petirrojo y las gotas que se desprenden del entramado de madera se atreven a profanarlo. Ni siquiera el cielo reúne el valor necesario para alzar la voz demasiado; se conforma con llorar en forma de un sirimiri que lo abraza todo con su humedad.

Es la soledad de la muerte. No es la primera vez que Cestero la siente tan cerca.

—No ha podido soportarlo —musita la ertzaina.

A su lado, Julia ahoga a duras penas un sollozo.

La estampa resulta hipnótica. Es horrible, por supuesto, como el escenario de cualquier muerte violenta, pero también atractiva en cierto modo. La brisa que llega del mar se cuele entre las hojas de las parras que sostiene el entramado. El otoño les brinda una hermosa tonalidad rojiza que contrasta con el verde de las uvas que han quedado en las ramas tras la cosecha. Y todo sostenido por recios pilares de piedra que flanquean el camino y ejercen de escolta al cadáver.

Luis Olaizola ha elegido las vigas que cubren el camino real para quitarse la vida. Una muerte muy de Urdaibai, no podía ser de otra manera en alguien que ha vivido ligado a esa tierra desde sus primeros días.

—Pobre Luis —se lamenta Julia.

Cestero contempla en silencio al fallecido. Tenía tantas preguntas que hacerle.

—Lo había citado en la comisaría mañana a primera hora —comenta con un hilo de voz.

—Pues ha decidido que tenía una cita más importante esta tarde —apunta

Julia. Sus ojos están enrojecidos, igual que los de otros agentes de la comisaría de Gernika que van llegando al escenario.

—Lo siento —se excusa Cestero. No está muy segura de que sean las palabras correctas, pero no se le ocurre ninguna más acertada.

Julia asiente en silencio.

La suboficial vuelve a leer la nota de suicidio que el excomisario ha dejado sobre un murete. En ella, Olaizola reconoce haberse dejado llevar por el afán de lucro, pero niega haber tenido algo que ver con ninguna banda de narcotraficantes. Y menos aún con cualquier asesinato. Su manuscrito termina con un sentido alegato sobre el dolor de la traición y el verdadero sentido de la amistad y el amor.

—No sé yo si era el mejor para dar lecciones —suspira Cestero.

Julia la regaña con la mirada. Tampoco es la mejor idea escupir reproches sobre una persona que cuelga a merced de la brisa.

*29 de octubre de 2018, lunes*

Julia tamborilea con los dedos en la madera del torno. Tal vez se hayan olvidado de que está esperando. ¿Cuánto tiempo hace que aquella monja ha ido en busca de sor Teresa? Es difícil calcularlo en la penumbra de un recibidor donde la única nota de color la pone una llorosa imagen de la Virgen. En cualquier caso, es demasiado. De estar Cestero presente ya habría insistido con el timbre. Suerte que ha optado por quedarse en la comisaría para no perder la paciencia.

Sonríe al pensar en su compañera. Le cae bien. Al principio le incomodaba que fuera tan impulsiva, aunque comienza a acostumbrarse, y en cierto modo siente que se complementan la una a la otra. Con Cestero todo es ahora y sin remilgos; Julia, en cambio, prefiere dejar pasar el primer impulso y analizar con calma las consecuencias de cada movimiento.

Un murmullo quedo se cuele a través del torno. Una oración repetida una y otra vez por un coro de voces lejanas. La ertzaina trata de identificar alguna palabra. Imposible. Sin embargo, el ritmo es inconfundible.

—El rosario —masculla suspirando.

Como tenga que esperar hasta que acaben de pasar el rosario puede ir armándose de paciencia. Cestero vuelve a venírsele a la cabeza. Esta vez siente que los métodos de la suboficial son más acertados.

Pulsa el timbre. No una, sino dos veces.

Unos pasos apresurados se acercan al otro lado de la pared.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida —replica Julia de mala gana—. Hermana, llevo media hora esperando a que me atienda sor Teresa.

—Sí. Disculpa. Me ha pedido que te diga que no ha podido encontrar nada.

Julia inspira hondo. Trata de contar hasta diez, pero solo llega al cuatro.

—Dígale que venga ahora mismo —espeta, sorprendiéndose del tono de sus

propias palabras.

—Estamos en plena oración.

—No lo estaban cuando la he llamado por primera vez.

La monja guarda silencio unos instantes.

—Espera —pide finalmente antes de retirarse.

De nuevo los pasos y de nuevo la espera desquiciante.

Julia se siente abatida. No es el mejor día para que le hagan perder la paciencia. Ha dormido mal, si es que se puede llamar dormir a cerrar los ojos a ratos. La imagen de Olaizola colgando en medio del camino real la ha acompañado toda la noche con tanto realismo que parecía que estuviese dentro de su habitación. Tiene sensaciones ambivalentes por haber destapado las irregularidades que desembocaron en su expulsión. Los de la Científica le han confirmado que la única huella que pudieron encontrar en su casa tras la aparición del anónimo en el cristal coincide con la del excomisario. Fue Olaizola quien trató de asustarla aquella tarde.

Lejos de culparlo por ello, Julia lamenta que el que fuera su jefe perdiera tanto el norte. Sabe que ella actuó correctamente, pero eso no es suficiente para sentirse bien consigo misma. Necesitará tiempo para hacerlo.

Se oye de nuevo movimiento al otro lado de la pared.

—Ave María... —la saluda una voz que reconoce inmediatamente como la de sor Teresa.

Julia no se sorprende de que no la invite a pasar a la sala de visitas. La religiosa ni siquiera se molesta en asomarse a la celosía. Tendrá que conformarse con hablar con ella a través del torno.

—¿Todavía no tiene el listado? —inquire la ertzaina sin perder tiempo en ceremonias.

—Lo siento, pero no será posible. Los ladrones se lo llevaron. Es lo único que robaron aquella noche que cayó enferma la abadesa.

—Vaya, otro asunto que no denunciaron —se lamenta Julia. Su teléfono móvil suena en la mochila y le obliga a elevar el tono para hacerse oír por encima de la melodía—. ¿De cuántas mujeres estamos hablando?

—Unas cuantas. No sabría decirlo con seguridad. Atiende la llamada si quieres.

—No se preocupe. Dígame, qué sabe de ese proyecto. ¿Cuántas mujeres fueron? ¿Quién lo organizaba?

—No lo sé. La cabeza me falla, pero podrían ser diez al año. El ochenta fue

el último año que lo hicimos, y el primero el setenta y cinco. ¿O fue el setenta y cuatro? No sé, hija, esta cabeza... No se pueden cumplir años.

La ertzaina suspira. Cualquier cifra que pase de tres es una muy mala noticia.

—¿Y no hay manera de saber quiénes fueron las niñas de Lourdes? Remuevan el convento entero si hace falta. Seguro que hay algo, correspondencia con las familias, fotografías... Cualquier cosa que nos sirva para ponerles nombre.

—Veré lo que puedo hacer.

A Julia esa respuesta no le sirve. Sabe que en comisaría tampoco será bien recibida.

—Seguro que alguna hermana recuerda algún nombre. Háblenlo, por favor. Necesitamos su ayuda.

El teléfono insiste en interrumpir la conversación. Quienquiera que esté llamando no puede esperar.

—De aquella época solo quedamos la madre priora y yo. Las demás llegaron más tarde —advierte sor Teresa antes de asegurar que hará lo posible por encontrar algo que pueda servir de ayuda.

La ertzaina comprende que no hay nada más que hacer.

—Llámeme si logra averiguar algo. Le dejo mi tarjeta en el torno.

—Descuida. Rezaré por ti.

Julia abre la boca para decirle que en lugar de rezar tanto por ella colabore un poco más, pero vuelve a cerrarla.

—Un momento —le pide la monja cuando la oye abrir la puerta de la calle.

Julia se detiene en seco.

—¿Ha recordado algo? —inquieta esperanzada.

El torno gira, llenando el vestíbulo de chirridos y crujidos.

—Llévate esto. Seguro que en la comisaría os va bien endulzar un poco la vida.

La ertzaina está tentada de dejar las pastas en el torno, pero se obliga a recogerlas. Un desplante solo podría empeorar la situación.

Y el móvil que no para de sonar.

El nombre de Cestero en la pantalla no presagia nada bueno. Sabe que se encuentra en el convento, ella misma la ha enviado en busca del listado.

—Hola, Ane.

—¿Dónde estás?

—Saliendo del convento. Llevo dulces para el desayuno.

Un bufido de la suboficial satura el auricular.

—¿Todavía allí? No lo puedo creer. Dime que traes el listado.

—Acabo de salir. Ahora dicen que cuando les entraron a robar se llevaron los datos que estamos buscando.

—¿Qué casualidad! —protesta Cestero—. Vuelve donde esas intrigantes. Estoy preocupada porque ha desaparecido otra mujer en Busturia.

—¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Charo Etxebeste. Hace tres horas tenía que haber abierto su puesto en el mercado de Gernika y todavía no ha llegado. De casa ha salido a la hora habitual —explica la suboficial atropelladamente—. No sé si es paranoia, pero quizá esté en sus manos en este momento. Si mis sospechas son ciertas, su nombre estaría en ese listado.

—Espera, que vuelvo a preguntar.

Julia pulsa de nuevo el timbre, que suena estridente al otro lado del torno.

—Ave María purísima. —Es la voz de la anciana.

—Charo Etxebeste —dispara la ertzaina a bocajarro—. ¿A esta tampoco la recuerdas?

—¿Tendría que hacerlo?

—Esa mujer acaba de desaparecer. Nos tememos que pueda ser otra de las niñas de Lourdes.

El silencio de la monja es decepcionante, una vez más. Es una faena no poder verle el rostro para saber si experimenta algún tipo de emoción con la noticia.

—¿Qué dice? —apremia Cestero a través del auricular.

—¿Era una de esas niñas? —insiste Julia.

La religiosa tarda todavía unos segundos en responder.

—Han pasado casi cuarenta años. ¿Cómo iba a recordar algo así? Claro que tendríamos alguna Charo, y alguna María, y alguna Maite... ¿Etxebeste? No lo sé. Me gustaría ayudar pero no puedo. Lástima que nos robaran esos papeles.

Sus palabras suenan sinceras, pero no logran convencer a Julia. Tampoco a Cestero, que protesta desde el aparato.

—Dile que si se confirma que es una de las crías de Lourdes, me voy a ocupar personalmente de no dejar un solo rincón sin registrar en su convento —espetea a gritos antes de cortar la comunicación.

Julia no necesita repetírselo a la monja, que ha podido oírlo a pesar de la

distancia.

—Rezaremos por ella. No podemos hacer más.

*29 de octubre de 2018, lunes*

Cestero avanza a paso rápido entre las mesas atiborradas de frutas y verduras de temporada. Huele a bosque. Son los hongos, chantarellas y champiñones que ofrecen algunos vendedores. La manzana reina por doquier, las hay de todos los colores y en cantidades generosas; la castaña también está en su momento. El aroma áspero del queso se cuele de vez en cuando, igual que las notas dulces del chorizo y las morcillas de cebolla.

—Mirad qué berzas. Las primeras de la temporada. ¿Y estas coliflores? — les ofrece una anciana ataviada con una alegre bata que funde colores azules y naranjas.

Ane y Aitor le sonrían y pasan de largo. No es momento para detenerse a alabar los productos de la huerta. Cada segundo perdido puede resultar fatal para la vida de la mujer desaparecida.

—¡Nueces de Orozko! —canta otra vendedora, que deposita en la mano de Cestero unos frutos secos.

—*Eskerrik asko* —musita la ertzaina antes de seguir adelante.

Es lunes, día de mercado en Gernika, pero no uno cualquiera. Es el Último Lunes de octubre, el día que tiene lugar la feria extraordinaria más importante del año. Compradores llegados de todos los rincones de Bizkaia atestan las calles en las que desparraman los puestos del mercado. Buscan el mejor queso, la sidra madura y otros muchos productos de caserío. Pero esta mañana, además, buscan algo más; los crímenes de los últimos días parecen haber actuado como un imán para miles de curiosos que no hablan de nada más.

—Queso del Gorbea, de las mismísimas campas de Arraba —ofrece una mujer acercándoles un plato con varios pedazos.

Los ertzainas lo rechazan con un gesto. Cestero todavía mastica las nueces de la anterior vendedora. De nuevo la sonrisa de compromiso.

—Habrá que preguntar —apunta Aitor. Tras él, Radio Euskadi emite su programa matinal desde un estudio de radio improvisado entre pimientos y hogazas de pan de leña.

Cestero se encoge de hombros. No queda otra opción. Es como buscar una aguja en un pajar. Se detiene junto a un puesto y se dirige a la señora que lo atiende, que no pierde el tiempo y corta un par de trozos de una manzana que cruje al paso del cuchillo.

—Probadla. De aquí mismo, de Kortezubi. La tengo a menos de dos euros el kilo —les ofrece.

—Estamos buscando el puesto de una casera que... —comienza a decir Cestero.

—Casera es la dueña de la casa... Tú debes de ser de fuera. ¿A que sí? — señala la mujer con gesto suspicaz.

La ertzaina duda. ¿Qué se considerará de fuera y qué no?

—Bueno, de Pasaia...

—¡Ja! Guipuzcoana... Ya lo decía yo. Qué manía tenéis de llamarnos «caseras» por allí... Somos aldeanas.

Cestero asiente con falsa expresión de interés. Con el reloj corriendo en contra lo último que puede permitirse es perderse en batallas dialécticas.

—Aldeana —repite Aitor tras ella. En su tono de voz se adivina un forzado deseo de complacer a la de las manzanas—. ¿Y podría decirnos dónde acostumbra a colocarse Charo Etxebeste?

La mujer deja la pieza de fruta en la mesa, los mira de arriba abajo con gesto extrañado.

—¿Sois policías? No me había dado cuenta, como vais sin uniforme... — Baja la voz hasta convertirla en poco más que un susurro—. Ah, claro, es para pasar desapercibidos... No os preocupéis, soy una tumba. ¿Se sabe ya algo de Charo? ¿Es verdad que la tiene el asesino del Tulipán? Madre mía, estamos todos con el corazón en un puño.

—Tranquila, la encontraremos. ¿Nos dice dónde se suele colocar? —insiste Cestero.

La casera, o aldeana, según el gusto o el origen de cada cual, señala hacia el extremo opuesto del mercado.

—Allí, entre el puesto de hongos y un pastor que vende quesos y leche de oveja. Dice que los hace él, no os fieis, que ese no tiene tiempo para trabajar tanto.

Los ertzainas le agradecen la indicación, que la mujer remata guiñándoles el ojo.

—Tomad, están recién cogidas del árbol —les dice tendiéndoles un par de manzanas.

—No, gracias.

La vendedora se apoya en la mesa y se estira para introducírselas a Goenaga en el bolsillo de la chaqueta.

—Para luego. Venga, menos vergüenzas. Y encontradla viva, por favor.

Cestero recibe sus últimas palabras sin poder evitar un sentimiento de congoja.

Viva...

Hasta entonces ni siquiera se ha parado a pensarlo.

Viva...

¿Tienen esperanzas de hallarla con vida?

Se gira hacia su compañero. La expresión sombría que lee en su rostro le dice que la vendedora ha despertado en él la misma cuestión. Y no precisa preguntarle para saber cuál es la conclusión a la que ha llegado. El asesino del Tulipán no ha mostrado hasta el momento interés en secuestrar. Solo en matar.

Hasta el momento.

Aunque siempre queda la posibilidad de que la desaparecida no esté en poder del asesino que está aterrorizando Urdaibai. Tal vez no esté en poder de nadie, sino que haya sufrido algún percance en la carretera. Lo único que saben es que no ha abierto su puesto semanal en el mercado y que no responde al teléfono. Su hijo, que imparte clases de biología en el campus que la Universidad del País Vasco tiene en Leioa, a cuarenta minutos en coche de Gernika, tampoco tiene noticias de ella. Esa mañana han cargado juntos la furgoneta con las hortalizas de la huerta y se han despedido en la puerta del caserío. Todo normal, como cualquier otro lunes. Charo se ha ido al mercado y su hijo se ha quedado desayunando.

Eran las siete y cuarto de la mañana, y han pasado cuatro horas; cuatro horas sin noticias ni pistas de su paradero. Y, claro, han entrado en pánico teniendo en cuenta lo que les ha pasado a esas mujeres.

No tiene buena pinta. No, sobre todo, cuando hay un asesino suelto que elige mujeres de edad similar a la de Charo para acabar con su vida. El día escogido tampoco parece fruto del azar. Si hay un día al año que las miradas de los vascos están fijas en Gernika, ese es el Último Lunes de octubre.

Para cuando la pareja de ertzainas llega al lugar indicado por la casera, todo el mercado sabe que están allí. Da igual que se trate de vendedores o de clientes, todos tienen la mirada clavada en los policías y chismorrear por lo bajo.

—Menos mal que era una tumba —comenta Aitor.

Cestero suelta una risita amarga. Al menos así no tienen que rechazar cada dos pasos las invitaciones a probar manzanas y fragantes quesos de oveja.

La mesa donde Charo Etxebeste despliega lunes tras lunes los productos de su propia huerta está vacía. No hay nada a la venta, no hay nadie tras ella. Ante los puestos de al lado, de quesos y hongos respectivamente, aguardan su turno varios clientes que pierden el interés por la compra tras la aparición de los policías.

—Soy yo quien ha llamado —anuncia el pastor sin aguardar a que lo saluden. Su barba forma unos desordenados caracolillos grises que hacen juego con los de su cabeza. Una camisa de enormes cuadros remangada a la altura de los codos y unas manos grandes y fuertes completan un aspecto que cumple fielmente todos los estereotipos—. Me ha extrañado que faltara sin avisar. La única vez que falló a un lunes de mercado fue hará unos dos años y nos llamó desde la cama para contarnos que estaba con un trancazo de cuidado. Y eso que era un día cualquiera... Ella nunca faltaría al Último Lunes de octubre. Ni ella ni ninguno de nosotros. ¿Verdad, Mari Juli?

La tal Mari Juli asiente con gesto apesadumbrado. Es la del puesto de setas. Ha dejado las angulas de monte que introducía en una bolsa de papel para acercarse a atender a los ertzainas. Tiene el pelo corto y las caderas anchas. El delantal negro pretende seguramente otorgar un toque distinguido al producto que vende, colocado con gusto innegable en diferentes bandejas de mimbre.

—La ha cogido ese loco. No puede ser que haya salido de casa y no haya llegado a Gernika. ¿Cuánto tiempo se tarda desde su caserío hasta el mercado? ¿Diez minutos? ¡Igual menos!

El silencio que sus palabras dejan en el ambiente podría cortarse con el cuchillo del quesero. Cestero y Aitor saben que tiene razón. En la escasa media hora que ha pasado desde el aviso, varias patrullas han inspeccionado el recorrido que Charo Etxebeste realiza en su camino al mercado. Su furgoneta se ha volatilizado.

—¿Y Charo? —pregunta una clienta que llega tirando de un carro de la

compra.

—Ha desaparecido —le informa la de las setas—. Estábamos hablando de ella ahora mismo. Estos dos son policías.

—¡Ay, por Dios! ¡Qué dices! ¿El de los tulipanes? —La mujer ha soltado el carro y se cubre la boca con las dos manos. El horror se lee en sus ojos.

—¿La conocía? —inquire Aitor.

—¿La conoce? —le corrige Cestero.

Su compañero tuerce el gesto y pide disculpas. Ya se ha ruborizado.

—Claro. Llevo toda la vida comprándole la verdura. ¿De verdad la tiene ese loco? —La clienta se apoya en la mesa. La noticia la ha dejado desorientada.

Se han acercado más curiosos. Forman una media luna expectante alrededor de los policías. Comienzan a aparecer también los primeros micrófonos.

—¿Alguien recuerda algo extraño en las últimas semanas? ¿Dijo algo? ¿Le preocupaba alguna cosa? ¿Recuerdan visitas extrañas por aquí? —pregunta Cestero alzando la voz. Cuantos más sean quienes pueden escucharle más posibilidades tendrá de que puedan aportar alguna pista sobre la desaparición.

Nadie dice nada. Se limitan a mirarse unos a otros y encogerse de hombros. Cestero trata de leer en sus gestos, en sus miradas... Nada.

—Necesitaríamos hablar con alguien que la conociera bien —interviene Aitor.

De nuevo el silencio.

—Itziar, la de los pimientos. Fueron juntas a la escuela —apunta el vendedor de cupones. Hasta entonces Cestero no se había percatado de su presencia—. Venid conmigo, ya os llevo donde ella.

Cestero y Aitor le siguen hacia el extremo del mercado. No hablan. Saben que están ante un momento clave. De confirmarse que Charo Etxebeste fue una de las niñas de Lourdes, las esperanzas se diluirán en un pozo oscuro; en caso contrario, podrán respirar un poco más tranquilos.

La radio emite una señal acústica en el bolso de Cestero. Le llaman de comisaría. Cruza una mirada con Aitor. Preocupación. ¿Buenas o malas noticias?

—Cestero —saluda presionando la tecla que activa el micrófono.

—Soy Txema. Ha aparecido la furgoneta de la desaparecida. Voy para allí. La patrulla dice que no hay signos de violencia y que está cargada con las

verduras que llevaba al mercado. También han encontrado una caja metálica con casi cien euros en monedas.

—Descartada la hipótesis del robo —comenta Cestero. En realidad la ha desechado mucho antes—. Por aquí esperamos tener avances en breve. Te tendré informado.

El vendedor de cupones se gira hacia la suboficial y niega con rictus triste.

—Se la han cargado.

Cestero prefiere no responder.

Un penetrante aroma a pimientos asados impregna la zona donde Itziar, la de los pimientos, tiene su puesto. No es como los demás, no es una sencilla mesa con productos expuestos a la espera de que algún cliente se los lleve a casa, sino un gran horno de forma tubular rodeado de cajas y más cajas repletas de pimientos llegados desde los generosos campos navarros.

—Itziar, son ertzainas —los presenta Crespo—. Han venido por lo de Charo. Tiene muy mala pinta, ya han encontrado su furgoneta.

—Ay madre... ¿Y a ella no la han encontrado? —inquiérese la mujer, que acaba de depositar en el horno varios kilos de pimientos de un tono tan rojo como el carmín de sus labios.

—Estamos en ello —apunta Cestero—. Nos han dicho que estudiaron ustedes juntas.

—Les han dicho bien. Desde los seis años hasta los diecisiete. —La mujer se limpia las manos en un delantal blanco que pide a gritos un lavado.

—¿Tuvo contacto con Charo durante los últimos días, sabe si le preocupaba algo?

Itziar arruga los labios.

—Ayer mismo la vi. No, fue anteayer. Ella iba cargada con bolsas de la compra y apenas nos saludamos. Nada fuera de lo común.

Cestero no tiene ganas de andarse por las ramas. El tiempo podría ser vital si la desaparecida está en manos de ese desalmado.

—¿Sabe si Charo pasó una temporada en Lourdes de joven?

—Sí. Estábamos en pleno bachillerato.

—¿Cuándo? ¿En el setenta y nueve?

La mujer se gira hacia un señor que se ha detenido junto a su puesto, y le pide con un gesto que espere.

—No podría jurar que fuera ese año. A ver... —Entrecierra los ojos y mira hacia arriba, tratando de recordar—. Sí, tuvo que ser entonces.

A Cestero no le sorprende que Aitor deje escapar un suspiro. Acaban de ponerse en el peor de los escenarios posibles. Mientras ella continúa con las preguntas, su compañero pide al de los cupones que se aparte unos metros.

—¿Era Charo quien quería irse a Lourdes o se trató de una imposición de sus padres?

La de los pimientos tuerce el gesto.

—Aquello fue muy raro. Sucedió de la noche a la mañana. Ya no recuerdo los detalles, pero Charo no volvió a ser la misma cuando regresó de allí.

—¿En qué sentido?

—En todos. Era una chica alegre, con ganas de hacer cosas, salíamos de fiesta varias amigas, hacíamos planes... Después se volvió esquiva, triste. Esas monjas la convirtieron en una amargada.

Cestero resopla. Le recuerda demasiado a lo que le explicó Pilar Otero sobre su hermana en Compostela.

—¿Les contó algo de la experiencia con ellas? —inquire, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música de la charanga que pasa junto a ellos.

Itziar sacude la cabeza.

—A mí no, por lo menos. No era un tema que le gustara tocar. Ni siquiera años después, cuando alguna vez se lo mencionábamos.

Cestero trata de ponerse en la situación de aquellas jóvenes obligadas por sus familias a abandonar la vida que les correspondía a su edad para someterlas a una suerte de cura de desintoxicación. ¿Qué graves faltas habrían cometido para merecer algo así a ojos de sus padres?

La radio vuelve a reclamar su atención. Antes de contestar, se aparta del grupo de curiosos que ha ido formándose alrededor del puesto de los pimientos.

—Tengo la orden. —Se oye a Julia en cuanto Cestero contesta a su llamada.

—¿La tienes? Buen trabajo —le felicita la suboficial—. Aitor y yo hemos terminado por ahora. La desaparecida es una de las niñas de Lourdes. Si esas malditas monjas hubieran colaborado, Charo Etxebeste estaría ahora vendiendo sus acelgas como cualquier lunes.

—No sé a qué juegan —confiesa Julia.

—Hay algo turbio en toda esa historia. A saber qué hacían con esas crías... Espero que ahora por fin podamos saberlo.

—Seguro que sí. ¿Nos vemos en la puerta?

—En cinco minutos estamos allí —zanja Cestero, haciéndole un gesto a su compañero para que la acompañe al coche. El convento los espera, y esta vez ninguna monja va a interponerse en su camino.

*29 de octubre de 2018, lunes*

El timbre suena con irritante insistencia al otro lado del torno. Pasos aquí, pasos allá... La madera del techo se lamenta con los movimientos de las monjas en el piso superior. Ninguna, sin embargo, acude a atender a los ertzainas, que pierden la paciencia en el vestíbulo.

—Habrá que reventar la puerta —decide Cestero.

—Es madera maciza. Ya podemos traer un buen ariete —apunta Aitor comprobando la puerta con los nudillos.

Julia insiste con el timbre.

—¿Por qué no abren?

—Porque no les da la puñetera gana. Y luego vendrán con que estaban rezando el rosario o cualquier excusa de esas. Deberíamos detenerlas por obstrucción a una investigación criminal —exclama Cestero sacudiendo con fuerza el torno.

—¡Policía! ¡Abran inmediatamente o nos las llevamos a todas al calabozo!

Julia repara en un largo banco de madera apoyado en la pared. Podría servir de ariete. Así no tendrán que esperar a que alguna patrulla se desplace con uno desde comisaría.

—¿Derribamos la puerta?

Cestero asiente con gesto grave. Han tenido suficiente paciencia.

Dos policías a un lado, uno al otro, el banco toma impulso hacia atrás y descarga toda su fuerza sobre la puerta. Los goznes crujen levemente.

—Vamos, otra vez.

El segundo asalto no ha llegado aun cuando unos pasos se aproximan al otro lado del muro.

—Ave María purísima.

—Abra la puerta ahora mismo —ordena Cestero sin ceremonias.

—Pero bueno... ¿Qué pasa aquí? Estamos en plena oración...

La suboficial se dispone a insistir en su orden cuando Aitor se adelanta.

—Traemos una orden judicial para registrar el convento —explica en tono amistoso.

—En la clausura no podéis entrar.

Cestero no es capaz de identificar si la voz pertenece a alguna de las religiosas que conoce de anteriores visitas o a otra nueva. Tanto da. Sus manos se crispan sobre el ariete improvisado. De buena gana continuaría derribando la puerta para dar un escarmiento a aquellas intrigantes.

—Dejad el banco en el suelo —ordena a sus compañeros. Después extrae de una carpeta la orden de la jueza y la deposita en el torno—. Ahí la tiene. Abra inmediatamente.

—Dadme un momento. Voy a por las gafas. Una ya no ve como cuando era joven —se disculpa la monja.

—Nos está mareando. Os dais cuenta, ¿no? —se lamenta Cestero en cuanto oye alejarse los pasos.

Aitor asiente con gesto de circunstancias.

—Están jugando con nosotros desde el primer día —añade Julia con un mohín.

La suboficial resopla. Es difícil contenerse en momentos así. El nexo entre los crímenes del asesino del Tulipán y la desaparición de Charo Etxebeste se encuentra tras esa puerta. No pueden permitir que una mujer que vive de espaldas al mundo les haga perder un tiempo que podría resultar precioso.

—Le damos diez segundos. Si no regresa, derribamos la puerta —les indica a sus compañeros, aunque el intento de calmarlos va en realidad más dirigido a sí misma.

Pasan diez y también veinte segundos. Cestero deja escapar una maldición entre dientes antes de agacharse para coger el banco. Siente toda la tensión concentrada en los brazos. Esta vez la puerta no aguantará ni el primer asalto.

Sin aviso previo, el torno gira y el documento firmado por la jueza regresa al vestíbulo.

—Esto les da permiso para registrar nuestros archivos y biblioteca, en ningún caso a entrar en nuestras celdas o en otras dependencias del convento —anuncia la monja.

Cestero no la había oído regresar.

—Así es —reconoce a regañadientes. No todo el mundo acostumbra a

entender tan bien los entresijos de una orden judicial—. Abra la puerta de una maldita vez o la tiramos abajo.

—¡Ay, por favor! Un poco de serenidad. Somos muy mayores para estos sustos —objeta la religiosa descorriendo los cerrojos.

Un grave chirrido acompaña la apertura de la pesada puerta. Apenas hay luz al otro lado, aunque sí la suficiente para que Cestero y Julia puedan reconocer a la misma sor Teresa que las agasajó con vino dulce y pastas en su primera visita. Su expresión esta vez no es tan amistosa.

—Hemos colaborado cada vez que lo habéis precisado —se defiende la monja—. Ya me diréis a qué viene este atropello. Solo el médico ha entrado en la clausura en los últimos cincuenta años. El médico, y los de la funeraria cuando nuestro Señor reclama a alguna de nosotras a su lado. Esto es una falta de respeto imperdonable a la congregación y a la propia Iglesia Católica.

—¿Dónde guardan el archivo del convento? —inquire Cestero sin prestar atención a sus reproches.

—No tenemos gran cosa. Algunos números relacionados con la venta de pastas, y poco más.

—¿Dónde lo guardan? —el tono de Cestero no oculta su crispación.

—Solo tenéis que decirme lo que necesitáis consultar y yo misma os lo traeré —objeta la monja.

—Eso ya lo hemos intentado. No se preocupe, yo misma lo buscaré. No va a quedar ni un papel de su archivo sin registrar —espeta la suboficial haciendo un gesto a sus compañeros para que la sigan.

—Está bien. Os acompañaré. Aquí es fácil perderse —se ofrece finalmente sor Teresa con una mueca de circunstancias.

Es un evidente intento de tenerlos controlados. Así se asegura de que no se salen de la ruta establecida y no registran más que lo permitido por la jueza.

Las escaleras que llevan al piso superior crujen bajo el peso de la comitiva policial, a la que sor Teresa obliga a avanzar con una lentitud exasperante con la excusa de sus achaques. Un aroma rancio, a casa vieja de pueblo, de esas que solo se abren durante la visita estival, flota en el ambiente. El papel de las paredes, con motivos florales que algún día lucieron hermosos, se ve fuera de su tiempo, ajado y devorado en las esquinas por las polillas. Sin embargo, no es ninguna sorpresa; pocos lugares logran satisfacer los estereotipos del visitante tanto como aquel.

Una decena de puertas de madera, tan oscura como la del suelo, se alinea a

cada lado del primer piso. Unas pocas permanecen abiertas y la luz del día se cuela a través de sus vanos hasta el corredor.

—La biblioteca es la puerta del fondo. Aquella que está entornada —indica sor Teresa—. Esperadme allí, os llevaré algo para endulzaros la búsqueda.

—Me parece que se les están quemando los amarguillos —se burla Cestero reparando en el olor que flota en el ambiente.

Sor Teresa le resta importancia con un gesto.

—Es la cocina económica, la de carbón. La utilizamos todavía para los dulces. En el horno de gas no quedan ni la mitad de buenos. Ya veréis qué ricos recién salidos del horno.

Cestero va a indicarle que no es necesario que les lleve pastas cuando decide que eso les proporcionará unos minutos para moverse sin tenerla enganchada como una garrapata.

La religiosa se escabulle escaleras arriba. De pronto ha recobrado una sorprendente agilidad.

—¿Dónde están las demás monjas? ¿O vive sola esta señora? —inquire Aitor.

—Estarán arriba, con los amarguillos —sugiere Cestero con sarcasmo.

Julia arruga la nariz antes de asomarse a una de las celdas abiertas.

—Pues no viven tan mal. He visto habitaciones de hotel más pequeñas.

Cestero echa un vistazo fugaz. Su compañera no exagera. Tal vez la cama sea pequeña para su gusto y el mobiliario austero y anticuado, pero el espacio es amplio y, hasta cierto punto, acogedor. Un Cristo crucificado es lo único que rompe la monotonía de las paredes desnudas.

—¿Qué es ese ruido?

La suboficial se vuelve hacia Aitor.

—¿Cuál? Yo no oigo nada.

Su compañero sacude la cabeza.

—Nada. Me había parecido oír algo.

—Serán las monjas en la cocina. Estarán revolucionadas. Hemos invadido la clausura... —bromea Cestero dirigiéndose a la biblioteca. No quiere perder un solo segundo.

—Otra vez... ¿No lo habéis oído ahora? —Aitor se ha detenido en medio del pasillo.

A su lado, Julia asiente. Los dos con el gesto concentrado.

—Viene de una de las celdas. Es como un lamento.

Cestero aguza el oído. Nada.

—Joder, soy la más joven del equipo y la más sorda... Me estáis tomando el pelo.

Los pasos que se acercan por el corredor la obligan a girarse. Sor Teresa está de vuelta.

—¿Todavía estáis aquí? Venga, venga. ¿No teníais tanta prisa?

Biblias, evangelios, biografías de santos, la historia de la orden... Allí no hay nada que se parezca siquiera a lo que están buscando.

—Aquí no vamos a encontrar nada. Ya lo sabe sor Teresa. Por eso nos ha dejado aquí solos —se lamenta Julia.

La religiosa se ha asegurado de encerrarlos en la biblioteca antes de volver a escabullirse. En esta ocasión no ha regresado a la cocina, sino que sus pasos se han extinguido antes, en alguna de las celdas que se abren al pasillo.

—En algún sitio tienen que guardar sus papeles. No me creo que unas mujeres que no salen de aquí no tengan registros de todo lo que ocurre, por lo menos de todo lo extraordinario... ¿Y los números? ¿No ha dicho esa bruja que conservan la contabilidad del obrador? Ya me dirás dónde está.

Aitor no abre la boca. Inclina la cabeza, se acerca a las estanterías, se aleja...

—Aquí faltan libros —anuncia en el preciso momento en que la monja vuelve a hacer acto de presencia con la bandeja de dulces.

La anciana trata, sin lograrlo, de mostrarse sorprendida. Resulta evidente que oculta algo. Tanto que al final finge recordar algo.

—Ah, los cuadernos con las cuentas... Lo olvidaba. Ahora mismo los traigo.

Cestero abre la boca para añadir que no se limite a la contabilidad, pero Aitor le ruega con un gesto que espere. Él y su tacto...

Apenas un minuto después sor Teresa regresa a la biblioteca con cuatro libros de cuentas, de esos que dividen sus páginas en incontables casillas para anotar las compras y las ventas.

—Es todo lo que tenemos. El robo... —se lamenta depositándolos sobre la mesa.

Aitor no pierde el tiempo en hojearlos. Los coge y los lleva a la estantería.

Cestero asiente orgullosa cuando su compañero enciende la linterna y busca la huella de los cuadernos en un hueco desnudo de libros. Solo alguien tan minucioso como él podría haberse percatado de un detalle así.

—Mire, hermana. Acérquese —indica Aitor en cuanto los cuatro cuadernos ocupan su lugar en la librería.

Sor Teresa obedece a regañadientes. De nuevo han vuelto sus achaques, de nuevo se mueve con una lentitud desesperante. Cestero contiene las ganas de zarandearla, permanece de pie a cierta distancia. No necesita verlo para comprender lo que ha descubierto su compañero. Prefiere observar las reacciones de la religiosa.

—¿Ve la huella que han dejado los libros en el polvo? —La monja no responde—. Sí, por supuesto que la ve. Y también que estos cuadernos encajan perfectamente en ella. ¿Dónde están los demás? Yo cuento por lo menos seis libros más. El polvo delata su falta.

—¿Nos estás llamando marranas?

Cestero resopla. ¿Hasta cuándo piensa jugar con ellos esa mujer?

—Ni mucho menos —decide intervenir—. Lo que le está tratando de decir muy educadamente el agente Goenaga es que como no colabore nos la vamos a llevar detenida. Y créame, querida sor Teresa, que la clausura de nuestros calabozos no es como la suya. Allí sabrá qué es realmente el voto de pobreza.

El rostro de la anciana se mantiene inescrutable. Sus labios no se mueven.

—Tal vez no me haya explicado bien —apunta Aitor apoyando una mano en el hombro de la religiosa—. Hace solo unas horas, minutos quizá, había aquí una serie de documentos que alguien ha hecho desaparecer. Los cuatro cuadernos que acaba de traer son algunos de ellos, pero no todos. ¿Dónde ha metido el resto? Hay una mujer desaparecida cuya vida puede depender de lo que aquí encontremos. ¿Entiende la gravedad del asunto?

—Nosotras rezamos por ella. Nuestras plegarias...

Cestero, que tiene aún uno de los amarguillos que les ha ofrecido sor Teresa en la mano, está a punto de perder la paciencia. No quiere coger a la monja por el hábito y zarandearla. Se lo lleva a la boca para liberar esa mano y arruga el entrecejo. Está frío. ¿No se supone que los estaban horneando?

—¡Joder, están quemando los documentos! —exclama recordando el olor que flota por todo el convento.

Sor Teresa trata de objetar algo. Sin éxito. Para cuando quiere aferrar el brazo de Aitor para que no salga corriendo tras sus compañeras es tarde.

*Enero de 1996*

Después de mi intento de suicidio, mi padre lo tuvo claro. Encontrarme en medio de la calle con una pierna rota y rodeado por un montón de vecinos impactados por mi caída al vacío no fue para él la mejor bienvenida tras un mes de pesquería. No habría más colegio para mí. Y aunque no dijo nada sobre mi madre, sé que también intentaba alejarme de ella. Una temporada en el mar me ayudaría a curtirme. Lástima que la marea en la que iba a estrenarme marcara el comienzo de su enfermedad y nos quitase la oportunidad de navegar juntos. Me habría ayudado tenerlo a bordo a mi lado, porque Gran Sol no era el lugar amable que sugería su nombre. Al contrario, el Atlántico y las borrascas se aliaban para crear un entorno hostil para la vida del hombre. El *Virgen de Begoña*, con sus treinta metros de eslora, no era más que una frágil cáscara de nuez en mitad de un océano agitado.

—¡Madre mía, qué mal color tienes! ¿Te mareas? —me preguntó Pepe en cuanto salí a cubierta. Era uno de los veteranos, un tipo de aspecto rudo y de voz tan ronca que parecía perpetuamente afónico.

Le dije que no. Y no era ninguna mentira. No me mareaba, lo que tenía era un miedo espantoso desde que sabía que se aproximaba un temporal.

—No está siendo mi mejor marea. El mar cada vez está más esquilado —se lamentó Pepe—. Has llegado tarde. Esto ya no es lo que era. Antes sacábamos cada uno más de quinientas mil pesetas en una buena marea. —El marinero escupió al mar—. Ahora si consigues doscientas mil es para echar cohetes. Y cada vez hay que pasar más días aquí para llenar la bodega. Menudas merluzas pescábamos antes...

—¿Ya ha llegado el temporal? —pregunté. Era lo único que me importaba en ese momento.

El mar se había convertido en una continua sucesión de montañas que agitaban nuestro barco sin piedad. La proa se erguía en busca del cielo cada pocos segundos, y después, cuando la ola quedaba atrás, se precipitaba con

fuerza para zambullirse en el mar. La sensación de indefensión, de estar a merced de los caprichos del océano, me abrumaba.

—¿El temporal? Qué va... Este viento es solo de fuerza cuatro. Cuando estemos en plena borrasca será de fuerza nueve. Tal vez incluso más. Entonces sí que habrá olas.

Mi instinto me hizo girarme en busca de tierra firme. No se veía nada, claro. Nos había costado cuatro días llegar al caladero desde Bermeo. Y eso con el motor a máxima potencia. Estábamos en medio de la nada, se aproximaba una profunda depresión atmosférica y nadie en el *Virgen de Begoña* parecía preocupado. ¿Es que se habían vuelto locos todos de repente? ¿De verdad nos quedaban tres semanas por delante en aquel infierno?

—¿Por qué no buscamos la seguridad de un puerto antes de que llegue el temporal? —pregunté.

Pepe me miró con gesto divertido.

—Sí, claro, ahora mismo vamos para el continente —se burló, aunque en su mirada se coló un atisbo de lástima que le hizo recular—. No podemos regresar. Y no te asustes. Esto es normal en Gran Sol. A todos nos cuesta la primera vez que venimos, pero un barco es seguro. Y siempre hay otros cerca. Si algún pesquero tiene problemas los demás acudimos enseguida a su rescate.

Sus palabras no consiguieron calmarme. Tenía ganas de salir corriendo y no parar ni para recuperar las fuerzas. Pero ¿adónde iba a ir si no había más que agua furiosa por los cuatro costados?

—¿Tú qué haces para no tener miedo? —le pregunté a Pepe. Veía su rostro envuelto en un aura que lo hacía parecer una aparición mariana, pero no me sorprendió. De hecho, ya me había acostumbrado a ver ciertas luces o destellos desde que mis compañeros de instituto me arrojaron aquel trapo impregnado en sosa caustica.

El marinero me hizo una señal para que le siguiera abajo. No era tarea sencilla mantener el equilibrio ante semejante vaivén. Me llevó a su camarote, un espacio ínfimo que compartían cuatro pescadores, réplica exacta del que ocupaba yo. Los pósteres de mujeres desnudas, de pechos generosos y postura sugerente, contrastaban con una pequeña hornacina con una Virgen del Carmen, la patrona de los pescadores. Pepe abrió su taquilla y sacó una botella de brandy. Bebió con ganas y me la ofreció. Las olas que se formaron en su interior no parecían tan amenazantes como las del mar.

—Dale un buen trago. Bebe y reza. No podemos hacer más.

Si pretendía calmarme con su respuesta, no lo consiguió.

Bebí. Nunca antes había probado el licor. Me quemó la garganta y sentí su calor bajando hasta el estómago.

—¿A que te sientes mejor?

—No. —Para qué iba a mentir—. ¿Quién le puso el nombre a este lugar? Vaya broma de mal gusto.

Pepe se rio. Parecía una carraca vieja.

—¿Gran Sol? El nombre del caladero nada tiene que ver con el sol. Se lo pusieron los gabachos. *Grand Sole*, gran lenguado. Es lo que se pesca aquí. O lo que se pescaba, porque ya no queda nada.

Otro pescador se asomó por la puerta del camarote.

—Subid para arriba. Está entrando merluza.

Pepe hizo un gesto triunfal. Hacía dos días que estábamos en el caladero y no habíamos conseguido pescar nada. En un trabajo en el que los ingresos dependían de que las capturas fueran generosas la aparición del pescado era la mejor noticia.

—Pero no podemos pescar en pleno temporal —objeté.

Los dos veteranos cruzaron una mirada cómplice. Por lo menos tuvieron el detalle de no reírse.

—Antes, cuando el caladero era rico, si había marejada nos metíamos en el catre y esperábamos a que amainara. Ahora no. No queda más remedio que pescar cuando damos con un banco. Y si hay mala mar, pues peor para nosotros.

No daba crédito. ¿De verdad teníamos que regresar a cubierta?

—¿No es peligroso? —pregunté mientras los seguía hacia la escalera.

Pepe se volvió hacia mí. Volvió a dirigirme esa mirada paternal que lograba hacerme sentir bien, aunque fuera solo por unos segundos.

—Lo peligroso es volver a casa sin dinero. Tú trabaja con una mano y sujétate con la otra. Más de uno ha acabado en el agua por un golpe de mar.

—Y ya sabes lo que eso significa —añadió el otro.

Claro que lo sabía. En Gran Sol caer al mar suponía morir por hipotermia en menos de diez minutos. Me imaginé braceando entre las olas y me pareció demasiado tiempo. ¿Por qué no podría morir ya, de manera inmediata, y dejar de sufrir?

La furia de un viento que levantaba cortinas de agua salada me recibió en cubierta. El *Virgen de Begoña* se hallaba ya en medio del temporal. El día

moría y la luz metálica que filtraban las nubes cedía el testigo a la noche. El pesquero se escoraba hacia babor, donde los marineros se afanaban a recoger la largada. Los anzuelos regresaban de su viaje submarino repletos de merluzas que se agitaban desesperadas fuera del agua. ¿De verdad teníamos que pescar en esas condiciones?

La respuesta me la dio la expresión de los rostros de mis compañeros. Estaban eufóricos. El pescado había llegado por fin, y eso era lo único importante. Para ellos daba igual el temporal.

—Ponte a limpiar merluza —me dijo el patrón apoyándome una mano en el hombro. Era un tipo afable que no se separaba jamás del palillo que llevaba en la boca—. Así no estarás en primera línea. A los nuevos siempre os impresionan los días como el de hoy.

De pronto me vi sentado en el suelo, rodeado de pescados que sacudían la cola, agonizantes. Decenas, cientos de merluzas... Limpiarlas suponía abrirles la panza con unas tijeras y eliminar las vísceras. Así se conservaban mejor. Después había que disponerlas en unas cajas blancas que serían las que llegarían a la lonja para su subasta.

Enseguida mandaron junto a mí a Joxemari, un hombre de mediana edad, de rostro alargado y serio. Parco en palabras, sus manos se movían con rapidez y evitaban que se nos acumulara el trabajo.

—Tienes que ser más rápido. Mira, así —explicó mostrándome la manera de hacerlo—. En ocasiones todo el pescado de una marea entra en dos o tres días. Imagínate... Unos diez mil kilos de merluza en cajas como estas... O te das prisa o los peces acaban sepultándote.

No sé cómo conseguía trabajar con semejante celeridad en pleno temporal. Las olas no daban tregua. Tampoco el viento, que silbaba furioso al encontrarse con cualquier elemento del barco que le opusiera resistencia. Nunca he pasado tanto miedo. Me tenía que morder el labio para no romper a llorar de impotencia. Ni siquiera el ver a mis compañeros tan tranquilos me ayudaba a encontrar la calma.

—Yo también lo pasé mal en mi primer temporal —trató de animarme Joxemari—. Para alguien que viene de tierra adentro, como yo, no es fácil asistir de pronto a la fuerza del mar. Pero días como el de hoy te curten. Ya verás como la próxima vez te sientes mejor.

Iba a decirle que no habría una próxima vez porque jamás volvería a poner los pies en un barco, cuando vi su gesto de alarma.

—¡Cuidado, sujétate!

No tuve tiempo de hacerlo. La ola nos cubrió por completo y me arrastró varios metros. Tragué agua y algo me golpeó en la cabeza, probablemente una de las muchas cajas de pescado que quedaron desperdigadas a nuestro alrededor.

Cuando creía que lo peor había pasado llegó el desastre. En Gran Sol el mar no tiene piedad.

El *Virgen de Begoña* había quedado peligrosamente escorado y la segunda ola lo sacudió con tal virulencia que creí que nos íbamos a pique. La espuma blanca lo cubrió todo. Quienes no habían tenido tiempo de asegurarse estiraban la mano en busca de algo a lo que aferrarse antes de que llegara un nuevo golpe de mar. Se oían gritos y lamentos. Nadie pensaba ya en las merluzas que pendían de los anzuelos.

Creo que lloré de impotencia. Jamás me he sentido tan cerca de la muerte, ni siquiera el día que intenté quitarme la vida.

—¡Hombre al agua! —alertó alguien en medio del caos.

No era fácil entenderse en medio de un vendaval que se llevaba nuestras palabras, pero de algún modo supe que el náufrago era Pepe.

Gran Sol acababa de arrebatarme a mi primer amigo.

*29 de octubre de 2018, lunes*

Cinco monjas quemando cuadernos en una cocina económica de carbón no es algo que se vea todos los días. Los hábitos negros bailan fantasmales entre el mobiliario blanco y los rostros angelicales se giran entre asustados y desafiantes hacia los policías.

—¡Quietas! —ordena Cestero corriendo a interponerse entre la cocina y las religiosas.

Sor Carmen, la joven que las atendió el primer día, todavía alcanza a lanzar un puñado de sobres a las llamas que asoman por los quemadores superiores.

—¡Que nadie se mueva! —insiste Cestero. Esta vez ha tenido tiempo de desenfundar el arma y encañona con ella a la religiosa.

Sor Carmen y las demás estallan en gritos sofocados al tiempo que lanzan miradas de reojo a los documentos que todavía están sobre la mesa. Son cuadernos de notas, carpetas, cartas... Hay humo en el ambiente. Mucho. Pica en los ojos y rasca en la garganta.

—¡El extintor! —recuerda Aitor saliendo al pasillo.

Un instante después regresa con él en la mano y vacía su contenido contra las llamas.

—¿Qué hace, loco? Nos estropeará el horno —protesta sor Teresa. La anciana ha llegado tras él, resoplando por el esfuerzo de subir las escaleras a la carrera.

Cestero no aguanta más. No soporta a esa monja. Hay una mujer desaparecida y ella está pensando en su cocina económica.

—A la mierda el horno... —exclama asiéndola por el hábito y zarandeándola—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Me lo va a explicar de una maldita vez?

—¡Ane! —Es Aitor. Su tono de voz no deja lugar a dudas, la está llamando al orden.

Cestero lee el miedo en los ojos cansados de la monja. Tiene la impresión de que continuando por ese camino lograría hacerle vomitar la verdad. Sin embargo, se fuerza a soltarla mientras se recrimina para sus adentros el haber vuelto a perder los papeles. Y van dos veces en muy pocos días. Suerte que Txema no esté presente, lo ha dejado dirigiendo el operativo de búsqueda.

Hay más actores en la cocina. Por un lado las demás religiosas, que asisten boquiabiertas y apretadas unas contra otras a una violencia poco común en un convento de clausura. Y por el otro, Julia, que no pierde el tiempo en juzgar a su superiora. Está junto a la cocina de carbón, en la que introduce la mano para extraer documentos ennegrecidos por la combustión y cubiertos de espuma seca.

—¡Joder! —protesta sacudiendo el brazo.

—Ten cuidado —le advierte Aitor, que acude en su ayuda—. Ostras, sí que quema...

Cestero repasa los cuadernos y carpetas dispuestos sobre la mesa. Se trata de anuarios con contabilidad, dietarios, archivos de correspondencia... Un compendio del día a día en el convento desde hace más de cincuenta años.

—¿Qué intentan ocultarnos? —pregunta dirigiéndose a sor Teresa. Esta vez mantiene con ella una distancia prudencial para no tener la tentación de volver a asirla por la ropa. Si un ertzaina raso no puede permitirse tener la sangre tan caliente, menos aún una suboficial. Y si no consigue mantener su efervescencia a raya tal vez sea una señal de que el cargo, o incluso su propio trabajo, le vaya grande. No quiere ni pensar en algo así, no en un frío convento de Gernika en pleno registro, aunque sabe que antes o después tendrá que enfrentarse con sus fantasmas.

La monja se limita a guardar silencio. Sus ojos ni siquiera contemplan a Cestero, sino que están clavados en los documentos que Julia y Aitor consiguen arrancar a la cocina.

—¿Qué nos están ocultando? Una mujer va a morir si no nos ayuda.

—No sabemos nada. Somos monjas de clausura, rezamos por todos, solo hacemos el bien —argumenta una de las religiosas que permanecen en segundo plano. Sus rasgos andinos delatan un origen lejano.

—Pues no lo parece —comenta Aitor extrayendo la espiral de un cuaderno de la cocina económica—. ¿Por qué destruir documentos si no se tiene nada que ocultar? ¿Quién les ha dado la orden de quemar esto y por qué?

Esta vez sor Teresa abre la boca.

—He sido yo. Los motivos los conoce Dios. En su jurisdicción lo llaman protección de datos.

—¿Dios se dedica a proteger a asesinos? ¡Una mujer va a morir por vuestra culpa! —inquire Cestero dirigiéndose al resto de monjas.

Algunas apartan la mirada, otras observan a sor Teresa a la espera de que sea ella quien responda. Es evidente quién se ha hecho con el liderazgo tras la enfermedad de la madre superiora.

—Solo estamos cumpliendo la ley —interviene la anciana—. En los documentos que estamos destruyendo se conservan nombres, teléfonos, direcciones e incluso números de cuentas bancarias de personas que han colaborado alguna vez con el convento. Podríamos acabar en la cárcel por compartirlos.

Cestero la desafía con la mirada. ¿De verdad está escudándose en una ley orgánica para entorpecer una investigación judicial?

—Aitor, Julia, introducid todo esto en bolsas. Nos lo llevamos a comisaría —ordena señalando los documentos que están sobre la mesa.

—No podéis —se adelanta sor Teresa poniendo una mano sobre algunos de los papeles.

La suboficial saca del bolsillo la orden de la jueza y la sacude ante su rostro.

—Claro que podemos. Es todo por hoy. Agradezcan que no las llevemos detenidas por obstrucción a la justicia. No se vayan muy lejos por si acaso.

Sor Teresa le dedica una mirada condescendiente.

—¿Adónde quiere que vayamos? Somos monjas de clausura.

Cestero resopla.

—Dé gracias si después de esto no acaba en la cárcel.

—Llevo muchos años en una celda. No pretendas asustarme con eso —se burla la anciana.

La suboficial da un paso hacia ella. Aitor le reclama contención con la mirada.

—Vamos, hemos acabado aquí —anuncia Cestero tragándose el orgullo.

—No, no hemos terminado —objeta Julia—. Antes deberíamos hablar con la madre superiora... No está en coma, ¿verdad?

El rostro de sor Teresa, arrugado de por sí, envejece de pronto varios años.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta la suboficial.

—Es ella a la que oíamos antes en la planta de abajo. ¿O acaso me

equivoco?

La anciana sacude la cabeza lentamente. ¿Está temblando o es solo una falsa impresión?

—Está muy enferma. Aquel disgusto dejó su cerebro muy tocado... En los últimos días ha comenzado a decir algunas palabras, pero sin ninguna coherencia —apunta sin fuerza en la voz.

—Tenemos que hablar con ella —decide Cestero abandonando la cocina.

—¡Esperad! No la molestéis, por favor. No os servirá de nada y solo lograréis importunar su recuperación —les ruega sor Teresa.

De repente no es la monja desafiante y altanera que han conocido hasta el momento, sino un gatito que se restriega contra la pierna de su dueña. Justo lo que precisa Cestero para saber que solo hay un camino correcto: interrogar a la madre superiora, y hacerlo cuanto antes.

Julia se detiene a mitad de pasillo y posa la mano en la manilla. Contiene la respiración de manera instintiva, como si así pudiera evitar que las bisagras lloraran o la madera crujiera. Como si eso importara cuando se disponen a interrogar a la convaleciente.

—Es aquí. Estoy segura de que los lamentos salían de esta celda.

Cestero asiente.

—Adelante.

—¡Dejadla en paz! ¿Es que no tenéis respeto por nada? —Las palabras de sor Teresa vuelven a estar dominadas por la ira.

—Aitor, quédate con ella. Que no entre —indica Cestero antes de seguir a Julia al interior de la celda.

—¡Sois unos desalmados!

Las monjas más jóvenes han bajado también del piso superior y contemplan a los ertzainas desde la base de la escalera. Sus labios repiten a coro las protestas de sor Teresa.

Un desagradable hedor a enfermedad y a días sin ventilar flota en la celda. La escasa luz natural que se cuela por las rendijas de la persiana baña el rostro que descansa en la cama. Desde la distancia, la madre superiora parece un cadáver en su mortaja. Julia ha visto muertos con mejor aspecto. Sin

embargo, la sábana blanca que cubre el cuerpo se infla ligeramente con cada respiración.

El agua del barreño que descansa sobre una mesa auxiliar todavía humea. Julia introduce un dedo. Está caliente. Junto al cubo, una esponja y un frasco de jabón líquido. Alguien se disponía a lavar a la enferma cuando la visita de la Ertzaintza le ha obligado a cambiar de planes.

—Ahhh...

Los labios entreabiertos de la abadesa no se mueven, aunque es evidente que el lamento que ha permitido a la agente localizar su celda brota de su garganta.

Julia apoya una mano en la cama y dirige una mirada a Cestero, que le indica que continúe.

—Abadesa —llama suavemente Julia.

La anciana no se inmuta.

—Madre, madre superiora —insiste aproximándose a su cara.

—Ahhh...

Julia tuerce el gesto. No va a conseguir nada. Tal vez sor Teresa no les haya mentido sobre el estado de salud de la abadesa.

—Ha movido los párpados —señala Cestero, que se mantiene a cierta distancia en una invitación a su compañera para que sea ella quien interroge a la religiosa.

Julia suspira. Solo lo intentará una vez más. Introduce la mano bajo la sábana y coge el brazo de la enferma. Es todo hueso y piel.

—Madre —llama una vez más—. Abadesa... Despierte, abadesa —le ruega, sacudiendo a la mujer con una brusquedad de la que se arrepiente al instante.

Desde el crucifijo que pende sobre el cabezal de la cama, Cristo la observa fijamente. Una santa a la que Julia no sabe reconocer lo imita desde el marco de plata apoyado en la mesilla de noche. Se siente juzgada. Tener una placa de policía en el bolsillo no le da derecho a perturbar el descanso de aquella anciana. Sus padres no se sentirían orgullosos de una escena así.

Sin aviso previo, y cuando está a punto de tirar la toalla, los ojos de la monja se abren de par en par. Tiene el iris tan claro que parece blanco.

—Teresa, Teresa... —balbucea aferrándose con su mano huesuda al brazo de la ertzaina.

Julia refrena el movimiento instintivo de sacudírsela de encima. En su lugar

esboza una tímida sonrisa y acaricia el dorso de la mano de la convaleciente.

—Abadesa, soy policía. Tengo que hacerle unas preguntas.

La anciana abre la boca en un rictus de incompreensión. Parece realmente desorientada.

—¿Teresa...? —murmura antes de caer en un nuevo silencio.

Julia traga saliva para aclararse la garganta. ¿Es legal lo que está haciendo? Tal vez lo sea, pero en cuanto a moralidad deja mucho que desear. El recuerdo de que hay una mujer desaparecida la impulsa a continuar.

—Las niñas de Lourdes... ¿Las recuerda?

La madre superiora reacciona como si hubiera visto un fantasma. Sus ojos se abren tanto que parecen a punto de salirse de sus órbitas, y la boca se le tuerce en un rictus de horror.

—Los niños... Los niños... —exclama incorporándose.

Cestero corre junto a Julia y entre las dos logran retenerla en la cama.

—¿Qué niños?

La anciana forcejea con ellas, tratando de liberarse. Su expresión es de auténtico pavor.

—Tranquila. No pasa nada. Tranquila...

—¡Teresa, los niños!

Tras hundir los dedos en los ojos de Cestero, la monja logra zafarse de las ertzainas y se lanza hacia la ventana. Está cerrada. Apoya sus manos en ella y se deja caer de rodillas. Llorando.

—¡Basta ya! ¡Dejadla tranquila! —Es sor Teresa. Ha conseguido abrir la puerta.

Aitor entra tras ella y la retiene por el brazo.

—¡Salga de aquí! —le ordena tratando de arrastrarla hacia la puerta.

—¡Está enferma! ¡Dejadla en paz!

Sor Carmen también se asoma por el quicio de la puerta. Y, tras ella, algunas de las otras religiosas.

—¿Qué le hacéis, desalmados?

Julia no escucha. Recorre la celda con la mirada. Todo resulta de un patetismo sin paliativos. Las monjas irritadas, sus compañeros enfrentándose a ellas y esa anciana en camión postrada de rodillas con la mirada desorientada. Cuando se hizo ertzaina su sueño no era precisamente verse en situaciones tan lamentables como aquella.

—Deberíamos dejarlo por hoy. —Se oye decir a sí misma.

Cestero no tarda en darle la razón. También ella ha visto el sinsentido de la situación.

—Vámonos. Tenemos una mujer desaparecida. No podemos perder ni un minuto más —decide la suboficial mientras las monjas más jóvenes corren a devolver a la cama a la madre superiora.

—Dios mío, los niños... —se oye todavía a lo lejos mientras Cestero y los suyos bajan las escaleras hacia el vestíbulo.

*29 de octubre de 2018, lunes*

La última hora irrumpe en pleno programa de sobremesa. De repente, los saltos a la valla de Melilla y la elección de un ultraderechista en Brasil quedan silenciados. La redacción de la ETB, la televisión autonómica vasca, acaba de descubrir una auténtica bomba de relojería destinada a acallar el resto de noticias.

—El conocido como asesino del Tulipán acaba de reivindicar el secuestro de Charo Etxebeste. Lo ha hecho mediante esta fotografía publicada hace unos minutos en el Facebook de la desaparecida. —Los televisores de los miles de hogares que sintonizan las noticias muestran un primer plano de un pie desnudo. Junto a él, un tulipán rojo, única nota de color en una imagen triste—. La Ertzaintza se encuentra ya al corriente y trabaja contrarreloj para localizar a la mujer. Nos atiende desde la comisaría de Gernika el suboficial Txema Martínez, responsable de la Unidad Especial de Homicidios de Impacto.

Cestero suelta un bufido.

—Responsable... Ya está colgándose galones que no le corresponden.

—Igual no ha sido él y es cosa de la presentadora —sugiere Aitor, sentado junto a ella ante el ordenador. Una de las ventanas abiertas muestra el informativo y otra, la red social de la víctima.

La suboficial decide concederle el beneficio de la duda. Además, no es momento de pensar en ese tipo de asuntos.

—Vamos tarde. Se la ha cargado. —Cestero no se hubiera atrevido a expresar sus temores en voz alta ante otros agentes, pero con Aitor es diferente. Llevan demasiados años formando equipo como para andarse con remilgos.

—No podemos pensar así —la regaña su compañero—. Está viva, joder, y vamos a salvarla.

Cestero admite que tiene razón. No pueden venirse abajo justo ahora.

—Vamos a necesitar refuerzos. He hablado con el jefe de operaciones de la comisaría. En quince minutos estarán aquí todos los agentes disponibles.

Julia aparece por el pasillo. Su gesto de circunstancias al ver sobre la mesa la caja de amarguillos lo dice todo.

—¿Y Txema?

—Ahí, hablando con la tele —indica Cestero.

La silueta del suboficial se cuelga a través de la pared de cristal del despacho en el que se ha refugiado para poder atender el teléfono sin intromisiones.

—¿Me ponéis al día? —pide Julia fijándose en el ordenador—. ¿Esa es la imagen que ha subido a internet? Es un pinar.

Cestero y Aitor se fijan en la esquina de la fotografía que señala su compañera. Tiene razón. El pie desnudo de la víctima y el tulipán, ese maldito tulipán, han ocupado hasta entonces toda su atención. Tanto que no han reparado en las acículas, las finas hojas de los pinos, que aparecen dispersas por el suelo.

—Es un pinar. Lo ha dicho un criminólogo en el informativo —anuncia Txema abandonando el despacho.

—Ya. También Julia. ¿Y no hay manera de saber desde dónde se ha subido la foto a la red social? Tal vez lo haya hecho desde el propio bosque —plantea Cestero—. Hablemos con los responsables para que nos den la información cuanto antes. No hay tiempo que perder.

—Yo tengo un amigo que trabajó un tiempo para ellos como supervisor de contenidos, no sé si será más rápido —interviene Julia mientras busca un contacto en su móvil.

—Entretanto podemos ir acotando la búsqueda —decide Cestero acercándose al mapa que han colgado de la pared.

Dos chinchetas azules señalan los lugares donde han sido asesinadas Natalia Etxano y Araceli Arrieta. La ertzaina marca un punto a medio camino entre ambas y traza un círculo con un compás a partir de allí. Hace lo mismo alrededor de la chincheta amarilla clavada en el lugar donde ha desaparecido Charo Etxebeste. Dos sencillos aros que trasladados a terreno real supondrán barrios enteros y amplias zonas forestales que harían las delicias de cualquier buscador de setas.

—Peinaremos todos los pinares en un radio de ocho kilómetros —anuncia volviéndose hacia el resto.

—No va a ser fácil —argumenta Txema—. Son todo pinares por esta zona.

—¿Todo?

—Una gran parte. Los bosques de repoblación han ido comiendo el terreno y los árboles autóctonos son minoría. Necesitaríamos a cientos de efectivos.

—Involucraremos a la población. Organizaremos batidas con voluntarios. En una hora podríamos tener equipos de búsqueda desplegados por todos los pinares de Urdaibai —decide la suboficial asumiendo sus limitaciones de personal.

—Puede ser peligroso. Un asesino en serie suelto y nosotros llevando a la gente al bosque... ¿Cuántas horas de luz quedan, tres? Parece una locura —objeta Txema.

—Una locura necesaria. Si alguien tiene una idea mejor, adelante —le desafía Cestero.

Durante unos segundos la tensión es evidente.

—Está bien. Necesitamos voluntarios —admite finalmente el suboficial—. Cada grupo debería ser dirigido por un agente.

Cestero asiente. Es lógico.

—Quiero también a los bomberos y a Protección Civil sobre el terreno —añade.

—Los bomberos ya han llamado para ofrecerse —informa un agente desde el fondo de la sala.

No es el único policía ajeno a la unidad que asiste a la conversación. En los últimos minutos han comenzado a incorporarse a la reunión, aunque permanecen en un segundo plano a la espera de recibir instrucciones.

—¿Llamas tú a la tele? —le pregunta Cestero a Txema—. Ya que te has erigido en responsable, puedes terminar el trabajo.

El suboficial recibe la estocada con una mueca.

—Ha sido la periodista quien lo ha dicho, no yo.

—Ya —zanja Cestero—. Que alguien llame también a Radio Gernika. Habrá que establecer puntos de encuentro para los voluntarios.

Julia deja el móvil en la mesa.

—Álvaro lo va a intentar con sus excompañeros. No cree que sea difícil darnos la ubicación exacta.

—¿Quién es Álvaro? —interviene Txema.

—Un buen amigo. Curraba de supervisor de Facebook y le he escrito por si nos podía ayudar.

—¿Y por qué no llamar directamente a la red social? —Txema se gira hacia Cestero, a la espera de que la responsable del grupo diga algo.

—Solo intentaba agilizar —se justifica Julia antes de señalar el ordenador—. ¡Mirad!

Cestero se lleva la mano a la frente.

—Es un cabrón. Sabe jugar con los tiempos. Podría ser guionista de cine.

El pie desnudo se ha convertido en media pierna. La imagen muestra ahora hasta la rodilla de la víctima. Está vestida con un pantalón negro, el mismo que Charo Etxebeste llevaba al desaparecer apenas unas horas antes. Cestero apoya un dedo en la pantorrilla de la mujer y se gira en busca de Raúl. Es en balde, tiene la semana libre y estará navegando.

—La descripción que nos han pasado de la desaparecida incluye el tatuaje de un diente de león como el que señalas —resume Aitor Goenaga tras echar un vistazo a la denuncia—. Es ella.

—No deberían difundir esas fotos. Le están siguiendo el juego. Ahora sí que alguien tendría que avisar a la red social —apunta Julia con la vista fija en la pantalla.

—Voy a solicitar a la jueza que dicte una orden para impedir que sigan difundiéndolas —decide Cestero.

Julia estira la mano hacia el ordenador.

—Ahora ya se ve claramente que es un pinar. También se aprecian fragmentos de corteza —afirma señalando unos pedacitos irregulares entre las numerosas acículas que cubren el suelo. Su móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Álvaro—. Malas noticias. Ha subido las fotos desde un teléfono que tenía desactivada la función de compartir la ubicación. Tengo los datos del terminal. Me jugaría lo que queráis a que es el de la víctima.

—Pfff —resopla Cestero—. Menudo cabrón.

—¿Creéis que está muerta? —pregunta uno de los ertzainas que han ido sumándose a la reunión.

Nadie responde. No es buena señal.

—No nos corresponde hacer conjeturas, sino dar con ella cuanto antes. Y no quiero que nadie piense así. Charo Etxebeste está viva, ¿entendido? Está viva y vamos a dar con ella antes de que pueda hacerle daño —asegura Cestero.

Lástima que ni siquiera ella sea capaz de creerse sus propias palabras.

*29 de octubre de 2018, lunes*

De pie y apoyada en su mesa, Julia observa el televisor con gesto contrariado. La última fotografía difundida por el asesino ocupa gran parte de esa pantalla colgada de la pared. Un recuadro secundario muestra a un tertuliano gesticulando airadamente, y una franja inferior repasa la información de última hora con frases breves y alarmistas.

Ese maldito criminal ha cambiado de método de difusión. Desde que Facebook ha bloqueado la página en la que se colgaron las dos primeras fotos de la víctima, ha recurrido a los medios de comunicación. Las televisiones y los diarios digitales son ahora los destinatarios de las instantáneas.

Julia pulsa una tecla del mando. Los distintos canales comienzan a desfilar sin ofrecer grandes variaciones. Cambia el protagonismo que se otorga en la composición a la imagen de las piernas vestidas de Charo Etxebeste tendidas en el pinar, pero nada más. La desaparición de la que podría tratarse de la cuarta víctima del asesino del Tulipán ha conmocionado al país, y la difusión de esas fotos que el criminal va filtrando por entregas resulta una tentadora maniobra de caza de la audiencia.

—Estamos jodidos —comenta Txema apartando la cortina de la ventana más cercana—. ¿Has visto cuántas cámaras nos esperan en la puerta?

—Son como buitres. Si huele a carroña, ahí están —lamenta Julia dejando el mando en la mesa—. No sé a qué espera la jueza para intervenir. La investigación está bajo secreto de sumario.

La televisión pública vasca ha dejado de emitir las imágenes en cuanto el suboficial se lo ha solicitado. Las demás, en cambio, continúan haciéndolo.

—Estarán desbordados en el juzgado. Una situación así no se da todos los días —sugiere Txema. A lo lejos se oye la música de un concierto. También al presentador de un desafío de deporte rural que tiene lugar en el frontón. A

pesar de la desaparición de Charo Etxebeste, la feria del Último Lunes de octubre sigue adelante.

—Y menos mal... Espero no tener que enfrentarme a otro cabrón así en mi vida.

Julia tiene la impresión de que el suboficial no piensa lo mismo. Jamás lo reconocerá en voz alta, no con víctimas de por medio, pero está disfrutando con la situación. Txema es un cazador nato y se encuentra en plena cacería.

—Los de delitos informáticos no localizan el origen de los últimos correos con las fotos. Ha empleado una densa red de proxys, igual que hizo con la imagen que envió a *El Faro de Vigo* —apunta el suboficial leyendo el mensaje que acaba de llegarle.

Apenas ha tenido tiempo de acabar la frase cuando la radio se activa. Es Cestero.

—Sin rastro en los pinares del flanco sur. ¿Cómo va la orilla izquierda?

—Muy verde —admite Txema poniéndose en pie para dirigirse al mapa—. No hemos inspeccionado aún ni el diez por ciento del terreno. A este paso habremos cubierto solo una tercera parte de los bosques de Urdaibai cuando la prensa reciba la foto completa de la víctima.

A su lado, Julia dispone chinchetas verdes sobre la zona revisada por Cestero y los voluntarios que la acompañan. Es cierto que se trata de una parte mínima del mapa. ¿Cuántos días tardarán a ese ritmo en inspeccionar toda la comarca? Una vez más, el asesino del Tulipán va varios pasos por delante.

—Necesitamos más voluntarios —decide Cestero—. Tenemos que salvar la vida de Charo como sea. Hablad con Radio Gernika, que saquen a todo el mundo de casa, que la gente que está de fiesta se incorpore a las labores de búsqueda.

Txema chasquea la lengua.

—¿Radio Gernika, dices? El periodista ese sigue dándonos caña. Desde que hemos pedido voluntarios no para de repetir que los medios que la Ertzaintza ha destinado al caso son ridículos. Según él, si esto estuviera sucediendo en Bilbao, habría un agente en cada esquina.

Cestero tarda en contestar. No es fácil para ninguno el escaso apoyo que está brindando el medio de comunicación más seguido en la comarca, y menos aún que no haya habido manera de encontrar algún trapo sucio con el que poder presionar a Aimar Berasarte. El periodista está limpio, o por lo menos lo parece.

—Pues lanzad una alerta a través de ETB, de Radio Euskadi, de quien haga falta. Presentaos en el frontón y parad a los levantadores de piedra, quiero a todo el público peinando pinares —ordena Cestero.

—Están en plena apuesta de arrastre de bueyes. A ver quién se atreve a interrumpirles. Habrá gente que se ha jugado mucho dinero —apunta Txema—. Ya hemos pedido voluntarios. Los que no se han sumado al operativo es porque han preferido no hacerlo.

—Haced lo que podáis —suspira Cestero. Su tono ya no es tan decidido, ella también comienza a comprender que no hay mucho que hacer.

Txema regresa junto a su ordenador y lee algo en la pantalla.

—Se ha formado un nuevo grupo de voluntarios en los alrededores de Elantxobe. Podríamos comenzar también por el norte —anuncia.

Julia dispone una chincheta roja sobre la localidad costera.

—Pedidles que lleven linterna. Comienza a anochecer —ordena Cestero a través del auricular—. ¿Hay alguien libre para ir a coordinarlos?

—Tenemos a todos sobre el terreno. Podría ir yo —sugiere Julia.

—No, tú quédate ahí. El cuerpo no es nada sin cerebro, no podemos descuidar el centro de mando. Me acerco yo. Los de Protección Civil se ocuparán del grupo que venía conmigo. —En cuanto Cestero termina la frase comienza a organizar a los voluntarios que tiene cerca. Sus órdenes se cuelan a través de la radio. Después la comunicación se interrumpe.

—Es ella quien debería estar aquí. ¿No es la jefa? —protesta Txema.

—Es una jefa diferente. Le gusta el trabajo sobre el terreno —la defiende Julia.

—Pues si no vale para jefa debería hacerse a un lado. Su sitio está aquí —insiste el suboficial.

—No me jodas, Txema. Tendrías que estar encantado. Cestero sabe delegar. Te ha dejado a ti al mando del operativo. ¿No es lo que buscabas cuando llamaste a los de arriba para contarles su encontronazo en el calabozo?

—¿No me estarás llamando chivato? ¿De dónde sacas que fui yo? —Txema se lleva las manos a la corbata para asegurarse de que el nudo está en su sitio—. Y esto no es estar al mando. Cestero no está aquí, pero sigue dando las órdenes desde un pinar perdido en el culo del mundo.

Julia suspira. Hay una mujer tendida en un bosque y ellos dos se dedican a discutir sobre detalles absurdos, igual que haría una pareja mal avenida.

Un tono le advierte de la llegada de un wasap a su móvil.

Es de Álvaro.

*¿Os habéis dado cuenta de que la luz es la misma en todas las fotos? Las ha sacado todas a la vez. Está jugando con vosotros.*

Julia le muestra la pantalla a Txema.

—Joder con tu amigo. ¿No se está pasando de listo?

La agente se encoge de hombros. No entiende la repentina hostilidad hacia Álvaro. En cualquier caso, no es eso lo importante del mensaje, sino la advertencia respecto a los tiempos. No es una buena noticia que el asesino del Tulipán haya tomado todas las instantáneas en el mismo momento. Eso solo puede significar que la mujer desaparecida está ya muerta, y él, o ella, lejos del pinar, instalado cómodamente en su sofá, disfrutando del momento de gloria que le están brindando las televisiones de todo el país.

—Sin novedades en los pinares del sur de Busturia —anuncia la voz de Aitor Goenaga a través de la radio.

Txema chasquea la lengua.

—Nos está ganando la partida. No vamos por buen camino.

—¿Y qué harías tú?

Un nuevo chasquido.

—Desde luego que no lo que estamos haciendo. En la Interpol...

—La Interpol, la Interpol... —Julia le devuelve el desprecio—. No sé cómo se haría en la Interpol, pero estás en la Ertzaintza y tenemos los medios que tenemos. Y si tan a gusto estabas con sus métodos, ¿por qué regresaste?

Txema la desafía con la mirada.

—Los jefes me llamaron. Me hablaron de esta nueva unidad y me dijeron que era mi momento. Pensaba que me pondrían a dirigirla. ¿Qué hubieras pensado tú si te piden que vuelvas de la Interpol? —Un chasquido se cuela tras la pregunta—. Cestero habrá hecho más méritos... No sé. Solo te digo que si yo mandase aquí, hoy no iríamos todavía por detrás de ese hijo de puta.

—Me gustaría verlo.

—Hola, vengo a recoger lo de Olaizola —interrumpe de pronto una voz.

Los dos se giran hacia el pasillo. Es Crespo. No lleva su habitual bastón blanco, pero sí sus gafas oscuras.

—¿Olaizola? —inquieta Julia. ¿Es que no sabe aún que ha muerto?

—¿Qué es lo que quieres? ¿Cómo has entrado? —escupe Txema.

—Por la puerta —apunta con sorna el vendedor de cupones.

—Tiene permiso —explica Julia—. Traía todos los días sus cupones y el comisario le dejaba el dinero en un sobre.

Txema suelta un chasquido, suspira y vuelve a chasquear. Por si no es suficiente para indicar que está alucinando, se atusa el cabello y niega con la cabeza.

—Salga de aquí, por favor.

—¿Y quién me paga el cupón del viernes?

Txema se apoya en la mesa con ambas manos e inspira ruidosamente.

—Crespo, por favor. Vete. Y olvida ese cupón. No lo vas a cobrar —intercede Julia señalándole el pasillo con el mentón.

—Miraré en su despacho. Quizá...

—Crespo... —El tono de Julia no deja opción a réplica.

El de los cupones tarda unos segundos en obedecer, pero finalmente comprende el mensaje y desaparece por donde ha llegado.

—Joder, otra foto —señala de pronto el suboficial.

La pantalla muestra ahora el cuerpo de Charo Etxebeste casi al completo. Solo falta el busto: la cabeza y el pecho. Lo demás está ya a la vista. No hay rastro de sangre y tampoco la postura permite adelantar nada. Se encuentra tumbada boca arriba, con las manos apoyadas sobre el abdomen, como si descansara. El tallo de una flor asoma entre ellas.

—En la siguiente entrega tendremos la vista completa.

Txema garabatea unos rápidos cálculos en un papel.

—Y será dentro de dieciséis minutos —anuncia mientras reenvía la imagen a todas las unidades participantes en el operativo—. Está siguiendo una secuencia lógica. Cada nuevo acto de este teatro ha tardado en llegar la mitad que el anterior. Entre la anterior foto y esta han pasado treinta y dos minutos. Ahora serán solo dieciséis.

Julia apenas le escucha. Se ha acercado al monitor y repasa cada centímetro de la imagen. Acículas, corteza, algún que otro trébol...

—¡Mira! —exclama de repente. Su dedo dejará una huella dactilar en la pantalla del portátil de Txema, pero eso ahora poco importa—. ¿Lo ves?

El suboficial frunce el ceño y se fija en la esquina que señala Julia. Después sigue el índice de su compañera hasta el extremo opuesto de la pantalla. Son dos pedazos de corteza de tamaño inferior a una moneda de euro, pero no son

dos fragmentos cualesquiera. No, el color morado de uno y el naranja del otro solo serían posibles en un lugar.

—Eres la mejor... —celebra Txema cogiendo la radio—. Solo tú podrías haber visto algo así.

Julia corre al mapa. No hay ninguna patrulla cerca del bosque de Oma, ese pinar que la mano del hombre convirtió en una gigantesca obra de arte en plena naturaleza.

—¡Cestero! —recuerda de pronto. Si su jefa está rumbo a Elantxobe no se encontrará lejos del pinar al que deben encaminarse sin perder ni un solo segundo.

Txema se le ha adelantado.

—Cestero está ya en Kortezubi. En cinco minutos llegará a Oma —anuncia antes de cambiar el canal de la radio—. A todas las unidades: hay indicios que apuntan al bosque pintado. Necesitamos refuerzos en Oma inmediatamente.

*Abril de 1997*

Cuando llevas diez mareas en Gran Sol el miedo se convierte en respeto. Incluso comienzas a disfrutar de algunos momentos y a enamorarte de ese gran azul que lo mismo te lo da todo que decide arrebatarte lo más preciado: tu propia vida.

Aquella era mi undécima marea, y se trataba del segundo día de navegación rumbo al caladero. Hacía sol y el mar estaba tranquilo. Me había costado, pero finalmente había aprendido a apreciar jornadas así. Hasta la tercera o cuarta marea sufría cuando el tiempo era favorable. La cabeza me jugaba la mala pasada de adelantarse a los acontecimientos y temía que en cualquier momento la meteorología se nos volviera en contra. Ahora, en cambio, me relajaba ver toda esa masa de agua durmiente a nuestro alrededor. ¿Para qué luchar contra lo que no se puede luchar?

El patrón vino a buscarme cuando estábamos preparando la carnada. Era un trabajo que me gustaba, pero siempre recibía toques de atención por no hacerlo tan rápido como el resto.

—Tú y tu maldita meticulosidad... ¿No ves que solo se trata de poner anchoas en un anzuelo?

—Si todos los encarnáramos a tu ritmo no empezaríamos a pescar en una semana...

Los reproches se repetían una y otra vez. Y reconozco que tenían razón, pero siempre me ha gustado hacer las cosas bien. Seguro que el cebo que yo encarnaba no se perdía en el mar, como tantas anchoas que las olas y los peces arrebataban de la largada.

—Ven conmigo —me pidió el patrón.

Lo seguí al puente de mando con una tenaza de inquietud en la barriga. Tal vez se hubiera hartado de que mi rendimiento fuera menor que el del resto. ¿Quién hubiera dicho un año atrás que la perspectiva de perder mi trabajo en el mar llegaría a preocuparme? El *Virgen de Begoña*, que en un principio me

pareció una prisión flotante, me había ofrecido la libertad. Gracias a él no tenía que ver a mi madre más que un puñado de días cada mes. Nunca pasábamos más de una semana en tierra firme entre una marea y la siguiente.

—Ya conoces a Marcial, mi segundo de a bordo —me presentó cuando llegamos al puente. ¿Cómo no lo iba a conocer en un barco donde solo éramos dieciséis marineros que compartíamos un espacio ínfimo?—. Su labor es ocuparse de la radio, y créeme que se trata de un instrumento vital si se sabe emplear correctamente. Marcial es el mejor operador de todo el caladero. Quiero que lo aprendas todo de él. Pronto lo perderemos durante algunas mareas y tú ocuparás su puesto.

—Me van a operar de las dos rodillas —explicó Marcial palmeándose las piernas—. Empecé en la mar a los doce y ya voy para sesenta y dos. Tantos años no salen gratis.

Miré la emisora. No era la primera vez que subía al puente, pero jamás me había fijado en ese aparato con botones y ruedecillas. El auricular era como el de un teléfono de los de aquellos tiempos, con su cable en forma de espiral y todo. No parecía difícil de utilizar.

—Sé lo que estás pensando —dijo el patrón—. El empleo del aparato es sencillo. Lo complicado, y verdaderamente importante, es saber manejar la información que llega a través de él.

Recuerdo aquella marea como la mejor que pasé en el mar.

La pesca fue bien hasta el sexto día, cuando desaparecieron los bancos de merluza. Dos días después la moral estaba por los suelos en el *Virgen de Begoña*. Si no dábamos con el pescado tendríamos que regresar a puerto con la bodega por debajo de la mitad de su capacidad. Algo así no supondría solo dejar de ganar, sino que quizá perdiéramos dinero. A veces ocurría. En un barco como el nuestro, la mitad de lo obtenido era para el armador y la otra para repartir entre los tripulantes. Si el combustible y el cebo costaran más de lo que obteníamos por la merluza, tocaría pagar en lugar de cobrar. Tras tres semanas largas en alta mar, aguantando viento y marea, tener que vaciar el bolsillo era la última noticia que un marinero quería recibir.

—*Aketze, Aketze. Aquí Virgen de Begoña. ¿Me copias?* —llamó Marcial.

El *Aketze* pertenecía al mismo armador que nuestro barco y faenaba también en Gran Sol.

—Hola, *Virgen de Begoña*. Te copio.

Copiar, cortar, cortar y cerrar... No era complicado familiarizarse con el lenguaje radiofónico.

—¿Me indicas vuestra posición?

—Nueve grados, cuarenta y cinco minutos, oeste. Corto.

—¿Hay pesca?

Las interferencias eran frecuentes, pero la voz metálica llegaba con cierta claridad.

—Poca. Doscientos kilos en las últimas quince horas. Corto.

—De acuerdo. Vamos hacia el norte. Los gallegos están pescando. Corto y cierro —anunció Marcial antes de girarse hacia mí—. Con el *Aketze* activamos el secráfono. Es este botón. La conversación es encriptada y ningún otro barco puede descifrarla. Por eso hablamos tan claro.

—¿Y cómo sabes que los gallegos están pescando? —le pregunté.

El operador de radio sonrió misteriosamente y me guiñó un ojo. Después giró la ruedecilla hasta dar con un canal no codificado. Permanecimos unos minutos en silencio, escuchando la charla cruzada entre diferentes barcos que faenaban en el caladero. Eran gallegos, gran parte de ellos con base en el puerto de Celeiro. Celebraban la victoria del Deportivo de la Coruña el fin de semana.

—¿Notas el estado de ánimo? —me preguntó Marcial—. Están contentos. Si no estuvieran pescando, poco les importaría el triunfo del Depor. Cuando entra pescado la moral a bordo se dispara y eso es imposible ocultarlo al hablar por la radio.

—Hay que ser un poco psicólogo para este trabajo —comenté.

Marcial me dio una palmada en la espalda.

—¡Exacto! Aquí lo más importante es cómo se dicen las cosas. Todos mentimos para protegernos. Si estás pescando tratas de ocultarlo para que no se acerquen otros barcos. Pero hay que saber interpretar. Si te va bien intenta siempre que parezca lo contrario.

—¿Ya ves a qué me refería cuando te dije que Marcial es el mejor? —intervino el patrón.

El segundo de a bordo bajó el volumen de la radio.

—Y hay mucho más —me explicó—. Ya lo irás viendo. Un momento

importante es cuando estamos terminando la marea. Tienes que acostumbrarte a llamar a tierra para conocer los precios en lonja. A veces es mejor dejar de pescar un par de días antes y poder obtener un buen precio por las capturas, y otras conviene alargar la estancia en el mar para no malvender el pescado.

Los de abajo nos llamaron a comer. La tripa me rugía. Me moría por un buen plato de patatas a la riojana.

—Me adelanto —dijo el patrón bajando la escala.

Marcial se demoró unos instantes. No era la primera vez que le veía tomar esa medicina que acababa de disolver en un vaso de agua.

—¿Para qué es eso, para las rodillas? —le pregunté.

El operador de radio me observó con gesto serio.

—Es para ser libre —reconoció.

No entendía nada.

—¿Unas gotas?

—Son mucho más que unas simples gotas. La mar es muy dura. Si me permites un consejo, estudia ahora que todavía estás a tiempo. Escapa de esta vida. Yo no tuve opción, y tampoco la mayoría de quienes están aquí. ¿A cuántos has visto que aguanten sin echarse en brazos de la bebida? —Repasé mentalmente a mis compañeros de tripulación y terminé rápidamente. El único a quien no había visto empinar el codo era Marcial—. No puedes ni hacerte a la idea del dineral que ganábamos en los años ochenta. Algunos tuvieron cabeza y lo invirtieron. Yo me lo bebí todo. En los tres o cuatro días que pasábamos en tierra entre marea y marea era capaz de gastarme todo lo que había ganado en tres semanas en Gran Sol.

No entendía nada. ¿Qué tenía que ver ese medicamento con lo que contaba?

—¿No pensáis bajar a comer? —nos llamó el patrón desde la cubierta.

—El alcohol me lo robó todo. Mi familia, mis amigos... Todos me dejaron de lado. No los culpo, no es fácil aguantar a alguien que se pasa el día borracho, ajeno a la realidad y faltando al respeto a todo el que le rodea. — Marcial cogió el frasco de vidrio marrón y me lo tendió. El nombre de la medicina no me dijo nada. Tampoco su composición: cianamida—. Toqué fondo el día que ningún patrón me quiso en su barco. De pronto me vi en la calle y sin trabajo. Suerte de las terapias de desintoxicación. Si hubiera seguido por ese camino...

—¿Y las gotas? —pregunté con intención de que abreviara. Su historia era terrible, pero las patatas se estaban enfriando.

—El medicamento ayuda a no echar de menos el alcohol. Quince gotas cada día, ni una más. Y si se te ocurre tomarte un vino o algo más fuerte, te arrepientes de lo lindo. La mezcla se convierte en veneno para el organismo. Lo mismo que si te pasas con la dosis.

—*Virgen de Begoña, Virgen de Begoña...* Aquí puerto de Bermeo. ¿Me copias? —escupió la radio cuando comenzábamos a bajar.

Marcial arrugó los labios y regresó a la emisora. Aquello no le gustaba. No era habitual que el operador de radio del puerto se pusiera en contacto con nosotros. Me detuve a mitad de escala.

—Aquí *Virgen de Begoña*. Te copio.

La voz enlatada volvió a sonar tras una interferencia áspera. La llamada era para mí y llegaba dispuesta a convertir los días que estaban por venir en una auténtica pesadilla.

*29 de octubre de 2018, lunes*

El camino embarrado gana rápidamente altura entre los pastos. Cestero lleva una linterna en la mano. No podría avanzar sin ella. La noche ha caído sobre Urdaibai y la luna todavía no se ha animado a hacer acto de presencia.

Le falta el resuello. Ha dejado el coche en el minúsculo barrio de Oma, formado por un racimo de caseríos en torno a una sencilla ermita, y corre hacia el bosque tan rápido como puede. Los pinos, con su inconfundible forma cónica, se dibujan contra un cielo al que se asoman tímidamente las estrellas.

No llueve. Sin embargo, el agua caída durante los últimos días complica cada paso hasta la extenuación.

Por tercera, o quizá cuarta vez, Cestero resbala y da con sus manos en el barro. El haz de luz se extingue, sumiéndolo todo en la oscuridad.

—¡Mierda! ¿Dónde te has metido? —inquire palpando alrededor del sendero.

Hierba húmeda, lodo y zarzas. Ni rastro de la linterna.

Se gira en todas direcciones, da manotazos a ciegas, siente el beso ardiente de las ortigas... Nada, solo consigue acrecentar su sensación de angustia. Un absurdo resbalón le acaba de arrebatar su única fuente de luz.

El cuerpo de Charo Etxebeste tendido en la tierra sigue grabado a fuego en sus retinas. No puede permitirse perder un segundo más buscando la linterna. Alza la vista. El pinar está al alcance de la mano. Tiene que llegar hasta él como sea.

—El móvil —se dice dándose una palmada en el bolsillo. No es comparable a su Maglite de ochocientos lúmenes, pero al menos tendrá una fuente de luz.

—Seis minutos para la nueva imagen —anuncia la voz de Julia. A través de la radio se oye metálica y enmarcada por ásperas interferencias.

Seis minutos. En solo seis minutos sabrán si la desaparecida continúa o no

con vida. Ninguno de los agentes que trabajan en el operativo guarda muchas esperanzas, aunque nadie ha osado ni siquiera plantearlo. No hay tiempo para pensar. Solo para correr. Y es lo que continúa haciendo Cestero.

Por fin está en el límite inferior del bosque. Antes de adentrarse en él, echa un último vistazo hacia el valle. La luz tras las ventanas permite intuir las casas de Oma. Un coche patrulla se dirige a toda velocidad hacia el pequeño núcleo rural. A lo lejos, en la carretera que sube desde Kortezubi, se intuye otro resplandor azul. En unos minutos no estará sola, pero unos minutos podrían resultar fatales.

Llena los pulmones, aprieta los puños y se adentra en el pinar.

—Cuatro minutos —anuncia la radio.

El foco del móvil apenas logra mostrarle los árboles más cercanos, un laberinto de troncos que se entrecruzan en busca del cielo. Sus cortezas, arrugadas y agrietadas como la piel de un monstruoso reptil, no muestran traza alguna de pintura.

Por un momento, Cestero teme haber errado el camino. No, es imposible. El poste junto al que ha dejado el coche indicaba la dirección hacia el bosque pintado. Está segura de haber tomado el sendero correcto, entre otras cosas porque no recuerda haber visto otro.

Se apresura a seguir subiendo. Los latidos de su corazón repican con fuerza en sus oídos. Tiene que ser por ahí.

—¡Charooo! —llama con todas sus fuerzas.

El silencio es la única respuesta.

—¡Charoooooo!

Da un nuevo paso, y otro, y después otro más. Entonces aparecen. Ojos gigantes que la observan fijamente. Miradas desconfiadas, curiosas, intrigadas por su presencia en el bosque en la soledad de la noche.

Ha llegado al bosque pintado.

Un estremecimiento sacude la médula espinal de la ertzaina. A la luz del móvil, aquel ejército de vigías pintados en la corteza resulta inquietante. Deteniéndose en seco, mueve a un lado y a otro el haz de luz. Nuevos ojos cobran vida desde los planos posteriores. Morados, verdes, rosas, amarillos...

—¡Charooo? ¿Me oyees?

Ni rastro de ella.

—¡Tres minutos! ¿Cómo lo llevas, Cestero? ¿Has llegado al pinar?

La ertzaina pulsa el botón que activa el micrófono de la radio.

—Acabo de entrar —anuncia casi sin aliento.

—¿No la ves aún?

Cestero no responde. No quiere malgastar esfuerzos. Tampoco Julia insiste, asume el silencio como una negativa.

—Enseguida llegarán los refuerzos. Una patrulla se está aproximando por la parte superior y otras dos acaban de llegar a Oma... Joder, solo dos minutos para la nueva imagen. ¡Dos minutos!

El móvil de Cestero emite un lamento, un tono grave que anuncia que la batería está a punto de agotarse.

—Aguanta un poco —ruega la ertzaina en voz alta. No puede ser que la luz le falle justo ahora.

Una serie de siluetas toma el relevo a los ojos escrutadores. A la suboficial le recuerdan a los dibujos en tiza que quedan en el suelo cuando el juez ordena el levantamiento de un cadáver. No es un buen presagio, desde luego.

—¡Charooo!

Mientras llama una y otra vez a la desaparecida, Cestero barre el pinar con el haz de luz. Las siluetas bailan entre ellas, un silencioso akelarre que transmite un profundo desasosiego. Solo falta una macabra banda sonora para que el bosque pintado se convierta en el más grotesco de los escenarios posibles.

El móvil vuelve a lamentarse. ¿Cuánto quedará para que la batería se extinga del todo, minutos o solo un puñado de segundos?

—Un minuto... —anuncia Julia.

Cestero corre monte arriba. En algún lugar tiene que estar Charo.

Ahora los troncos se disfrazan de arco iris, un alegre mundo multicolor que resulta siniestro entre las sombras de la noche.

—Veinte segundos.

Es difícil reprimir en momentos así las ganas de caer postrada de rodillas y abandonarse a la realidad. Sin embargo, Cestero saca fuerzas de flaqueza y continúa su carrera.

Hay algo ahí, entre los troncos.

Un pie...

No, una pierna.

Dos.

No es difícil reconocerlas como las de la foto que lleva horas ante a la

mirada atónita de todo un país.

—¡Charo! —llama la ertzaina. Ha dado con ella. Ojalá no sea demasiado tarde.

Apenas le faltan dos o tres pasos para alcanzar el cuerpo tendido en el suelo cuando el móvil emite por tercera vez su aviso. Esta vez la luz se extingue y todo se vuelve tan negro como el café que le gusta a la suboficial.

La radio emite un zumbido. Después suena una voz que Cestero conoce muy bien. Es Julia.

—No corráis. Es tarde. La última foto ha llegado.

—¿Cómo dices? —inquire Aitor. Su voz suena entrecortada por las interferencias.

—Está muerta —anuncia su compañera.

Cestero no la escucha. No quiere hacerlo. Ha caído de rodillas junto a la mujer que llevan horas buscando y palpa su cuerpo en la oscuridad. La cintura, el pecho, el cuello... Ahí está la cabeza. La piel del rostro de la víctima está fría, una mala señal, pero no tanto como el golpe brutal que deforma su frente. Nadie podría sobrevivir a semejante fractura de cráneo.

Está muerta. Lleva horas muerta. Los forenses lo certificarán, pero no hace falta ser médico para saberlo en el acto.

Cuatro, ya van cuatro. ¿Cuántas más tendrán que caer para que logre dar con su asesino?

Cestero siente la impotencia abriéndose paso a través de su pecho y las lágrimas abrasándole los ojos con sus llamas de sal. Su boca se rompe en un rictus de dolor y un grito desgarrado brota de sus labios para fundirse con los silencios de una noche que sabe que la perseguirá mientras viva.

*30 de octubre de 2018, martes*

Las siete en punto de la mañana. La sintonía del informativo matinal se suma a la banda sonora de las olas que rompen contra las rocas. Julia abre los ojos. Es la hora del surf. La primera noticia, sin embargo, esa en la que el locutor se recrea durante largos minutos, le recuerda que esa mañana no hay tiempo para abrazarse con el mar. Cuatro muertes, cuatro ya, una en Galicia y tres en los alrededores de Gernika. La alarma social es más que considerable. La radio se la lleva en bandeja hasta la cama. Testimonios recogidos a pie de calle hablan de miedo, de mujeres que solo salen acompañadas y de sensación de desprotección. Un portavoz de la Ertzaintza promete refuerzos y asegura que hay avances importantes en la investigación.

¿Los hay?

Julia quiere creer que sí, que algo sacarán de la documentación incautada en el convento.

Los niños... Los niños...

Es incapaz de reprimir un escalofrío al recordar la mirada de desvarío de la madre superiora.

Se asoma a la ventana. Amanece. El mar tiene un hermoso tono metálico; el cielo, un pesado gris que la salida del sol tiñe tímidamente de rojo tras el cabo de Ogoño. Las siluetas de los más madrugadores cabalgan las olas. Siente la llamada.

No, esa mañana no.

Se acercan a la resolución. Lo sabe, y no hay un segundo que perder.

Unos vaqueros, una sudadera de la Federación Vasca de Surf, y poco más. Desayunará de camino a comisaría.

Lo último que puede imaginar a esas horas de la mañana es que su vida está a punto de cambiar para siempre.

—Hicimos todo lo que pudimos —dice Cestero haciendo hincapié en ese

«todo». Sus ojeras son considerables, y esta mañana no se ha alisado el cabello—. No nos lo puso fácil. Además, la autopsia confirma que estaba muerta antes de que la primera fotografía, la de los pies, llegara a los medios. No había nada que hacer.

El desánimo es patente en el equipo. El Último Lunes de octubre ha sembrado un poso de derrota que será difícil sacudirse de encima. Los refuerzos han llegado, cuatro agentes de la Unidad Central de Investigación, la misma a la que pertenece Txema. Cestero sabe que eso le traerá problemas. La complicidad entre ellos y el suboficial salta a la vista. Pero no quiere pensar en ello, no ahora. Con un poco de suerte logrará cerrar el caso antes de que suceda.

—No saldremos de esta sala hasta que demos con lo que buscamos — explica señalando la montaña de cuadernos, correspondencia y papeles sueltos que salvaron de las llamas del convento—. Necesitamos cuanto antes un listado completo de las mujeres que fueron enviadas a Lourdes en mil novecientos setenta y nueve. Hay que ponerles escolta antes de que puedan correr la misma suerte que nuestras cuatro víctimas.

—¿Y si son decenas? —Es uno de los nuevos el que pregunta. También lleva corbata, como Txema, que asiente complacido con la intervención de su compañero.

—Las protegeremos a todas —sentencia Cestero. Sus palabras no admiten discusión, a pesar de que todos saben que algo así no sería posible. No hay medios para poder hacerlo.

—Podríamos atajar si preguntáramos en el convento de Lourdes al que enviaban a las jóvenes. Seguramente conservarán un registro de las voluntarias. No hará falta mucho para que se muestren más colaboradoras que las de aquí —sugiere Aitor.

Cestero se reprocha no haberlo pensado antes. Podrían haber ganado un tiempo que quizá habría salvado la vida a la última víctima.

—Buena idea. ¿Llamas tú? Sabes algo de francés...

Aitor no pierde el tiempo. Busca el teléfono en internet y se aparta unos metros para hablar más tranquilo.

—¡Mierda! Tienen un contestador. Que deje el mensaje y ya llamarán —se lamenta a los pocos segundos.

—Pues creo que tendrás que ir a Lourdes —decide la suboficial. Busca en el bolsillo las llaves de su Renault Clio y se las lanza.

Aitor las caza al vuelo, interrumpiendo la parábola.

Su cara de circunstancias lo dice todo, no le gusta conducir. Cestero lo sabe, como sabe también que es el mejor para tratar con las monjas.

—Tendré por lo menos cuatro horas hasta allí.

La suboficial se encoge de hombros.

—Si le pisas un poco serán tres.

Sabe que Aitor no lo hará, respetará cada señal de la carretera.

Han pasado dos horas desde su marcha. En la comisaría de Gernika la moral está por los suelos, y más con esa radio que vomita el programa de Aimar Berasarte desde un rincón de la sala. El asesinato del bosque de Oma en una jornada tan especial ha proporcionado al locutor combustible suficiente para incendiar las ondas durante meses.

No hay avances. Cestero comienza a temer que no exista el listado que buscan o que se encontrara entre los papeles que las religiosas quemaron antes de que les impidieran seguir alimentando la cocina económica.

—Deberíamos meter a sor Teresa en la cárcel y derribar ese convento — dice cerrando el cuaderno que ha revisado página a página. Sabe en qué año cambiaron las mantas, a qué proveedor compran la harina...

—¿Sabéis que esas monjas salen del convento cada dos por tres? ¿A eso le llaman clausura? —Es uno de los que han llegado de refuerzo. Está revisando una libreta con encuadernación de cuero—. Aquí están registradas cada una de sus salidas. Qué religiosa sale, qué día, cuánto dinero coge de la caja para sus gastos... Incluso adónde va y por qué.

Cestero se acerca a echar un vistazo. Algunas de las fechas que aparecen le resultan familiares. Son los días en los que tuvieron lugar los crímenes.

—Ha habido alguna monja fuera del convento siempre que ha actuado nuestro asesino. En teoría han salido para hacerse alguna prueba médica, cuidar de algún familiar... Sor Teresa y sor Carmen son las que más coinciden —apunta girándose hacia los demás.

Txema chasquea la lengua.

—No me digas que nuestra línea de investigación va a ser ahora unas monjitas de clausura...

—Yo no he dicho eso. Solo he dado un dato que habrá que tener en cuenta

—se le encara Cestero. Está harta de que se oponga a cualquier idea que venga de ella.

Julia reclama su atención.

—En el setenta y nueve anotaron importantes entradas de dinero. En los cinco años anteriores también. Y en el ochenta. Después los ingresos caen en picado —anuncia la agente tendiéndole el libro de cuentas a la suboficial.

Cestero se pone en guardia. Ahí tienen otro dato que podría ser importante.

—¿Ocurrió alguna catástrofe natural en los años que las dádivas son más abultadas? Gente agradecida por haber salvado la vida... —sostiene uno de los nuevos.

—¿No hubo unas inundaciones con fallecidos y daños graves en esa época? —sugiere otro.

—Eso fue en el ochenta y tres. En julio. Una tía abuela mía fue una de las doce víctimas de la riada. No, esos ingresos coinciden con los años en que enviaron chicas a Lourdes. Seguro que cobrarían a las familias por quitárselas de en medio una temporada —sugiere Txema.

Sus pupilos asienten. Cestero reconoce que la argumentación tiene lógica. No imagina a sor Teresa haciendo algo desinteresadamente.

—Siete años enviando a jóvenes descarriadas a ayudar a los peregrinos... —Piensa en voz alta—. Siete años y, sin embargo, todas las víctimas coincidieron en Lourdes el mismo año. ¿Qué sucedió en el setenta y nueve para que alguien quiera eliminarlas?

Nadie responde. Esa es la pregunta que se hacen todos. ¿Qué las hace diferentes, qué secreto las coloca en la diana del asesino del Tulipán?

La llamada llega cuando Julia está revisando la correspondencia. Son dos carpetas granates, cuyas gomas se encuentran cedidas por años y años de tensión. Dos de los recién incorporados trabajan junto a ella. Julia tiene la impresión de que avanzan demasiado rápido, aunque evita decírselo. Tal vez ellos piensen que ella es muy lenta.

—La mayor parte de las cartas son de familias benefactoras que sostienen el convento con donativos bastante generosos —dice tras leer media docena de misivas.

—Separad la correspondencia por años. Solo nos interesa la del setenta y

nueve. No perdáis tiempo —ordena Cestero mientras consulta la pantalla de su teléfono, que suena con machacona insistencia sobre la mesa—. Es Aitor. Igual ya tiene algo.

Julia mira el reloj. Son las dos del mediodía. El tiempo se ha escurrido como arena fina entre los dedos. Hace casi cinco horas que Goenaga ha salido para Lourdes. Parece muy poco tiempo para que haya obtenido respuestas, pero nunca se sabe.

—¿Cómo que nada? —inquire Cestero, que repara en que todos la observan, expectantes, y conecta el altavoz del teléfono.

—Nada. Las monjas dicen que nunca recibieron a esas jóvenes. Las únicas que alguna vez acudieron como voluntarias fueron las propias religiosas del convento de Gernika. Me han enseñado el registro. ¿A que no adivinas quién aparece?

—Sor Teresa —aventura Cestero.

—Premio. Y también la madre superiora, que por aquel entonces todavía no lo era.

—¿De qué año estamos hablando?

—La superiora en el setenta y cuatro, sor Teresa en el ochenta y uno.

Cestero toma nota en su libreta.

—Tiene que haber un error. Tal vez no llevaran registro de las voluntarias que no pertenecían a la orden —sugiere la suboficial dirigiendo una mirada a Julia, que niega casi imperceptiblemente. No tiene preguntas que hacer.

—Eso mismo les he planteado —confiesa Aitor—. No te vuelvas loca, Ane. Lo han negado por activa y por pasiva. Aquí no vinieron esas jóvenes. Y créeme que estas monjas recuerdan hasta si llovía o no el Domingo de Ramos de mil novecientos setenta y nueve.

Cestero le felicita por su trabajo y le pide que tenga cuidado en la carretera. Después recorre a su equipo con la mirada. Julia lee el desconcierto en sus ojos.

—Llama a la jueza —le ordena a Txema—. Consigue una orden de detención. Si sor Teresa necesita verse esposada en las portadas de los diarios de mañana para confesar lo que hacían con esas chicas, que así sea. Necesitamos interrogarlas a ella, a la madre superiora y a todas las monjas que formaran parte del convento en aquellos años.

—Nos va a costar —reconoce el suboficial cogiendo el teléfono.

—Los demás, continuad buscando. No puede ser que no demos con nada.

Julia hunde de nuevo la vista en la correspondencia. Es sorprendente la cantidad de dinero que algunas personas son capaces de entregar a la congregación. En las cartas se incluyen a veces los resguardos bancarios que justifican los ingresos, aunque en la mayoría de los casos se intuye que el donativo viajaba en el propio sobre.

—Familias que pagan por sacudirse a sus hijas de encima —sentencia Cestero—. ¿Qué harían con esas jóvenes si no las mandaban a Lourdes?

—Habrá que preguntar a las familias. No creo que a ellas también las tuvieran engañadas —argumenta Julia.

—¡Tengo algo! —la interrumpe uno de los de refuerzo. Está revisando un libro de registro de cubiertas ennegrecidas. Es uno de los que salvaron del fuego de aquella cocina económica—. Aquí hay listados de chicas, ordenados por años. Desde el setenta y cuatro hasta el ochenta.

—¡Las niñas de Lourdes! Joder, casi consiguen quemarlo... —exclama Cestero dirigiéndose junto a él.

—¡Mierda! —El agente de refuerzo muestra el pedazo de papel arrancado en que se ha convertido una de las hojas—. Falta el setenta y nueve.

—¿Solo ese año?

El ertzaina pasa de prisa las páginas y lo confirma con gesto de circunstancias

—El resto están todos.

—¡Hijas de...! —exclama Cestero dando un manotazo en la mesa.

—Sor Teresa dijo que les habían robado el listado de ese año... Tal vez fuera verdad —interviene Julia.

Coge un puñado de cartas y las agita ante su jefa.

—Da igual, de aquí podremos sacar el listado. Tardaremos un poco más, pero los remitentes de las cartas nos lo darán.

Cestero asiente lentamente. Coge un paño y borra todo lo que hay en la pizarra.

—Está bien. Todos con la correspondencia —ordena dibujando una tabla con un rotulador negro al que le cuesta obedecer—. Vamos a anotar remite, cantidad donada y fecha del justificante del banco. Dad prioridad a los pagos del setenta y nueve. Así tendremos la lista de las familias. Después habrá que contactar con cada una de ellas y dar protección a la hija que dejaron en manos de esas brujas. Eso es lo primero. Ni una muerte más. Después ya nos ocuparemos del asesino del Tulipán.

—O asesina —añade Txema regresando junto a los demás.

—O asesina —admite Cestero. Julia tiene la impresión de que no lo dice a regañadientes. En la suboficial está ganando peso la hipótesis de que una mujer pueda estar tras las muertes—. ¿Qué dice la jueza? ¿Tenemos orden de detención?

—El secretario judicial lo va a intentar. En cuanto termine la vista que está presidiendo se lo planteará. No promete nada.

Cestero masculla un juramento por lo bajo. Julia cruza con ella una mirada de complicidad y vuelve a centrarse en las cartas. Coge un sobre que el paso del tiempo ha teñido de un apagado color amarillo. El matasellos es de junio del setenta y nueve. Está abierto a navaja, como todos. No le cuesta imaginarse a una monja con un viejo abrecartas en una biblioteca mal iluminada.

Extrae la carta del interior. Solo hay palabras de agradecimiento. «Gracias por este regalo del cielo, gracias por traer la felicidad a nuestro hogar.» Gratitud y un justificante bancario con varios ceros: ochenta mil pesetas. La misma cifra que se repite una y otra vez en las diferentes misivas.

Se pone en pie, coge el rotulador y apunta en la tabla el importe, la fecha y la familia remitente. Después coge otra carta. Las palabras son también de agradecimiento, pero hablan de un problema resuelto y de vergüenza.

—Familia Etxano Garcibuey —lee en voz alta—. La locutora es una de las niñas de Lourdes.

—No podía ser de otra manera —indica Cestero—. Y sor Teresa lo sabe. Seguro que están orgullosas de que una periodista famosa pasara por el convento. Esa monja es lo peor. Y todo esto tiene cada vez peor pinta. ¿Qué pasaría ese año para que alguien quiera eliminar a esas mujeres?

Julia garabatea el nombre de Natalia Etxano en la pizarra. Después coge la siguiente carta y lee el remite.

No es verdad.

Vuelve a leerlo.

No, no es verdad. Lleva tantas horas entre documentos de todo tipo que su cerebro le está jugando una mala pasada.

—¿Cuántas muertes más vamos a permitir? ¿Cuándo vamos a decir que hasta aquí hemos llegado, que no pagamos nuestros impuestos para que nos abandonen a nuestra suerte? —escupe Aimar Berasarte desde su altar de las ondas.

—¿Alguien puede apagar de una vez ese puto chisme? —explota Julia girándose hacia sus compañeros.

Txema hace un gesto a uno de los nuevos para que lo haga.

El silencio se agradece, pero el remitente sigue siendo el mismo.

Julia se siente mareada. Necesita descansar.

—Cestero, ¿puedes decirme qué pone aquí? —pregunta tendiéndole el sobre.

La suboficial le dirige una mirada cargada de extrañeza. No entiende nada. En cualquier caso, no hace preguntas. Coge el sobre y se dispone a leer el remitente en voz alta. Los demás han dejado lo suyo y observan la escena intrigados.

Julia sabe que lo que está a punto de escuchar no le va a gustar.

—Familia Lizardi Castro.

—¡Esa eres tú! —exclama Txema.

Julia apoya las nalgas en una mesa. No entiende nada.

—Mis padres, mi familia —reconoce con la mirada perdida.

Cestero respira hondo.

—Gracias por este regalo del cielo... —lee con el ceño fruncido. Un silencio, un largo silencio. Después llega la pregunta que Julia ya ha tenido tiempo de responderse—: ¿En qué año naciste, Julia?

*30 de octubre de 2018, martes*

Podría pasarse horas contemplando sus tulipanes. Su danza al son de la corriente de aire le resulta hipnótica, tan delicada y tan orgullosa al mismo tiempo... ¿Y ese aroma dulzón que despiden y que se suma a los olores acres de la turba húmeda que les sirve de cama? Es una fusión sencillamente embriagadora.

Aunque lo mejor es el color, un rojo de tal intensidad que cualquiera diría que los pétalos están regados con sangre.

Su mano los acaricia lentamente. Adora su suavidad, su belleza etérea, su compañía silenciosa. Son su creación, les ha dado la vida. Están ahí porque así lo ha decidido. Le encanta verlos en las fotos de los periódicos. Ayer mismo un experto holandés hablaba en televisión de la dificultad de obtener híbridos semejantes y se mostraba sorprendido por la perfección de sus flores.

Sonríe. Ahora todos lo saben. Están ante una obra grandiosa, trabajada durante años, y con un resultado apoteósico.

Cinco años aguardó a que esas semillas dieran su flor. Cinco años de cuidados diarios y una paciencia que jamás perdió. Primero la estratificación en una germinadora, después su trasplante a la gran cubeta de turba donde han pasado el resto del tiempo. El control diario de la humedad, la iluminación y los juegos de temperatura para simular el día y la noche... Y, por fin, llegó el momento soñado.

Ahí los tiene, con su danza elegante.

Todavía no dan signos de agotamiento, pero sabe que no tardarán en hacerlo.

Su mirada recalca en el termómetro digital. Catorce grados, una noche eterna para ellos. Es la temperatura ideal para ralentizar su proceso vital, para conseguir que las dos semanas que tardan las flores en marchitarse se conviertan en tres. Su obra precisa que sea así, de lo contrario no logrará

concluirla durante esta floración y tendrá que esperar. No puede permitírselo. Le ocurrió en el primer intento, cuando la sonda de temperatura falló mientras estaba en Galicia y las flores fueron sometidas a un estrés ambiental que acabó con ellas.

Aunque, pensándolo bien, aquello no salió tan mal. De lo contrario no habría podido adueñarse del Último Lunes de octubre. A partir de ahora, nadie podrá mencionar la feria sin recordar su obra. Ha inscrito su nombre con letras bien grandes en la celebración más importante del año. Ha logrado hacer historia.

Pero ahora no va a fallar. En esta ocasión no sería capaz de aguantar si los tulipanes se le mueren. ¿Cómo volver a detener su obra durante los varios meses que los bulbos necesitan para florecer?

Por suerte, todavía no han comenzado a marchitarse. Todavía, aunque pronto comenzarán a perder su brío natural. Y entonces su tiempo se habrá terminado.

Consulta el listado que llena un papel amarillento y es incapaz de reprimir una punzada de inquietud. Recita los nombres en voz alta. Cada vez quedan menos. Sin embargo, sabe que ha comenzado a perder la carrera contra el tiempo. O empieza a pisar el acelerador o será complicado alzar el puño de la victoria.

*30 de octubre de 2018, martes*

—Me comprasteis. —Julia ve borrosos a sus padres. Tiene los ojos anegados en lágrimas. Los mil adornos de porcelana y cristal de Murano que su madre tiene dispersos por los lugares más insospechados del salón también se difuminan tras el velo de tristeza.

—No digas eso. Suena muy feo —le pide su madre. Su tono de voz le confiesa que ella también llora.

—¡Es lo que hicisteis! ¡Ochenta mil pesetas! —se le encara Julia—. ¿Ese es mi precio? ¿Ochenta mil miserables pesetas? Menos de quinientos euros...

Su padre interviene. Es la primera vez que lo hace desde que Julia ha irrumpido en casa y les ha pedido que se sentaran en el sofá.

—Tu madre tiene razón. No te compramos, te adoptamos. —No la mira. No es capaz de hacerlo. Se observa las manos con expresión derrotada.

Julia le muestra la fotocopia del justificante bancario.

—Ochenta mil pesetas. Lo pone bien claro.

—Es solo un donativo. Tu padre...

—No es mi padre —escupe Julia. Tan pronto como se seca las lágrimas, otras nuevas vuelven a nublar su mirada.

—Por favor, Julia, eso no —ruega su madre con la voz rota.

—No sois mis padres. No lo sois. Ha sido todo una pantomima. Cuarenta años, cuarenta, de una vida de mentira —llora la ertzaina poniéndose en pie. Está tan decepcionada con ellos como con ella misma. Se está comportando como una niña malcriada. Lo sabe, pero tiene que desahogarse.

Su padre se incorpora y le acaricia suavemente la espalda, igual que cuando era pequeña y no conseguía dormirse por miedo a la oscuridad.

—Julia, cariño, déjanos explicarte. Eres lo más importante de nuestra vida. Mira a tu madre. Está rota. No le hagas esto... No nos hagas esto, por favor.

La ertzaina se aparta de él. Se sienta en una de las sillas de la mesa donde

compartió con ellos cada comida hasta que se mudó a Mundaka. Todavía recuerda las lágrimas contenidas de su madre el día que le dijo que se iba de casa. A pesar de su voz rota, la mujer tuvo la suficiente entereza para desearle lo mejor y fingir que se alegraba por ella. Julia no vio qué venía después, pero estaba segura de que fueron días, o tal vez semanas, de una tristeza desgarradora.

Se pasa un pañuelo por los ojos. Apenas logra unos segundos de visión clara, y solo ve desolación. Están los dos sentados en el sofá. Su madre hunde el rostro en las palmas de las manos y suplica que la perdone. La estampa que ofrece su padre no es más halagüeña. Es la primera vez que lo ve llorar. Ni siquiera cuando murió su hermano, el añorado tío Mateo, lo vio derramar una lágrima. Seguro que lo hizo a escondidas, en la soledad de la montaña, que tanto ama, pero no ante los demás. Hoy sí lo hace, y los pucheros que forman sus labios recuerdan a los de un bebé. No todos los días te arrebatan una hija.

El llanto de Julia se hace más intenso. Está destrozada, se siente sola y traicionada. El mundo que ha conocido durante toda su vida se desmorona.

—No podíamos tener hijos. —Las palabras de su padre, que ha vuelto a levantarse y envuelve a Julia con sus brazos, emergen con dificultad de su garganta—. Los médicos no podían hacer más por nosotros. ¿Sabes lo que significa algo así para una pareja que se quiere y que su mayor deseo es poder traer al mundo un montón de niñas y niños? Estábamos desesperados, y entonces llegó alguien y nos habló de las monjitas. Había madres que no podían ocuparse de sus bebés, mujeres para quienes el embarazo no era sino un castigo. El convento se convertía en una bendición para todos... Perdónanos, hija. Solo hicimos lo que creíamos mejor para ti.

Julia aprieta los dientes. Su mirada está clavada en esa góndola azul y verde que ella misma trajo de Venecia muchos años atrás. Todavía recuerda la sonrisa orgullosa de sus padres al regalarle aquel billete de tren para celebrar que había aprobado la Selectividad.

Las monjitas... No sabe si quiere oír más, no sabe si está preparada para saber toda la verdad.

—Siempre te he querido con toda mi alma —musita su madre entre sollozos—. Julia, por favor... No podíamos hacerlo de otra manera.

—¿Quiénes son mis padres? —Le sorprende el tono distante de su propia voz. También la rabia con la que se sacude los brazos de su progenitor de encima.

Sus padres cruzan una mirada y niegan con la cabeza.

—Nunca lo supimos. Ese era el trato.

—Ese y el dinero —matiza Julia.

—Era solo una ayuda para el convento. ¿Cómo no íbamos a estar agradecidos a esas buenas mujeres por brindarnos la felicidad?

Julia recuerda la letra de su padre en la carta que lo ha descubierto todo. *Gracias por traer la felicidad a nuestro hogar...* Siente que la rabia le sube en forma de bilis a la garganta.

—Esas «buenas mujeres» que decís vosotros tienen la culpa de que cuatro mujeres hayan sido asesinadas.

Sabe que no es exactamente así, pero es como lo siente. Odia a sor Teresa, a la madre superiora y a todas las monjas de ese maldito convento. Ojalá Cestero haya conseguido ya la orden y estén camino del calabozo.

Los niños... Los niños...

Ahora lo entiende todo. Esa anciana postrada en la cama no desvariaba, solo recordaba el que seguramente es el episodio más trascendental de su vida tras ordenarse monja. ¿Cómo se sentirá ella? ¿Cómo se sentirán las demás religiosas, tras haber cambiado la vida que les correspondía a tantos niños y niñas? Seguramente ni siquiera sientan el peso de la culpa. No, claro que no. Se sentirán orgullosas de lo que hicieron.

Suena su teléfono. Es una melodía alegre que pone una nota discordante en un hogar donde reina el llanto.

Se trata de Cestero.

Julia se aclara la voz antes de contestar.

—Hola.

—¿Estás bien? Nos has dejado preocupados. Te has ido tan de repente...

—Estoy bien —miente la agente.

—Pues date prisa. Te espero en el convento.

—¿Tienes la orden?

—No va a hacer falta.

—¿Cómo dices?

Cestero no quiere entrar en detalles. Apenas deja escapar un par de frases antes de colgar el teléfono:

—Deja todo y ven corriendo. Creo que ha habido otro asesinato.

*Mayo de 1997*

Recordaré siempre aquel olor. Me golpeó en cuanto abrí la puerta. Un puñetazo silencioso y nauseabundo que se aferraba a las fosas nasales con la ferocidad que un tigre ataca a su presa. Era el olor de la enfermedad, de una vida que se acercaba a su punto final.

—¿Cómo está?

Mi madre sacudió la cabeza sin atreverse apenas a mirarme. Estaba apoyada en la pared, con el cabello descuidado y unas profundas ojeras que sugerían largas noches en vela.

—Se muere.

No dijo más. Tampoco hacía falta. Habían pasado dos semanas desde que la noticia llegara al *Virgen de Begoña*. Desde entonces conté con impaciencia cada kilo de pescado que atrapaban nuestras redes. Quería regresar a puerto cuanto antes. Al principio con la esperanza de poder ayudarlo en la enfermedad, después con la impaciencia de saber que una sola hora de más podría significar que se fuera sin que pudiera despedirme de él.

—¿Está despierto?

—Te está esperando —indicó mi madre—. Un poco más y lo encuentras enterrado. Espero no necesitar nunca tu ayuda.

No merecía la pena contestarle. A aquellas alturas ya no esperaba de ella palabras de cariño, aunque no voy a negar que sus comentarios me hacían daño. Mucho más del que jamás reconoceré.

El pasillo se me antojó más largo que nunca. La puerta de su dormitorio era la del fondo, aquella que estaba entreabierta y que dejaba escapar un halo de luz mortecina. Tenía tantas ganas de entrar allí como de echar a correr, asustado ante lo que me iba a encontrar.

—Hola —dije asomándome al interior.

—Pasa. Llegas a tiempo. —Su voz era poco más que un esforzado susurro. No la reconocía.

Tampoco me resultaba familiar ese rostro del que la salud se había esfumado. Parecía una calavera cubierta con piel, y poco más. Hasta sus ojos se veían diferentes: hundidos y carentes de vida.

—No había manera de llenar la bodega —me disculpé—. Las merluzas y los rapes no querían dejarse pescar.

¿Era un esbozo de sonrisa eso que asomaba a sus labios?

—No te disculpes. Sé cómo es la vida de un pescador —dijo antes de cerrar unos instantes los ojos. Se veía agotado. Me pareció que una mueca de dolor ensombrecía su rostro.

—¿Necesitas algo? —le pregunté. No quería que sufriera.

Mi padre negó con la cabeza, de forma tan leve que apenas se percibía. Estaba muy débil.

No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio. Él dormitaba, yo lo contemplaba con el corazón roto por la tristeza.

—Alcánzame ese libro —me pidió cuando volvió a abrir los ojos.

—¿Este verde? —pregunté apoyando la mano en un volumen sobre acuicultura.

—No, el de al lado. Ese que tiene el lomo granate.

—*El nombre de la rosa* —leí—. ¿Una novela? ¿Quieres que te la lea?

—No. —Su respiración resultaba cada vez más trabajosa. Hablar lo agotaba—. Dámelo.

Recuerdo cómo intentó cogerlo con esas manos huesudas que no reconocí. ¿Qué había sido de sus manos recias, de marinero curtido en mil tormentas? Aquella enfermedad injusta las había devorado, igual que había hecho con todo.

Mis ojos se nublaron al ver que no era capaz de soportar el peso del libro. Ni siquiera para eso le quedaban fuerzas. No quería llorar delante de él, pero fui incapaz de contener las lágrimas. ¿Cómo mantener la entereza ante la agonía de tu único referente en la vida?

—Ábrelo tú. Busca dentro —me pidió cuando la novela se escurrió de nuevo entre sus dedos moribundos.

No necesité buscar mucho. En cuanto abrí la novela de Umberto Eco apareció ante mí la flor que me cambiaría la vida.

—¿Qué es? —pregunté cogiéndola. Estaba seca y sus colores se habían esfumado. Parte de ellos se había transferido a las hojas del libro, que lucían una leve tonalidad roja allí donde habían estado en contacto con los pétalos.

—Es un tulipán —susurró mi padre—. Guárdalo bien. Es el único recuerdo que podrás conseguir de tu verdadera madre.

—¿Mi qué? —No entendía a qué se refería.

Mi padre rompió a toser, si es que aquellos espasmos ásperos podían llamarse tos. No le quedaban fuerzas ni para eso.

—La mujer que te trajo al mundo —logró añadir de manera entrecortada.

Me giré hacia la puerta. Tal vez ella estuviera allí y pudiera ayudarme a descifrar sus palabras.

No había nadie.

—¿Qué...? —no llegué a completar la pregunta. Se me agolpaban en montón de cuestiones en la garganta. Todas querían brotar, y al mismo tiempo temían ser pronunciadas.

Me pidió un poco de agua. Le acerqué el vaso a los labios reseco y le ayudé a incorporarse ligeramente. Nunca olvidaré el estremecimiento que me sacudió al sentir sus huesos bajo el pijama. La enfermedad lo había consumido por completo.

El esfuerzo de dar aquel sorbo lo dejó agotado. Se recostó de nuevo en la cama y cerró los ojos. Respeté sus tiempos, no lo importuné, a pesar de que la incertidumbre me comía por dentro. Después volvió a clavar en mí su mirada vidriosa y comenzó a vomitar una verdad que me había estado vedada desde el día en que nació.

—No pudimos tener hijos. Lo intentamos una y otra vez, hasta que tu madre cayó en un pozo de tristeza. Años y años... —Una pausa para respirar con ese ronquido que me hacía temer que se asfixiara—. Y entonces supe de esas monjas. No me lo pensé dos veces. Te traje a casa con la esperanza de darte una buena vida. Lo siento muchísimo. Ella siempre te ha visto como su gran fracaso vital. Eres el recuerdo constante de que su vientre no logró dar fruto. Y, además, está ese carácter tan especial de tu madre, que tan pronto está eufórica como nos hunde a todos en los infiernos.

Mi mirada estaba fija en el tulipán seco. Me sentía mareado. De repente toda mi vida se descubría ante mí como una gran mentira. Creo que continuó hablando, deshaciéndose en disculpas y explicaciones, pero ya no le escuchaba. Mi mente repasaba cada una de las escenas en las que mi madre me había hecho sentir el niño menos querido del mundo. ¿Cuántas veces me había encerrado a llorar a escondidas sin lograr comprender el motivo de tanto desprecio?

Ahora que por fin tenía una explicación me sentía aún peor. Había vivido una vida que no me correspondía.

—La flor apareció entre tus ropas. Creo que la mujer que te abandonó en el convento la dejó allí a modo de despedida.

—¿Quién era? —mi voz también se había vuelto ronca, apenas lograba pronunciar las palabras.

—Nunca lo supimos.

—¿Por qué me abandonó?

Mi padre, o ese hombre moribundo al que hasta ese día había llamado así, tardó en responder. Creo que trataba de decidir entre mentirme para no causarme más dolor o decirme la verdad. Y finalmente fui yo quien me respondí a mí mismo con una sinceridad que me destrozó por dentro:

—Porque no me quería.

*30 de octubre de 2018, martes*

Cestero está rodeada de un mar de micrófonos. Las tres unidades móviles con las parabólicas desplegadas para la retransmisión en directo son solo la punta del iceberg. La nueva muerte violenta ha reunido ante el convento a la docena de periodistas llegados a Gernika durante los últimos días para cubrir el caso del asesino del Tulipán.

De camino desde comisaría, Cestero no ha podido resistir la tentación y ha encendido la radio del coche. Salvo alguna emisora musical, no hay un solo rincón del dial que no contribuya a multiplicar la alarma en torno a los sucesos de Urdaibai. El peor, claro, Aimar Berasarte desde Radio Gernika. Un presunto crimen en plena clausura da para las hipótesis más bizarras, como las que ahora le plantean algunos reporteros.

—¿Se confirma que el asesino del Tulipán es una de las monjas?

—¿Es cierto que han sido hallados restos humanos en el convento?

La suboficial se muerde la punta de la lengua para contenerse. De buena gana les respondería de malas maneras, pero no puede permitírselo. Sus palabras son en ese momento las de toda la Ertzaintza, es consciente de ello y siente sobre los hombros una carga pesada. Tendría que haber dejado a Txema este papel. ¿No quería ser responsable del grupo?

Las cuestiones de los periodistas se agolpan en sus oídos, y en su mente resuena la advertencia de Madrazo cuando la puso al mando de la Unidad Especial de Homicidios de Impacto. Tendrás a demasiada prensa encima, trátala con tacto para evitar problemas.

Es lo que hace, o por lo menos lo intenta, a pesar de que cada minuto que pasa le resulta más complicado.

—La investigación se encuentra bajo secreto de sumario —apunta, alzando las manos para rogarles silencio—. No me es posible proporcionarles más información.

Los periodistas no se contentan con la respuesta. Vuelven a la carga con una nueva batería de preguntas. Cestero imagina a un destructivo ejército de tertulianos dispuesto para la batalla. En cuanto ella regrese al interior del convento, en los platós de televisión y estudios de radio se plantearán las teorías más disparatadas, aquellas que no sofocan precisamente la alarma social. No puede permitirlo. Si ha salido a atender a la prensa es para calmar, si es que algo así es posible, a la población.

—Les ruego que nos dejen trabajar. Hay avances considerables en el caso. Les puedo adelantar que la muerte que se ha producido en la clausura no lleva la firma del asesino del Tulipán.

—¿Si no guarda relación con el caso, por qué es su Unidad Especial la que se está ocupando de la investigación? —inquire una reportera de gafas de pasta. Le acerca tanto el micrófono amarillo con el logotipo de una emisora de radio que Cestero aparta levemente la cara para evitar que la golpee.

—Tratamos de descartar que pueda haber algún tipo de conexión —explica antes de dar un paso atrás—. Y ahora, si me lo permiten, debo continuar trabajando.

—Suboficial... —comienza a preguntar un joven con barba.

Arrecian de nuevo las cuestiones. Ahora más atropelladas. Todos quieren que la ertzaina atienda a su medio antes de retirarse.

Cestero no puede más. ¿Es que no se dan cuenta de que cuanto más tiempo le hagan perder más tardará en dar con el asesino del Tulipán? Claro que quizá a ellos eso no les importe.

—¡Basta ya! Respeto a la labor policial, por favor —demanda ofuscada. Después se da la vuelta y regresa al interior del convento.

Varios ertzainas uniformados impiden que los reporteros vayan tras ella. El monasterio es la escena de una muerte aparentemente violenta y solo los policías pueden poner el pie en él.

—¿Habrán más crímenes?

La pregunta, que ha soltado alguna periodista a la que ni siquiera puede poner cara, queda flotando en el vestíbulo. Cestero sabe que es un mal final para su intervención. El peor final. Está tentada de girarse para asegurarles que no. No lo hace. No puede prometer algo así. Y odia con todas sus fuerzas percatarse de que no tiene ningún argumento que le permita hacerlo.

—¿Qué tal? —inquire Aitor en cuanto la ve aparecer por la celda.

—Son unos capullos.

Su compañero se lleva la mano a la frente.

—¿Ya los has mandado a la mierda?

Cestero niega con la cabeza.

—Los he tratado con un tacto exquisito.

Aitor no la cree. Lo lee en su mirada. En cualquier caso, no es su preocupación principal en ese momento.

—Txema está en la celda de enfrente, interrogando a la sospechosa — señala el agente entregándole una almohada en una bolsa transparente—. Aquí tienes la presunta arma homicida.

Cestero asiente y da un paso hacia la cama. La fallecida yace sobre ella, con la boca abierta como un pez fuera del agua. Los labios amoratados destacan sobre una tez tan pálida como esos ojos claros que la muerte ha vuelto de hielo.

—¿Tienes bálsamo?

Aitor le entrega un pequeño frasco que Cestero abre para aplicarse el ungüento bajo la nariz. No oculta los olores, aunque los disimula bastante con sus notas especiadas.

La madre superiora ha perdido el control de sus esfínteres. No es un caso excepcional, todos los fallecidos por asfixia que Cestero ha visto a lo largo de su vida lo hacen.

—Perdonad... Tenía cosas que aclarar... Uf, vaya peste.

Es Julia. Acaba de llegar. Se acerca a la madre superiora y la observa en silencio. En el rostro de la policía se dibuja una mueca de desagrado. Sus compañeros guardan silencio. Saben que lo necesita.

—Es la primera vez que estoy ante un cadáver y no siento lástima — confiesa. Sus ojos siguen hablando de tristeza, tanta o más que cuando abandonó la comisaría tras ver el nombre de sus padres en el remite de aquel sobre—. Solo me da rabia. Tenía tantas preguntas que hacerle...

Cestero le apoya una mano en el hombro.

—Todo viene de vuelta. Mírala. Quién le iba a decir que acabaría sus días asfixiada por una de las hermanas a las que dirigió durante tantos años...

—Demasiado poco —objeta Julia, que da muestras inmediatas de arrepentirse de sus palabras.

Cestero le resta importancia.

—No te preocupes. Es normal. No sé cómo me lo tomaría yo en tu lugar. — Se detiene, pensativa. Se reprocha no haberle dado más tiempo. No tenía que haberle pedido que acudiera al convento—. Oye, ¿prefieres tomarte el día libre? Con los refuerzos que han venido podremos apañarnos.

—No, no. Estoy bien.

Cestero sabe que Julia le está mintiendo, pero ¿acaso no es lo mismo que haría ella?

—No te lo tomes como algo personal. Es tu trabajo y tienes que poner distancia —le recuerda la suboficial. Sabe que lo correcto sería pedir a los de arriba que releven a la agente, pero no quiere perder a quien se ha convertido en una de las piedras angulares de su equipo.

—¿Quién ha sido? —inquire Julia volviendo a fijarse en el cadáver.

—Sor Teresa. Eso es por lo menos lo que dice la joven aquella que nos atendió el primer día: la hermana Carmen. Ha sido ella quien ha dado la voz de alarma.

Aitor ha salido de la celda. Apenas ha estado fuera un par de minutos cuando llama con los nudillos a la puerta abierta. Las dos se giran hacia él.

—Txema dice que la sospechosa no admite la acusación. Al contrario, acusa a sor Carmen de urdir un montaje para hacerse con el control del convento, y dice que a la madre superiora la hemos matado nosotros.

—¿Nosotros? —se escandaliza Cestero.

—Dice que estaba muy débil cuando la importunamos con nuestras preguntas y que su salud no ha podido soportarlo.

Cestero resopla. Solo le faltaba tener que cargar con la muerte de la abadesa sobre sus espaldas.

—¿Os cuento lo que ha pasado aquí? —No espera a que sus subordinados respondan para comenzar a elaborar en voz alta una hipótesis que ha ido tomando forma desde que ha puesto un pie en ese lugar—. Alguien en el juzgado ha informado al obispado de los interrogatorios y detenciones que nos disponíamos a realizar en el convento. Desgraciadamente, la buena nueva ha llegado hasta aquí antes de que la orden fuera remitida a comisaría. Sor Teresa ha entrado en pánico ante la posibilidad de que la madre superiora cantara más de la cuenta y se la ha cargado para evitar que la interrogáramos.

—Y ha tenido la mala fortuna de que sor Carmen la haya descubierto. De lo contrario, hubiera pasado como una muerte natural —completa Aitor.

Julia asiente. No encuentra nada que objetar a la teoría de sus compañeros.

—Traed a sor Carmen. Está retenida en la biblioteca. Vamos a ver qué nos cuenta —indica Cestero.

—¿De verdad quieres interrogarla aquí? —Aitor mueve la mirada alternativamente de su jefa al cadáver de la abadesa.

—¿Se te ocurre un lugar mejor donde reconstruir lo que sucedió?

Su compañero se encoge de hombros. Un minuto después regresa, acompañado de sor Carmen.

La joven monja está lívida. Sus facciones, redondeadas y armónicas, están arrasadas por una tristeza que no parece simulada.

—Te acompañamos en el sentimiento —se adelanta Julia.

Cestero asiente con gesto apesadumbrado. No dice nada. Observa a la religiosa. Quiere ver cómo actúa ante el cadáver de la superiora. Y lo que ve no desentona en absoluto con lo que esperaba ver.

—He intentado detenerla... Era imposible. Se le ha metido el demonio dentro, sor Teresa no tiene tanta fuerza —asegura sor Carmen acercándose a la cama. No hay en ella ni un solo gesto de desagrado ante el hedor que flota en el ambiente. Observa con compasión a la fallecida—. Pobrecita... Se estaba recuperando. Ayer nos llamó por nuestros nombres.

Su mano se estira hacia el cadáver. Antes de que pueda tocarlo, Julia le sujeta el antebrazo.

—Solo iba a cerrarle los ojos —se disculpa la monja—. Pobrecita.

—Explíquenos todo lo que recuerde. ¿Por qué acudió usted a la celda de la abadesa? ¿Oyó algo que la alertara?

Sor Carmen sacude la cabeza.

—Vine a estar con ella. Desde que cayó enferma por aquel disgusto del robo vengo siempre que puedo a leerle la Biblia y los Evangelios. A la abadesa le encanta leer... —Se lleva una mano a la cara, horrorizada—. Le encantaba, perdón... Qué difícil es todo esto...

Su llanto, casi infantil, llena todos los rincones de la habitación.

—¿Dónde se encontraba sor Teresa cuando usted abrió la puerta? —pregunta Julia mientras Cestero silencia su móvil, que suena con insistencia. Es su madre. No suele llamar en horas de trabajo, es extraño.

La monja se suena los mocos con un pañuelo de papel.

—Aquí —indica colocándose junto al cabecero de la cama—. Lo primero que vi fueron las piernas de la madre superiora sacudiéndose bajo la sábana.

Después me fijé en la hermana Teresa. Estaba de espaldas a mí y la asfixiaba con una almohada, igual que en las películas.

—Y usted trató de apartarla de la superiora —apuntó Cestero.

—Tiré de ella, la empujé, le pegué puñetazos... Hice todo lo que pude. — Sus labios se tuercen en una mueca desgarrada y rompe de nuevo a llorar—. Si hubiera pedido ayuda a mis hermanas estaría viva... No supe salvarla.

Julia le pone una mano en la espalda y le ofrece otro pañuelo.

—Tranquila. Hizo lo que pudo. La abadesa estaba muy débil, era un objetivo demasiado fácil.

Aitor, que ha permanecido en silencio hasta entonces, se sitúa junto a Julia.

—¿Cómo explicaría que una monja joven no fuera capaz de frenar a una anciana con sus fuerzas bastante mermadas?

Cestero asiente desde la pared del fondo. También ella habría realizado esa pregunta. Es lo único que no encaja en toda la historia.

—El demonio... No era sor Teresa quien actuaba de aquella manera.

Aitor cruza una mirada cómplice con su jefa. Es difícil rebatir algo así a una religiosa.

Cambio de tercio. El ertzaina dispara con toda su artillería:

—¿Sabe que en este convento se vendían bebés?

La joven lo observa horrorizada. O es una gran actriz o no sabía nada. Cestero apuesta por la segunda opción, la religiosa no parece en condiciones de afrontar una actuación.

—Tu querida abadesa, sor Teresa y algunas más arrebataban a los recién nacidos de sus madres para vendérselos a familias con problemas para concebir —añade Julia.

La hermana Carmen se lleva la mano a la frente. Sus ojos, tan grandes como desorientados, se vuelven hacia Cestero. Buscan una confirmación de una acusación tan grave. La suboficial asiente con gesto serio.

—No es verdad. No puede ser. Son buenas, solo hacen el bien —balbucea la monja. Lo dice sin convencimiento. Quiere creerse sus propias palabras, pero su fe acaba de hacerse añicos.

Cestero alza la mano para detener el interrogatorio.

—Suficiente, por ahora. Aitor, llévala a la biblioteca. Si recuerda algo que pueda sernos de utilidad, avísenos, hermana.

—Solo una pregunta más —apunta Aitor—. Tenemos constancia de que ha

salido del convento con bastante frecuencia en las últimas semanas. ¿Hay algún motivo que explique esas salidas?

Sor Carmen se mira las manos, abre y cierra los dedos y esboza una mueca de dolor.

—Pruebas médicas. Tengo dolores en las articulaciones. Reúma, artrosis... No dan con una explicación, pero algo tengo. No necesito que me lo diga un médico para saberlo.

Cestero cruza una mirada con su compañero, que toma a la religiosa por el brazo y la acompaña a la biblioteca.

Ahora es sor Teresa quien se encuentra en la celda de la víctima. Las manos esposadas a la espalda, las mejillas brillantes por las lágrimas que derrama sin cesar. Txema hace las preguntas, y de momento solo obtienen negativas.

—Os equivocáis conmigo. Yo amaba a nuestra abadesa. Llevo casi cuarenta años siendo su mano derecha, uña y carne. La adoraba.

—Nadie dice que no lo hiciera —apunta Cestero desde un segundo plano.

La monja frunce el ceño, descolocada. Ese ha sido un buen golpe.

—Esa lianta de sor Carmen... Confiábamos en ella, la única vocación joven en un país donde las muchachas están más preocupadas por emborracharse que por el amor al prójimo.

—Llevamos así todo el tiempo —se lamenta Txema girándose hacia sus compañeros. Suelta un chasquido y vuelve a dirigirse a la religiosa—: Mire, empiezo a estar cansado de tanto teatro. ¿Sabe qué vamos a encontrar aquí? —inquire mostrándole la almohada embolsada—. Restos biológicos que la delatarán. No tiene escapatoria. Nuestros compañeros del laboratorio criminalístico son muy buenos, mucho mejores de lo que usted desearía. Hallarán restos de su epidermis. ¿Sabe lo que es un análisis genético? La tenemos, y va a pasarse los días que le quedan entre rejas.

La monja dirige la mirada al crucifijo que pende sobre el cabecero. Sus labios tiemblan, reza en silencio. La vibración del móvil de Cestero se cuela en la escena.

—Una confesión ayudaría a que la pena fuera menor —sugiere la suboficial. No hay respuesta, solo una casi inaudible letanía.

—¿Cuántos bebés robaron? —interviene Julia. La tensión permitiría cortar

a cuchillo sus palabras.

—¡Ninguno! —exclama sor Teresa olvidando en el acto sus oraciones.

—Tenemos las pruebas. Durante años se dedicaron a...

La religiosa no la deja terminar.

—¡No tenéis nada! ¡Nada! Unas pocas cartas con donativos... ¿Qué prueba es esa?

—Por eso la ha matado, ¿verdad? —Cestero ha recuperado la batuta de directora—. Tenía miedo de que se fuera de la lengua. En condiciones normales no lo hubiera hecho, pero la abadesa ya no era la misma.

Sor Teresa tarda en reaccionar.

—¡Patrañas! La habéis matado vosotros. Su salud maltrecha no ha podido aguantar la presión a la que la sometisteis ayer.

En realidad da igual lo que diga. Cestero tiene lo que necesita. Sabe que la anciana es culpable de asesinato. Sus palabras dirán lo que quieran, pero sus actos la delatan. Ese gesto de desagrado en cuanto la ha golpeado el hedor de la celda ha sido solo el comienzo, todavía no ha sido capaz de dirigir una sola mirada a la fallecida. Teme encontrarse con esos ojos cansados a los que ha arrebatado la vida.

—Txema —llama alguien desde la puerta. Es uno de los refuerzos llegados de la comisaría de Erandio. Él y sus compañeros están registrando el convento en busca de posibles pruebas—. Creo que tendríais que ver algo inmediatamente.

*30 de octubre de 2018, martes*

Azulejos blancos de poco menos de un palmo de lado cubren unas paredes sin ventanas ni salidas de ventilación. En el techo, un tubo fluorescente brinda una fría luz blanca que parpadea. El zumbido, irritante y constante, surge del cebador de la lámpara. Huele a algún producto químico, uno de los muchos que reposan en frascos sobre la estantería.

—Pobres mujeres —oye comentar Julia a su derecha. Es Cestero, que se ha acercado a la mesa de partos y manipula las correas dispuestas para ligar a las parturientas—. No me digas que no parece un potro de tortura. —La suboficial se gira hacia su compañera y se cubre la boca con la mano—. ¡Perdona! No me daba cuenta...

Julia le dice que no se preocupe, que se encuentra bien, aunque es consciente de que todos ven que no es así. Tampoco le importa.

Está en el lugar donde comenzó todo. Le desgarran el alma imaginar a su madre, una madre cuyas facciones se diluyen en una densa bruma que tiene la esperanza de disipar algún día, atada a esa dura camilla metálica. ¿Cuántas mujeres pasarían por ese horror, cuántas se habrían visto tumbadas en esa fría estancia, inmovilizadas de pies y brazos, para traer al mundo a bebés que nunca serían suyos?

Todo en aquel lugar es horrible, de una frialdad extrema. No hay rastro alguno de humanidad. A Julia le produce escalofríos ese cubo de hojalata dispuesto al pie de la mesa de partos. El paso de los años ha robado el color escarlata a las manchas de sangre que lo adornan. Tal vez si sus compañeros del laboratorio la analizaran encontrarían su ADN.

—¿Quién asistiría los partos, un médico o las propias monjas? —se pregunta Cestero en voz alta mientras revisa un taburete de hierro oxidado. Sobre él, en una caja de galletas descolorida descansan un fórceps y un bisturí.

—Ellas —responde Julia. No contempla otra opción.

—Pobres mujeres —vuelve a decir Cestero.

Julia asiente. Odia a sor Teresa, a la muerta de ojos azules y a todas las que hicieron posible algo así. Se gira en busca de algo que le ofrezca consuelo, pero no lo encuentra en aquella sala de los horrores. Ni siquiera el enorme crucifijo de la pared logra transmitirle serenidad, sino justo lo contrario.

—¿Y esta puerta? —Cestero tira de la manilla sin éxito. Está en un lateral de la sala, junto a dos cunitas cubiertas de polvo.

—Está cerrada con llave —explica el agente que ha corrido a avisarles del hallazgo del paritorio.

—Voy a traer a sor Teresa. Ella la abrirá —decide Aitor.

Apenas ha tenido tiempo de salir cuando Cestero descarga la primera patada sobre la cerradura. Julia le tira del brazo antes de que pueda asestar la segunda.

—¿Me dejas a mí?

Debe hacerlo. O descarga su rabia contra algo o se le quedará dentro. Cestero se hace a un lado para que Julia pueda arremeter con todas sus fuerzas contra la madera. Un crujido, otro más, y la puerta se abre violentamente, golpeando contra la pared del pasillo oscuro que comienza detrás.

—Estáis locas —comenta Aitor, encendiendo la linterna. Ha regresado al escuchar las patadas.

El haz de luz muestra un corredor de apenas unos metros al que se abren cuatro estancias. El interruptor de la pared no responde, tendrán que seguir con la linterna.

El olor a humedad es tan fuerte que obliga a Julia a arrugar la nariz.

—¿Cuánto tiempo llevará cerrado este lugar?

—¿Habéis visto qué puertas? —apunta Cestero empujando la primera de ellas, que se abre sin más queja que un leve chirrido.

Son de madera maciza, recias y de un grosor considerable. Sin embargo, lo más desconcertante son los cerrojos, dispuestos para poder cerrar desde fuera y no desde dentro.

Guardan la entrada a cada una de las cuatro celdas, de menor tamaño que las del piso superior y con un mobiliario tan básico que apenas cuentan con un camastro, un lavabo y un sencillo escritorio. Algunas tienen las paredes cubiertas de hongos negros que rezuman humedad. Otras no tanto, aunque en todas se percibe un aire demasiado pesado en el que escasea el oxígeno.

—Es una cárcel —comprende Julia en el acto. Su corazón dolorido termina

de desgarrarse ante su certidumbre—. Una cárcel para mujeres embarazadas. Claro que no aparecen en los registros de Lourdes... Las encerraban en este sótano hasta que daban a luz.

—Es brutal, cuesta hasta respirar aquí dentro —musita Aitor desde el interior de una de las celdas.

Julia entra en la de enfrente. Hay una Biblia sobre el escritorio. Le pasa la mano por encima. Tal vez su madre la tocara hace casi cuarenta años. Se le rompe el corazón solo de imaginarla ahí encerrada durante meses. ¿Qué es eso que asoma entre las páginas del libro? Un papel, doblado y escrito sin dejar apenas espacio blanco. Pobres mujeres, seguro que ni siquiera les dejaban escribir.

Cestero se asoma por la puerta y suelta un suspiro antes de volver a perderse en el pasillo.

—Son unos jodidos monstruos —dice la suboficial—. Aitor, pide a Txema que baje a sor Teresa. Va a tener que aclararnos demasiadas cosas.

—No lo entendéis. Solo ayudábamos. Es a lo que hemos dedicado toda nuestra vida, a ayudar al prójimo.

Sor Teresa está sentada en el taburete donde quizá años atrás asistiera a alguna de las parturientas.

Julia reprime las ganas de cogerla por el hábito y zarandearla hasta que lo confiese todo.

—¿Desde cuándo se llama «ayudar» a traficar con recién nacidos? —inquire Cestero. Tiene el móvil en la mano. Parece preocupada por lo que lee en la pantalla.

—No entendéis nada —escupe sor Teresa.

La altivez de la religiosa es lo que más irrita a Julia. Es la primera vez en su carrera que un detenido se muestra tan seguro de sí mismo. Lo habitual es que las esposas les aplaquen los ánimos.

—Tal vez usted pueda ayudarnos a comprenderlo —interviene Aitor.

Julia envidia la serenidad que impera en el tono de voz de su compañero.

Sor Teresa asiente lentamente. Después alza la mirada hacia el policía, el único que parece entenderla.

—Aquellos años fueron un desastre para la moral de esta comarca. Las

pocas que nos metimos a monjas salvamos nuestras almas, pero otras muchas sucumbieron a la tentación. La construcción de la plataforma La Gaviota fue un desastre. Vinieron todos esos americanos. Decían que eran expertos ingenieros... ¡Ja! ¿Sabéis lo que eran? Unos asquerosos embaucadores que convirtieron nuestros pueblos en su harén particular. ¿Cuántas chicas caerían en sus garras atraídas por lo exótico y por promesas de amor que jamás se cumplían?

Julia cruza una mirada con Cestero. También ella ha percibido el dolor tras sus palabras. Así que fue el despecho lo que llevó a sor Teresa a ingresar en un convento. Cuesta imaginarla joven, con el cabello descubierto y flirteando con alguno de aquellos extranjeros de paso.

—Era una desgracia para sus familias —continúa la religiosa—. ¿Es que no lo veis? Gentes de bien, respetuosas de la moral cristiana, que de repente veían en peligro su reputación porque sus hijas llegaban a casa preñadas de vete a saber quién... —Hace una pausa para reforzar su mensaje antes de continuar—. Suerte de nosotras, que estábamos aquí para ayudarlas.

Julia tensa los puños. Trata de contenerse.

—Lo que hacíais era robar a esos bebés la posibilidad de crecer con sus madres —explota sin poder ocultar su rabia.

La monja niega ostensiblemente.

—Al contrario. Lo que hacíamos era brindar a esas criaturas una vida mejor. ¿Te imaginas nacer en una familia que no te quiere, con una madre a la que tu llegada le ha destrozado la vida?

—¿Quiénes erais vosotras para decidir por esas chicas?

—No lo decidíamos nosotras. Eran ellas quienes acudían a la congregación en busca de nuestra ayuda.

—Entonces ¿por qué encerrarlas como a animales? —le reprocha Julia señalando el pasillo oscuro que se abre tras la puerta.

La monja duda unos instantes.

—Porque algunas llegaban confundidas, no comprendían que lo decidido por sus familias era lo mejor para ellas. Cuando salían de aquí, nadie sabía siquiera que habían estado preñadas. Al contrario, habían estado en Lourdes realizando una labor loable que les regalaba los aplausos de la sociedad.

—Eran sus familias quienes decidían por ellas. No las propias embarazadas —aclara Julia.

Sor Teresa suspira con gesto condescendiente.

—¿Cómo iban a saber esas pobres chicas lo que les convenía? Si la mayoría no llegaba a la mayoría de edad. Pero, mira, con el paso de los años casi todas han regresado por aquí para darnos las gracias por lo que hicimos por ellas.

Julia abre la boca para contestar, pero Cestero se le adelanta.

—Ya habrá tiempo de aclarar todo esto. Tenemos a un asesino suelto y no podemos perder ni un segundo más —le recuerda dándole un afectuoso apretón en el brazo.

Julia asiente, avergonzada. Ha permitido que sus sentimientos relegaran el caso a un segundo plano. Trata de recuperar la iniciativa:

—¿Cuántas mujeres dieron a luz aquí en el setenta y nueve?

Esta vez Cestero dibuja una mueca de conformidad. Sor Teresa, sin embargo, se limita a sacudir la cabeza con expresión sombría.

—No lo recuerdo.

—¿Cuántas? —remarca la suboficial con tono autoritario.

La monja frunce los labios en un mohín de desprecio y encoge los hombros. Es desconcertante tanta entereza, tanta frialdad.

Julia aparta la mirada para intentar calmar la rabia creciente. Es una misión imposible, todo lo que ve a su alrededor le recuerda la injusticia que se llevó a cabo entre esas cuatro paredes. La mesa de partos, el fórceps, los bisturíes oxidados, las manchas de fluidos biológicos...

Aitor le da un afectuoso apretón en el hombro. Después se agacha junto a sor Teresa, apoya las manos en las rodillas de la monja y la mira fijamente a los ojos.

—Por favor, hermana. El asesino del Tulipán las está matando. Una a una, vidas robadas por haber cometido el discutible pecado de haber dado a luz en esta sala. Con Charo Etxebeste son cuatro las mujeres muertas. Ayúdenos a salvar al resto. Necesitamos saber quiénes eran para poder salvarles la vida. Por favor.

La anciana aprieta los labios, traga saliva con dificultad y se santigua. Después abre la boca para contestar.

—Ese año nacieron ocho bebés.

*30 de octubre de 2018, martes*

Los adoquines de la única calle de Pasai San Juan están mojados. La lluvia, que cae sin ganas aunque también sin tregua, les brinda una melancólica pátina que refleja la luz de las farolas. No se ve un alma por la calle, solo algunos vecinos que bajan la basura o se recogen tras terminar la jornada. Lo habitual en una húmeda noche de otoño.

Cestero camina en silencio, sin apresurarse. Lo hace de manera inconsciente, como si tratara de retrasar en lo posible el encuentro con una realidad que ha odiado desde que tiene uso de razón.

Su padre, Mariano, no es de los que pegan. No, sus malos tratos son más sutiles, pero no por ello menos dolorosos. En su caso todo se basa en la palabra, y no solo en las que suelta a través de esos labios que a menudo parecen creados por el mismísimo diablo, sino en las que calla. Sus silencios son tan dañinos como la más brutal de las palizas, sobre todo cuando llegan después de una retahíla de amenazas, extorsiones y desprecios.

Cestero no lo soporta. ¿Cuántas veces, de niña, deseó que muriera, que se marchara un día y regresara solo en forma de una fría llamada que anunciara que un accidente le había arrebatado la vida? ¿Cuántas veces le ha insistido a su madre para que se atreviera a denunciarlo, o, al menos, se divorciara de ese monstruo que la estaba enterrando en vida?

Y ahora, de pronto, ha ocurrido. Mari Feli, su madre, ha dado el paso de divorciarse. ¿Cuál habrá sido la gota que ha colmado el vaso? Poco importa, mientras haya servido para terminar para siempre con una relación destructiva, basada en roles enfermos, heredados por la sociedad desde la noche de los tiempos.

—Hasta luego, Ane. —Es un vecino que sale de un portal con su caña de pescar, uno de tantos *arrantzales* que lanzan el sedal desde el camino de Puntas hasta bien entrada la madrugada.

—Buena pesca, Inazio —le desea la ertzaina. Es una mera cortesía. Sabe que no le importa volver a casa de vacío, lo importante, para él y para cualquiera de los otros, es pasar unas horas a solas con un mar al que aman.

Al contrario de lo que Cestero ha imaginado toda su vida, no se siente feliz mientras camina al encuentro de su madre. Tantos años aguardando a que algo así ocurriera y ahora se siente perdida. Los recuerdos de las broncas en casa aporrear con crueldad los tímpanos de su memoria. El dolor ha regresado en los escasos ochenta kilómetros que ha recorrido en coche desde Gernika. La impotencia también. Con veinticuatro años se marchó de casa, hastiada de defender a una madre colmada de humillaciones que, sin embargo, no quería oír hablar de denunciar los malos tratos, y menos aún de separarse de él.

Me ha prometido que no volverá a jugarse el dinero. Tu padre no es un mal hombre, pero tiene un pronto muy malo...

Cestero se cansó de escuchar siempre las mismas excusas cada vez que Mariano malgastaba en la tragaperras el dinero con el que Mari Feli tenía que pagar la comida o la escuela de sus hijos. Y las regatas, las malditas regatas de traineras... ¿Cuánto dinero habrá tirado por la borda en apuestas a favor de la embarcación rosa, la de San Juan?

Y ahora, cinco años después de aquel día en que la ertzaina decidió dar la espalda a todo y mudarse, todo aquello regresa de nuevo. Esta vez parece que la puerta se ha abierto para cerrarse de una vez por todas, pero antes habrá que sacar demasiadas bolsas cargadas de reproches, culpas y otras basuras del alma. Con las maletas de Mariano en la puerta no se acaba todo. Ojalá, pero no es así; nunca lo es.

Ha llegado a casa de sus padres. Pulsa el timbre. La puerta se abre y la sonrisa que se dibuja al otro lado del umbral tarda apenas unos segundos en disiparse.

—Hija... —dice su madre fundiéndose en un abrazo con ella. Es una mujer menuda, Cestero ha heredado sus genes. Por lo menos en lo referido a la altura —. Te quiero, cariño.

Cestero traga saliva. No se siente cómoda, y el darse cuenta de ello la incomoda aún más. La zanja que las divide, esa que se ha ido haciendo más profunda cuanto más insistía la ertzaina para que Mari Feli dejara a su marido maltratador, está demasiado abierta. Les queda un largo trabajo por delante, un trabajo que tal vez nunca puedan completar. Los efectos de los malos tratos no se diluyen por arte de magia cuando se elimina el problema, sino que

perduran, muchísimo tiempo, como el hedor de la basura cuando el camión ya ha pasado a recogerla. La ertzaina lo sabe. Lo ve demasiado a menudo en su trabajo y es algo que le rompe el corazón.

—Yo también te quiero, *ama* —admite Cestero estrechando con fuerza a su madre—. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha pegado?

Mari Feli niega con la cabeza sin alzar la vista del suelo. Su rostro muestra una gran tristeza y un poso de vergüenza que irrita a Cestero. Es la misma expresión que ve una y otra vez en las mujeres víctimas de malos tratos. Lo peor de esos monstruos que anulan a sus mujeres es que logran que ellas se sientan culpables de lo que les está ocurriendo.

—Se lo ha jugado todo. Quería irme a Sevilla de puente con unas amigas... He ido a echar mano de los ahorros que me dejó tu abuelo cuando murió y la cuenta estaba vacía.

—Pero ese dinero estaba solo a tu nombre, era una herencia. ¿Cómo ha podido hacerlo? Deberíamos denunciarlo.

Su madre suspira y alza la mirada. Apenas un par de tímidos segundos, porque enseguida vuelve a apartarla rumbo al suelo.

—Tu padre tenía firma. Le autoricé en el banco por si algún día me pasaba algo. Si te mueres, todo son complicaciones para los tuyos, y no quería daros dolores de cabeza.

Ahora es Cestero quien suspira, o más bien resopla, furiosa.

—Pues mira ahora... Menuda idea...

Mari Feli se hace aún más pequeña tras escuchar el reproche de su hija. Cestero se regaña para sus adentros. No es momento de echar en cara los errores, sino de arrimar el hombro. Su madre ha decidido por fin divorciarse y necesita su apoyo. Y si está en Pasaia esta noche es precisamente para ayudarle en los primeros pasos sin su marido.

—No te avergüences, *ama*. Nos podía haber ocurrido a cualquiera —se obliga a decir la ertzaina. En realidad no lo siente así. ¿Cuántas veces ha caído su madre en el mismo error, cuántas veces le ha robado su padre el dinero ganado con el sudor de su frente, cuántas ha hecho que se sienta la única culpable después de encontrar sus cuentas o su cartera vacías?

—Me prometió que había dejado el juego. Parecía que esta vez hablaba en serio.

«Una vez más», se dice Cestero.

Hoy, sin embargo, consigue no expresarlo en voz alta. Es lo último que

necesita oír Mari Feli en esos momentos.

—Has dado un paso valiente —celebra la ertzaina tomando las manos de su madre.

—Antes tenía que haberlo dado —se lamenta la mujer.

—Lo has dado cuando has estado preparada —asegura Cestero.

¿Es realmente así? ¿Está preparada Mari Feli para enfrentarse a un divorcio? La ertzaina no las tiene todas consigo, no tiene más que ver su gesto derrotado. Va a necesitar que sus hijos estén con ella.

—¿Dónde se ha metido Andoni? —pregunta Ane al reparar en que su hermano no está en casa.

—Ha quedado para cenar con unos amigos.

Cestero se muerde la punta de la lengua para no soltar lo primero que se le pasa por la cabeza. Tendrá que juntarse con Andoni y hablar con él seriamente. No es momento para esconder la cabeza bajo el suelo, como un avestruz. Ella con la edad de su hermano, diecinueve años, ya se enfrentaba a su padre cuando se pasaba de la raya. Y no era precisamente agradable, pero alguien tenía que hacerlo.

—Debería estar aquí, contigo.

—No le culpes —le disculpa Mari Feli.

—No hace falta que lo protejas tanto, ya no es un crío —espetea Cestero. Ha sido incapaz de morderse la lengua a tiempo.

Su madre esboza una sonrisa de circunstancias y asiente levemente. Ane sabe que es solo una careta. Andoni será siempre su niño. Fue en él en quien volcó toda su atención cuando las humillaciones comenzaron a hacerse insoportables. Claro, era poco más que un bebé y Mari Feli buscó en sus diminutos brazos el calor que su marido le negaba. Tal vez por eso Cestero creció deprisa, una hermana mayor que cubría el vacío que dejaba un padre más preocupado por buscar excusas a sus deudas de juego que por sus hijos.

—Siento tanto haberos fallado... —se disculpa su madre. La mirada se aparta, avergonzada, y cae una vez más hacia el suelo.

Ane niega con rabia. Conoce demasiado bien esa reacción. La ve cada vez que una mujer pasa por comisaría a denunciar maltrato. Rara es la víctima que acude la primera vez que su pareja la desprecia o le levanta la mano. Para cuando lo hacen suele ser demasiado tarde y para entonces la autoestima ha sufrido heridas difíciles de cicatrizar.

—Tú no has fallado a nadie. ¡A nadie! —le dice abrazándola con fuerza.

Su madre se aparta enseguida.

—¿Qué te preparo para cenar? ¿Quieres una tortilla? —inquire con voz temblorosa.

—Nada. No he venido a darte trabajo. Ya me haré yo algo.

—¿Sabes qué tendrías que hacer? Bajarte a dar una vuelta y tomarte unos pintxos con tus amigas. Así te olvidas un poco de todo, que entre mis problemas y lo de Gernika debes de estar muerta.

—Qué va —miente Cestero—. Yo me quedo aquí, contigo.

—Vete, de verdad. Yo estoy bien, cansada. Me iré a la cama ahora mismo. ¿Qué vas a hacer aquí sola? Haz el favor de airearte un rato.

Ane mira la hora. Tal vez Mari Feli tenga razón.

—¿Estás segura?

—Claro, hija. Desconecta un poco de todo. Haz el favor.

Cestero se lo agradece. Le vendrá bien ver un rato a las amigas.

—Dormiré contigo, eso sí —anuncia antes de dirigirse a la puerta.

—No hace falta. Estoy bien. Puedes irte a tu casa tranquilamente.

La ertzaina no contesta. Dormirá en casa de su madre, eso no admite discusión alguna. Y no lo hará para que Mari Feli se sienta segura; no, lo hará porque le da miedo su padre. Teme que pueda aparecer en mitad de la noche para vengarse por haberle puesto las maletas en la puerta.

*30 de octubre de 2018, martes*

Julia deja caer la ropa en la cama. Ha sido un día duro. Si creía que el remolino de sentimientos desatado por el regreso de Txema iba a ser el mayor torpedo contra su línea de flotación, estaba muy equivocada. Lo de hoy ha sido demoledor. Necesita su abrazo con el mar más que ninguna otra noche. ¿Cómo puede haber cambiado tanto su vida en solo unas horas? Se siente traicionada, herida en lo más profundo de su amor propio. Ha vivido casi cuarenta años en una mentira.

¿Por qué la abandonaron sus padres biológicos?

Es consciente de que tal vez jamás logre dar respuesta a esa pregunta. Y eso duele. Necesitaría comprender.

¿Qué son esos papeles que asoman del bolsillo trasero de sus vaqueros?

Todavía no ha terminado de desdoblarlos cuando lo recuerda: esa Biblia en una de las celdas. Son varias cuartillas cuidadosamente dobladas para ser ocultadas de la mirada escrutadora de sus carceleras.

Las palabras se amontonan en las hojas, que el tiempo ha vuelto amarillas. La letra es pequeña, pero redonda y hermosa. En algunos puntos se adivinan lágrimas derramadas sobre el escrito, gotas irregulares que emborronan la tinta y complican la lectura.

Con la certeza de que lo que se dispone a leer le resultará doloroso, Julia se sienta en la cama y lleva la vista a la primera línea. El aire fresco que se cuele por la ventana abierta eriza su piel desnuda, pero nada de eso importa en cuanto sus ojos comienzan a recorrer las palabras.

*Otro día que se escapa entre estas paredes tan tristes. ¿Cuánto tiempo se puede aguantar sin ver el sol? Hoy esa monja de rostro arrugado me ha prometido que mañana me dejarán salir al jardín. Cuento las horas para poder hacerlo y sé que tú también. Por fin un poco de aire puro, algo de espacio donde poder caminar sin chocar constantemente contra una pared desnuda y fría.*

*¿Merecemos este castigo? ¿Qué pecado tan terrible he cometido? ¿Y tú? ¿Cuál es tu culpa?*

*Solo amar; amar y soñar con alguien que ahora está muy lejos. Me desgarran el corazón saber que quizá nunca volveré a abrazarlo.*

*No soy la única en esta prisión. Escucho llorar y lamentarse a otras chicas en las celdas de al lado. Ellas también me oirán a mí. Pero cuando cierro los ojos y consigo aislarme, solo te escucho a ti, mi única alegría, la fuerza para poder aguantar esta reclusión.*

*Tengo miedo de lo que pasará cuando llegues. Esa monja de ojos muy claros, esa a quien las otras religiosas llaman madre, me dijo que pronto podré regresar a casa sin mi problema.*

*La odio. No soporto su mirada de desprecio ni sus comentarios acerca de la debilidad de la carne. ¿Qué importa si soy demasiado joven para tenerte? ¿Por qué mis padres han decidido someterme a tanto sufrimiento?*

*Ya noto tus movimientos. Ya no eres solo un pececito en mi vientre. Estás ahí, me acaricias por dentro, me regalas tus ánimos cuando más los necesito. Y, al sentirte, se me dibuja en la mente el rostro de tu padre. Qué maravillosos meses pasamos juntos. Tan intensos que los recordaré toda mi vida. Nunca había querido tanto a nadie. Regresó a su país antes de que pudiera contarle que tú existías. Le habría hecho ilusión saberlo, estoy segura. Y esa certeza de que de algún modo está conmigo me ayuda a seguir adelante.*

*30 de octubre de 2018, martes*

El Itsaspe está más vacío que de costumbre y tampoco quedan apenas platos de pintxos en la barra. Cestero mira el reloj que cuelga entre las botellas de licor. Son más de las diez de la noche, el invierno está a las puertas y llueve. Si coges todos esos ingredientes y los mezclas en una coctelera el resultado es que la gente no se dilata tanto en los bares al regresar del trabajo.

La mujer que pierde sus monedas en la tragaperras le hace pensar en su padre. ¿Dónde estará? Seguro que algún amigo le ha abierto las puertas de su casa. Juan Mari, ese abogado tan amante del vino, está separado desde hace años. No sería extraño que haya recurrido a él.

—Cuántos días sin verte, Ane. ¿Una caña? —la saluda la joven de pelo rapado que atiende la barra.

—Mejor un botellín. Y un bocadillo de tortilla de bonito, por favor.

—Tengo la cocina cerrada. Queda lo que ves en la barra —se disculpa la camarera quitando la chapa a la cerveza.

Cestero se fija en los pintxos. No hay gran variedad, pero será suficiente. Un mini de bonito con anchoas y un pedazo de tortilla de patata le distraerán el estómago.

Da un trago del botellín y recorre el bar con la mirada. La de la tragaperras sigue ahí, y seguirá hasta que se le acabe el último céntimo. Es una habitual. ¿Cuántas veces, de niña, vio a su padre en idéntica situación y aguardó avergonzada a que se le agotaran las monedas para que le hiciera caso?

Dos chicos de escasos veinte años están apoyados en la pared del fondo. La saludan con un leve gesto que ella devuelve. Están liándose un porro. Como ertzaina debería impedirlo, pero no es su guerra. Que hagan lo que quieran mientras no molesten a nadie. Solo hay otro hombre más en el bar, uno que está sentado frente a la barra y que trata de ligar con la camarera sin querer percatarse de que no tiene nada que rascar. La diferencia de edad y de estilo

es abismal, aunque el cliente es de esos que interpretan que una chica con aspecto alternativo, piercings y tatuajes es una chica fácil. No cejará en su empeño hasta que la joven le dé alguna respuesta cortante, y quizá ni siquiera así se dé por vencido. Cestero lo sabe demasiado bien porque ha tenido que soportarlo en alguna ocasión.

Todavía tiene el móvil en la mano. Ha estado intentando hablar con Raúl desde que vio que también Charo llevaba un tatuaje. Le ha costado. El tatuador está aprovechando sus días libres para bucear. Ha reconocido la rosa que adornaba la piel de Araceli. La dibujó él hace ya bastantes años, igual que la flor de loto de Natalia. Sobre el diente de león de Charo no puede ni descartar ni confirmar que haya salido de su estudio. Cestero resopla. La respuesta no le satisface y además ha tenido la impresión de que se ponía a la defensiva ante sus preguntas.

—Creía que tenías para más días por Urdaibai —oye a su espalda. Es Olaia.

—Sí, sí. Mañana vuelvo para allá —aclara la ertzaina dándole un abrazo—. Gracias por bajar.

—Solo faltaba. ¿Cómo estás?

—Yo bien. Mi madre, bastante tocada, pero a la larga le irá mucho mejor.

—Claro que sí. Ya era hora, tía. ¿Y cómo ha sido? ¿Lo ha echado de casa? —inquieta su amiga haciendo un gesto a la camarera para que le sirva un botellín como el de Cestero.

—Algo así. Se había gastado una pasta. Es que mi madre no aprende, después de todo lo que ha pasado va y lo añade como cotitular en una cuenta que heredó de mis abuelos. ¡Ese dinero era suyo!

—No la culpes. Tú sabes mejor que yo cómo son estas cosas. Los adictos son los mayores manipuladores.

Cestero agradece la calidez de la mano de Olaia en la espalda. Siente que la ayuda a calmarse.

—Ha llamado a una amiga suya abogada y está moviendo los trámites para el divorcio.

—Pues genial. Ha sido fuerte. Si va a enfrentarse a los trámites que se le vienen encima, es mejor que haya sido ella quien dé el paso sin que nadie la haya empujado a hacerlo.

Cestero da un trago, pensativa.

—Ojalá lo hubiera hecho antes. Tantos años de calvario, ¿para qué?

—No tiene que ser fácil —apunta su amiga. Su mano se mueve arriba y abajo por la espalda de la ertzaina.

—No, claro que no lo es. Estamos todos tocados de la cabeza por su culpa —confiesa Cestero—. El otro día perdí los papeles. Pegué a un detenido. Creía que había matado a su mujer.

—Joder, vaya locura. Deberías buscarte otro curro.

Cestero ni siquiera se plantea algo así. Tampoco es la primera vez que sus amigas se lo sugieren.

—Cuando me ponen delante a algún maltratador se me va de las manos. Me recuerdan demasiado a mi padre. Me lo tomo como algo personal. —Un profundo suspiro se cuela entre sus lamentaciones—. Soy policía, no puedo permitirme perder los nervios así.

La puerta del bar se abre y deja colarse la fresca brisa nocturna. Cestero siente que se le hace un nudo en la garganta. Le ha ocurrido siempre que ha tenido que enfrentarse a él. Saber que la razón está de su parte nunca es suficiente. Tal vez porque se trata de luchar contra argumentos irracionales, con los que resulta imposible el diálogo. Solo queda aparcar la razón y ponerse a su nivel o darse la vuelta.

—Estarás contenta... Es culpa tuya. Le has calentado la cabeza. Llevas años haciéndolo. Ni que fuera yo un monstruo. ¿Que alguna vez juego? ¿Y qué? ¿Quién no lo hace? —Su padre escupe rabia con cada palabra. Está furioso y, como siempre, ha encontrado fuera a la culpable. Es víctima de una confabulación, en ningún caso de sus malas prácticas ni de su adicción al juego. Y lo peor de todo es que cree, a pies juntillas, en su propia versión de los hechos.

Cestero abre la boca para decir que lo grave no es comprar de vez en cuando un décimo de la lotería, o poner unas equis en la quiniela, sino que cualquier juego de azar sea capaz de hacerte empeñar lo que no tienes. Dejar a tu familia sin poder pagar la comida por jugarte hasta el último céntimo es injustificable. Eso solo tiene un nombre: ludopatía.

—Tienes un problema, *aita* —resume.

—Por supuesto que lo tengo. Tú eres mi problema. Y todo por haber dejado embarazada a tu madre. En mala hora me la tiré esa noche de fiesta.

No es la primera vez que Cestero tiene que oír algo así de su boca. La mano de Olaia estrecha con fuerza el brazo de la ertzaina.

—Eres... Eres... —Cestero no encuentra palabras para expresar lo que

siente. Impotencia, vacío, asco, tristeza... Demasiados sentimientos agolpados en una garganta pugnando por salir a la superficie—. Busca ayuda, *aita*. Búscala o acabarás mal.

Mariano suelta una risa amarga.

—Búscala tú. Yo no la necesito. Sabes dónde voy a vivir ahora, ¿no? —inquire con una mueca de desprecio. Cestero lo comprende en el acto, y las palabras de su padre se lo confirman—. En tu piso. Mejor dicho, en el piso de tu abuela, que era mi madre. Así que vete buscándote otro sitio, que ahí solo cabemos tu hermano y yo.

Cestero aprieta los puños. Lo odia. La rabia le anega los ojos, pero no piensa regalarle a su padre ni una sola lágrima.

—Vámonos, Ane. —Olaia tira de su brazo.

La ertzaina se resiste. Quiere reprocharle tantas cosas a ese hombre que siente como un desconocido. Tiene tantas cuentas pendientes con él. ¿Y de qué serviría? Su mirada recalca en el resto de clientes. Asisten a la discusión, alguno con más disimulo que otros. No quiere seguir alimentando el morbo, ni convertirse en protagonista de los chascarrillos del día siguiente.

—Eres un mierda —escupe con tanta impotencia como indignación.

Después se gira y acompaña a Olaia al exterior. El halo tembloroso que se dibuja alrededor de cada una de las farolas de esa plaza asomada al Cantábrico la obliga a llevarse las manos a los ojos para secarse las lágrimas.

—No le hagas caso. Estaba bebido —trata de animarla Olaia, acompañándola hasta la orilla del mar.

—Es un capullo. ¿Es que no piensa dejarnos nunca en paz? —Ahora Cestero llora sin cortapisas.

—Vente conmigo a mi casa. Tengo sitio de sobra —le ofrece su amiga. El abrazo que le da es reconfortante, aunque no suficiente para calmar el torbellino de sentimientos en el que se ha convertido la ertzaina.

—No puedo. Dormiré en casa de mi madre. No me fio, lo mismo aparece en mitad de la noche dando voces y amenazas. No sería la primera vez. De cría llegué a dormir con un cuchillo bajo la almohada. Me daba miedo que nos hiciera algo en plena noche.

Olaia la estrecha aún más entre sus brazos. ¡Qué bien huele siempre Olaia, como a ropa limpia recién tendida!

—Claro. Cuida a tu *ama*. Te va a necesitar al principio. Que sienta que

estáis con ella, que no la dejáis de lado. Pero después vente a casa conmigo. A las dos nos vendrá bien una compañera de piso.

Cestero dirige la mirada hacia el balcón del piso de su abuela, en el que ha vivido sus mejores años. La trémula luz azulada tras los cristales delata el televisor encendido. No necesita estrujarse las neuronas para imaginar a su hermano tirado en el sofá, rodeado de amigos y cajas vacías de pizza. Solo falta su padre para que la escena sea demoledora. ¿Cómo ha podido irse todo al traste en tan poco tiempo?

—Ya me alquilaré algo. No quiero ser un engorro para nadie —admite con un hilo de voz.

Olaia la sujeta por los hombros y la sacude para que la mire a los ojos.

—¡No digas tonterías, Ane! Vivo en una casa de ochenta metros, lista para acoger a una familia entera. Me harás un favor si te vienes conmigo. ¿Con quién mejor que con tu amiga para compartir piso?

Olaia lleva tiempo viviendo sola, casi tanto como Cestero. Cuando Elisa y ella alquilaron la casa años atrás no imaginaban que su relación fuera a ser tan tormentosa. Los celos de su pareja, que no soportaba verla cerca de otras mujeres, convirtieron el día a día en una pesadilla que acabó cuando Elisa hizo las maletas para no volver jamás.

—Tú lo que quieres es hacerme cenar cada noche esas ensaladas tan raras que te preparas con tus algas y semillas —bromea Cestero.

Su amiga se echa a reír.

—Te prometo que te dejaré cenar lo que quieras. Y, si lo prefieres, me pasaré a la carne. Lo que sea con tal de que te vengas conmigo. Y no creas que hay dobles intenciones, eh, que no me gusta mezclar amistad y amoríos.

La ertzaina esboza una sonrisa sincera. Amigas como Olaia hacen que merezca la pena seguir adelante.

*31 de octubre de 2018, miércoles*

El Cantábrico está agitado. Las olas, que el sol naciente baña con un cálido barniz rojizo, cabalgan en un orden casi militar hacia los arenales que se extienden al pie del cabo de Ogoño. En su camino se interponen los diques del puerto de Mundaka y otros obstáculos naturales contra los que rompen con la furia de quien lleva millones de años tratando de abrirse paso. Santa Catalina, la ermita y punta del mismo nombre, es el más expuesto de todos esos salientes. Aquí la espuma blanca de las rompientes salta hasta acariciar las paredes del templo, guardián solitario de la costa a esas horas tan tempranas.

Julia no ha elegido el lugar al azar. Quiere estar lejos de todo, y necesita más que nunca la cercanía del mar.

—*Egun on*, madrugadora —la saluda Cestero cerrando la puerta del Clio y bajando los escasos escalones de piedra hacia la plazuela de tierra donde se asienta la ermita—. Menudo sitio. Es espectacular.

—Perdona que te haya despertado tan pronto —la recibe Julia. Hace casi dos horas, todavía noche cerrada, que ha llamado a la suboficial. Le duele en el alma la decisión que ha tomado, pero sabe que es la correcta.

Cestero le pasa la mano por la espalda y la apoya en su hombro.

—Tranquila, no estaba dormida. No he tenido una noche muy fácil... Cuéntame. Espero que no sea lo que me estoy imaginando.

Una gaviota protesta desde una roca cercana. Le contesta airadamente otra desde lo alto de la ermita.

Julia llena sus pulmones con el aire impregnado de salitre. ¿Qué haría sin la fuerza y la serenidad que le brinda el océano?

—Voy a dejar el caso.

Ya está, ya lo ha dicho. Pensaba que le iba a costar más soltarlo.

Cestero resopla con la mirada perdida en el horizonte.

—No puedo permitirlo. Eres muy buena, Julia. Me encanta trabajar contigo,

me apoyo mucho en ti —confiesa.

—Pero no puedo seguir. Lo sabes mejor que yo. El reglamento... —insiste Julia. No esperaba que su jefa se lo pusiera tan difícil—. Tengo un vínculo personal con el caso, podrían incluso invalidarse pruebas obtenidas por mí.

La suboficial continúa unos instantes con la vista fija en el mar. Después asiente casi imperceptiblemente y se vuelve hacia Julia.

—¿Cuándo quieres dejarlo?

—Ahora mismo.

La expresión que se dibuja en el rostro de Cestero lo dice todo.

—La unidad no será la misma sin ti.

—Os arreglaréis bien, ya lo verás. Te enviarán a alguien mejor que yo, alguien que no esté involucrado personalmente.

—Pues cuatro mujeres asesinadas de las ocho que parieron en aquella sala en un mismo año no deja lugar a demasiadas dudas. Descuida, no es ninguna obsesión personal tuya. Es el hilo del que tirar.

Un velero asoma tras la isla de Izaro y oculta por unos instantes la plataforma de extracción de gas que se dibuja cerca del horizonte. Julia lo observa con una punzada de melancolía. Cuando era niña siempre aseguraba que algún día daría la vuelta al mundo en uno como ese, igual que Julio Villar en su *Mistral*. Sin embargo, los años desnudan el calendario a una velocidad de vértigo y su ilusión comienza a desvanecerse en el olvido. Hacía meses que no la recordaba. Su renacimiento tal vez sea una señal.

—Las monjas... —piensa en voz alta—. ¿Por qué alguien quiere silenciar para siempre a las mujeres que fueron obligadas a dejar a sus bebés en el convento?

Cestero mueve afirmativamente la cabeza.

—Esa es exactamente la pregunta con la que tenemos que trabajar, la que pensaba plantearos esta mañana al llegar a comisaría.

—Se me ocurren tantas posibilidades...

—Empieza —le pide Cestero buscando la última hoja escrita en su libreta.

—Alguna de las parejas a las que les fuimos vendidos los bebés tiene miedo de que la madre biológica del crío denuncie lo ocurrido —apunta Julia.

—¿Tantos años después? —objeta Cestero arrugando la nariz. A pesar de ello, lo apunta en la libreta—. Más.

—Las monjas se asustan tras el robo del listado. Temen que alguna de las

madres reales esté intentando localizar a su hija y quieren evitar a toda costa que se sepa lo que ocurría en el convento.

Cestero toma nota.

—En esta me falla el robo en el convento. No olvidemos que alguien se llevó supuestamente la hoja del año que nos concierne. Algo así no es casualidad, tiene vinculación con los crímenes —advierde levantando la vista del cuaderno.

Julia reconoce que tiene razón. No había contado con ello. De todos modos, están dando por hecho algo de lo que no existe prueba alguna.

—¿Y si no hubo tal robo? ¿Y si no es más que un intento de hacernos mirar hacia fuera de la congregación? —sugiere.

La suboficial observa el mar en silencio. Digiere una hipótesis que parece convencerla.

—¿Me dejas añadir otra visión? Uno de los hijos robados quiere acabar con su madre biológica. ¿El motivo? Ni idea, eso se me escapa. A la pregunta de por qué no ir directamente a por ella creo que podrás responder tú misma.

—Tiene un listado de las madres a las que fueron robados sus hijos el año en que nació, pero no puede saber quién es la suya.

—Igual que tú.

Esta vez Julia sacude la cabeza.

—No; igual que yo, no. Quien entró a robar al convento tendrá el listado completo en el anuario. A nosotras nos faltan nombres. Juega con ventaja. Pero no me convence tampoco. ¿Por qué asesinaría alguien a su madre biológica cuando ni siquiera la conoce?

Cestero se encoge de hombros.

—Eso habrá que preguntárselo a Silvia. El análisis psicológico lo dejo para ella. —Garabatea algo en la libreta y alza la mirada hacia su compañera—. ¿Más hipótesis?

Julia niega con la cabeza.

—En realidad podríamos tirarnos aquí hasta mañana. Estamos bastante perdidas.

—No. —La negativa de la suboficial es contundente—. Tenemos muchas claves. Solo nos queda unir las piezas del rompecabezas.

—Y mientras lo hacemos el asesino podría matar de nuevo —apunta Julia. Siente en su barriga el cosquilleo de la angustia. Su madre biológica está en el

centro de una macabra diana. Podría morir en cualquier momento, y eso si no se encuentra ya entre las mujeres que han sido asesinadas.

—Es tu móvil, ¿no? —pregunta Cestero.

Julia se lleva la mano al bolsillo de los vaqueros. Tan temprano solo puede ser de comisaría. No, se equivoca. Además, su jefa está con ella. Es su padre. La foto en el mensaje de wasap lo muestra sonriente junto a la hoguera de San Juan, nada que ver con el hombre roto por la tristeza del que se despidió la víspera.

*Perdónanos, hija. Te echamos de menos.*

Cestero lee la turbación en el rostro de su compañera. Le da unos segundos para que vuelva a guardarse el móvil sin escribir respuesta alguna. Después la coge por los brazos y la obliga a mirarla a los ojos.

—¿Tú cómo te encuentras?

Julia es incapaz de mantenerle la mirada. Sabe que va a romper a llorar en cualquier momento.

—No sé. Estoy tan cansada que no puedo ni pensar.

Cestero la sacude afectuosamente hasta que sus miradas vuelven a fundirse.

—Vamos a detenerlo antes de que vuelva a matar. Y pronto conocerás a tu madre biológica. Sana y salva —le asegura.

Julia intenta defenderse. Lo de su madre es secundario. Lo importante para ella es que no haya más muertes, sea quien sea la víctima. Odia darse cuenta de que por mucho que lo repita no logra creérselo.

—Tengo una misión que encomendarte —anuncia Cestero.

—Ya no trabajo en el caso, no lo olvides.

—Lo sé. Es mi última orden y no admitiré réplica alguna —le advierte su jefa, muy seria—. Coge tu tabla y vete a hacer surf. No se te ocurra aparecer por comisaría antes de las diez de la mañana.

Julia abre la boca para protestar, pero Cestero se le adelanta.

—¿Quién manda aquí? Haz el favor de desconectar. No puedes seguir así o te pasará una factura que te costará pagar. Venga, vete a coger unas olas y después te permitiré dejar el caso.

Julia sonríe. Le gusta trabajar con Cestero. Sin tener tiempo a musitar un agradecimiento se ve rodeada por los brazos de su jefa. Le corresponde.

Necesitaba el calor de alguien. Apenas son unos segundos, pero es suficiente para darse cuenta de que no está sola.

*Octubre de 2000*

Gran Sol se convirtió en mi refugio; el mar y los temporales, en algo parecido a unos amigos. Allí podía perderla de vista durante semanas enteras. Su presencia lograba arrasar mi estado de ánimo y socavar mi autoestima. No precisaba de espejos para comprobar que en el mar mi cara dejaba de ser triste. Lejos de ella podía ser realmente yo.

—Quién te iba a decir que te acostumbrarías a estas tormentas —comentó Marcial mientras recogíamos la largada. Estaba entrando suficiente merluza para mantener alta la moral a bordo.

Las olas azotaban el casco con crudeza. El *Virgen de Begoña* se inclinaba a un lado y a otro con violencia. Tras tantas mareas sabía que algo así era normal en plena marejada, pero no es agradable la sensación de estar en todo momento a punto naufragar.

No me había acostumbrado, ni lo haría jamás. En los dos últimos años había perdido a dos compañeros de tripulación en tempestades como aquella. Eran las víctimas más cercanas, pero el caladero se había cobrado más vidas, como las de los quince marineros de un pesquero gallego que se había ido a pique semanas atrás.

—Solo he aprendido que el miedo no sirve de nada cuando estás a merced del mar —aseguré.

Gran Sol era inhumano. Contaba los días para poder dejarlo atrás para siempre. Lo que no sabía el operador de radio era que vivir con mi madre era todavía mucho peor. Y tampoco conocía mis planes. Aquella era mi última marea. Cuando regresáramos a puerto me despediría para siempre de la vida en alta mar. Tenía lo que necesitaba. Día tras día, semana tras semana, había ido haciendo acopio de su cianamida. No había resultado difícil cambiarle por agua el contenido de su frasco. Seguro que le hubiera hecho ilusión saber que había esquivado su adicción con un mero placebo. Entretanto yo había

acumulado en mi taquilla las dosis suficientes para poder acabar lentamente con la vida de una persona.

Y eso era precisamente lo que me disponía a realizar.

*31 de octubre de 2018, miércoles*

La puerta metálica de la comisaría de Gernika pesa esa mañana más de lo habitual. También el aire parece más viciado que de costumbre. A pesar de ello, Cestero se obliga a sonreír al ertzaina que custodia la entrada, y se dirige al departamento de Investigación.

—*Egun on* —saluda a quienes lo ocupan.

En primera fila se hallan los hombres de su equipo: Txema y Aitor. Los tres agentes de refuerzo se encuentran más atrás, igual que otros cuatro ertzainas de las unidades propias de la comisaría. Cada uno ante su ordenador, trabajando en sus respectivos casos. Entre ellos está Raúl, que le guiña un ojo sin apartarse el teléfono de la oreja.

Cestero recorre la sala con la mirada. Se le hace difícil imaginar a Julia sentada en esas filas traseras, trabajando en algún otro caso. La va a echar de menos en su grupo, y no poco precisamente.

—Llegas tarde —le reprocha Txema mostrándole el reloj—. Una hora y tres minutos, exactamente.

—Lo siento. Problemas familiares —trata de excusarse Cestero.

—Tienes la cabeza en otro sitio —sentencia Txema—. ¿Por qué no te planteas tomarte unos días libres para solucionar tus asuntos?

Cestero trata de dar rápidamente con una respuesta satisfactoria. No lo consigue. Su compañero tiene razón. Lo de sus padres no podría haber llegado en un momento peor.

—Perdón. He pasado la noche en Pasaia y he calculado mal el tiempo. Había un control de la Guardia Civil en el peaje de Durango... Ya sabes la retención que se forma...

—Igual no era el mejor día para irte a tu pueblo, ¿no? Tendríamos que trabajar día y noche hasta dar con las mujeres en peligro.

—Era una emergencia —apunta la suboficial. De buena gana lo mandaría a

la mierda, pero sabe que sería un error. El reproche de su compañero está fundamentado.

—Julia tampoco ha aparecido. ¿No sabes nada de ella?

—Sí, deja el caso.

—¿Un cupón? —inquire una voz a su espalda.

Cestero aprieta los dientes y cierra los ojos para tratar de frenar la irritación.

—No.

—Hoy tengo de los que tocan —insiste Crespo.

La suboficial se gira furiosa hacia él. Está tentada de soltarle un sermón sobre el daño que el juego hace a la sociedad, cuando la sonrisa del hombre desarma su ímpetu.

—No, gracias —musita como única respuesta.

El vendedor de cupones pasa de largo hacia las mesas del fondo. Un agente le compra dos números, uno para el día y otro para el sorteo del viernes. Charlan unos instantes sobre el partido del Athletic y se despiden.

—¿Nadie más? Ay, qué bien que vivís los polis, que no queréis haceros millonarios —bromea el repartidor de suerte alejándose por el pasillo.

Cestero se queda mirándolo hasta que una esquina le roba su visión. Después se vuelve hacia sus compañeros de equipo y niega con la cabeza.

—Ahora me diréis que esto es normal.

Txema chasquea la lengua.

—Por supuesto que no. Esta comisaría es una casa de citas. La culpa es de Olaizola, que permitió que esto sea así. No me gustaría ser el nuevo. Va a tener que cortar muchas alas.

—Venga ya, vosotros... —les llama Raúl desde las filas traseras—. No seáis tan duros. Estáis en una comisaría de pueblo. Aquí nunca pasa nada. ¿Por qué no iba a poder entrar el pobre Crespo a vender sus cupones? No hace daño a nadie.

—Venga, Raúl. No defiendas lo indefendible. Está accediendo a la Unidad de Investigación —argumenta Cestero. Da unos pasos y propina un manotazo a una pizarra blanca en la que hay garabateado un croquis con nombres y fechas de algún caso—. Aquí hay datos importantes, pruebas, conversaciones... No debería entrar cualquiera.

—Si no ve tres en un burro —defiende el tatuador.

Cestero resopla. No quiere perder más tiempo en una discusión a todas

luces absurda. Existen unas normas, y todos saben que nadie ajeno a la Ertzaintza puede pasearse por una comisaría.

—¿Tú no tenías libre toda la semana?

—Sí, he venido solo un momento. Tenía que terminar una cosa —explica Raúl señalando el ordenador.

La suboficial asiente. Incluso Raúl es capaz de sacrificar alguna vez su tiempo libre para rematar tareas pendientes.

—¿Empezamos? —inquire sentándose entre sus compañeros.

—¿De verdad va a dejar el caso? —pregunta Txema.

—¿Quién va a dejarlo? —interviene Silvia, que se suma en ese momento al grupo.

—Julia. Es lo que manda el reglamento. Es una faena, pero no queda otro remedio —resume Cestero antes de cambiar de tema—. ¿Cómo lo lleváis, habéis podido localizar a alguna de las mujeres de la lista?

Aitor despliega la carpeta sobre la mesa. El listado de las posibles niñas de Lourdes aparece hoy lleno de anotaciones al margen y tachaduras. Todavía no está completo, pero a ese ritmo no tardarán en tenerlas a todas.

—Antes quiero enseñaros algo —anuncia tendiéndole a Cestero un correo electrónico—. Hice llegar una muestra de los tulipanes a Aranzadi, la Sociedad de Ciencias. Hemos tenido suerte. Solo se dedican a la flora silvestre del País Vasco, pero hace años ayudaron a documentar una tesis sobre hibridación de tulipanes. Han conseguido identificar nuestra flor. Se trata de un híbrido surgido a partir de dos variedades. Una de ellas, la *Red Emperor*, una de las más apreciadas por los entendidos. —Aitor se detiene para darles tiempo a asimilar la información—. La creación de híbridos es una constante a lo largo de la historia de estas flores, y el mayor reto al que se enfrentan quienes los cultivan. Como imaginaréis, no es fácil conseguirlos.

La psicóloga toma algunas notas en su libreta.

—Vaya, que nuestro asesino juega a ser un pequeño dios. Lo mismo quita la vida que crea una nueva con intención de immortalizarse a sí mismo. Y atención a la variedad elegida para la hibridación: *Emperador Rojo*... Un megalómano en estado puro.

Txema suelta uno de sus chasquidos.

—Nos enfrentamos a un zumbado —sentencia con gesto de fastidio.

—Eso estaba claro desde el principio —señala Cestero, volviendo a bajar

la mirada hacia el documento que le ha entregado Aitor—. Aquí también habla de los tiempos, ¿no?

—Sí. Creo que puedo haber dado con el motivo que le hizo cambiar el patrón temporal de sus crímenes. El primero, el de la procesión, tuvo lugar tres meses antes del segundo asesinato. Los dos siguientes se han producido con una cadencia de cuatro y seis días respectivamente. ¿Por qué? —Aitor hace una pausa para mostrarles un gráfico—. Tuvo algún problema con su plantación que le impidió continuar con su plan. Los tulipanes se le echaron a perder, y ha necesitado estos meses para que le florecieran unos nuevos.

—Sin tulipanes no tenía firma —apunta Silvia—. Es capaz de planificar sus movimientos con frialdad. Seguro que sabe perfectamente cuándo volverá a golpear, y lo hará antes de quedarse sin flores.

—¿De cuánto tiempo dispone? —pregunta Cestero.

—Una vez desarrollado, el tulipán se mantiene vivo entre dos y tres semanas.

Cestero consulta el calendario.

—Así que en los próximos diez días podría haber más muertes —deduce ante un Aitor que asiente con gesto hastiado—. Tenemos que ser más rápidos que ese cabrón. ¿Nos ponemos con el listado?

Aitor explica que no ha conseguido dar todavía con las cuatro mujeres restantes. No es fácil. Solo disponen de los nombres y apellidos de los padres y madres que dejaron en el convento a sus hijas para que las monjas les quitaran un problema que no querían en su familia. Los nombres de las niñas de Lourdes y su localización actual son un misterio que resolver a partir de esos datos. Y de una de ellas ni siquiera disponen de esa información. Tal vez su familia no pagara nunca o tal vez la carta fuera pasto de las llamas antes de que pudieran salvarla.

—No puede ser tan difícil —indica Txema.

—Lo es —se defiende Aitor—. ¿Sabes cuántas personas se apellidan Goienetxe Sánchez en Bizkaia? Más de veinte. Y si nos da por salirnos del territorio, comienza a multiplicar.

—Hay que dar con los padres que las metieron en el convento. Ese parece el camino más fácil —propone Cestero.

Aitor tuerce el gesto.

—Ya lo he pensado, pero hablamos de personas que ahora tendrían entre ochenta y pico y cien años. Muchas ya no están. —Subraya un nombre en los

papeles—. Creo que he encontrado una: María Dolores Sánchez. Está interna en Oizpe, la residencia de ancianos de Munitibar. Noventa y dos años... Habría que intentar hablar con ella. Si estoy en lo correcto es la madre de una de las niñas de Lourdes.

Cestero asiente, orgullosa de su compañero. Seguro que ha pasado la noche en la comisaría cruzando todo tipo de datos. A meticuloso no le gana nadie.

—¿Vas tú, Txema? —pregunta la suboficial.

No hace falta respuesta. Es suficiente con ver su gesto de fastidio para comprender la escasa ilusión que le hace acudir a la residencia de ancianos.

—Vamos, cuanto antes lo hagas, antes podremos proteger a alguna de esas mujeres en peligro —insiste Cestero. Esta vez su tono no deja lugar a dudas: se trata de una orden.

Txema asiente muy serio. Se ajusta el nudo de la corbata y recoge su móvil de la mesa. Mientras se pone la americana dirige una mirada fulminante a Cestero, que no titubea para sostenérsela. No piensa permitir que ponga en duda su liderazgo.

—No es mal tío —dice Aitor una vez que su compañero ha desaparecido.

—Yo no he dicho tal cosa —protesta Cestero.

Aitor le apoya una mano en el hombro.

—¿Me dejas que te diga algo? —dice bajando la voz—. Ni soy ni quiero ser jefe, pero llevo más años que tú aguantando a superiores de todos los estilos. ¿Y sabes? Creo que puedes llegar a ser la mejor, pero que todavía tienes que aprender.

Cestero siente un nudo en el estómago. ¿Le está diciendo que no sabe hacerlo? Viniendo de alguien como Aitor Goenaga el tirón de orejas es doloroso.

—¿Recuerdas cuando Madrazo nos mandaba hacer las cosas sin darnos explicaciones de nada? Cestero, vete aquí; Aitor, tú allá. ¿Cómo te sentías?

—Mal —reconoce la suboficial.

—Pues intenta ponerte en el papel del otro. Txema está dolido porque tenéis la misma graduación y los de arriba te han elegido a ti para comandar el equipo. Trátalo con más tacto.

—¿Y por qué tendrían que haberlo elegido a él? Es un machista.

—No creo que sea un problema de machismo. El tío viene de la Interpol y se cree más preparado que tú. Eso es todo.

—¿Y qué tengo que hacer, que elija él lo que quiere hacer en todo

momento? Este interrogatorio me apetece, este no...

Aitor estrecha aún más la mano que apoya en su hombro.

—No... Pero cambia el planteamiento, Ane —le sugiere—. «Txema, ¿qué te parece si vas tú a ver a la anciana? Seguro que con tu experiencia eres más capaz que ninguno de sacarle la información que necesitamos.»

Cestero cierra los párpados y asiente. Aitor tiene razón. Siempre la tiene cuando se trata de relaciones humanas. Dirigir un grupo no es solo dar órdenes, sino saber cómo darlas.

Está cansada. El madrugón para desplazarse desde Pasaia no le ha sentado bien. Además, el olor a café que flota en la sala le genera una desagradable sensación de dependencia. Ella también necesitaría uno.

—Dame un segundo —se disculpa abandonando la sala.

No llega a dar cuatro pasos por el pasillo cuando recuerda que no hay cafetera en aquella comisaría. Y no piensa llamar al bar para que se lo traigan, claro. Tendrá que tomar un refresco de cola. No, ahora que lo piensa, ha subido un café en un vaso de papel. No recuerda haberlo terminado. ¿Dónde lo ha dejado? Sí, junto a su ordenador, igual que el bolso.

Antes de volver a su sitio pasa por el lavabo. Abre el grifo de agua fría y se enjuaga la cara una y otra vez.

Cuando regresa a la sala de Investigación sucede algo extraño. Los agentes, que charlaban animadamente y hasta se reían mientras la suboficial avanzaba por el pasillo, se callan en seco. Algunos la observan de reojo, otros fingen estar escribiendo algún informe o consultando un expediente. Cestero se siente como una profesora entrando en un aula donde los estudiantes acaban de hacer algo prohibido.

—¿Qué os pasa a vosotros? —pregunta con tono de pocos amigos.

Aitor gira su ordenador para que Cestero pueda verlo.

—Esto.

La suboficial se agacha para leer en la pantalla.

## TIEMPO PARA EL AMOR EN EL EQUIPO INVESTIGADOR

Urdaibai amanece un día más consternado por la muerte violenta de tres vecinas de la comarca, cuatro si contamos la víctima fallecida en Galicia, y cinco si tenemos en cuenta la religiosa fallecida en el convento. Hasta el momento, la única detención relacionada con el caso es precisamente la de una monja de clausura que fuentes judiciales descartan

que se trate del bautizado como «asesino del Tulipán». Los escasos avances policiales están contribuyendo a que el pánico se adueñe de Gernika y sus alrededores.

Entretanto, mientras los vecinos contienen el aliento sin saber quién ni cuándo será la siguiente víctima, en el equipo investigador encuentran tiempo para pasear junto al mar. La fotografía que acompaña estas líneas ha sido tomada esta mañana junto a la ermita de Santa Catalina y muestra a dos agentes del grupo expresándose su amor. Quizá a todos nos fuera mejor si dejaran su romance para más adelante y dedicaran su tiempo a atender al clamor de todo un país que precisa que el asesino del Tulipán no vuelva a actuar jamás.

—¿Quién ha publicado esta mierda? —explota Cestero en cuanto se reconoce en la imagen que ilustra el artículo.

Está tan furiosa que no repara en que Raúl se acaba de acercar por detrás.

—Ostras... ¿Esas no sois Julia y tú? —pregunta el tatuador señalando la pantalla—. Qué bien os lo montáis, ¿no?

Cestero lo fulmina con la mirada. Se oye alguna risa contenida.

—No nos estábamos morreando. La foto está sacada a traición. Solo la estaba tratando de animar.

Raúl observa de nuevo la imagen.

—Pues ya podrías animarme a mí así —añade bajando la voz.

La suboficial abre la boca para protestar. Claro que no se han besado. Solo le ha dado un abrazo, pero el fotógrafo ha disparado la cámara en el momento preciso para lograr una instantánea engañosa.

—Vete a la mierda. —Es lo único que alcanza a decir. No piensa seguir justificándose.

—Bueno, tampoco te pongas así...

—Es el blog de Radio Gernika, el mismo que publicó las fotos de Julia haciendo surf —apunta el agente que le ha mostrado la noticia.

Cestero resopla.

—Ese hijo de... —espeta—. Vamos a detenerlo. ¿No está prohibido publicar imágenes de policías?

—No parece que estuvierais en acto de servicio —interviene Raúl.

—Da igual. En ese caso es difamación, falta al honor... Por algún lado podremos pillarlo —argumenta Cestero con una punzada de impotencia. Sabe que va a ser difícil.

—El tío se pasa las mañanas alimentando el pánico —interviene otro policía—. Cada vez que las cosas se tuercen logra incorporar oyentes a su

programa. Está consiguiendo récords de audiencia con este asunto. Eso sí que debería estar prohibido.

—Habría que filtrar que estamos investigándolo como sospechoso — propone alguien.

Cestero se dice que tiene razón. Bastante complicado es todo como para permitir a un periodista enfangar aún más la situación.

No tiene tiempo de tomar una decisión porque su móvil empieza a sonar. Se lleva la mano al bolsillo y echa un vistazo a la pantalla.

Es del laboratorio.

Los demás la observan intrigados al reparar en su gesto de incomodidad.

—Un momento —les pide dirigiéndose a la sala de interrogatorios. Allí podrá hablar sin que nadie asista a la conversación.

El teléfono insiste mientras ella inspira hondo. Teme que no le gustará nada lo que está punto de escuchar.

*31 de octubre de 2018, miércoles*

La corriente arrastra ría abajo el barco de papel. Lo hace lentamente, con la suavidad de una caricia. Apenas se siente la brisa. Llega del mar, remontando el estuario, en dirección contraria a la corriente. De vez en cuando sopla más fuerte, y entonces el avance del frágil esquife se frena. A veces incluso retrocede unos metros. Solo unos pocos antes de volver a encaminarse hacia el mar.

No llegará hasta el Cantábrico, ni mucho menos.

La ofrenda continúa su rumbo incierto. Ha dejado atrás el último de los embarcaderos de Murueta y gira levemente hacia el centro del estuario, alejándose de la orilla. Los tulipanes asoman sobre la borda, ofrecen una nota de color al cielo gris y las nieblas que envuelven la ría. Del mismo tono triste eran también las cenizas que hace solo un par de horas han sido vertidas desde el más largo de los muelles de madera. Solo ha podido asistir a la ceremonia desde el visor de los prismáticos, pero el llanto de sus allegados todavía le conmueve. Dicen que Charo era una buena mujer. Tal vez ahora lo fuera. No siempre fue así.

Una pareja de patos se acerca a curiosear. La hembra, más menuda y nerviosa, aproxima el pico al barco y lo picotea. Una de las flores cae al agua, flota desvalida. Las demás todavía aguantan a bordo, aunque el pequeño transbordador amenaza con zozobrar. No aguantará más embestidas.

—¡Eh, fuera de ahí! ¡Vamos, fuera! —espanta a los patos, enfatizando sus palabras con palmadas.

Las aves se asustan. Se lanzan a un ruidoso vuelo rasante sobre el agua y desaparecen tras unos carrizos.

El blanco del papel se ha ido oscureciendo a medida que el agua lo empapaba. Ya es casi gris, apenas se mantiene a flote. No tardará en irse a pique.

Una piragua pasa muy cerca de la orilla. Es amarilla, otra pincelada de color. La remera es de las que no saludan. Lleva auriculares y solo se preocupa por avanzar a buen ritmo, ajena a la belleza que la rodea. Es lo que ocurre a menudo cuando el entrenamiento se convierte en una rutina.

Su paso dibuja una estela, una uve que va creciendo a medida que las ondas se pierden en la distancia. Su encuentro con el barco de papel resulta mortal. Incapaz de superar la marejada, el efímero carguero vuelca y ve como sus pliegues se deshacen. La hoja vuelve a ser solo un pedazo de papel. Los tulipanes se alejan de ella. Cada uno en una dirección, hacia donde los caprichos de la corriente decide arrastrarlos.

La campana de una iglesia lejana llama a misa. Los carrizos responden agitándose bajo una ráfaga de viento. El frío le hace estremecerse. Se sube la cremallera de la cazadora hasta arriba.

No hay tiempo que perder. Van demasiado deprisa, le pisan los talones y no puede permitir que arruinen su obra antes de que la culmine. La tristeza le humedece los ojos, la rabia le agarrota el estómago.

Los tulipanes han desaparecido de la vista. Introduce las manos en los bolsillos y se aleja del embarcadero.

Es hora de ir en busca de la siguiente.

*31 de octubre de 2018, miércoles*

Las gotas de lluvia rompen en su rostro y acarician sus pechos con delicadeza. Es una sensación agradable. El Cantábrico está frío esta noche. No hay luna, o más bien sí la hay, aunque nubes densas la ocultan y derraman unas lágrimas gruesas que rompen la armonía de un mar tranquilo como una balsa de aceite. No serían las mejores condiciones para el surf, pero lo son para recuperar la paz que los últimos sucesos le han arrebatado.

La mente de Julia es un océano de dudas. Se siente culpable por haberles hecho daño a sus padres adoptivos. Ellos solo quisieron lo mejor para ella y le brindaron una vida y un cariño que difícilmente hubieran podido ser mejores en cualquier otra familia. Sin pretenderlo, además, le han enseñado algo que necesitaba en este preciso momento vital: la maternidad, consanguínea o no, es maternidad. Tal vez algún día tenga las cosas más claras respecto a lo que quiere, y entonces, si la naturaleza no se pone de su lado, podrá querer a un hijo, venga de donde venga. No hay por qué tener prisa.

Txema se cuele también en sus pensamientos. Desde que ha decidido dejar el caso han sido varios los mensajes que su compañero le ha enviado al móvil. Quiere hablar con ella, animarla, acompañarla en un momento tan complicado. Le ha propuesto cenar juntos, dar una vuelta... Pero no, no se siente preparada para volver a verlo fuera del trabajo. No quiere oír de nuevo sus disculpas. La comida en el casino de Mundaka todavía le remueve demasiado los sentimientos y prefiere estar sola.

Abre los ojos. Respira hondo. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo la muerta en medio del mar? El frío, que se extiende poco a poco por todo su cuerpo, le indica que demasiado. Tiene que regresar. Las luces de Mundaka se ven cercanas, también la silueta de la iglesia de Santa María. No se ha alejado demasiado. De pronto algo la sobresalta: hay luz tras la ventana de su dormitorio. No recordaba haberla dejado encendida. A veces le ocurre. Tras

la aparición de aquel mensaje en la puerta de su salón, sin embargo, algo así le produce desazón.

—No ha entrado nadie —se dice en voz alta, tratando de tranquilizarse.

Sus palabras no obran ningún efecto balsámico. Su mirada está fija en esa ventana, intenta ver a través de la cortina si hay alguien dentro.

«¿Qué te está pasando? Cálmate. Es solo una luz que has olvidado apagar —se regaña, ahora para sus adentros—. Estás fuera del caso, no permitas que afecte a tu vida.»

No, claro que no es solo un caso. Esta vez es mucho más. Alguien está matando a mujeres que podrían ser su madre biológica. Natalia, Araceli, Charo... ¿Y si alguna de las víctimas fuera la mujer que la trajo al mundo en aquella fría sala blanca del convento?

Se muerde el interior del carrillo izquierdo. No quiere ni planteárselo. Tiene tantas preguntas que hacerle a una madre a la que no llegó a conocer... O no tantas, en realidad. Todas desembocan en una sola: ¿la quería?

Las brazadas la acercan a la costa lentamente. No quiere profanar la calma de un mar que solo la lluvia se atreve a herir, aunque no de gravedad. ¿O quizá nade tan despacio para no llegar jamás a una casa donde teme que haya algún intruso?

Odia sentirse así; odia sentirse observada, odia descubrirse mirando fotos de las víctimas en busca de parecidos consigo misma. Está cansada de todo y teme que todavía quede lo peor por delante.

Por más que trata de averiguar el móvil de los crímenes no logra hacerlo. Está segura de que sor Teresa calla alguna información que podría conducirlos al asesino. Esa monja guarda las llaves del caso. Lástima que ni siquiera su detención la haya obligado a confesar. Es dura como una piedra, fría como un témpano de hielo. Los de la Científica han encontrado en la almohada restos de su piel que la incriminarían en el fallecimiento de la abadesa. La autopsia ha certificado además que la muerte se produjo por una asfixia provocada.

Ha llegado a la costa. Su casa se levanta a pocos metros. Solo unas escaleras labradas en la roca la separan de ella y de esa luz que ha perturbado su baño nocturno. La brisa de la noche la hace estremecerse en cuanto su cuerpo pierde el abrazo del mar. Sube los escalones temblando. La puerta corredera está cerrada sin seguro alguno, exactamente igual que cualquier otra noche. Todavía no ha tenido tiempo de instalar una cerradura.

La felpa del albornoz le ofrece rápidamente un calor que no alcanza su

interior. Esa luz tras la ventana pesa demasiado en su estado de ánimo. Está asustada, no quiere reconocerlo pero tiene miedo.

El salón está a oscuras. Siempre lo está cuando regresa de nadar, y jamás hasta esa noche ha sentido las tenazas del pánico ante la necesidad de atravesar la estancia para pulsar el interruptor. No lo hace. Se queda a medio camino, abre el cajón donde guarda su arma y se dirige al pasillo. La claridad del dormitorio se cuela al fondo.

«La has dejado encendida. Eso es todo», se repite una vez más.

Es en balde. No va a calmarse, no hasta que no inspeccione toda la casa.

Y, de repente, el timbre de la puerta. Un nuevo sobresalto. No es tarde, no deben de ser aún las ocho de la tarde, pero no espera visitas.

El cosquilleo en el estómago se hace más agudo. La mano que sujeta la pistola se tensa sobre la empuñadura. El dedo índice acaricia el gatillo. Los segundos discurren despacio, muy despacio, y los latidos del corazón le golpean las sienes.

Con movimientos silenciosos, Julia llega hasta la puerta. Acerca el ojo a la mirilla. Frunce el ceño. ¿Qué hace ahí a esas horas? Es una visita extraña. Sin embargo, siente que todos sus músculos se distienden al reconocer a su compañera.

—Hola —saluda abriendo la puerta. Antes ha pulsado el interruptor de la luz.

—Caray, sí que te proteges de tus visitas —comenta Cestero fijándose en el arma que sostiene en su mano derecha.

Julia dibuja una mueca de circunstancias.

—Me has pillado por sorpresa. Me iba a la ducha —trata de justificarse.

Cestero asiente. Su rostro está empapado, igual que su cabello, que ha perdido buena parte de sus rizos y cae aplacado sobre sus hombros. La chaqueta vaquera, poco apropiada para un chaparrón como el que está cayendo, también chorrea sobre el felpudo.

—¿Permites pasar a tu amante o piensas dejarme aquí toda la noche? —pregunta la suboficial con una mueca divertida.

—Claro, perdona. —Julia se hace a un lado para abrirle paso, aunque no puede evitar una mirada hacia la calle. No hay nadie a la vista.

—¿Qué tal está el agua?

—Bien, un poco fresca, pero se agradece. —Julia no se extiende en detalles. Sabe que no es más que una pregunta de cortesía. Cestero no ha ido

hasta su casa en plena noche para interesarse por la temperatura del mar—. Dame un minuto, te traeré algo para cambiarte.

—No te preocupes, no es nada.

Julia no la escucha. Solo piensa en seguir con la inspección del piso cuanto antes. La primera parada es su dormitorio. La pistola le da cierta confianza, aunque no tanta como saber que Cestero está con ella.

Mira bajo la cama, tras la cortina... No hay nadie.

Suspira aliviada.

El cuarto de baño, la habitación de invitados, la cocina... Todo está en orden. No ha entrado nadie. Su mente lucha entre celebrarlo o lamentarse por haberse obsesionado en balde.

Al fin y al cabo no es ella quien está en peligro, sino la mujer que la trajo al mundo, si es que no está ya muerta como las otras.

Regresa al salón con una sudadera de la federación vasca de surf.

—A ver si te va bien —dice entregándosela a Cestero—. ¿Quieres una cerveza? Creo que tengo alguna fría.

—No, no. Luego tengo que conducir.

—Por eso que no sea. Puedes quedarte a dormir, si quieres.

Cestero niega con la cabeza mientras se despoja de la chaqueta.

—Solo nos faltaba eso. ¿Te imaginas al cabrón ese de Radio Gernika? Carnaza de la buena...

Su risa contagia una sonrisa en Julia, que se imagina el titular y resopla.

—Es un capullo. Ahora que ya no formo parte del grupo no creo que pueda seguir por ahí.

La suboficial se sienta en el sofá de cuero blanco. Julia, a su lado. Está helada. Necesita la ducha caliente que le ayuda cada noche a recuperar la temperatura corporal tras el baño de mar. Podría pedir a Cestero que la esperara unos minutos, pero está demasiado intrigada por la visita.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Ane.

—Estoy bien —argumenta Julia, pero sus ojos no consiguen mentir.

Cestero la observa unos segundos en silencio. Después le tiende una carpeta blanca.

—Ninguna de las víctimas era tu madre.

—¿Cómo...? —balbucea Julia. Su voz tiembla, y ahora no es de frío.

—He pedido pruebas de maternidad a partir del ADN de las mujeres

asesinadas y el tuyo. Es todo extraoficial, pero creo que era lo mínimo que podía hacer por ti. Mereces saberlo.

Julia observa a su compañera a través de un velo de lágrimas. No es capaz de articular palabra.

—Gracias —musita finalmente.

—No tienes por qué dárme las. No podías seguir en vilo sin saber si estaba muerta o no. Espero que puedas encontrarla pronto.

—Y que sea con vida.

—Seguro que sí. No vamos a permitir ni un asesinato más. Aitor ha terminado de revisar la correspondencia del convento. Tenemos ocho parejas que pagaron por bebés en el setenta y nueve. —La suboficial se detiene un instante para aclararse la garganta—. Ocho bebés robados.

—Cuatro de sus madres han sido asesinadas. Quedan otras tantas por localizar. No va a ser fácil. Nos lleva demasiada ventaja —lamenta Julia.

—Pero ahora tenemos los nombres de sus familias. Solo precisamos cruzar esos datos con el censo y podremos protegerlas.

Julia vislumbra un destello de esperanza.

—¿Tenemos los nombres de todas ellas?

—De ellas no, pero sí de sus progenitores, que fueron quienes mantuvieron la correspondencia con el convento. Y también la dirección donde vivían en aquella época. Solo nos faltan los datos de una de ellas.

—¿Por qué?

—Solo siete de las familias de las niñas de Lourdes remitieron por carta su donativo al convento. De la octava no sabemos nada. Tal vez no pagaran, o tal vez lo hicieran en persona.

Julia traga saliva. Le repugna el lucrativo montaje de esas monjas, cobrando a ambas partes como si un recién nacido fuera una mera mercancía.

—Estás siendo muy fuerte. No tiene que ser nada fácil —apunta su jefa acercándole la mano a la mejilla. La reconfortante calidez de la caricia desconcierta a Julia, hace que se percate de lo sola que se ha sentido en los últimos días. El surf y sus chapuzones nocturnos la han ayudado a mantenerse a flote, pero la inmensidad del mar no puede reemplazar a una amiga. Y Cestero le acaba de demostrar que es eso, una amiga.

—¿Qué tal con tus padres? —inquire la suboficial, que titubea al pronunciar la última palabra—. Quiero decir...

—Sí, mis padres. Son mis padres —aclara Julia—. Están hechos polvo. He

pasado a verlos antes de venir. Ellos no tienen la culpa, solo querían tener hijos y la naturaleza se lo impedía. Hicieron lo que les dictaba el corazón y otros pusieron a su alcance.

Cestero asiente apretando los labios. Julia lee de nuevo orgullo en su mirada.

—Los has perdonado.

—Es que no tenía que haberme enfadado con ellos. No lo merecían. Hoy me han contado cómo fue todo. Es tal como suponíamos, les dijeron que nos habían abandonado. Que nadie quería hacerse cargo de nosotros. El día de nacimiento que figura en mi carnet de identidad y en el registro civil es en realidad el día de mi adopción. Las monjas falseaban los papeles. La monja, mejor dicho. Era la madre superiora, la misma que murió asesinada ayer, quien se ocupaba de todo.

—¿Y sor Teresa?

—Nunca habían oído hablar de ella. Debía de ser una más en el convento por aquel entonces. ¿Cuántos años tendría cuando me adoptaron?

—Veintidós o veintitrés —calcula Cestero rápidamente—. ¿Y tuvieron algún contacto con tu madre biológica?

Julia niega con la cabeza.

—Nunca. Ni siquiera supieron cuándo había nacido yo realmente. Mi madre calcula que debía de tener por lo menos un par de meses cuando me llevaron a casa.

—Tenían a aquellas chicas allí encerradas con los recién nacidos para que los amantaran en las primeras semanas y así poder vender bebés sanos y fuertes. —Cestero se cubre la boca con la mano—. Lo siento.

—No te disculpes. Es lo que hacían. Nos vendían. Lo peor de todo es que esas monjas quizá creyeran que hacían una buena acción.

Cestero resopla sin ocultar su indignación.

—Si al final va a resultar que se merecen que las beatifiquen —protesta mirando el reloj. Tiene que irse si no quiere llegar demasiado tarde a Pasaia—. Me voy. Te veo mañana.

—Quédate a cenar. Preparo algo rápido.

La suboficial está a punto de aceptar, lo lee en sus ojos. Una nueva mirada al reloj, sin embargo, la obliga a rechazar la invitación.

—Tengo que irme. Me aguarda una conversación a la que debería haberme enfrentado hace tiempo.

El timbre enmascara sus últimas palabras.

—¿No esperas a nadie? —inquire Cestero. Ha reparado en la mueca extrañada de Julia.

—No. Os habéis puesto todos de acuerdo —apunta la agente poniéndose en pie para dirigirse a la puerta. Los escasos pasos que la separan de ella dibujan en su mente el rostro de Txema. Teme que sea él, y desea con todas sus fuerzas estar equivocada. Lo último que puede permitirse en ese momento es echar más leña al fuego en el que hierven sus sentimientos.

—Sorpresa... —saluda Álvaro en cuanto se abre la puerta. Trae en la mano una bandeja de sushi—. Espero que no hayas cenado todavía.

Julia se hace a un lado para dejarle pasar.

—Estás empapado. ¿Cómo has venido, en moto? Mira, te presento a mi jefa, Ane Cestero. Él es Álvaro, el amigo del que te hablé que trabajaba en Facebook.

La suboficial se incorpora para dar dos besos al recién llegado.

—En realidad ya me iba —dice Cestero cogiendo la chaqueta.

Álvaro se disculpa con un gesto.

—No, no. De eso nada. Soy yo quien se marcha. No pretendía molestar. Solo estaba preocupado por Julia. Ya veo que está bien acompañada.

—Bueno, que os dejo a vuestro aire —insiste la suboficial—. Me espera una larga noche por delante.

Julia la acompaña a la salida y se funde con ella en un abrazo que se extiende durante más de un minuto.

—Gracias, muchísimas gracias, Ane —dice antes de verla perderse en la desapacible noche de Mundaka.

*31 de octubre de 2018, miércoles*

La trainera se acerca a buen ritmo. Al principio era apenas una sombra lejana, un ciempiés que caminaba con sus largas patas sobre la lámina de agua. Ahora va tomando forma. Las siluetas de las doce tripulantes se recortan al pie de una patrona que sostiene el timón. Sus instrucciones reverberan en una bocana vestida de la oscuridad de la noche.

—*Bat, bi. Bat, bi. Arraun, arraun...*

Cestero la contempla en silencio. En Pasaia no llueve, e incluso las estrellas se atreven a asomarse entre las nubes. Podría catalogarse como una noche hermosa de no ser porque no está sentada en ese embarcadero olvidado para disfrutar del paisaje. Su hermano se está retrasando, tampoco a él le apetecerá enfrentarse a la conversación que tienen pendiente.

—¡Venga, chicas, que a este paso nos van a ganar las de San Juan!

Las palabras de la patrona llegan claras cuando la trainera pasa junto al viejo muelle. Un brazo se levanta en la tercera fila y se agita en la oscuridad. Las farolas de la plaza cercana permiten a la ertzaina poner cara a la remera que la saluda tan efusivamente. Es Leire, Leire Altuna; la escritora prometida de Aitor Goenaga. Cestero dibuja una sonrisa sincera. Le alegra verla remando de nuevo. Parece que va recuperándose de la muerte del padre de su hija. ¿Qué habría sido de ella si la pequeña Sara y el propio Aitor no hubieran estado ahí para animarla a seguir adelante? Lo habría logrado. Seguro que sí, porque es una mujer fuerte, pero sacar la cabeza del agua le habría resultado todavía más doloroso.

El pensamiento vuela ahora hasta Urdaibai. Le preocupa Julia. Debe de ser difícil verse de pronto fuera de un caso que puede aclarar un pasaje crucial de su propia vida. Le gustaría poder hacer más por ella. Lo merece. Solo lleva un día fuera del equipo y ya ha tenido tiempo de sobra para echarla de menos. De

buena gana se habría quedado a cenar con ella. Le consuela saber que no la ha dejado sola. Le hará bien cenar con un amigo.

Casi sin darse cuenta ha comenzado a tararear una canción. No es la primera vez que le ocurre al pensar en su compañera. Coge el móvil y le escribe un mensaje en el que incluye un link para que la escuche:

*Ya nunca volveré a escuchar esta canción sin pensar en ti:*

### **Palabras para Julia – Los Suaves**

*Porque a pesar de los pesares tendrás amigos ;)*

La estructura de madera del embarcadero vibra. Unos pasos resuenan en los tablones. Cestero se vuelve y comprueba que Andoni se acerca.

—Vaya sitio has escogido. Ni que fuéramos una pareja de novios —se burla su hermano.

La ertzaina se ríe sin ganas. Ese muelle retorcido por el peso de los años fue escenario de sus primeras caladas a escondidas, mucho tiempo atrás. Ahora ni siquiera fuma. A espaldas de las casas de San Juan y enfrente a la orilla de San Pedro, siempre le ha ofrecido un rincón íntimo y apartado sin alejarse de casa.

—Aquí podremos estar tranquilos. Ya se montó bastante circo en el Itsaspe el otro día —apunta sin mayores explicaciones.

—Ayer todos lo comentaban. ¿Es verdad que le pegaste?

Cestero resopla. Odia esa faceta de los pueblos.

—¿Tú qué crees? ¿No conoces a la gente? Son unos exagerados. Tira una piedra al mar y dirán que has intentado hundir un carguero a cañonazos.

Su hermano se sienta junto a ella. El característico petardeo de la motora es lo único que rompe el silencio. Ninguno de los dos hermanos habla durante unos minutos. Se limitan a seguir con la mirada las idas y venidas del pequeño transbordador que cruza pasajeros de una orilla a otra de la bocana. Las casas de San Pedro, en la orilla de enfrente, les hablan de un día que se acaba. Se ve luz tras muchas ventanas. Es hora de retirarse a cenar, como también recuerdan los aromas que se cuelan hasta el embarcadero desde las cocinas de San Juan.

—¿Qué querías decirme? —inquire Andoni, llevándose un cigarrillo a los

labios. El resplandor anaranjado en su rostro acompaña la primera calada.

Cestero siente la tensión en los maxilares. Sabe que debe controlarse, no soltar las palabras con la rabia que las siente, o la escasa conexión entre ambos se habrá roto.

—¿Tú crees que es normal que tenga que volverme cada día desde Gernika para que la *ama* no duerma sola? No tienes nada que hacer en todo el día. ¿Tanto sacrificio te supone volverte unos días a su casa?

Ya está. Lo ha dicho a bocajarro. El tacto no es lo suyo. Cierra los ojos y se muerde el labio a la espera de la respuesta.

Su hermano resopla.

—Discutiríamos. No me deja en paz. Todo lo que hago le parece mal.

Cestero se gira hacia él.

—¿Crees que a tu edad yo no fumaba? Pues claro que lo hacía, y hasta algún que otro canuto de vez en cuando. Todos hemos sido rebeldes. Pero lo que no se me ocurría era encender un cigarrillo en casa. Ni con diecinueve ni con veintitrés años. Joder, es normal que la *ama* se disguste si lo haces. Ella solo quiere que su hijo no eche a perder su salud. —La ertzaina da una palmada en uno de los postes de madera que apoyan el embarcadero al fondo de la bocana —. Ni te imaginas la cantidad de veces que me vine aquí a fumar a escondidas.

—Tú también te fuiste de casa —le reprocha Andoni.

—Fue diferente. Me marché cansada de vivir en una dictadura del miedo, harta de que ella permitiera que nuestro padre la extorsionara y la insultara, harta de oírla llorar a escondidas y de insistirle, sin éxito, que denunciara sus malos tratos.

Andoni no responde al momento. El escaso oleaje que se cuele al interior de la bocana se traduce en un leve chapoteo al encontrarse con los cimientos de las casas cercanas, una banda sonora que en cualquier otra circunstancia habría resultado relajante.

—Está enfermo —apunta su hermano.

Cestero sigue con la mirada una chipironera que regresa a los muelles de la orilla de enfrente. Su motor apenas se oye, es un susurro apagado.

—Claro que está enfermo. Es un ludópata, y necesita una ayuda que no está dispuesto a pedir. Pero eso no le exime de culpa. Es un maltratador. ¿Sabes lo único que lamento? —inquiere la ertzaina arrancando una astilla del suelo. Su

hermano no responde, se limita a aguardar la respuesta—. No haber sido capaz de dar el paso de denunciar en comisaría lo que sucedía en nuestra casa.

—¿Por qué no lo has hecho?

Ane se encoge de hombros.

—Por respetarla. Quería que fuera ella quien se ganara su libertad. La *ama* le perdonó una y otra vez; humillaciones imperdonables que acababan en falso arrepentimiento. —Lo explica con una punzada de culpa, como si alguien le clavara con fuerza la astilla que se pasea entre sus dedos—. He hecho mal, muy mal. Si hay tantas mujeres muertas a manos de sus parejas es precisamente porque su entorno no da el paso de interponer la denuncia que las maltratadas son a menudo incapaces de llevar a cabo.

—El *aita* no la mataría. No es de esos.

—Ninguno es de esos hasta que de repente es demasiado tarde —objeta Cestero. Ha visto más finales tristes de los que jamás hubiera imaginado cuando decidió ser ertzaina.

Andoni vuelve a guardar silencio. Su rostro es serio, pensativo, la mirada perdida y los labios curvados en una mueca de dolor. No es el mismo que fuma porros tirado en el sofá. No, de pronto parece mayor. También él acabará creciendo demasiado rápido. Es la condena de los hijos de los maltratadores. No hay tiempo para la infancia, tampoco para la juventud, solo para una madurez para la que nadie los ha preparado.

—Iré a dormir con ella. Por lo menos hasta que regreses de Gernika —anuncia finalmente.

*1 de noviembre de 2018, jueves*

Es una casa sencilla de pescadores, una de las pocas que se asoman todavía al Cantábrico en los alrededores del puerto de Mundaka. La fachada necesita un enlucido, los desconchados afean el blanco radiante que tan bien conjunta con las ventanas pintadas de verde. La puerta es del mismo color, que seguramente será el del casco del barco de la familia, si es que tienen barco. Sí, una casa así no carecerá de él. Una chipironera, probablemente, porque en Mundaka no hay barcos mayores.

Julia siente la inquietud en el estómago. Su mano derecha acaricia el timbre sin decidirse a llamar. Los apellidos en el remite de la carta incautada a las monjas no dejan lugar a dudas: ahí dentro podría estar su madre biológica. Respira hondo, despacio, pero el nudo en la boca del estómago no se desliga.

«¿Me querías? ¿Me quisiste alguna vez? ¿Por qué me abandonaste?» Las preguntas se le acumulan. ¿Será capaz de expresarlas en voz alta?

El sonido del timbre rompe la quietud de la mañana. Es una llamada estridente, irritante incluso, que activa rápidamente unos pasos al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

Julia trata de identificar algún tono familiar en su voz. Es suave, algo ajada por los años pero agradable en todo caso. Preocupada, claro; no es habitual que llamen a la puerta cuando aún no han dado las ocho.

—Hola, Anabel. Soy Julia Lizardi. Me gustaría hablar un momento con usted, por favor.

—¿Julia...? —Se hace una pausa—. ¿Los días de fiesta también venís a vender? No necesito nada, gracias.

La ertzaina apoya la mano en el pomo. Está frío y húmedo por el rocío de la noche.

—Espere. Soy policía, solo quiero hacerle unas preguntas.

—¿Más preguntas? ¿No fue suficiente con lo que expliqué a tu compañero?

—Hay algunos detalles por aclarar. —Espera no repetir las preguntas que ya le habrán hecho Cestero o Aitor.

La mujer tarda en volver a hablar y la puerta sigue sin abrirse. Unos pasos delatan que se está alejando. La cortina tras la ventana más cercana se hace a un lado para mostrar un rostro que la estudia con desconfianza. Julia dibuja una sonrisa de cortesía y le muestra su identificación. Sabe que no debería hacerlo, esa no es una visita oficial, ha acudido a esa casa como algo personal. Es una mujer en busca de respuestas, y nada más.

Los pasos regresan al otro lado de la puerta y el mismo rostro de la ventana se muestra ahora sin la protección del cristal. Es una mujer menuda, de mirada cansada y menor edad de la esperada por Julia. ¿Cuántos años tendrá, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro...? No muchos más, desde luego.

—*Egun on*. Perdona mi desconfianza, pero estoy sola y una ya no puede fiarse de nadie —saluda recorriendo la calle con la mirada. Solo parece relajarse cuando se asegura de que nadie acompaña a la ertzaina—. ¿En qué puedo ayudarte?

Julia apenas puede hablar. Estudia cada facción, cada expresión, de esa mujer que podría ser su madre. No imaginaba así el encuentro. En realidad no lo imaginaba de ninguna manera, pero el presentarse como policía ha derribado unas barreras y ha levantado otras, las más humanas.

—¿Tuviste una hija en el convento de la plaza de los Fueros? —inquire Julia a bocajarro. No puede hacerlo de otra manera, le fallan las fuerzas para buscar fórmulas más aterciopeladas.

La mujer ha envejecido varios años en apenas unos segundos. Un pasado que probablemente ha luchado por enterrar toda su vida acaba de despertar y la zarandea con violencia.

—Pasa —indica haciéndose a un lado. Después comprueba que no hay nadie más a la vista antes de cerrar la puerta.

Un acogedor aroma a café recién hecho abraza a Julia en cuanto pone el primer pie dentro de la casa. La cocina se abre directamente al recibidor y la cafetera humea en la encimera.

—Ya os lo dije. A quien buscáis no es a mí, sino a mi hermana, Begoña —anuncia su anfitriona, que abre un armario y coge un sobre amarillo con fotografías antiguas—. Siéntate.

Una sensación extraña recorre la espina dorsal de la ertzaina. ¿Es

decepción por no haber dado todavía con su madre o alivio por retrasar el momento de las preguntas desgarradoras? De todo un poco, seguramente.

—Encontré estas fotos después de la visita del otro ertzaina. Me dejó muy tocada. Hacía años que no hablaba con nadie sobre Begoña.

—Necesitaría oír de nuevo la historia que le contó a mi compañero, por favor.

Anabel sirve dos cafés y se sienta a la mesa. Sus manos, temblorosas, buscan en el sobre y le entregan una foto de una chica joven, de poco más de quince años, que sonríe a cámara desde un columpio. Es Begoña. Después da un trago, suspira, y bebe por segunda vez. Julia está deseando saber más, pero respeta sus tiempos.

—Nuestra familia nunca volvió a ser la misma desde aquello —comienza a explicar. Su mirada está fija en el vaso de café, que no para de remover con una cucharilla que tintinea. Julia coge la foto, donde busca parecidos con el rostro que ve en el espejo cada mañana—. Me atrevería a decir que no volvimos a ser una familia. Las cicatrices no se cerraron jamás.

La ertzaina abre la boca para pedirle más detalles. ¿Qué ocurrió exactamente? ¿Dónde está su hermana? ¿La forzaron a desprenderse del bebé o fue ella quien lo decidió?

No llega a plantear ni una sola de las cuestiones. Algo le dice que es mejor dejar hablar a Anabel. Esa mujer necesita desahogarse y no hay mejor manera de obtener información que escuchar.

—Para mí, Begoña lo era todo. Tenía cuatro años más que yo. Imagínate lo que supone eso para una cría. Cuando desapareció yo tenía trece. Con ella se fue el espejo en el que me miraba. Te juro que odié a mis padres por todo aquello. Los odié con todas mis fuerzas.

¿Desaparecida? Julia no oye nada más, toda su atención se centra en esa palabra. ¿Begoña Larzabal Villa, la mujer que podría ser su madre, desaparecida? Recuerda las cartas que encontró escondidas en la Biblia del convento y se estremece.

—Eran otros tiempos. Nosotras éramos dos hermanas y tres hermanos —continúa Anabel después de más suspiros y nuevos tragos al café—. La diferencia era abismal. Ellos eran libres, nosotras no. Si Martín, Josean y José Mari podían entrar y salir de casa cuando querían, Begoña y yo teníamos que dar explicaciones de todo lo que hacíamos; si ellos podían ir con chicas a donde quisieran, nosotras teníamos que hacer poco menos que una instancia

para que nos permitieran ir con un amigo a dar un paseo. Ahora no podéis ni imaginar algo así. Otros tiempos... —Anabel sacude la cabeza con gesto resignado. Su mirada viaja lejos a través de la ventana, pero no mira esa chipironera que regresa a puerto. No, busca mucho más allá, en las nieblas de unos recuerdos que la obligan a apretar los labios en una mueca de dolor—. Y en ese mundo tan injusto con las mujeres, Begoña tuvo la mala suerte de quedarse embarazada. Lo demás lo puedes imaginar...

El puño que estrecha con saña la garganta de Julia no le permite tragar saliva. Por supuesto que imagina el calvario al que la vergüenza familiar sometió a su madre, porque ya no se plantea que la tal Begoña que le sonrío desde esa foto que tiene en la mano no lo sea. Su empatía con la situación que Anabel acaba de detallarle es tal que ni siquiera valora como opción que la mujer que la trajo al mundo pueda ser cualquiera de las otras tres a las que aún no ha conseguido localizar.

—La obligaron a abandonar a su bebé —musita la ertzaina tratando de resumir la situación.

—Nunca había visto a mi madre tan disgustada. No dejaba de llorar y repetir que Begoña había traído la vergüenza a nuestra casa. ¿Cómo nos iba a respetar la gente del pueblo si sus hijas se metían en la cama con el primero que pasaba? Fueron unas semanas muy duras. Y años, que si yo sigo sola es porque aquello me metió en la cabeza que los hombres eran el mismísimo demonio. Nunca he podido estar con uno sin recordar cómo uno de ellos le destrozó la vida a mi hermana.

Julia sopesa rebatirle, decirle que las culpables de la desgracia de Begoña fueron las monjas que le arrebataron a su bebé; ellas y la vergüenza de unos padres que jamás supieron ponerse en su lugar.

—¿Y tu padre?

Anabel se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—Él casi no estaba. Era capataz en una cantera de Markina y los turnos eran largos. Menudo disgusto se llevó con lo del embarazo... Begoña era su preferida. Fue un chasco muy gordo. Es que hay que entenderlo, las cosas no eran como ahora. Yo no culpo a mis padres, ya no, culpo a toda una sociedad atrasada que demonizaba a quienes se salían de los valores cristianos que lo gobernaban todo.

—¿Cómo puedo encontrar a tu hermana? —Julia no puede esperar más. El ritmo de la narración ha decaído y nada asegura que Anabel vaya a llegar por

si sola al puerto de las respuestas. No puede permitirse perder más tiempo. Mientras las dos toman café en esa mesa, el asesino podría estar llamando a la puerta de Begoña.

—Me encantaría saberlo. Ni siquiera sé si está viva. Treinta y ocho años llevo sin ninguna noticia de ella. No fue capaz de volver a casa. Seguro que nos odió a todos por abandonarla en aquel convento.

—¿Nunca ha tratado de ponerse en contacto contigo?

Anabel suspira. Su mirada vuelve a perderse a través de la ventana.

—Nunca. Mi hermano mayor intentó buscarla, fue incluso al programa de Lobatón. Hubo llamadas diciendo que la habían visto en Santander; otros la situaban en Ferrol, en Avilés... Todo en vano. Ya no guardo esperanzas de encontrarla. Igual se suicidó al poco de marcharse. Esa misma noche, quizá. O tal vez lo hizo más tarde... No sé si llegaría a superar algo así.

La decepción se abre paso a través del pecho de Julia. Necesita hablar con su madre, necesita conocerla y saber quién es.

—¿Tu hermana dio a luz a una niña?

Anabel aprieta los labios. Estira la mano hacia la cafetera y se sirve más líquido humeante en el vaso. Los recuerdos en los que rebusca son dolorosos, pero no se asoma lágrima alguna a sus ojos. Tal vez las haya derramado todas a lo largo de toda una vida.

—Nunca lo supimos. —La mujer hace una larga pausa, frunce el ceño y se gira hacia la ertzaina—. Pero ¿realmente es necesario todo esto? Ya se lo conté a tu compañero hace semanas.

Julia siente que todas las alarmas se disparan en su interior.

—¿Cuándo?

Anabel busca instintivamente la respuesta en el calendario de la pared, entrecierra los ojos y hace cálculos en voz baja.

—Hace dos meses, quizá. Sería poco antes de comer, porque me pilló calentándome el guiso. Era un ertzaina muy amable. Con ropa de calle, igual que tú. Yo pensaba que los policías siempre ibais con uniforme, pero ya veo que estaba equivocada.

El pulso de Julia se ha disparado. Hace dos meses ni ella ni ninguno de sus compañeros visitó a esa mujer. Y eso solo podía significar...

—¿Y estuvo aquí?

—En esa misma silla. Tomándose un café, igual que tú. —Anabel explica

los detalles sin reparar en el tono apremiante con el que la interroga de pronto Julia.

La ertzaina no pierde el tiempo. Marca el número de Cestero y aguarda con impaciencia a que responda. Los tonos de llamada se dilatan en exceso, tanto que está segura de que la llamada se extinguirá sin que su jefa la atienda.

—Vamos, Cestero. ¡Cógelo!

Nada. No hay respuesta. Tiene que hablar con alguien. Necesita a toda la comisaría en esa casa cuanto antes.

Con Txema tiene más suerte. Su teléfono solo suena dos veces antes de devolverle la voz del suboficial a través del auricular.

—Hola, Julia. Te he llamado varias veces... ¿Cómo te encuentras?

Julia no pierde el tiempo en formulismos. Por primera vez tienen a alguien que ha visto al asesino, y no solo eso, sino que tal vez puedan dar con sus huellas o restos biológicos en esa cocina.

—Escucha, Txema. Estoy en Mundaka. No hagas preguntas. Venid cuanto antes y envid a la Policía Científica. Ha estado aquí.

*1 de noviembre de 2018, jueves*

La aguja recorre lentamente su piel, trazando un dibujo que trata de adivinar con los ojos cerrados. Nunca habría imaginado que se dejaría tatuar algo a ciegas. No sabría decir por qué, pero se fía de Raúl. Solo le ha pedido que lo que haga para completar a Sugaar no resulte estridente.

—¿Duele? —inquire el tatuador.

Cestero sacude la cabeza. Se trata de un dolor moderado, más fácil de soportar que cuando le han tatuado otras zonas más sensibles. En cualquier caso, no es nada comparado con el desasosiego de la espera. Los de la Científica llevan horas buscando huellas y restos biológicos en casa de esa mujer de Mundaka. Ha pasado mucho tiempo y las posibilidades son muy reducidas. Por el momento solo han podido hallar un cabello que probablemente sea del asesino. Nada más. Ni siquiera el retrato robot que han logrado trazar parece concluyente, porque la señora está tan nerviosa que cambia su descripción continuamente. Ninguna de las composiciones que le han mostrado le resulta convincente.

¿Y ahora qué?

Faltan tres niñas de Lourdes por localizar. Tres. La cuarta, hermana de la mujer cuya casa están inspeccionando, lleva demasiados años desaparecida. Si el asesino se presentó allí preguntando por ella no dispondrá de más información que la Ertzaintza. Eso permite olvidarla por el momento y centrarse en la búsqueda de las tres restantes. Aitor coordina el grupo que coteja la correspondencia del convento con el censo y el registro civil. Seguro que no tarda en tener novedades.

—Todavía me cuesta creer que Julia haya actuado así esta mañana —apunta Raúl—. Es la mejor de nuestra comisaría. No la veo saltándose las normas.

—A saber qué haríamos nosotros si estuviéramos en su lugar.

—¿Y cómo lo ha hecho para dar con esa mujer antes que vosotros?

—Tiene el listado que elaboramos a partir de la correspondencia del convento —explica Cestero—. Ha tirado de bases de datos y de directorios, igual que está haciendo Aitor para localizar a esas familias. Súmale toda la noche en vela, un poco de suerte, y ya tienes la respuesta.

—Es muy buena. Llevo tiempo siendo su pareja y todavía logra sorprenderme —reconoce Raúl.

La piel de la nuca de Cestero se eriza al paso de la aguja. ¿Es dolor o placer lo que siente? El límite entre ambas sensaciones se desdibuja. La carne parece cobrar vida, retorciéndose, suplicando en un mudo aullido que despierta los sentidos.

—Te hicieron un buen trabajo. Suerte que se dejaron unos detalles para que yo pueda completarlo. Todavía no me has dicho dónde te lo hiciste —comenta Raúl continuando con su dibujo.

—Barcelona —susurra Cestero.

—¿Te tatuaron a Sugaar en Barcelona? ¿En serio? ¿Qué saben allí de mitología vasca?

—Le di yo la imagen que quería.

—Por eso parece un dragón más que una culebra... Ya sabía yo que no era de por aquí. Nadie de la zona tiene este estilo. Es realmente bueno.

—Buena —corrige la suboficial—. Era una chica. Tiene su estudio en Gracia, en una calle estrecha y con ambiente de pueblo. Te gustaría conocerla.

—¿Era guapa?

Cestero suelta una risa cómplice y niega con la cabeza. Raúl es incorregible. ¿O se trata solo de un papel bien interpretado?

—Mucho, aunque me dio la impresión de que yo tendría más probabilidades que tú.

—Y además con buen gusto... —sonríe el tatuador acariciándole el cuello con las yemas de los dedos—. Me encanta tu piel. ¿Te lo he dicho antes?

Cestero se deja hacer. Le gusta sentirlo tan cerca. Raúl sabe cómo mover las manos. A pesar de hacerlo con suavidad, le eriza la piel y le produce un estremecimiento.

—¿Te he dicho yo que me gustan tus manos? —susurra la ertzaina, todavía con los ojos cerrados. Sus labios se curvan en una sonrisa entreabierta. No sin esfuerzo, aplaca el deseo de girarse hacia él para reanudar el beso interrumpido en Ogoño.

El aliento cálido de Raúl se aproxima a su nuca, sus manos comienzan un

viaje hacia abajo. Acarician la espalda de la policía en un lento masaje sensual. El olor a tinta y desinfectante que flota en el local se magnifica en ese repentino imperio de los sentidos.

Las manos del tatuador regresan al rostro de Cestero. Se apoyan a ambos lados de él y obligan a la ertzaina a abrir los párpados.

—¡La diosa Mari! —exclama mirándose en el espejo—. ¡Está genial!

—Ya nunca te volverán a decir que es un dragón.

La dama de Anboto aparece tatuada con los cabellos sueltos, enredados en el lomo de Sugaar, de donde parten hacia el hombro de la suboficial. Es un trabajo delicado y con fuerza al mismo tiempo.

—El tono del cabello de la diosa lo he tomado prestado de tus ojos. ¿Te he dicho ya que me encantan? Tienen unas tonalidades increíbles. Parecen de miel.

—Mi piel, mis ojos... ¿Hay algo que no te guste? —inquire Cestero con tono burlón.

Raúl suelta una risita nasal. Su mirada habla de deseo.

—Me gustas toda tú —confiesa.

Sus labios se encuentran y se funden en un beso largo y húmedo. Él sabe a menta y tiene una boca cálida y experimentada. Tanto como sus manos, que caen hacia los pechos de Cestero y los liberan del sostén sin titubeo alguno. La ertzaina deja escapar un jadeo cuando Raúl la empuja contra la camilla y acerca los labios a sus pezones. Los piercings en forma de aro que los coronan reclaman la atención del tatuador, que juega con la lengua y los labios hasta que responden endureciéndose.

—¿Para esto querías hacerme un tatuaje? —pregunta Cestero entre jadeos. Siente calor ahí abajo, calor y humedad.

Raúl libera momentáneamente su boca y le sonríe con deseo.

—¿Tú qué crees?

La risa nerviosa de Ane cede el testigo a los gemidos cuando siente que el aliento de su amigo se acerca a su ombligo y continúa su rumbo descendente. La boca ha alcanzado su destino y Cestero le deja hacer mientras su mente se vacía de toda la tensión y su cuerpo se abandona al placer. La lengua y los labios que juegan con ella le están regalando uno de los mejores momentos que es capaz de recordar.

—Déjame a mí ahora —ruega la ertzaina entrecortadamente cogiéndolo por el pelo y obligándolo a mirarle a los ojos.

El tatuador la desafía con una mirada cargada de pasión mientras ella lo libera de la ropa. Después Cestero le mordisquea el cuello, el pecho y ese torso cincelado por la afición a la escalada. Antes de que sea capaz de seguir descendiendo, Raúl tira de ella hacia arriba y vuelven a fundirse en un largo beso.

—Te quiero encima —le pide su amigo con una mirada febril que anuncia que no aguanta más prolegómenos.

Cestero se ríe. De repente se encuentra a horcajadas sobre él. Sus caderas comienzan a agitarse, primero suavemente y después con un ritmo que se acelera por momentos. Gemidos, sudor, bocas que se devoran mutuamente, miradas de pasión...

—Mierda... —se lamenta Cestero. Su teléfono vibra sobre la mesa.

—No lo cojas.

La suboficial no le hace caso. De buena gana continuaría con lo que está haciendo, pero podría ser de comisaría. Tal vez haya novedades en la casa de Mundaka.

—Es mi hermano —anuncia con una punzada de inquietud—. Dime, Andoni.

Apenas tarda un segundo en oírse la voz que llega de Pasaia, aunque es tiempo suficiente para que por la mente de la ertzaina desfilen todos sus temores. ¿Qué ha ocurrido para que la llame, cuando nunca lo hace?

—Ane, ayer te prometí que me iría a vivir con ella mientras estuvieras en Gernika...

Cestero resopla. ¿La ha interrumpido para eso?

—Y hoy tienes plan —apunta contrariada.

—¿Cómo lo sabes? Hugo nos ha invitado a su casa. Da una fiesta y...

—Vale, vale. No me digas más, es suficiente. Ya iré yo.

Su hermano no tiene tiempo de pedirle que no se enfade, porque Cestero ha cortado la comunicación y regresa junto a Raúl, que aguarda tendido en la camilla.

—¿Por dónde íbamos?

*Ayer me dejaron pasear por el jardín. La primavera ya está aquí. Los tulipanes han florecido. Me quedé un rato contemplándolos. Tan frágiles, tan efímeros. La brisa los mecía y los hacía danzar.*

*Uno de ellos se quebró y me dejaron traerlo a la celda. Lo tengo delante de mí mientras escribo en este pupitre donde me obligan a pasar horas leyendo la Biblia. Me da pena verlo marchitarse, pero el rojo aún intenso de sus pétalos alegra este sombrío lugar donde los únicos colores son el gris de las paredes y el marrón de los muebles y crucifijos. Huele a nueces recién cogidas del árbol, es un aroma tan sutil que casi no se nota. Sus pétalos se han impregnado de la brisa del mar y ese olor me ayuda a volar lejos de aquí. Mi corazón hace una escala en esa plataforma de extracción de gas que tu padre levantó frente a nuestra costa para que siempre podamos recordarlo. Sin embargo, no me conformo con eso. Viajo más allá, hasta el otro lado del océano. América, la tierra de tu padre. ¿Te imaginas pasear juntas de la mano frente a la estatua de la Libertad? Pienso en tu mano diminuta y regordeta y se me escapan las lágrimas. Todavía no te conozco pero ya lo eres todo para mí.*

*Aquí están tus patadas. No te gusta que pase tantas horas sentada en este banco de madera. ¿O lo haces solo para recordarme que no estoy sola? No te preocupes. Sé que no lo estoy. No lograrán que pierda la esperanza.*

*1 de noviembre de 2018, jueves*

La llave entra a la primera en la cerradura. Apenas hay luz en el callejón, nunca la ha habido. Las farolas que iluminan la única calle de San Juan no alcanzan, sino con un tímido resplandor, el recodo por el que se accede a la casa de su madre. Cestero, sin embargo, conoce la puerta al milímetro, como cualquiera que haya vivido toda su vida en un mismo hogar. Toda no, que la ertzaina lleva unos años en el piso de la plaza, pero eso apenas cuenta cuando has pasado toda tu infancia y adolescencia en la casa que ahora acaba de abrir.

—Hola, *ama* —saluda asomándose al interior.

No hay respuesta.

Cestero mira extrañada el reloj. Es hora de cenar, tendría que estar ahí.

—¿*Ama*? —insiste, alzando la voz.

Algo en su interior se pone alerta. No es una sensación nueva. La conoce demasiado bien, como a una vieja amiga que hace tiempo que no ves, pero que sabes exactamente cómo se va a comportar. Odia volver a sentir ese cosquilleo en el estómago, esa tensión en los músculos, ese pulso acelerado.

—No pasa nada, Ane —se asegura entre dientes.

Le gustaría creerse sus palabras. No puede, son demasiados años de convivencia con situaciones que nadie merecería vivir. Tantas veces abriendo la puerta con miedo a que su padre siguiera escupiendo las mismas humillaciones de la víspera, tantas otras encogiéndose de impotencia y miedo al oírlo llegar.

Mientras cuelga las llaves del cuadro marinero del vestíbulo, trata de calmarse. Su madre habrá salido a algo. Las tiendas están cerradas a esas horas, pero quizá esté en un bar. No, eso es imposible. ¿Cuánto hace que no la ve en alguno? Y eso si es que alguna vez ha llegado a verla. Seguro que está en casa de alguna vecina. Eso es, seguro que se trata solo de eso.

—¡*Ama*! —vuelve a llamar.

Le ha parecido oír un ruido.

«No puede ser. Cálmate, Ane, no seas paranoica.»

Esta vez los pasos suenan claros. Hay alguien ahí.

El instinto le empuja la espalda contra la pared. Su mano busca el arma. No la tiene, la ha dejado en comisaría.

—¿Quién está ahí? ¿Ama? ¿Aita? —La tensión se cuele en sus palabras, que brotan atragantadas de sus labios—. ¿Eres tú, Andoni?

El silencio es la única respuesta. Apenas unos segundos, porque a través de las ventanas de la cocina, que nunca han cerrado bien, se cuele el runrún de un motor. Es una chipironera que regresa de faenar frente a los acantilados de Jaizkibel. No necesita verlo para saberlo. Ha oído miles y miles de esas chalupas alargadas a lo largo de su vida.

Un chirrido. Corto pero evidente.

—¡Alto, policía! ¿Quién anda ahí?

Con las manos entrelazadas instintivamente ante el pecho, igual que si sostuvieran una pistola, se dirige hacia el dormitorio de sus padres. Está segura de que el ruido venía de su puerta. El corazón de la ertzaina bombea sangre a toda velocidad. Ni siquiera se detiene a encender las luces, no quiere perder ni un segundo hasta asegurarse de que no le haya ocurrido algo a su madre.

Un manotazo de la ertzaina enciende la luz. Los ojos solo tardan unos segundos en adaptarse a la nueva situación. Un cajón abierto de la cómoda y los joyeros volcados sobre la cama lo dicen todo. La desazón la devora por dentro. Una vez más, como en tantas otras ocasiones, se siente rota. Ahora, sin embargo, no piensa quedarse de brazos cruzados. Lo primero que hace es escribir un mensaje al comisario de Errenteria. Necesita apoyo cuanto antes.

—Sal de ahí. —La colonia de su padre, de la que siempre ha abusado como si con ella pretendiera ocultar sus miserias, lo delata. Está agazapado detrás de la puerta. Sus piernas asoman bajo un albornoz que pende de la única percha—. ¿Qué le has hecho?

Cestero lo sujeta por el cuello y lo arroja a la cama. Le pone las rodillas sobre la espalda y le retuerce los dos brazos hacia atrás.

—¿Qué coño le has hecho? ¿Dónde está?

—Nada —balucea Mariano. Su cabeza se gira a duras penas en busca de su hija. Tiene la mirada tan aterrorizada como desconcertada—. Solo estaba recogiendo mis cosas.

—¿Dónde la tienes? ¡Dónde!

Cestero alza el puño derecho y lo tensa para descargarlo sobre su cabeza. Toda la rabia contenida durante años de sufrimiento está entre esos dedos que se le clavan con saña en la palma de la mano. Sus ojos se nublan, su entendimiento también.

—No sé, no ha llegado todavía —solloza su padre.

—¡Mentira! ¡Dime dónde la tienes, dímelo!

El puño se abre. No le ha golpeado, pero se lanza a por el cuello de su padre, igual que su mano izquierda. El rostro de su padre, que yace contra la cama, va tiñéndose de rojo a medida que Cestero lo estrangula. Va a matarlo, lo sabe, tan bien como sabe que le traerá problemas, pero es incapaz de detenerse.

—¡Ane! ¿Qué estás haciendo? ¡Para, por Dios! —Es la voz de su madre. Está de pie tras ella, aún con el abrigo puesto.

Las manos de la ertzaina todavía tardan unos segundos en apartarse del cuello de su padre, que rompe a toser mientras aspira ruidosamente.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta Cestero.

—En la casa de cultura. Marisa me ha animado para ir a un coloquio — explica Mari Feli—. ¿Qué haces aquí, Mariano?

Su padre ha dejado de toser. El color de su piel va recuperando también la normalidad, o por lo menos ha pasado del púrpura a un rojo suave.

—Estás loca —escupe su progenitor con desprecio. En su cuello todavía se aprecian las marcas de los dedos de su hija.

Cestero traga saliva. Ha estado a punto de matarlo. Unos segundos más y no habría habido vuelta atrás. No puede permitirse seguir así. Se promete que buscará ayuda. La necesita si no quiere acabar mal.

—¿Qué hacías aquí? —inquieta tratando de mostrar una frialdad que no siente.

—Ya te lo he dicho, solo recoger mis cosas.

Mariano se ha puesto en pie y se dirige a la puerta. Los joyeros siguen abiertos sobre la cama.

—¡Alto ahí! —ordena Cestero—. Vacía tus bolsillos.

Su padre se gira hacia ella. ¿Qué muestra su expresión, miedo o desprecio? Niega con la cabeza y continúa su camino.

—Como des un solo paso más...

—¿Qué? —la interrumpe su padre sin dejar de avanzar.

Cestero repara en la desnudez de sus propias manos aunque se alegra de haber dejado la pistola en la armería. No quiere que su sangre caliente le juegue una mala pasada de la que se arrepentiría toda la vida.

—Déjalo, Ane. Que se vaya. No va a volver a hacerlo —le pide su madre.

—Tú ahora hazte la buena. Le has lavado el cerebro desde pequeña para que crea que soy yo el malo. ¿Crees que soy idiota? —espeta Mariano con una mueca de asco.

La ertzaina no puede más. Siente cómo se contraen los músculos de su mandíbula y sabe que está a punto de volver a perder el control.

—Como salgas de esta habitación con las joyas juro que te mato —anuncia masticando cada palabra.

Su padre se detiene. Todavía tose cada vez que respira. Sabe que no es ninguna broma. Introduce las manos en los bolsillos y deja caer su contenido con una mueca de asco. Collares, anillos, brazaletes...

—¡Las joyas de mi madre! —exclama Mari Feli arrodillándose a recogerlas.

—Me has tenido arrastrándome, pidiendo prestado a los amigos, mientras tú tenías aquí miles de euros en baratijas. Eres una zorra, igual que tu madre, que me prometió que si me casaba contigo no me faltaría de nada. ¡Me amargaste la vida! ¡Me la robaste!

El tono de voz de Mariano destila un desprecio que hiela la sangre.

—¿Dónde están las llaves? ¿Cómo has entrado? —pregunta Cestero.

—Es mi casa. Que yo haya dado el paso de irme una temporada al piso de mi madre no significa que no pueda entrar a mi propio hogar —contesta Mariano con una sorna que resulta hiriente.

—Deja las llaves sobre la cama. Aquí no vuelves a entrar. ¿Entendido? —Cestero vomita las palabras sin pensarlas. Le brotan desde las tripas.

Su padre suelta una risita cargada de desprecio. La curvatura de sus labios refuerza el mensaje.

—Has vivido un montón de años en casa de tu abuela sin pagarme un alquiler. ¿Y así me lo agradeces? —escupe con una voz gélida.

Después todo se sucede a velocidad de infarto y en una nebulosa de irrealidad. Suena el timbre, el rostro de Mariano se tensa, comprende que algo va mal. Es él, sin embargo, quien abre la puerta y recibe a los agentes.

—¿Qué has hecho? —escupe su padre volviéndose hacia Cestero.

La ertzaina no le responde. Sus cuerdas vocales están agarrotadas, pero

acierta a hilvanar algunas palabras dirigidas a sus compañeros:

—Esposadlo y llevadlo a comisaría. —Después se gira hacia su padre, la presión en la garganta se hace casi insoportable. Lo que va a hacer la romperá por dentro, pero la reconciliará por fin consigo misma. Hace demasiado tiempo que debería haberlo hecho—. Mariano Cestero, quedas detenido por un delito continuado de violencia de género.

*Septiembre de 2001*

Una, dos, tres... Las gotas caían en el consomé con una cadencia que contagiaba serenidad.

La meta estaba cerca. Tal vez esa fuera la última dosis que necesitara para lograr el objetivo.

Era una sensación extraña. Conforme la intoxicación con el medicamento contra el alcoholismo iba arruinando los órganos de mi madre adoptiva, mi propia vida florecía. Me sentía como un tulipán que emerge del bulbo para mostrar al mundo sus mejores colores.

Necesitaba esa venganza para poder seguir adelante.

Tantos años de dolor no debían quedar sin respuesta.

—Tu sopita —le dije acercándole el plato a la cama.

Aquel despojo humano en el que la había convertido la intoxicación apenas logró separar los labios amoratados para balbucear algo parecido a un agradecimiento. No los despegó cuando le acerqué la cuchara. No le quedaban fuerzas.

—Tienes que comer —la regañé con una falsa sonrisa.

Ella contemplaba la fila de coches que desfilaba lentamente por la circunvalación. No nos había tocado precisamente la habitación con mejores vistas del hospital de Cruces.

—No —dijo girando la cabeza hacia el otro lado.

La puerta se abrió y entró la auxiliar que había traído la bandeja. Tenía el pelo corto, rubio, y las mejillas sonrosadas.

—¿Todavía no se ha terminado la comida?

—Dice que no quiere —anuncié girándome hacia ella.

—No puede ser. Tiene que comer. Por lo menos la sopa, que está muy buena. Venga, ya le ayudo yo —me dijo la mujer quitándome el plato.

Me senté al pie de la cama y disfruté del momento. Aquella auxiliar, con el membrete de Osakidetza en el uniforme rosa, envenenando a mi madre con

cada cucharada. Era sencillamente apoteósico, el colofón perfecto para un plan redondo. Y yo que había intentado a toda costa no llevarla al hospital...

—Muy bien —celebró la auxiliar cuando logró que mi madre se terminara la sopa—. Ahora a descansar, que te lo has ganado, cariño.

La mujer me dirigió una sonrisa triste cuando se retiró con la bandeja.

—¿Qué tal? ¿Se encuentra mejor? —Se interesó el médico acariciándole el dorso de la mano.

Mi madre se limitó a suspirar. No, claro que no se encontraba mejor. No había más que ver el tono grisáceo de su piel. En cuestión de horas había empeorado muchísimo. El final se intuía cercano.

—¿Le duele aquí? ¿Y aquí? —El doctor presionaba ligeramente el abdomen de mi madre.

Apenas tenía fuerzas para quejarse, pero el dolor era evidente. No había más que ver la angustia que se dibujaba en el rostro de la moribunda con cada palpación.

El médico me dedicó una mueca derrotada y me invitó a acompañarlo al pasillo.

—Me gustaría tener mejores noticias —me dijo apoyándose una mano en el hombro—. Padece un fallo hepático severo que afecta al funcionamiento del resto de órganos. El TAC muestra inflamación generalizada y la analítica es demoledora. Si te digo la verdad, es un milagro que con los valores que muestra se encuentre consciente.

—Sálvela, por favor —le rogué mientras acariciaba el frasco de cianamida que escondía en el bolsillo.

El doctor apretó los labios y bajó la mirada hacia mi pecho.

—Me temo que no podemos hacer nada más. No responde al tratamiento. Lo siento muchísimo. Lo principal ahora es que no padezca dolor. A la mínima, llámanos.

Me costó contener la euforia que me generaron sus palabras. Suerte que Marcial me había enseñado años atrás a ocultar mi estado de ánimo al comunicarme a través de la radio.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—Probablemente horas. Días, en el mejor de los casos.

Asentí con la mirada clavada en el suelo. Temía que mis ojos delataran mis auténticos sentimientos.

—Ánimo. —Su mano me acarició la espalda y se estrechó ligeramente al encontrar mi hombro—. Vuelve a la habitación. Acompáñala, que no esté sola en este trance. Y dile lo mucho que la quieres. Si tiene que irse que lo haga rodeada del amor de quienes la vais a echar de menos.

Le di las gracias mientras lo veía alejarse hacia los ascensores. Después entré a la habitación. Mi madre giró la cabeza hacia la puerta. Sus ojos me buscaron suplicando compasión. Sonreí, no con intención de reconfortarla, sino de que comprobara que no me afectaba su malestar.

Balbuceó algo que no llegué a entender. Tal vez quisiera disculparse por todo el daño que me había hecho, tal vez ahora que se sabía en su lecho de muerte necesitara mi perdón.

No me interesaba lo que pudiera decirme. Me limité a recoger mi cazadora y salí de allí sin dirigirle una última palabra. Solo merecía un final: la soledad en el momento de su adiós.

Y eso era lo único que pensaba concederle.

*1 de noviembre de 2018, jueves*

Las baquetas golpean los platillos con fuerza, y de ellos vuelan hasta los tambores. El pie derecho marca el ritmo con el bombo. Y así una y otra vez, en un frenesí hipnótico que hace sudar a Cestero. Los latidos de su propio corazón se suman a la música. Se siente parte de ella, como siempre que toca la batería.

Los tulipanes, las monjas, su padre... Todo se disuelve como una gota de tinte en la inmensidad del mar. De pronto es ella y la música, la música y ella. Y nada más.

Está tan sumergida en el ritmo que la aparición de Olaia no le roba ni una sonrisa. Su amiga le pide con un gesto que no se detenga. Para cuando Cestero vuelve a dirigir la mirada hacia ella ya tiene la guitarra en las manos. No necesitan decirse nada para saber qué canción interpretar. El bombo de la ertzaina se ocupa de crear un patrón de ritmo al que se suman enseguida los acordes de Olaia. Y su voz, claro. Su amiga es la vocalista del grupo.

La canción es de Berri Txarrak, uno de los grupos preferidos de las dos.

Durante los minutos que dura la música, Cestero se siente feliz. Canta a voz en grito. No acostumbra a hacerlo, eso se lo deja a su amiga, pero hoy lo necesita.

—Si llega a vivir alguien encima, nos denuncia —apunta Olaia en cuanto toca el último acorde.

Cestero se ríe. Tiene razón. Suerte que un vecino les prestó ese sótano cochambroso en una de las últimas casas del pueblo en dirección al mar. De lo contrario esos conciertos improvisados no existirían.

—¿Desde cuándo vienes a ensayar y no nos avisas? —inquire Olaia.

—No estaba ensayando. Solo me desfogaba.

—Pues te hacía falta... Menuda forma de aporrear. Más que rock parecía heavy metal. ¡Se oía desde casa!

Cestero deja las baquetas sobre los tambores y se pone en pie.

—He denunciado a mi padre.

Olaia no pierde el tiempo. Sus brazos envuelven a la ertzaina, que apoya la cabeza en el pecho de su amiga.

—Has hecho muy bien. Con los tipos como él no hay que tener tanta paciencia como vosotras.

—Ya, tía, pero no es fácil. Las ha liado mucho más gordas que hoy. Quizá no fuera para tanto.

Olaia apoya sus manos en los hombros de Cestero para obligarla a que la mire a los ojos.

—¡Eso ni de coña! Solo faltaba que te sintieras culpable después de lo que os ha hecho. Eso no te lo pienso permitir.

La ertzaina asiente sin convencimiento.

—¡Ane, ni de coña! —le repite su amiga—. Será tu padre, pero no se merecía otra cosa.

Cestero respira hondo.

—Tienes razón.

Saber que su reacción está siendo la misma que tienen a menudo las víctimas de violencia de género tras interponer denuncia contra su agresor le decepciona. Esperaba más de sí misma. También eso le decepciona. Debe aprender a ser menos exigente consigo misma, también ella es una víctima de maltrato y algo así hay que trabajarlo y digerirlo con calma.

—¿Te animas con otra? —pregunta Olaia señalando la batería.

—Claro. ¿No pensarías que te iba a dejar volverte a casa tan pronto? —se burla Cestero dándole un afectuoso empujón.

—Mientras me dejes libre para las nueve de la mañana... No creo que a mis alumnos les haga ilusión quedarse sin su clase de gimnasia —bromea Olaia arrastrando sus dedos en busca de un primer acorde.

—¿Más Berri Txarrak?

—Pensaba en Belako... ¿Lo intentamos con *Over the Edge*? —propone la ertzaina.

—Estás cañera, ¿eh? —Cruza una mirada cómplice con ella. *Over the Edge*, «En el abismo», sabe por qué ha elegido ese tema.

—Tengo mucho que soltar... Por cierto, Olaia, ¿sigue en pie tu oferta?

—¿Cuál?

—La de que me fuera a vivir contigo.

La sonrisa de su amiga no puede ser más luminosa.

—Creo que ninguna noticia podría hacerme más feliz, y te prometo que no te vas a arrepentir.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

La luz fría del día que comienza brinda un tono monocromo al bosque. Los tonos dorados del otoño duermen todavía, a la espera de que algún tímido rayo de sol los devuelva a la vida. Julia contempla el paisaje sin verlo. No está en Lamiaran, el valle de las lamias, en busca de panorámicas, sino de respuestas a las preguntas que la torturan desde hace días. Sabe que no debería estar allí.

Solo serán unos minutos. Algo le dice que Cestero podrá entenderla. Necesita hablar con Sara antes de que la frialdad propia de los interrogatorios policiales le impida hacerlo como haría una hija que se reencuentra con su madre biológica después de toda una vida.

*Lo siento, lo he vuelto a hacer. Quería hablar con ella a solas. Tengo que comprender por qué. Es Sara Carretero, y vive en Lamiaran. Aguardaré con ella a que lleguéis.*

Lee por última vez el mensaje que le ha escrito a su jefa y pulsa la tecla de enviar. No tendrá mucho tiempo, en diez o quince minutos a lo sumo tendrá allí a media comisaría.

El caserío se dibuja entre los árboles a través del parabrisas. Es un edificio de gran porte, de fachada encalada y pórtico generoso, como corresponde a las casas rurales que salpican Urdaibai. A Julia no le cuesta imaginarse ese lugar como su casa natal. Es hermoso y, además, cargado de simbolismo.

Lamiaran... En Mundaka siempre se ha dicho que es el lugar donde habitan las lamias, esas criaturas mitológicas con torso de mujer y patas de cabra. Y no solo eso, sino que Julia ha oído desde niña como se atribuían tratos con esas enigmáticas hadas a los dueños del caserío que se dispone a visitar. Es lo que tiene vivir en una casa solitaria, distante en más de un kilómetro del barrio más cercano.

La ertzaina decide no perder más tiempo. El reloj todavía no ha dado las ocho de la mañana, pero un solo segundo puede ser vital si el asesino del Tulipán ha dado también con la dirección.

¿Qué es ese ruido? Una puerta. Y después el motor de un coche y el crujido de la gravilla del camino bajo sus ruedas.

Sin apartar la vista del camino, Julia estira el brazo y palpa el asiento del copiloto. Esta vez no piensa ir sin su pistola.

El corazón le da un vuelco.

¿Dónde está el arma?

Se gira hacia su derecha y ve la riñonera caída a los pies del asiento. La recoge tan rápido como puede, pero apenas alcanza a ver por el retrovisor la parte trasera de un BMW todoterreno que se aleja hacia Mundaka a buena velocidad.

Tampoco está en su riñonera. Se la habrá dejado en el cajón.

La ertzaina duda entre dirigirse a la casa o perseguir al coche. Podría tratarse del asesino del Tulipán. ¿Y si se le ha adelantado y lleva secuestrada a la mujer a la que ella pretende visitar? Finalmente opta por la primera opción, la única que tiene a su alcance. Difícilmente podría alcanzar con su Opel Corsa al todoterreno a través de una pista llena de baches.

Abre la puerta del coche y echa a correr hacia el caserío. No se aprecia movimiento, pero sí luz tras una ventana del piso inferior.

Espera que no sea demasiado tarde para Sara.

Con las prisas no repara en la furgoneta blanca estacionada entre los árboles de la orilla del camino.

El timbre apenas se oye, pero la puerta no tarda en abrirse.

Es una mujer atractiva. Rubia y delgada, alta y de rostro hermoso. Inevitable no pensar en las lamias que dan nombre al lugar.

—Creía que era mi marido. Acaba de salir —murmura la señora dirigiendo la mirada hacia el camino. Después vuelve a fijarse en Julia y le dedica un gesto inquisitivo—. ¿Nos conocemos?

La ertzaina siente que todas las preguntas que tenía preparadas se le secan en la garganta. ¿La conoce? ¿Qué tiene que decirle ahora, que sí, que es esa niña que trajo al mundo en el convento?

No tiene tiempo de decidirlo. Los ojos de Sara se nublan en un gesto de alarma. Julia no comprende. Oye algo a su espalda.

Pasos.

Cuando la ertzaina se gira es demasiado tarde. La mano que cubre su cara apaga la luz y todo se vuelve negro.

## *Un día de mayo de 2012*

Nunca olvidaré aquel día.

Tanto esfuerzo, tantos fracasos, tantas lágrimas de impotencia... Y por fin lo había logrado.

Dos cápsulas. Solo dos de una plantación de más de veinte tulipanes. Todas las demás flores se marchitaron sin dar fruto, como en cada uno de mis intentos previos. Pero en esa ocasión, por fin, lo había conseguido.

Recuerdo la delicadeza del bisturí rasgando las cápsulas, y la fina lluvia de semillas que derramaron sus vientres generosos. Eran diminutas y tan numerosas que no podía creérmelo.

Las conté, una a una. Doscientas dieciséis semillas. Eso eran muchos tulipanes.

Creo que lloré de emoción, aunque tampoco podría jurarlo.

Era mi creación. Yo les había dado la vida, una nueva variedad de tulipán que me sobreviviría y haría inmortal mi nombre, como el de tantos otros que lo habían logrado antes que yo.

No fue tarea fácil. Mi empeñamiento en que el *Red Emperor* fuera una de las variedades a partir de las que lograr la hibridación no facilitó las cosas. Era un tulipán hermoso cuyo nombre tenía una sonoridad inmejorable, aunque no era la variedad más sencilla para cruzar. Daba igual, estaba dispuesto a intentarlo tantas veces como hiciera falta.

¿En cuántas ocasiones empleé ese pincel para llevar el polen de los tulipanes de una variedad a los de la otra? ¿Cuántas flores vi marchitarse sin llegar a dar semillas? Tantos intentos infructuosos que llegué a temer que jamás lograría el híbrido con el que soñaba.

Fue una idea brillante recurrir finalmente a la Sociedad de Ciencias. Con aquellas chicas de la sección de botánica logré aprenderlo todo sobre la polinización cruzada. Gracias a ellas, por fin, tantos intentos vanos se tradujeron en el éxito de esa mañana de mayo.

Todavía recuerdo como si fuera ayer mismo el entusiasmo con el que me recibieron en ese viejo psiquiátrico del alto de Zorroaga, en Donostia, que habían convertido en su sede. Pasé mañanas enteras en sus laboratorios, entre germinadoras y microscopios. La excusa de que preparaba una tesis doctoral sobre la hibridación de los tulipanes las cautivó desde el primer momento, y se volcaron en mi ayuda.

Con ellas lo aprendí todo, sobre todo que la paciencia es la mejor compañera cuando se trata de plantas. Y con tulipanes más aún.

¿Qué planta es tan caprichosa como para precisar cinco largos años de cuidados exquisitos para florecer cuando se cultiva a partir de semillas?

Ese era el gran reto al que me enfrentaba ahora.

Había obtenido las semillas. Mi híbrido había nacido. Ahora faltaba lo más difícil: llevar esas semillas hasta la floración.

La primera fase de mi plan había concluido. La segunda acababa de comenzar.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

—Es increíble que lo haya vuelto a hacer. ¡Increíble! —exclama Txema con la mano en la frente. ¿Cuántas veces ha chasqueado la lengua en el recorrido desde la comisaría?

Cestero se muerde el piercing para no añadir más leña al fuego. Está furiosa. Julia ha actuado de manera inconsciente y temeraria.

—Poneos en su lugar —les ruega Silvia desde el asiento trasero—. No es nada fácil la situación que le está tocando vivir.

—Yo no habría actuado así. Te lo garantizo —zanja Txema.

Cestero no abre la boca. Sabe perfectamente que habría hecho lo mismo que su compañera. En cualquier caso, tendrá que informar a sus superiores, y tal vez se traduzca en un expediente disciplinario.

La gravilla de la pista por la que conduce hacia Lamiaran salta a ambos lados del coche, que derrapa en las curvas en busca del caserío.

—Sigue sin contestar —anuncia Txema dejando caer el móvil en el salpicadero.

—Tranquilo. Ya llegamos —anuncia Cestero en cuanto vislumbra entre los árboles una casa blanca de dos alturas—. Mira, ahí está su coche.

—¡Joder! —exclama Txema señalando unas macetas rotas junto a la puerta del caserío, que está abierta de par en par.

Aquello no pinta bien.

—Tú espera en el coche —ordena Cestero a la psicóloga antes de ir tras su compañero con el arma en la mano.

Txema se ha perdido ya dentro de la casa.

—¡Julia! ¡Julia! —Su voz resuena desde el piso superior.

Cestero inspecciona la planta baja. La mesa del desayuno sigue puesta. El café ya no humea, se intuye frío, igual que el pedazo de tostada con mermelada que queda en el plato.

—Arriba tampoco hay nadie —apunta Txema cuando regresa.

—Y no hay signo alguno de violencia —añade Cestero—. Lo que haya ocurrido aquí ha sido de la puerta para fuera.

—Esos tiestos rotos... —musita Txema, regresando al exterior.

—¿Crees que alguien las ha secuestrado? —inquieta Ane. Ella misma se siente capaz de darse una respuesta, pero cobija la esperanza de que su compañero no sea tan pesimista.

Txema, sin embargo, asiente. Se agacha junto a las macetas y pasa la mano por la tierra derramada.

—Claro que se trata de un secuestro. ¿Te cuento lo que ha ocurrido? —pregunta girándose hacia Cestero—. Julia llama a la puerta. Sara abre y ambas intercambian unas palabras en la entrada. El asesino del Tulipán debía de estar escondido en los alrededores a la espera de atacar a la que sería su quinta víctima. ¿Y qué hace al reparar en que Julia la está poniendo sobre aviso? Pues atacar a las dos. A la primera la sedaría por sorpresa. La otra tendría tiempo de intentar huir, de ahí el forcejeo.

La suboficial conecta la radio y alerta a la comisaría. Hacen falta refuerzos y establecer controles en todas las carreteras. Cualquier minuto perdido podría resultar fatal.

Todavía no ha cortado la comunicación cuando siente una vibración en el bolsillo. Un wasap. Comprueba precipitadamente el remitente. No, no se trata de Julia. Es Aitor.

—¡Joder, joder! —exclama mostrándole la pantalla a Txema.

Una de las mujeres es desconocida, pero a la otra la conocen bien: es Julia. Parecen dormir plácidamente, sin embargo la mordaza en la boca echa por tierra esa primera impresión.

—¿De dónde ha sacado esa foto? —pregunta Txema. Está fuera de sí.

Cestero no tiene tiempo de transmitirle la pregunta a Aitor, porque el móvil comienza a sonar. Es su compañero.

—El tío ha metido la pata —anuncia el agente a través del auricular—. No sé cuál era su intención, pero ha colgado la foto en su propio Twitter. Solo unos segundos, porque la ha borrado inmediatamente. Suerte que la hemos pillado antes de que la eliminara.

—Pero ¿de quién hablas? —inquieta Cestero.

—De Aimar Berasarte, el locutor.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

Es un ruido mantenido, un motor a velocidad constante, ni se eleva ni se reduce, siempre a un mismo ritmo que produce somnolencia. ¿O es el cloroformo con el que la abordó el que se la produce? Todavía siente su olor impregnando sus fosas nasales. Y eso no es lo peor. También están esas contusiones en las piernas y la cadera. Seguro que se las ha hecho al trasladarla al lugar donde la tiene retenida.

Porque no está en Lamiaran. No, en el valle de las lamias huele a hojarasca y a bosque. Unos matices de hierba fresca y de deposiciones de vaca serían comprensibles, e incluso el aroma áspero del humo de la chimenea.

Nada de eso. Se encuentra en otro lugar.

El olor del mar le llega claro, penetrante, cargado de sal. No sabe adónde la ha llevado, pero sí que el Cantábrico no está lejos. Hay otro aroma que flota en el ambiente, uno más sutil, apenas perceptible. ¿Castañas, nueces...? Está tratando de identificarlo cuando el mareo se hace más intenso. El zumbido del motor no cesa. No cesa, no cesa... Reprime a duras penas una náusea que le acerca un regusto amargo a la boca. Está dolorida, aturdida. ¿Qué habrá sido de esa mujer que podría ser su madre?

Tiene miedo. ¿Cómo no va a tenerlo? No todos los días te sedan y te atan de pies y manos. Eso por no hablar de los ojos y la boca amordazados con cinta americana o algo similar. Y miedo también por la suerte que habrá podido correr esa mujer elegante a la que apenas llegó a ver al otro lado de la puerta. Solo ha tenido unos segundos para ver sus facciones, para oír su timbre de voz, pero los tiene grabados en la retina. ¿Era el rostro de su madre el último que vio antes de sucumbir al narcótico?

El sueño vence a las ideas y Julia cae de nuevo en las garras de un sopor intranquilo.

¿Cuántas horas han pasado? El zumbido sigue ahí. También el olor a mar, aunque ahora contiene unas notas que lo hacen diferente, más empalagoso. Es el lodo. Julia tarda apenas una fracción de segundo en comprender lo que eso significa. Nunca en su casa olería así. Por mucho que suba o baje la marea, en Mundaka el aroma que emerge del Cantábrico jamás contiene matices como aquellos. No, allí donde el estuario se vuelve mar abierto solo huele a salitre. A salitre y a algas si la marea baja mucho y deja al descubierto la base de los acantilados, e incluso a bronceador en verano. Pero nunca a lodo. Si huele así es porque se encuentra ría adentro, allá donde la bajamar dibuja en el paisaje marismas y lodazales. No es gran cosa, y menos cuando estás atada y amordazada, pero ser capaz de localizar en el mapa la zona donde se encuentra le insufla un atisbo de confianza.

Un sonido la pone alerta. El motor está ahí, claro. Sin embargo, le ha parecido oír un lamento. Aguza el oído. Nada. Tal vez haya salido de su propia garganta.

Está dolorida.

A las contusiones se suman ahora los calambres de no haber cambiado de postura en horas. ¿Cuánto tiempo lleva retenida? Piensa en Cestero, en Txema, Aitor y todos los demás. ¿Estará toda la comisaría buscándola o todavía no sabrán nada de su desaparición? Seguro que lo saben, claro que sí. ¿Y la mujer, esa madre a la que vio fugazmente antes del ataque? La impotencia la golpea con fuerza. Si hubiera llegado a aquella casa unos minutos antes habría podido salvar la vida a Sara Carretero. Solo media hora, o tal vez menos, habría sido suficiente para adelantarse al asesino.

¿Qué habrá hecho con ella? Julia no necesita esforzarse demasiado para imaginar un final atroz ante decenas de miles de espectadores horrorizados, conectados morbosamente al crimen a través de Facebook Live o alguna aplicación similar.

Es injusto. La muerte siempre lo es, y una muerte violenta mucho más. Pero esta vez es todavía más espantoso. ¿Qué han hecho esas mujeres para merecer un final así? ¿Qué han hecho aparte de sufrir el desgarró de ver cómo sus bebés eran vendidos al mejor postor?

El lamento vuelve a sonar en la oscuridad de ese mundo invisible. Esta vez no cabe duda. No ha salido de sus propias cuerdas vocales.

Hay alguien más con ella.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

—No me lo puedo creer. Ese cabrón ha jugado con nosotros como ha querido —se lamenta Txema. Tiene los ojos brillantes.

Cestero no es capaz de llevarle la contraria. El locutor les ha dado mil y un motivos para que lo investigaran. Y lo han hecho, pero ha ido siempre por delante.

—Aimar Berasarte encaja perfectamente con el carácter narcisista que atribuimos al asesino del Tulipán —apunta Silvia.

La suboficial no necesita ser psicóloga para saber que tiene razón. El de Radio Gernika es el sospechoso perfecto. Y lo ha hecho muy bien hasta ahora, suerte que haya dejado un cabo suelto, gracias a su afición por las redes sociales.

—Tampoco quiero centrarme solo en él —piensa en voz alta—. Lo de la foto lo convierte en el principal sospechoso, pero podría haberla recibido. A ver si Aitor averigua algo.

—Entonces, ¿por qué borrarla nada más compartirla? —interviene Silvia.

Txema chasquea la lengua.

—Os juro que si ese periodista de mierda le hace algo a Julia, me lo cargo —asegura Txema.

Cestero aparta la mirada. Le incomoda ver a su compañero tan fuera de sí. ¿Qué ha sido del Txema flemático, tan acostumbrado a las formas exquisitas de la Interpol?

—Lástima que no las haya protegido —murmura Cestero señalando el *eguzkilo* que pende de la puerta del caserío.

—Vamos a pillar a ese cerdo —le responde Txema que se encuentra analizando las rodadas en la gravilla. Su mirada viaja lentamente de aquí para allá, realizando un detallado croquis mental que Cestero sabe que será de gran

utilidad. Tal vez el suboficial no sea el mejor recibiendo órdenes, pero no conoce a nadie tan capaz a la hora de analizar los escenarios.

—Ane Cestero —saluda llevándose el teléfono a la oreja. Apenas le ha dado tiempo a vibrar en el bolsillo.

—Aimar Berasarte no está en Urdaibai —anuncia Aitor sin preámbulos—. Se ha cogido puente y se ha ido fuera.

Cestero masculla un juramento entre dientes.

—¿Dónde se supone que está? Hay que localizarlo inmediatamente. ¿Tienes su número de móvil?

—Ya he llamado. No tiene cobertura. Según los de la radio está en los Pirineos, haciendo una travesía.

Cestero resopla, girándose hacia Txema.

—Qué casualidad... El locutor está en el Pirineo, sin cobertura.

El suboficial suelta un chasquido y sacude la cabeza.

—Apostaría lo que fuera a que ese cabrón está a menos de diez kilómetros de aquí. Podrías enviar a alguien a su casa y activar una orden de busca y captura. ¿Quieres que vaya yo?

Cestero se sorprende de la buena disposición de Txema. Es la primera vez que se pone tan claramente a su disposición. Parece que la desaparición de Julia ha movido sus cimientos.

—No, tú no. Te quiero a mi lado, Txema. Enviaremos una patrulla —decide volviendo a acercarse el teléfono para transmitirle la orden a Aitor. Después guarda el móvil en el bolsillo y se acuclilla junto a su compañero.

—¿Cómo ves el escenario?

Txema estira la mano hasta tocar un surco en la gravilla.

—Estaban inconscientes cuando las arrastró hasta un vehículo que estacionó aquí. Se aprecia perfectamente, aquí hay dos talones dejando su huella y un poco más allá otros dos. Lo que podría asegurar sin miedo a equivocarme es que se trata de un coche grande. Un todoterreno o incluso una furgoneta.

Cestero visualiza en su mente la situación que describe su compañero. No se le ocurre ni un solo pero. Ha ocurrido exactamente así.

—Hasta ahora no ha mantenido secuestrada a ninguna de sus víctimas —piensa en voz alta—. Tanto Natalia como Charo fueron asesinadas a lo sumo una hora después de ser abordadas. Con Araceli todo fue inmediato, y con la gallega ni siquiera hubo contacto personal. Eso podría significar que no dispone de infraestructura para esconder a alguien.

—O que no tiene necesidad de hacerlo porque solo quiere matarlas — discrepa Txema—. Joder, Julia... ¿Quién la mandaría meterse en la boca del lobo?

Cualquiera de las dos teorías puede ser la correcta. Tampoco importa demasiado. Cestero tiene claro que hay que moverse rápido.

—Hay que establecer controles en todas las carreteras de la zona. No quiero ni un coche sin inspeccionar. No sé a qué esperan los de arriba para desplazar aquí a todos los ertzainas de Euskadi.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

El lamento se repite cada pocos segundos; es un sonido gutural, una llamada de auxilio ahogada por una mordaza. Se trata de una mujer, Julia lo sabe, y puede ponerle cara. La misma que vio fugazmente cuando se abrió esa puerta ante la que perdió el conocimiento. Tenía la esperanza de que hubiera podido encerrarse en casa y pedir auxilio. No ha sido así, el asesino del Tulipán las tiene a las dos. Porque, aunque no puede verla, ya ha adjudicado propietaria al lamento, y es Sara Carretero, una mujer que quizá sea su madre biológica.

—¡Mmmfffjjj! —Su compañera de cautiverio pide auxilio una vez más.

Julia le contesta con un sonido que no difiere mucho del que puede oír.

La decepción consigo misma es insoportable. Imagina el enfado de su jefa, aunque no es eso lo que le azota la culpa, sino el saber que de haberse presentado con una patrulla en aquella solitaria casa de Lamiaran, ahora Sara se encontraría bajo protección y no secuestrada en un frío sótano cercano a la ría.

—¡Mmmfffjjj!

Julia tira de sus brazos. Los tiene atados a la espalda. Le duelen, aunque no tanto como su hombro derecho. Las piernas se le han dormido, el calambre que las sacude es constante. Trata de separarlas, pero las tiene ligadas a conciencia. Lo que sí puede hacer, y le da cierto alivio comprobarlo, es girar sobre sí misma. Al contrario de lo que creía, no está atada a nada. La han depositado en el suelo como si fuera un simple fardo, y nada más.

¿Dónde estará el desalmado que las tiene retenidas?

Quizá esté ahí, junto a ellas, observándolas sin ser visto. No, seguramente estará disponiéndolo todo para acabar con sus vidas. ¿Qué brutal puesta en escena tendrá ideada esta vez? Planteárselo le hace sentir vértigo. Y culpa, claro. Su torpeza ha condenado a esa mujer a una muerte segura. Ha sido una inconsciente.

—¡Mmmfffjjj!

Julia gira sobre sí misma en dirección a la fuente del lamento. Quiere llegar junto a Sara. La pata de una mesa, o algo similar, se cruza en su camino y le golpea el hombro. No duele, aunque le obliga a realizar un ejercicio de contorsionismo para poder esquivarla y continuar acercándose a su posible madre.

Finalmente se da de bruces con ella.

—¡Mmmfffjjj!

A pesar de la ropa, el contacto le resulta agradable. Siente su calor corporal. También se encuentra atada. De lo contrario, le apoyaría alguna mano para calmarla, como haría una madre, o la ayudaría a despojarse de sus ataduras. Julia descansa la cabeza sobre el torso de su compañera de cautiverio y, a pesar de no recibir caricia alguna, se siente reconfortada. ¿De quién son los sollozos, de Sara, de ella misma o de ambas?

Julia siente una vez más el regusto amargo de la culpa. ¿Cómo ha podido echarlo todo a perder de una manera tan irresponsable? Tendría que haber acudido a Lamiaran con una patrulla, y tal vez el asesino del Tulipán estuviera detenido.

Ha sido una egoísta.

—¡Mmmfffjjj!

A diferencia de la mordaza que le cubre la boca, y que se tensa con fuerza contra su nuca, la cinta que le impide la visión no parece dar la vuelta completa a su cabeza. La tensión del adhesivo solo alcanza las sienes, no va más allá.

Descubrirlo le insufla una leve esperanza. Tal vez pueda despojarse de ella. Así lograría ver dónde está y no continuar sumida en una oscuridad absoluta. No es que eso vaya a permitirle escapar, pero al menos podría hacerse una idea del tipo de lugar donde las ha metido.

El hormigón rugoso sobre el que están tendidas las dos se convierte en su aliado. Tumbada boca abajo, comienza a restregar la sien derecha contra el suelo. El extremo de la cinta no tarda en desprenderse de su piel. No será más que un centímetro, pero por algo se empieza.

«Vamos, un poco más», se exige mientras aprieta los dientes para tratar de soportar el dolor.

El adhesivo parece ceder con cada nuevo intento. También su piel. El hormigón resulta demasiado abrasivo y le araña la cara sin piedad alguna.

Siente las gotas de sangre acariciándole la frente, y el dolor desgarrador de la sien en carne viva. Las punzadas en la herida que acompañan a cada latido de su corazón hacen que le salten las lágrimas. ¿O quizá es la impotencia de verse en semejante situación?

Los lamentos de su compañera de cautiverio se vuelven más lastimosos por momentos. Sufre por Julia, parece que pudiera verla.

Solo un poco más.

Acerca de nuevo el rostro al suelo, respira hondo y vuelve a arrastrar la sien por el cemento sin pulir. Sus cuerdas vocales dejan escapar un aullido que sus labios cerrados retienen.

De pronto, cuando está a punto de arrojar la toalla, un rayo de luz violeta se cuele por el rabillo de su ojo derecho.

Lo primero que ve es a esa mujer. Está tumbada de costado, observándola, porque Sara no tiene nada cubriéndole unos ojos enrojecidos de tanto llorar. Por lo demás no hay grandes diferencias. Está tan ligada de pies y manos como la ertzaina y tiene la boca amordazada.

Sara Carretero la observa con una mezcla de lástima y temor. Lo lee en sus ojos, que son bonitos a pesar de mostrar un cansancio que todavía no corresponde a su edad. La tensión a la que el cautiverio la somete tendrá buena culpa de ello, pero no toda, porque Julia recuerda haber tenido esa misma sensación cuando su posible madre le abrió la puerta esa misma mañana. ¿O han pasado días de ese encuentro en Lamiaran?

La luz es extraña, la emiten unas lámparas moradas que cuelgan de un techo que no es demasiado alto. Una estructura metálica sostiene una cubeta amplia pero de escaso fondo, de la que emergen decenas de tulipanes, rojos como la pasión y como la sangre de las víctimas para las que están destinados.

Julia se gira en todas las direcciones. Hay una puerta también metálica, sencilla, y las paredes están desnudas de todo tipo de decoración. No cuentan siquiera con un enlucido que disimule los bloques de hormigón. Hay una ventana alargada en el extremo superior de uno de los muros. La claridad del día se cuele por ella, una claridad escasa, de jornada nublada.

Y ahí está lo que generaba el zumbido: la turbina de un climatizador. A Julia le recuerda a las plantaciones de marihuana con las que ella y sus compañeros se han topado en algunas ocasiones, aunque en este caso se trata de tulipanes que danzan a merced de la corriente de aire.

—¡Mmmfffjjj! ¡Grrrhhh!

La mujer está tratando de decirle algo.

De pronto, la puerta se abre. El tiempo se congela, igual que la sangre en las venas de Julia al reconocer el rostro de su captor. Las preguntas se agolpan en la garganta de la ertzaina. La mordaza se ocupará de que jamás pueda lanzarlas.

—¿Qué has hecho? Eres idiota. No tenías que verme... —se lamenta el recién llegado, dándose una palmada en la cara—. Ahora tendré que matarte.

*Hoy me ha despertado el llanto de un bebé. Mis manos angustiadas se han lanzado rápidamente en tu busca. No, todavía no has llegado. Después ha venido esa monja anciana a traerme el desayuno. Siempre esos malditos amarguillos. No volveré a probarlos cuando salga de aquí. Al menos ella es un poco más amable que las demás. Me apoya la mano en la espalda, me acaricia el brazo... Se agradece algo de humanidad en este lugar donde la esperanza se pierde como el agua de un arroyo entre los dedos.*

*Perdona que escriba tan desordenadamente... te estaba hablando del bebé que lloraba. Es de la chica que ocupa la celda del fondo del pasillo. No sé su nombre ni me han dejado verla nunca, pero me alegro por ella. Ojalá yo también pudiera tenerte ya en mis brazos.*

*La superiora es la peor. Tan joven, y al mismo tiempo tan llena de maldad. Sus ojos hacen que me estremezca, me contagian un frío que no brota solo de su color tan claro, sino de lo más profundo de su ser. Hoy, mientras me acompañaban al jardín, la he visto reunida con una pareja de mediana edad. Me observaban desde una ventana. En sus ojos leí la esperanza que hace semanas huyó de los míos. Empiezo a comprender lo que está ocurriendo aquí. Es horrible, la desgracia de unas alimenta la alegría de otros...*

*2 de noviembre de 2018, viernes*

—¿Quién y por qué? —Madrazo observa la pizarra con los brazos cruzados. Se ha desplazado a Gernika en cuanto ha sabido del secuestro de Julia.

Los nombres de las víctimas aparecen en mayúscula; otros datos sobre ellas, en minúscula, garabateados conforme los han ido averiguando.

—Estamos tratando de localizar a Aimar Berasarte. Tengo la esperanza de que la compañía telefónica nos facilite hoy mismo la última ubicación disponible de su teléfono móvil —informa Cestero.

Silvia está junto a ellos, los tres de pie frente a la pizarra. Unos metros más allá, tecleando y moviendo el ratón sin parar, Aitor busca información sin apartarse de su ordenador. Los demás trabajan sobre el terreno, no hay tiempo que perder con dos mujeres desaparecidas y la irritación extendiéndose como la pólvora por todo Urdaibai. Porque el miedo y la indefensión se han convertido tras las noticias llegadas desde Lamiaran en indignación por la inacción policial. También empiezan a ser demasiadas las llamadas de los de arriba para interesarse por los avances en el caso. Interesarse es un eufemismo, no son más que presiones. Que si el consejero de Interior necesita anunciar alguna novedad en la rueda de prensa que ha convocado, que si el *Lehendakari* en persona va a desplazarse a Urdaibai en las próximas horas... Como si eso fuera una ayuda. Tendrán que destinar a su protección a agentes que podrían participar en el operativo de búsqueda.

—¿Tenéis claro que el objetivo es acabar con todas las mujeres que dieron a luz en el convento en mil novecientos setenta y nueve? —pregunta Madrazo.

Cestero asiente. Se le hace extraña la situación. ¿Su superior está ahí como jefe o solo como un observador arrastrado por las presiones de los políticos? En realidad tampoco importa demasiado mientras pueda servir de ayuda para desencallar el caso.

—Lo del convento está fuera de toda duda. Y no le falta mucho para cumplir su objetivo. Si nuestros cálculos son correctos, quedan solo dos niñas de Lourdes sin localizar —aclara Cestero.

—Pienso en los tulipanes y es una firma cargada de simbolismo. —Ahora es Silvia quien toma la palabra—. Esas majestuosas flores que han reinado durante siglos en los jardines de todo el mundo son fruto de la casualidad pero también de un prodigioso sistema de selección y resistencia. Los bulbos sobreviven durante largos meses y almacenan en ellos los nutrientes necesarios para florecer incluso en las peores condiciones. Es casi como un embarazo y, de hecho, reciben el nombre de «tulipanes madre». Estoy segura de que el asesino lo sabe y por eso las ha elegido. ¿Y si fuera uno de los hijos que nacieron en el convento? Tal vez algún tipo de trauma juvenil haya desembocado en esto.

Cestero lee una vez más los nombres. En realidad no necesitaría hacerlo. Podría repetir todo lo que hay escrito en esa pizarra con los ojos cerrados. La hipótesis que propone la psicóloga no es la primera vez que se cruza por su cabeza.

—¿Por qué iba un hijo a...? —comienza a preguntar.

Su mente se detiene en seco. Los insultos de su padre reverberan con crudeza en los recovecos más insospechados de unos recuerdos que jamás mientras viva podrá borrar. ¿Cuántas veces deseó de niña haber nacido en una familia donde no reinaran los gritos, el llanto y los desprecios?

Silvia asiente a su lado. Parece que le haya leído el pensamiento.

—Aitor, deja lo que estés haciendo —ordena Cestero—. Es uno de los hijos. Tenemos ocho posibles asesinos. Olvida la lista de las mujeres donantes y céntrate en las familias receptoras. Localízalas y entérate de si constan denuncias por malos tratos o algún tipo de antecedente por violencia relacionados con alguna de ellas.

El armónico rostro infantil de su compañero se nubla. Tampoco a él le resulta fácil asumir que uno de aquellos niños pueda estar detrás de tanto horror.

—Ahora mismo me pongo con ello. Pero espera un momento... Acaban de llamar de Oizpe, la residencia de la tercera edad a la que enviaste a Txema. La anciana sigue sin recordar nada, pero una auxiliar cuenta que a veces, en momentos de lucidez, la señora le menciona a su hija —anuncia señalando un

nombre que ha anotado en un papel—. Esa niña de Lourdes se quedó en el convento. Después de dar a luz allí, se hizo novicia e ingresó en la clausura.

Cestero frunce el ceño.

—Celestina García Sánchez —lee en voz alta—. Pero su nombre ya lo sabíamos.

—Mira más a la derecha: el nombre que adoptó al hacerse monja. —Aitor le muestra ahora un nombre más corto, que Cestero reconoce en el acto.

—¡La hermana Teresa!

Aitor Goenaga asiente lentamente.

—Por eso tanto interés en que no se descubriera lo que ocurrió allí. Seguramente ninguna de sus compañeras actuales sabe que de joven era una de esas ovejas descarriadas que ella tanto desprecia.

—La negación como método de autodefensa. Es un clásico —apunta Silvia—. Muy acorde con la personalidad de esa mujer.

Cestero descuelga el teléfono y llama a Txema, que trabaja junto al jefe de operaciones de la comisaría en la organización del dispositivo de búsqueda. Quiere a la monja vigilada día y noche. Si Aitor ha dado con ella, el asesino del Tulipán podría haberlo hecho también. El penal de Basauri, donde ha sido internada, le va a salvar la vida. Estar entre rejas se va a convertir en su mejor protección. Sin embargo, no quiere correr ningún riesgo hasta haberlo detenido.

—Que haya una funcionaria con ella hasta cuando vaya a mear —apremia antes de colgar el aparato. Después apoya una mano en el hombro de Aitor—. Ponte con los hijos, vamos. No podemos dejarle tiempo ni para respirar. Las vidas de Sara y Julia están en nuestras manos.

—¿Qué tal Txema? ¿Está más tranquilo? —se interesa Madrazo.

Cestero frunce los labios.

—No creas. La desaparición de Julia lo ha dejado muy tocado. Al final va a resultar que debajo de tanto corsé hay un buen compañero. No discute ni una de mis órdenes. Todo lo contrario. Su único objetivo, igual que el de todos nosotros, es dar con ellas cuanto antes. Ojalá hubiera sido así desde el primer día.

—¡Mirad! —les interrumpe Aitor girando de nuevo la pantalla hacia ellos—. Tengo algo más. ¿Sabéis por qué tenemos ocho familias receptoras de bebés y solo hemos dado con siete madres biológicas? He cotejado los libros de cuentas con la correspondencia del convento. No nos falta ninguna de las

niñas de Lourdes por identificar. Una de ellas dio a luz a dos bebés. Gemelos, mellizos, a saber... En mayo del setenta y nueve, para ser exactos.

Madrazo aplaude lentamente.

—Eres un crack, tío.

Cestero digiere lentamente la noticia. Eso quiere decir que solo falta una mujer por encontrar, y por lo que dijo su hermana no será nada fácil dar con ella. Hace demasiados años que nadie sabe nada de Begoña Larzabal.

—¿Quieres decir que solo necesitamos proteger a la monja que tenemos en la cárcel? —inquire. En realidad no precisa respuesta. Sabe que es así, y no hay mejor noticia posible cuando necesita disponer de todos los agentes para localizar a las dos mujeres secuestradas esa mañana.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

—Esto no estaba previsto... ¿Cómo has logrado quitarte la cinta de los ojos? —El asesino del Tulipán se agacha junto a Julia y dirige la mano derecha a su rostro, sin tocarlo—. Joder, si estás sangrando. ¿Qué te costaba quedarte quieta y esperar? Era lo único que tenías que hacer.

La ertzaina todavía se siente desorientada. ¿Qué hace él ahí? No puede ser. Tiene que ser un sueño, una pesadilla. Él es de los buenos, está en su lado del tablero, no en el contrario. Cuando lo ha visto entrar se ha sentido aliviada, creía que las habían localizado y venían a liberarlas. Sin embargo, la realidad enseguida la ha golpeado con toda su crudeza.

Cierra los ojos con fuerza y los vuelve a abrir. La imagen no ha cambiado: las máquinas de climatización, los tulipanes alineados como un silencioso ejército en sus bandejas, esa mujer maniatada en el suelo..., y él, que sigue observándola con gesto contrariado.

—¡Mmmhhh! —protesta Julia, bajando la mirada hacia sus propios labios. Necesita que le quite la mordaza. Tiene tantas preguntas que hacerle. ¿Tantas, o solo una? Todo se resumiría en dos sílabas: ¿por qué?

No entiende nada. Todo parece una broma macabra. Y más con esa luz violeta que hace que todo parezca una extraña pesadilla.

Él comprende el mensaje, pero niega con la cabeza.

—No pienso escucharte. Bastante la has liado viéndome. ¿Y ahora, qué se supone que tengo que hacer? —inquieta el asesino del Tulipán—. No tengo nada en tu contra, al contrario. Tú también has pasado por lo mismo que yo. Ambos somos flores de una misma planta enferma. Pensaba liberarte cuando acabara con ella. Ya no, no puedo.

Sus palabras zarandean aún más la cordura de Julia. No encajan en su boca. Es todo demasiado doloroso viniendo de él.

¿Por qué?

Las dos sílabas acuden a su garganta una vez más. Trata de aullarlas a pesar de la mordaza, pero solo consigue un balbuceo angustiado.

—Me lo has puesto todo muy difícil. Si hubiera salido según lo previsto, a esta hora ella estaría muerta —explica el asesino señalando con el mentón a esa mujer que asiste a la conversación con gesto aterrado— y mi obra estaría prácticamente completa. El último acto ya estaba en marcha, volvería al origen de nuestra desgracia y elevaría a esa maldita monja a los altares de su infamia en un último golpe apoteósico. Pero no me detendré, no. Tendréis el inmenso honor de disfrutar de un final espectacular que todo el mundo recordará.

Sara Carretero se retuerce en el suelo y grita a pesar de la mordaza. Sus ojos imploran piedad y derraman lágrimas que trazan círculos oscuros en el cemento sobre el que se apoya.

—No llorabas cuando me abandonaste en aquel asqueroso convento —escupe el asesino.

Julia siente que, ahora sí, su corazón se parte en mil pedazos. Tienen la misma edad. Comienza a comprender. Él es como ella; uno más de aquellos bebés que fueron arrebatados a sus madres por unas monjas que entendían de una manera completamente errónea la caridad cristiana que promulgaban.

Ni siquiera las hipótesis más retorcidas para intentar dar con el móvil de los crímenes les habían hecho sospechar de alguno de los bebés nacidos en el convento.

¿Por qué?

¿A qué viene esa venganza?

Ahora sí que necesitaría arrancarse la mordaza y preguntarle los motivos.

Julia ha leído las cartas de una de ellas. ¿Cómo puede estar tan seguro de que aquella mujer no lloró al dejar atrás a su bebé? ¿Cómo puede estarlo de que las otras madres tampoco lamentaron abandonar el fruto de su vientre?

Es un monstruo, un maldito monstruo.

—¡Mmmfffjjhhh! —insiste la ertzaina forzando los labios por debajo de la cinta adhesiva.

No hay nada que hacer, la mordaza le da la vuelta a la cabeza, está bien apretada. O ese hombre que la mira entre preocupado y decepcionado le libera la boca o no podrá hablar. De pronto es consciente de que va a morir sin poder hacer ninguna de las preguntas que necesita vomitar. No quiere morir, claro que no, y menos aún sin comprender por qué ha ocurrido todo.

—Quieres respuestas, lo sé. Yo me he pasado años buscándolas. —espeta

el asesino del Tulipán—. No deberías necesitarlas. Tú has pasado por lo mismo que yo. Nuestra madre nos abandonó. ¿Cuántas veces te has preguntado por qué desde que lo sabes? Cada día, ¿verdad? —Mientras habla comienza a cortar con delicadeza los tulipanes más hermosos. Un ramo comienza a tomar forma en su mano izquierda—. Por egoísmo. Prefirió seguir viviendo su vida en lugar de dedicarse al hijo a quien había traído al mundo.

Julia cruza una mirada con Sara, que se apresura a negar con la cabeza. Los ojos de la mujer le ruegan que la crea. Va a morir, pero precisa hacerlo tranquila, sin la culpa cubriendo su sepultura como seguramente ha hecho con buena parte de su vida.

—¡Mentira! —trata de exclamar Julia. ¿Se le ha entendido o solo ha sonado como un lamento más?

El asesino no da muestras de haber recibido el mensaje. Continúa dedicado a la jardinería de precisión. Una a una, y con una meticulosidad que contrasta con la tensión que flota en ese sótano convertido en mazmorra, corta las flores y las dispone ordenadamente en el ramo.

—¿Te has fijado en el aroma sutil que tienen? —inquire introduciendo la nariz entre los pétalos—. Son tan hermosos... ¿Sabes que los tulipanes también tienen hijos? Como todas las flores, pueden reproducirse a través de sus semillas pero también desde los bulbos. Cuando estos últimos enfermaban a causa de los hongos, nacían flores diferentes, salpicadas de vetas de colores como heridas o arañazos. Los botánicos se referían a ellos como tulipanes rotos, pero estas variedades eran aún más hermosas y especiales que la original que lo había engendrado. Por eso todos se rendían a su belleza y pagaban sumas astronómicas por ellos. Yo soy el padre y creador de estos tulipanes que os acompañarán en vuestra despedida. Me ha costado años de trabajo y de fracasos, pero nuestro gran día ha llegado y yo no abandono a mis hijos.

Julia cierra los ojos. Está loco. Claro, hay que estarlo para hacer lo que ha hecho con esas mujeres.

—Tú no formas parte de mi obra. Tendrás que esperar. Tampoco tendrás un final tan cinematográfico. Lo siento. Mira, huele —dice acercándole a Julia el ramo de tulipanes—. ¿A que nunca antes habías reparado en su olor?

La ertzaina sacude la cabeza. No quiere olerlos. ¿Cómo puede estar tan mal de la cabeza?

—Tú te lo pierdes. ¿Sabes qué? A mi madre le gustan. Mucho. Son su flor

preferida. Por eso la despidió con ellos. Rojos, como la sangre del príncipe Farhad, que se arrojó desde el acantilado más alto de su reino al saber que su amada Shirin había muerto. ¿Y sabes qué brotó de sus gotas de sangre? ¡Exacto! Tulipanes rojos como los que tengo aquí. —Se vuelve hacia sus cautivas con una sonrisa inquietante—. Ahora os toca a vosotras. Tal vez ocurra lo mismo con vuestra sangre.

Está loco. Julia busca la mirada de la mujer que gimotea a escasos metros. Lee en ella la desesperación y la incompreensión de quien se sabe condenada. También una petición de auxilio que no podrá corresponder. Se siente impotente. ¿Qué estará sucediendo en el exterior de esas frías paredes desnudas de decoración? ¿Qué estarán haciendo Cestero y los demás?

Apenas tiene tiempo de planteárselo. Su captor interrumpe sus pensamientos mostrándole un pequeño frasco. Impregna su contenido en un pañuelo y sostiene a la ertzaina por la nuca para forzarla a inhalarlo.

—Ahora vais a descansar. El baile no tardará en comenzar.

Después vuelve la oscuridad.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

Los bancos de arena juegan con el agua del mar a dibujar un hermoso cuadro impresionista que funde en armonía los tonos dorados con los azules del Cantábrico. Son los caprichos de la bajamar, esa hora mágica en que la desembocadura de la ría adopta un aspecto como de libro de fotos. No hay turistas esa tarde, algo extraño en un mirador que acostumbra a estar concurrido. Aunque, pensándolo bien, es noviembre y no es tan raro que los únicos vehículos que surcan la carretera entre Sukarrieta y Mundaka sean furgonetas de reparto y coches de quienes van o vuelven del trabajo.

Tiene los brazos apoyados en la fría barandilla de piedra, y la brisa empapada de salitre le acaricia la cara. Hace un tiempo extraño, otoñal, entre bueno y desapacible. El cielo pesa demasiado, las nubes acarician las alturas de Ogoño y San Pedro de Atxarre, y el sol se cuele por algún resquicio, apenas azul, para bañar con una pátina de irrealidad la cercana isla de Izaro. Un pesquero azul faena cerca y el runrún de su motor llega mezclado con el de las olas que rompen en la playa de Laida.

Se diría que es un día tranquilo, agradable. Sin embargo, la tempestad crece en su interior y está a punto de desbordarse. Todo se ha precipitado por culpa de Julia. Si ella no hubiera aparecido en escena en el momento menos oportuno, ahora no estarían todos los ertzainas de Bizkaia peinando la comarca en busca de su compañera. Que hayan desaparecido dos nuevas mujeres ha disparado todas las alarmas. Nadie habla de otra cosa, ni la radio ni unos vecinos que comienzan a estar desbordados con tantos asesinatos en un lugar habitualmente tranquilo. Y la Ertzaintza está decidida a no tolerar una sola muerte más. Influye, seguramente, que una compañera se encuentre entre las desaparecidas. Pero no le ha quedado otro remedio que llevársela. Era eso o permitirle que pusiera sobre aviso a esa mujer, la quinta de la lista. Y entonces sí que su plan se habría ido al traste de verdad.

No pasa nada. Lo ha planeado durante mucho tiempo y no va a fallar ahora. Solo tiene que adelantar el desenlace unos días y completar su gran puesta en escena, esa que todos recordarán. Será sublime, como las anteriores. Como casi todas las anteriores, en realidad, porque con Araceli Arrieta no pudo hacer lo que quería. Tenía pensado un final más cinematográfico y con una retransmisión en directo. Lástima que un imprevisto de última hora hiciera que saliera todo mal. ¿Por qué no había acompañado a su marido a la compra como cada semana? El plan era esperarla en su cocina y abordarla cuando llegara cargada con las bolsas del Eroski, porque el yonqui del marido se quedaba siempre en el bar mientras ella subía cargada como una mula. Todavía recuerda la cara de susto de la mujer cuando vio que alguien entraba en su casa. Seguramente era un reflejo de su propia expresión al encontrarla en medio del pasillo. Araceli tenía más fuerza de la que aparentaba. Se resistió y no le dio tiempo a sedarla. Solo pudo lanzarla al patio de luces y abandonar deprisa el escenario.

En esta ocasión no quiere dejar nada al azar. Si la ertzaina hubiera llegado solo quince minutos más tarde se habría encontrado la casa vacía. Esa mujer, la quinta de la lista, estaría muerta en los embarcaderos de Murueta, esos que tanto gustan a quienes suben fotos a Instagram en un exhibicionismo del siglo veintiuno.

Ha llegado el momento de San Juan de Gaztelugatxe. Esa ermita colgada de lo más alto de un islote comunicado con tierra firme por una suerte de muralla china en miniatura. No tenía previsto que fuese tan pronto, conocía al detalle el instante en que la marea alcanzaría el punto necesario... El Cantábrico será su cómplice, un mar tan impetuoso que cada seis horas varía su nivel en casi cinco metros, como una gigantesca bañera que se llenara y vaciara a su capricho. Siente mariposas en el estómago al saber que ya está tan cerca.

Apenas tiene tiempo de celebrarlo. Una patrulla de la Ertzaintza se ha detenido a la orilla de la carretera. Los policías se apean del vehículo y van directos hacia el mirador. Los latidos de su corazón se hacen más rápidos mientras se obliga a refrenar los deseos de salir corriendo. No los conoce, no pertenecen a la comisaría de Gernika. Debe de tratarse de algunos de los refuerzos que están llegando a la comarca a partir de la doble desaparición de esa mañana.

—Hola —musita cuando están ya tan cerca que es inevitable el saludo.

—*Egun on*—responde uno de ellos.

El otro se contenta con un leve gesto de cabeza.

Contiene la respiración cuando pasan a su lado. No se detienen, avanzan unos pasos más y se apoyan en la barandilla, tal como haría cualquier forastero.

El más joven enciende un cigarrillo y da una larga calada.

—Marea baja —anuncia tras exhalar el humo—. Cuando sube queda todo cubierto y solo se ve la lengua de arena de la playa de Laida. ¿O es Laga? No sé, una de las dos, nunca me acuerdo. La otra está más allá. ¿Ves ese arenal al pie del cabo de Ogoño?

—Es una pasada —reconoce el otro—. En verano debe de estar a tope.

Un alivio repentino le invade al comprender que solo están disfrutando de un descanso. Cierra los ojos y se felicita para sus adentros. Varias exhalaciones lentas le ayudan a recobrar la calma.

Un último vistazo a los ertzainas, que siguen distraídos con el panorama y sus teléfonos móviles, y se dirige hacia su furgoneta. Imagina las miradas de aquellos dos fijas en su espalda y trata por todos los medios de no comportarse de manera extraña. Tiene que alejarse de ellos cuanto antes, pero debe hacerlo sin levantar ninguna sospecha.

—¿Es suya? —pregunta de pronto uno de los policías. Se refiere a la furgoneta, claro.

El corazón se desboca en su pecho, la sangre se le hiela y las palabras se quiebran antes de emerger de su boca. Si le cachean darán con el cloroformo que lleva en el bolsillo.

—Eh... Sí. Es mía.

Los pasos de los ertzainas resuenan en la gravilla como las pisadas de un dinosaurio que se acercara en busca de su presa.

—Abra el maletero, por favor.

Solo puede obedecer. Todo intento de huida se le antoja imposible.

—¿Es por lo de esas mujeres? —logra preguntar con fingido desinterés.

Los ertzainas no responden. Esperan simplemente a que gire la llave y abra el portón trasero.

No hay nada en el interior. De haberlo visto apenas unas horas antes habrían descubierto a dos mujeres en su interior. Vivas, sí, pero anestesiadas. Todo habría acabado de manera abrupta sin que hubiera podido cumplir su misión.

Uno de los policías, el más joven, que ya se ha acabado el cigarrillo, se dirige a la parte delantera del vehículo. Abre la puerta del copiloto y echa un

rápido vistazo. ¿Qué hace deteniéndose tanto en el mapa que descansa sobre el asiento? Suerte que no hay ninguna señal sobre los lugares elegidos para abandonar a las víctimas.

—¿Es usted de aquí? —inquire el policía.

Contiene la respiración. Es una buena pregunta con una difícil respuesta. ¿Si es de Urdaibai, por qué llevar un mapa de una zona que debería conocer bien?

—Más o menos, pero todavía me pierdo. Demasiadas carreteras secundarias.

La mirada que el ertzaina cruza con su compañero le indica que ha metido la pata. Ha corrido demasiado. El agente no había dicho nada del mapa. La pregunta podría referirse a cualquier otro tema.

Su mano se pierde en el bolsillo. El tacto del frasco de cloroformo le da cierta sensación de seguridad. Sabe que es solo una ilusión. No es lo mismo abordar a mujeres despistadas que a dos policías armados y a los que tienes de frente.

—¿Le pasa algo?

Traga saliva. Claro que le pasa. Ha matado a cuatro mujeres y tiene a otras dos atadas con cinta americana junto a un cultivo de tulipanes. ¿Qué pretende, que no se ponga nervioso mientras dos ertzainas inspeccionan la furgoneta donde ha trasladado a casi todas sus víctimas?

—No, nada. No estoy acostumbrado a que la Ertzaintza registre mi furgoneta.

El más joven le quita importancia con un gesto.

—Esto no es un registro. Solo echamos un vistazo. Estamos aquí para ayudarles.

El otro cierra el portón del vehículo.

—Puede irse.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

Julia emerge de la niebla de una extraña pesadilla. El sueño del cloroformo provoca alucinaciones terribles, aunque seguramente menos que la realidad a la que se enfrenta.

Los tulipanes siguen ahí, igual que el zumbido de los aparatos de climatización y el olor a marisma. Sara Carretero, en cambio, ha desaparecido. En el lugar que ocupaba no queda nada, solo la humedad que sus lágrimas han dejado en el cemento.

La culpa pellizca a Julia con saña. Ha sido ella quien ha condenado a muerte a esa mujer. Ha fallado a todo el mundo: a Cestero, a sus compañeros, a su posible madre... Recuerda las cuartillas de la mujer del convento. ¿Dónde estará ella ahora? No puede evitar pensar en Txema. Él tampoco supo nunca de su embarazo. Cree que su arrepentimiento es sincero. La culpa vuelve a rasgarle la piel.

Una policía nunca tendría que haber puesto su interés personal por encima del de las personas que debería proteger.

Ha sido una egoísta, y sabe que jamás logrará perdonárselo.

Necesitaba comprender, sí. No es fácil saber que tu madre te ha dejado en un convento y no ha vuelto a preocuparse por ti. Pero la búsqueda de respuestas no debía estar por encima de la protección que necesitaba una posible víctima de un asesino en serie. ¿A qué hora había descubierto que la propietaria del caserío Lamiaran era una de las que habían bautizado como niñas de Lourdes? ¿A las cinco, a las cinco y media de la madrugada? Algo así. Pues en ese mismo momento la obligación de una ertzaina era comunicárselo a los del turno de noche y establecer un dispositivo inmediato de protección.

¿Y qué había hecho ella?

Aguardar junto a la ventana a que se hiciera de día para ir a visitarla...

Contar estrellas, seguir las luces de posición de los cargueros que pasaban a lo lejos y mirar una y otra vez el reloj para ver si ya era una hora prudencial para ir a verla.

Ahora todo se ha ido al traste. Tanto que Sara Carretero va a morir, si no lo ha hecho ya. La certeza de que podría tratarse de su propia madre la zarandea una vez más.

La ha condenado a muerte.

La culpa le inunda los ojos. El estómago se le retuerce en un nudo imposible. Por un momento confunde el arrepentimiento con hambre. No, claro que no son ganas de comer. ¿Cómo van a serlo?

Ajenos a la tortura a la que se somete a sí misma, los tulipanes continúan su danza. El ventilador los acaricia con suavidad y ellos responden con una ligera oscilación que no contagia armonía alguna. Lo haría en otras circunstancias, cuando Julia podría soñar con los campos de Holanda y escaparse de su realidad. Esta vez no. Es todo demasiado doloroso como para poder dejarlo atrás y volar lejos de su prisión. Ni el mayor maestro de yoga y meditación lograría hacerlo.

Las lágrimas comienzan a dibujar círculos en el cemento, igual que antes hicieron las de Sara. El tiempo se acaba, y tal vez mejor que lo haga pronto. ¿Cuánto le queda, minutos, horas? Nunca hubiera imaginado verse rogando a un dios en el que no cree que fuera lo mínimo posible. No quiere sufrir más.

*2 de noviembre de 2018, viernes*

Cestero empuja la puerta del bar. Necesita cafeína urgentemente.

—Vaya, nuestra ertzaina estrella —la saluda el camarero. Es algo habitual desde que el blog de Radio Gernika difundiera la fotografía en la que aparecía con Julia junto a la ermita de Santa Catalina.

—Ponme un café doble, anda.

—¿Hay noticias de las desaparecidas? —pregunta el hombre alzando la voz para hacerse oír por encima del molinillo.

Cestero dirige la mirada a la televisión. Reconoce al instante la Casa de Juntas de Gernika y su roble, símbolo del pueblo vasco. Micrófono en mano, la reportera entrevista a algunos vecinos. El sonido está desactivado, pero no hace falta oír para comprender la indignación que destilan sus palabras.

—Ahora sí que se lo están tomando en serio —dice el único cliente, un hombre que apenas les dirige una mirada fugaz desde la máquina tragaperras—. Cómo se nota que han secuestrado a una de las tuyas.

—Eso no es verdad. Estamos dejándonos la piel desde el primer día —espeta Cestero. Está harta de que le reprochen lo mismo.

—Qué va a decir ella, ¿no? —continúa el de la máquina dirigiéndole una mueca burlona al camarero.

La suboficial se muerde la lengua. No soporta a los tipos como él. Los conoce de sobra, como cualquier mujer acostumbrada a lidiar con machos que no soportan que una chica esté a su mismo nivel. Seguro que no actuaría igual si el policía que hubiera entrado a tomar un café fuera un hombre.

Los posos del fondo rascan la garganta de Cestero. En la televisión continúa la conexión en directo con Gernika. No se siente cómoda trabajando bajo tanta presión, aunque sabe que no es para menos. La alarma social está plenamente justificada.

—¿Las ha matado o aparecerán vivas? —inquire el camarero secando unas

tazas con un trapo. Más presión. Por lo menos esta mañana no está el tipo de los cupones. Solo faltaría él con sus chismorreos de portero de los de antes.

—¿Sabes algo de Raúl? —pregunta la ertzaina, evitando responder a su cuestión anterior.

El camarero niega con un gesto, se seca las manos con el paño y lo tiende cuidadosamente en una percha.

—Espera... Ayer le oí pedirle la barca a Manolo. Hoy tenía el día libre, ¿no?

—Sí.

—Pues no me digas más. Estará buceando.

Es la misma conclusión a la que ha llegado Cestero. Es el compañero de Julia y le gustaría poder contar con él en este trance. Al menos tendría alguien con quien compartir la angustia que se está adueñando de su estado de ánimo.

Resopla y deja un par de monedas encima de la barra.

—Quédate la vuelta —dice dando una palmada en la madera a modo de despedida. Después abre la puerta. El frío de la calle le golpea la cara. La realidad la espera ahí fuera; la realidad y la presión social de todo un país que contiene el aliento.

—Dame cambio, anda, que la máquina está caliente —oye al de la tragaperras. Esa voz áspera es de pronto la de su padre. No necesita esforzarse mucho para imaginarlo en cualquier bar de Pasaia gastándose el dinero que hubiera permitido a su familia llevar una existencia relajada.

Esa realidad también la espera, como lo ha hecho cada día de su vida, y no logrará dejarla atrás cuando recoja sus trastos y abandone Gernika.

Hay poca gente por la calle. Se siente en el ambiente que no es un día normal. ¿Dónde están quienes hacen la compra matinal, dónde quienes charlan en las esquinas con el periódico en la mano? Las tiendas se ven más vacías de lo habitual. No hay nadie en la pescadería, y solo un hombre aguarda en la carnicería a que le entreguen su comanda. Deben de estar todos pendientes de la radio y el televisor. Pese a su extensión geográfica, Urdaibai es como un pueblo grande, y raro será el vecino que no tenga algún tipo de vínculo, familiar o personal, con alguna de las desaparecidas.

Cestero se siente culpable, desorientada. Siente que el caso se le ha ido de las manos. El asesino del Tulipán le ha ganado la partida. Los de arriba la sobrevaloraron al confiarle la dirección de un equipo tan especial. Ha fallado

a Madrazo, que fue quien apostó por ella; les ha fallado a todos, y sobre todo a esas mujeres que hoy yacen bajo tierra.

—Lo que faltaba —murmura al ver el despliegue de medios de comunicación ante la puerta de la comisaría. No se siente con ganas de enfrentarse a ellos. ¿Qué puede decirles, que no tiene ni idea de por dónde empezar, que su única esperanza es que el asesino cometa un error antes de que logre acabar con todas las mujeres que ha puesto en su macabra diana?

Sus pasos la alejan de allí sin un rumbo claro. Un camión de recogida selectiva de basura la saca momentáneamente de sus tribulaciones. El estrépito de cientos de envases de vidrio cayendo del contenedor al remolque también despierta a las gaviotas que espían la vida desde un alero. Sus graznidos irritan la mañana.

Más ruido. Ahora es el tren. Cestero lo ve detenerse ante ella. Las puertas se abren y vomitan un puñado de viajeros. De pronto está dentro. La calidez del vagón la reconforta. Ni siquiera se ha fijado hacia dónde va. Da igual. Necesita estar sola, necesita ordenar su mente.

*Hoy he conocido el horror. Ha sido el peor día de mi vida. Me moría de ganas de verte, de abrazarte, de conocerte después de tantos meses aguardando tu llegada, tantos con la esperanza de ver esos ojos verdes de tu padre reflejados en los tuyos... Y por fin había llegado el momento.*

*Buscaba con la mirada algún rostro amigo que me infundiera tranquilidad. Sin embargo, solo estaban ellas, cuervos malignos revoloteando alrededor de ese horrible potro de tortura con sus hábitos negros y sus gestos de indiferencia. El frío del metal me fustigaba la espalda y las correas me estrujaban las muñecas y los tobillos.*

*Entonces sentí un dolor más intenso, el de las contracciones que se repetían con una frecuencia cada vez más acuciante. Aunque ni siquiera eso fue lo peor, no. Lo peor fue escuchar el graznido de la madre superiora diciéndome que pronto volvería a casa y retomaría mi vida como si nunca hubiera pecado. No sé qué me ha horrorizado más, si su mensaje o el tono falsamente amistoso que ha empleado. Si todavía albergaba alguna duda sobre lo que iba a ocurrir, me la ha aclarado por completo. En ese momento he deseado por primera vez que no llegaras jamás.*

*El dolor ha aumentado y he creído que las piernas se me partirían en dos. Las ligaduras me impedían cerrarlas. Quería hacerlo, lo intentaba con todas mis fuerzas. Necesitaba retenerte dentro de mí, que esas brujas no pudieran tocarte con sus garras. Era extraño, por un lado quería tenerte a mi lado, mirarte la carita y fundirme contigo en un abrazo que me reconfortara. Por otro, temía que ese fuera el inicio del fin.*

*Todo ha pasado muy rápido. Ni siquiera recuerdo el dolor físico de traerte al mundo. Ellas se han ocupado de que quedara en el olvido inmediatamente, en cuanto han dicho que eras una niña y te han dado una palmada en las nalgas para hacerte llorar. Les he suplicado que me permitieran abrazarte. Yo solo quería verte, sentirte. Intentaba incorporarme y acercar mis brazos para notar tu calor, que solo unos instantes antes había sido el mío, pero no me han aflojado las correas. No*

*recuerdo haberme sentido tan arrasada por la tristeza ni creo que vuelva a hacerlo nunca.*

*Todavía no sé cómo eres, ni sé si llegaré a conocerte. Te han llevado a algún lugar mientras yo me deshacía en aullidos angustiados. Después he caído dormida en el paritorio y ahora me han traído a mi celda. Dicen que necesito descansar. ¿Cómo pretenden que lo haga si ni siquiera sé si mi pequeña está bien? ¿Cómo, si no sé si jamás llegaré a conocerte?*

*3 de noviembre de 2018, sábado*

El paisaje comienza a desfilarse rápidamente al otro lado de la ventana. El canal que caracteriza los primeros minutos se abre después a una inabarcable extensión de marismas e islotes de arena. Es una panorámica hermosa, pero Cestero apenas repara en ella. Su mirada perdida no ve el cormorán que se zambulle a escasos metros de la vía, para regresar a la superficie con un pez plateado en el pico. Tampoco oye las conversaciones de los escasos viajeros, que giran todas en torno al único tema posible.

Nada.

Hay efectivos por todas partes intentando localizar a ese desgraciado de Aimar Berasarte, es cuestión de tiempo que aparezca. Sin embargo, Ane está intranquila. Algo se les escapa. Ha revisado con Aitor la cronología de los hechos y han comprobado que el locutor tiene coartada para los asesinatos de Araceli y Charo. Miles de oyentes le escucharon en directo.

Los embarcaderos y la fábrica de tejas de Murueta desfilan ahora tras la ventana. El sentimiento de culpa crece. Tal vez a esa hora Julia esté muerta. A ella también le ha fallado.

—Julia —masculla en voz queda.

Su relación con el caso sacude de repente a la ertzaina. ¿Y si su compañera no ha sido secuestrada, sino que se trata de la asesina que buscan? La hija que no cesa en su empeño hasta matar a su madre biológica...

El tren se ha detenido en San Kristobal. Baján tres mujeres, sube un hombre con gafas y txapela, todos ancianos. Varios edificios altos, de esos que se levantaron a toda prisa en los años sesenta para acoger a trabajadores llegados de lejos, afean por un momento la panorámica.

No, no puede ser. Julia no es ninguna asesina.

Marca una vez más el teléfono del tatuador. El auricular le devuelve una larga sucesión de tonos de llamada que se extingue sin obtener respuesta. Igual que en los anteriores intentos.

—Mierda.

No le gusta nada ese silencio. Seguro que Raúl está bajo el agua, entre cangrejos y congrios, y todavía no sabe nada de lo de Julia. Cuando se entere no se perdonará no haber participado en el operativo de búsqueda.

Sin embargo, no puede quitarse de la cabeza que tres de las víctimas tenían tatuajes. La gallega quizá también. Debería haber investigado más esa conexión. Julia también lleva un *eguzkilo*, la flor del cardo silvestre. Se reprocha no haberle dado a esa pista la importancia que quizá tenga.

Se pone en pie. El tipo de la txapela y las otras dos viajeras que comparten vagón con ella la observan con curiosidad. No hace falta que abran la boca para saber lo que están pensando. Forastera... Es lo que tienen los trenes regionales, que todos se conocen.

Camina hasta el fondo del vagón y resopla. Después vuelve a su sitio. ¿Qué puede hacer? Coge de nuevo el teléfono. Esta vez marca el teléfono de Aitor. ¿Cómo irá la búsqueda de los hijos de las niñas de Lourdes? No quiere reconocerlo, pero tiene miedo de que el nombre de Raúl aparezca en ella.

—Goenaga —se presenta su compañero.

—¿Novedades?

—En realidad, sí. Aimar Berasarte acaba de aparecer en los Pirineos. Han localizado la señal de su teléfono y una patrulla de la Guardia Civil se ha desplazado hasta allí. Ni rastro de Julia o Sara. En el refugio de montaña han confirmado también que llegó el jueves por la noche. Él no pudo llevárselas.

—Joder, algo me decía que eso de la escapada a la montaña era una distracción más para tenernos entretenidos... —lamenta Cestero—. ¿Cómo llevas las identificaciones?

—Bien. He localizado a cuatro hijos. Cinco, si contamos a Julia. Dos viven en Bilbao, una en Markina y la tercera aquí mismo, en Gernika. He dado ya orden de que los encuentren. La de Markina la tenemos, está en su puesto de trabajo en una fábrica de bicicletas. De los demás no deberíamos tardar en saber algo.

Cestero celebra la diligencia de su compañero.

—Una cosa... ¿No será Raúl, el tatuador, uno de los críos del convento? —

Conforme lo pregunta se siente culpable. ¿Qué está haciendo? ¿Tan perdida está que sospecha de quienes menos debe hacerlo?

—¿Raúl? ¿Nuestro compañero? —Aitor guarda silencio unos instantes. Está tecleando algo en el ordenador—. No, no aparece. Y además no nació en el setenta y nueve. ¿Por qué?

—Por nada —se apresura a indicar Cestero.

La señal acústica que alerta del cierre de puertas se cuelga en la conversación.

—¿Dónde estás? ¿No bajabas a por un café y volvías? —pregunta su compañero.

—Sí... Luego te cuento —dice la ertzaina sin entrar en detalles.

Mientras hablaba, el paisaje ha comenzado a dormirse. El mar está pasando del azul al negro, y también se apaga el verde de los encinares de la isla de Txatxarramendi y las laderas de Atxarre. El único que vence la partida a la oscuridad que se abre camino es el dorado de la arena, esa que emerge del agua de vez en cuando para formar islotes efímeros. La desembocadura se intuye cercana; la noche, también.

Hay una idea formándose en la mente de la ertzaina, una lucecita que parpadea en algún rincón de su cabeza. No termina de hilvanarla, pero sabe que está ahí. Es un recuerdo, parte de alguna conversación que trata de regresar al presente. Sabe que es algo que ha pasado por alto en algún momento y que ahora quiere cobrar fuerza. Cierra los ojos, tal vez eso le ayude a concentrarse.

—*Arratsalde on.*

Cestero se gira extrañada hacia quien la saluda. Le cuesta unos segundos ubicar a ese hombretón de barba blanca y chaqueta azul marino que tiende la mano a la espera del billete.

—Soy ertzaina —dice a modo de disculpa. Se ha subido al tren sin pasar por la máquina expendedora de billetes.

—Y yo revisor. —No hay atisbo de sonrisa en el rostro del hombre. Es más bien inexpresivo.

Cestero le muestra su identificación.

—Estoy de servicio.

El empleado de Euskotren suelta un suspiro. Garabatea algo en un talonario.

—¿Adónde va?

La ertzaina se gira hacia la ventana.

—¿Adónde va el tren?

El tipo levanta las cejas y la observa con incredulidad. Después escribe algo más y arranca una hoja del talonario.

—Yo le doy un billete hasta Bermeo. Haga lo que quiera.

Cestero saca la cartera.

—¿Cuánto...?

El revisor rechaza las monedas que le ofrece.

—Da igual, pero la próxima vez saque un título de transporte. Es obligatorio. Si no lo hace y tenemos un accidente el seguro no se hace cargo.

—Antes de alejarse, apoya una mano en el hombro de Cestero. Su mirada se ha humedecido—. Encuéntrénlas y paren de una vez a ese desalmado.

La ertzaina lo ve desfilar por el pasillo. Es grande. No gordo, grande. Debe de pesar más de cien kilos y a duras penas cabe entre los asientos. Verlo a punto de llorar la ha conmovido. No es fácil lo que está teniendo que soportar esa comarca, y menos que pese a la mecha que muchos periodistas se empeñan en prender no se hayan producido aún incidentes contra la Ertzaintza.

El revisor se entretiene a hablar con el hombre de la txapela. Ni el tiempo ni el partido del Athletic... Solo hay palabras para las mujeres desaparecidas. Cestero siente el martilleo de la culpa cada vez con más fuerza. ¿Cuántas mujeres han sido asesinadas desde que ella se ha hecho cargo del caso?

Demasiadas.

Una sola ya sería demasiado, pero además no ha sido una sola.

—Basta ya —se recrimina en voz alta. No puede seguir fustigándose. Tiene que actuar, no lamentarse.

Un rebaño de ovejas aguarda tras un paso a nivel. Hora de regresar al corral. La pastora alza la mano para saludar a algún pasajero conocido.

Cestero le sonrío mecánicamente antes de volver a cerrar los párpados. ¿Por qué esa sensación de que ha permitido un hilo suelto? Siente que lo tiene ahí, al alcance de la mano. En mala hora ha aparecido el revisor. Respira hondo, lentamente, necesita expulsar la maraña de ideas contrapuestas que bombardean su mente. Las conversaciones y el traqueteo del tren pasan a un segundo plano. Sus neuronas comienzan a frenar.

Aquí está. Lo tiene. Es solo un detalle, tal vez insignificante, pero tal vez crucial.

Mientras marca de nuevo el último número al que ha llamado, se recrimina no haber reparado antes en ello.

—Goenaga —se oye a través del auricular.

Cestero no pierde el tiempo en presentaciones.

—Hace unos días mencionaste algo de una tesis sobre hibridación de tulipanes en la que había colaborado la Sociedad de Ciencias.

—Eso me dijeron, sí.

—Quiero saberlo todo sobre el autor de ese estudio. ¿Quién es, dónde vive...? ¡Todo! ¿Entendido?

—¿En sábado? A ver si hay suerte y localizo a alguien... Y también querrás saber si se trata de alguno de los niños que nacieron en ese convento, claro —aventura Aitor.

—Exactamente —sentencia Cestero. Qué sencillo es entenderse con su compañero, apenas hacen falta palabras.

El tren se ha detenido. No hay andenes a la vista, solo el mar y la larga lengua de arena que los mapas bautizan como playa de Laida. El revisor se asoma a la ventana con el ceño fruncido antes de dirigirse hacia la locomotora. La ertzaina siente un nudo en el estómago. Piensa en Julia y en Sara, pero también en Natalia Etxano. Cada uno de los fotogramas de la retransmisión de su asesinato se reproducen de nuevo ante sus ojos.

—¡Ya estamos! —oye protestar a una de las mujeres. Se ha puesto en pie y trata de descubrir a través de la ventana qué es lo que obliga al convoy a detenerse.

El hombre de la txapela no parece muy preocupado. Ha abierto el periódico y ni siquiera levanta la mirada de sus hojas.

Cestero se tensa. Cada vez le gusta menos esa parada inesperada. Está a punto de ponerse en pie para correr hacia la locomotora cuando una sacudida acompaña la reanudación de la marcha.

El mensaje de Aitor llega en cuanto los árboles comienzan de nuevo a desfilar al otro lado de la ventana. Ha habido suerte. En la Sociedad de Ciencias no solo cuentan con su nombre, sino que le han hecho llegar la fotografía con la que tramitaron el carnet para que pudiera acceder a sus instalaciones.

Cestero lee el nombre. No le dice nada. Aitor asegura que no aparece en la lista de los niños adoptados. Claro que eso no descarta nada, pudo emplear una identidad falsa. Sería extraño que alguien que lo ha preparado todo tan concienzudamente no lo hubiera hecho.

La foto no es de buena calidad. Muestra a un hombre en la treintena, de ojos

negros y gesto simpático. Tiene una sonrisa bonita. Cestero lo estudia con el ceño fruncido. Le resulta vagamente familiar.

El piercing de la lengua de la ertzaina se mueve inquieto a un lado y a otro de la boca, chocando aquí con los incisivos, allá con los molares. Sus neuronas se intercambian información a toda velocidad. Está segura de haberlo visto alguna vez. Sí, pero ¿cuándo? ¿dónde?

Trata de imaginárselo con barba, con bigote, con gafas, calvo... Mil composiciones diferentes se suceden en su mente. En los seis años que han pasado desde que esa foto llegó a la Sociedad de Ciencias el tipo de la foto puede haber sufrido grandes cambios.

—¡Joder! —exclama de pronto. Marca el número de Aitor—. Es Álvaro, el amigo de Julia, el que curró para Facebook —anuncia poniéndose en pie. Tiene que salir de ese tren.

—¿Álvaro Orduña? Lo tengo en el listado. Nació en el convento en 1979.

Cestero sale disparada hacia la puerta. Los demás viajeros se giran intrigados hacia ella. El tren está aminorando la marcha. Los rótulos del apeadero de Mundaka se asoman a las ventanas.

—Ese cabrón ha estado jugando con nosotros —se lamenta la suboficial con un regusto amargo en la boca—. Manda una patrulla a recogerme y entérate de dónde vive ese hijo de puta. ¡Se acabó el juego!

*3 de noviembre de 2018, sábado*

—Me jodiste la vida, ¿sabes? Tú pudiste seguir adelante como si nada hubiera ocurrido, pero yo no. Nunca entenderé por qué lo hiciste, y ya no quiero saberlo. No te destaparé la boca para que me vomites un montón de mentiras y excusas sin fundamento.

La furgoneta avanza lentamente por el camino de tierra. Los faros apagados, claro. ¿O debería encenderlos? No es fácil tomar una decisión acertada, aunque por las comunicaciones internas de la comisaría de Gernika parece que solo se han establecido controles en las carreteras principales. Algunas patrullas recorren los caminos vecinales y los numerosos barrios rurales que caracterizan el paisaje de Urdaibai. Y esas son las que le preocupan. Si se topa con una de ellas todo se irá al traste.

Una furgoneta sin luces llamaría demasiado la atención.

Mejor encenderlas.

La claridad le ciega por un momento. Frena y aguarda a que los ojos se acostumbren a la nueva situación. Después acelera y continúa su ruta. Ahora puede ir más deprisa, sin miedo a salirse de la pista y llevarse por delante alguno de los postes de madera que sostienen la alambarrera que delimita los prados.

Debe apresurarse. El cielo quiere clarear, se intuye por el este. El paisaje continúa sumido en la negrura de la noche mientras las nubes que flotan sobre él comienzan a teñirse de apagados tonos metálicos. Pronto el pájaro de hierro podrá despegar y todo se complicará un poco más.

Si ha elegido la noche es porque el helicóptero de la Ertzaintza no puede volar. Es algo incomprensible, pero, a pesar de que el aparato esté preparado técnicamente para hacerlo, carece de la certificación necesaria. La burocracia se alía con él para ponérselo más fácil.

Al menos hasta que amanezca.

—Un caserío... —anuncia al ver la fachada dibujarse en la distancia—. Aquí nació el padre de Iñaki, uno de mis compañeros en el *Virgen de Begoña*. Qué más te dará a ti, ¿no? No te has preocupado por mí en toda la vida y ahora vas a querer saber quiénes son mis amigos...

Hay luz tras una de las ventanas del piso superior. La jornada comienza para todos.

Levanta ligeramente el pie del acelerador. No quiere hacer más ruido que el necesario. Menos mal que quien se haya levantado tan pronto será para ir a trabajar y estará aseándose y no apoyado en el alféizar viendo pasar la vida, porque una furgoneta por ese camino rural, y tan temprano, le resultaría algo demasiado sospechoso.

—No es fácil todo esto, no creas —murmura contrariado.

El edificio queda pronto atrás, y con él la tensión. Un pinar envuelve ahora el paso del vehículo. El mapa satélite que muestra el móvil adelanta que Bermeo está ya cerca. La primera etapa del traslado, la que sigue la densa maraña de caminos que surcan todos los rincones de Urdaibai, habrá concluido. La siguiente estará más expuesta, aunque también confía en que haya menor control policial. A mayor distancia de la ría la situación debería de estar más relajada.

—En ese restaurante se casó mi primo. Mi tía, o mi falsa tía mejor dicho, siempre se portó conmigo mejor que esa bruja —explica cuando la furgoneta se encuentra con un nuevo caserón.

Hay algo ante la puerta que hace que frene en seco.

—Ahora vuelvo —dice apeándose de la furgoneta.

Cuando regresa lo hace con un saco de harina del que asoman una docena de barras de pan, todavía humeantes. Huele bien. Tanto que el estómago comienza a retorcerse, quejoso.

—Tú no querrás un poco, ¿verdad? —pregunta arrancando un pedazo.

La única respuesta que llega de atrás es un ronquido sordo.

Está rico. Por un momento se le viene a la mente la imagen de su padre regañándole por comerse el pan caliente cuando era niño. Lo que no es capaz de recordar es si era verdad que después le dolía la tripa, como aseguraban los mayores.

Ahora podrá comprobarlo.

Los bloques de pisos de Bermeo le dan la bienvenida. Hay gente por la calle. Poca, pero más de la que esperaba. Claro, ya son las siete de la mañana.

Mejor así, cuanto más movimiento menos opciones de que se fijen en él. Las furgonetas de reparto, detenidas ante los diferentes negocios, también le insuflan tranquilidad. La suya ya no es la única.

Hay movimiento en la parte trasera. Sara se ha despertado y forcejea tratando de liberarse. Su boca amordazada se esfuerza en rogar un auxilio que no llegará.

—Tranquila. Todo va bien. Ya estamos llegando. Pronto todo habrá acabado para ti.

Los balbuceos de angustia se vuelven más intensos, igual que los golpes desesperados contra la carrocería del vehículo. Si continúa así, va a tener que volver a sedarla.

¿Cuántas veces se podrá inhalar cloroformo sin que el cuerpo diga basta y todo se pare? No le gustaría que muriera por culpa del narcótico, o el final que le tiene reservado quedaría muy desmejorado.

Una urbanización de viviendas adosadas despide Bermeo. Enseguida llegará al cruce donde abandonará la carretera general, que sube al cabo de Matxitxako, para volver a desviarse por caminos entre caseríos solitarios.

—Mierda...

Ahí están.

Las luces giratorias dibujan reflejos azules en las ventanas cercanas. Tras algunas de ellas se aprecia el movimiento del día que nace; tras otras muchas todavía se adivina la noche.

El pulso se le ha acelerado. La silueta de los ertzainas se perfila en medio de la carretera. Uno de ellos sostiene en la mano un pirulo amarillo con el que ordena detenerse a un todoterreno. Por detrás circula una furgoneta de una empresa de albañilería. Después será su turno.

Le asusta la crispación de sus propias manos en torno al volante. No puede permitirse llegar así al control.

¿Y si da la vuelta?

No, demasiado tarde. Llamaría la atención de los ertzainas.

—¡Mmmggghhh!

—¡Calla! —ordena volviéndose hacia atrás.

La impotencia se mezcla con el pánico y amenaza con bloquear por completo su mente. Su obra se está viniendo abajo. ¿Cómo va a salvar el control con una mujer amordazada pataleando en el cajón trasero?

El coche ha pasado la barrera policial. Le toca a la furgoneta de delante. El

tiempo se agota. La linterna de los ertzainas se aproxima a las ventanillas para rebuscar en el interior. Apenas son unos segundos antes de que el albañil reciba el permiso de continuar su camino.

—¡Mmmgggrrr!

—¡Cállate, maldita sea!

La ansiedad fluye a toda velocidad por sus venas. Siente la necesidad de abrir la puerta y huir corriendo. ¿Y de qué serviría?

No, no puede tirar la toalla justo ahora. Debe acabar su obra.

¡El pan!

Lo había olvidado.

Activa las luces de emergencia, detiene la furgoneta a un lado de la calle y coge dos barras del saco de papel. El corazón le late con tanta fuerza que puede oírlo. Tal vez los ertzainas, que se encuentran a poco más de veinte pasos de él, también alcancen a sentir su palpitar ansioso.

Lo primero es salir de la furgoneta. Lo hace con tanta naturalidad como le es posible, y, sin embargo, tiene la impresión de que está anunciando a los cuatro vientos que es culpable. Después se dirige a una casa al azar y deposita las barras en el alféizar de la ventana más cercana a la puerta. Es lo que haría el repartidor de una panadería, ¿no?

—¡Mmmggg!

La llamada de auxilio le llega con claridad a pesar de encontrarse a cierta distancia del vehículo.

De nuevo las ganas de echar a correr.

Los ertzainas siguen a lo suyo, no parecen haberla oído.

Un nuevo lamento, esta vez con golpes en la carrocería incluidos.

—*Hegoak ebaki banizkio, nerea izango zen. Ez zuen aldegingo...*

Su propia voz le llega distorsionada por el miedo, temblorosa. Pero no se le ocurre nada mejor que canturrear algo para tratar de tapar el ruido.

Ahora los policías le están mirando. Les sonrío y los saluda con la mano. ¿Qué más podría hacer?

—¡Mmmggghhh!

—... *ez zen gehiago txoria izango. Eta nik...*

El teatro se le está yendo de las manos. No puede resultar creíble que un repartidor se dedique a cantar a voz en grito a esas horas tan tempranas.

Palpa el bolsillo de su pantalón. Ahí está el frasco. Se asoma a la caja trasera de la furgoneta y aproxima una vez más un pañuelo empapado en

cloroformo al rostro de la mujer. Se resiste más que las anteriores ocasiones, pero apenas unos segundos después cae en un sopor absoluto.

El alivio es inmediato. Siente la distensión en cada uno de sus músculos. Y, sin embargo, el problema sigue existiendo. Hay dos ertzainas a solo unos pasos de distancia. Todavía tendrá que seguir actuando si quiere que su estrategia resulte creíble.

Coge una nueva barra de pan y se encamina a uno de los adosados de la acera de enfrente. Esta vez parece más fácil. La bolsa de plástico con el periódico que algún repartidor ha colgado del pomo de la puerta servirá para acoger también el pan.

—¿Qué haces? —La voz le hiela la sangre.

¿Qué puede responderle a ese señor en batín asomado a la ventana de su cocina? Tal vez los ertzainas no alcancen a oír la conversación, pero lo estarán viendo todo. No puede permitirse regresar a la furgoneta con el pan en la mano.

—Ehhh, pues sí. Le traigo una barra de pan recién hecho. Es cortesía de la panadería Osintxu, acabamos de abrir en el barrio de Itsasbegi y estamos intentando darnos a conocer.

Lo dice conforme se le va ocurriendo, y celebra su idea. Es realmente buena. Confía en haber salvado la situación.

—¿Con quién hablas a estas horas? —pregunta una voz de mujer desde algún lugar de la cocina.

—Uno que trae pan. Dice que han abierto una panadería nueva y nos regala una barra.

¿Por qué se hace de rogar ese idiota? ¿Tan difícil es coger el regalo, desear suerte con el negocio y volverse tranquilo a su desayuno?

—Cójalo, por favor. Verá qué tostadas más buenas desayuna esta mañana. Es de masa madre —insiste introduciendo la barra a través de las rejillas que protegen la ventana—. En Osintxu estamos seguros de que una vez que lo prueben no querrán ningún otro.

Odia ese gesto perspicaz en el rostro del hombre de la ventana. ¿Si reacciona así ante alguien que solo le ofrece pan gratis, cómo lo hará ante unos testigos de Jehová?

—Venga, cógele el pan, que se está enfriando toda la casa —apremia la mujer.

Esta vez sí. Por fin, el tipo del batín estira la mano, musita un sobrio

agradecimiento y se hace con el presente.

—Tiene ahí el periódico —anuncia girándose para regresar a la furgoneta. La única respuesta que recibe es el clac de la ventana al cerrarse.

—... *eta nik, txoria nuen maite...*

A pesar de que ya no es necesario cantar para ocultar lamento alguno, se obliga a hacerlo. Su comportamiento debe mantener una cierta coherencia. Y no es fácil. No, a nadie le resultaría sencillo tener que cantar con un nudo en la garganta, y tampoco con la boca seca por la tensión.

—Allá vamos —anuncia ocupando el asiento del conductor.

Arranca el motor. El ritmo de su corazón vuelve a acentuarse, igual que la crispación de sus manos. Su campo de visión se reduce. Tanto que solo ve ese pirulo amarillo que se mueve adelante y atrás en la oscuridad. Lo demás se funde en una nebulosa incierta. Cierra los ojos para tratar de ver mejor. Es en balde, solo la luz amarilla.

Ahora se suma el rostro del ertzaina que la sostiene. Es joven, imberbe. Le dice algo que no logra oír. Le estará pidiendo que se detenga.

Pisa el pedal de freno. Ahora mirarán con las linternas en la parte de atrás y descubrirán a la mujer narcotizada. Tenía que haber dado la vuelta antes de que fuera demasiado tarde.

—*Egun on* —saluda, bajando la ventanilla. ¿Se le ha trabado la lengua o ha sido solo una broma de su imaginación?

El agente corresponde al saludo y señala con la linterna los panes que asoman del saco.

—¿Qué, repartiendo el desayuno?

El otro ertzaina se ha sentado en el coche patrulla y consulta algo en su teléfono móvil. Tal vez esté pidiendo refuerzos.

—Pan. Reparto pan por los diseminados —musita a duras penas. Tiene la boca tan seca que le cuesta articular las palabras.

—Huele bien —dice el joven palpándose la barriga.

Está claro que el policía está intentando ganar tiempo. Algo trama. Y el otro sigue con el móvil en la mano.

Un destello de lucidez lleva su mano hacia el saco de papel.

—Toma una barra. Siempre llevo de más. Así matáis un poco el hambre, que llevaréis tiempo trabajando.

Ha conseguido decirlo sin que el nerviosismo le ponga la zancadilla.

—Gracias. Mmm, si está caliente todavía... ¿Seguro que no tendrás

problemas? —agradece el ertzaina.

—¡Qué va! Toda tuya.

El joven no pierde el tiempo. Ya tiene un pedazo en la boca. El haz de su linterna recorre fugazmente el interior de la furgoneta. Desde su posición no alcanza a ver a la mujer secuestrada, pero todo se irá al traste en cuanto le pida que abra el portón trasero.

—Continúa —indica sin embargo el policía—. Y buen reparto. ¿Vas muy lejos?

—No, a Eneperi y San Pelayo. Después me vuelvo para abrir la tienda —miente. ¿De verdad ha sido tan fácil?

—Que tengas un buen día —desea el uniformado dando un paso atrás.

—Igualmente —le corresponde con una sonrisa de compromiso.

Ha pisado el acelerador con demasiada fuerza. No hacía falta ser tan brusco. Si después de eso todavía no sospechan de él será un milagro. No parece que se hayan alterado. Los ve tranquilos a través del retrovisor, uno con su móvil y el otro con la barra de pan. Apenas unos segundos después el control policial es pasado. Los eucaliptos que flanquean la carretera de Matxixako lo han devorado.

Ahí está el cruce. El intermitente izquierdo de la furgoneta señala su intención de desviarse a la izquierda, para tomar la ruta vecinal entre caseríos. Sin embargo, en el último momento, opta por continuar por la vía principal. Es improbable que haya nuevos controles hasta su destino.

El cielo ya no es negro, sino azul pálido. El tono rosado de las nubes anuncia la salida del sol.

—Estamos llegando. Muy pronto se acabará todo —anuncia girándose levemente hacia atrás—. Seguro que no confiabas en mí. Ya ves, puedes estar orgullosa, no trajiste al mundo a un idiota.

Sara no responde. Su respiración acompasada apenas logra colarse a través del rugido del motor.

—Todo esto es culpa de Julia. Si no hubiera metido sus narices en tu casa, no estaríamos así. Ha alargado tu sufrimiento para nada. ¿Sabes que ella también podría ser tu hija? —inquire sin esperar respuesta—. ¿Y dices que te

parece injusto conocernos así, a última hora? Pues imagínate para nosotros, toda la vida buscando respuestas que nunca llegarán.

Un nuevo cruce indica la dirección hacia el faro de Matxitzako. También ese sería un escenario imponente para acabar con la vida de la mujer. No tanto, en todo caso, como el que ha elegido.

—¿Sabes lo peor de todo? —reflexiona con una punzada de dolor—. Voy a tener que matar a mi propia hermana. Siempre deseé tener una. Ella sí me habría querido y yo la habría correspondido con mi amor. La habría cuidado de todos los males de este mundo, de todas las personas crueles que hubieran intentado dañarla como me hicieron a mí. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

El bosque de repoblación comienza a ceder terreno ante un Cantábrico que se hace rápidamente con todo el protagonismo. Dos pesqueros regresan al puerto de Bermeo tras una noche de faena. Una nube de gaviotas, que se intuye ruidosa a pesar de la distancia, se disputa los descartes que los arrantzales arrojan por la borda antes de arribar a los muelles. Es una de esas estampas que cualquier otro día le hubieran obligado a detenerse y contemplar sin prisa, quizá incluso hubiera tomado alguna fotografía. Esta mañana, en cambio, no le sugiere nada. Solo quiere llegar cuanto antes al lugar elegido.

—Al menos he dado su merecido a ese cabrón que manchó el nombre de Julia. Ese periodista estará ahora en el centro de la diana con toda la Ertzaintza pisándole los talones. No es tan difícil manipular la cuenta de Twitter de alguien, no para quien lleva media vida entre ordenadores, como yo.

Mira al cielo. Va a ser una jornada hermosa, de nubes altas, que ahora comienzan a teñirse de rosa, y viento sur. Eso poco influye en su plan, que solo depende del mar. El reloj le recuerda que debe darse prisa. La marea está subiendo y pronto será tarde para llevar a cabo su obra.

Cuando San Juan de Gaztelugatxe se cuele en su campo de visión lo hace entre brumas que le obligan a pestañear para sacudirse las lágrimas que las crean. ¿Por qué Julia ha tenido que entrometerse? Se siente roto, desmoronado, cuando piensa que a ella también va a tener que matarla.

—Hemos llegado. No te quejarás. Si yo tuviera que elegir un lugar donde morir lo tendría muy claro. Ahora, cada vez que alguien vea una postal de este lugar recordará lo que sucedió aquí contigo. Te estoy regalando la inmortalidad.

Una carreterilla que huele a recién asfaltada desciende hacia la ensenada donde parece flotar Gaztelugatxe. El islote es pura roca, cubierta en parte por pinceladas de hierba que no logran despojarlo de su crudeza. A su alrededor el mar se vuelve blanco, espumoso, resultado del constante embate de unas olas que parecen decididas a derribarlo. Es un escenario natural que rezuma dramatismo, y más a esa hora en que la soledad lo envuelve por completo. Y luego está la mano del hombre, que tendió un puente hasta tierra firme y continuó trazando un sendero empedrado que desemboca en lo alto del peñón. La ermita más marinera que pueda imaginarse lo corona todo.

¿Cuántas familias habrán acudido a rogar por los suyos, desaparecidos tras alguna tempestad, entre aquellas paredes con olor a salitre? Muchas. Y, sin embargo, está seguro de que la suya jamás lo habría hecho si el mar le hubiera jugado una mala pasada.

*Un día de marzo de 2018*

El muro rezumaba humedad, igual que los adoquines de una calle que brillaba a la luz de las farolas. No se oían pasos ni voces, solo algunas gotas que se desprendían de los aleros de los tejados. Un camión de basura añadía su estrépito lejano de vez en cuando.

Miré una vez más en todas direcciones para comprobar que no hubiera nadie cerca. La calle estaba desierta. La noche elegida era ideal; la hora, las tres de la madrugada, también.

—Vamos allá —me dije a mí mismo conforme apoyaba las manos en la arenisca y palpaba en busca de resquicios en los que impulsarme.

En apenas unos segundos estaba dentro. Aterricé en el huerto, entre coles de tamaño generoso. Enseguida comprendí que mi temor a que tuvieran algún perro que las alertara de mi presencia no se correspondía con la realidad. Allí no había animal alguno.

Corría hacia el edificio principal del convento cuando vi algo que me hizo detenerme en seco.

Eran hermosos, todos iguales, orgullosos y de un color que, pese a la oscuridad, se intuía tan rojo como la sangre.

Me acerqué a acariciarlos. Su leve aroma a nueces se contagiaba al frescor de la noche. Eran unos *Early Abba*, una variedad temprana que no requería de excesivos cuidados. Su doble hilera de pétalos los hacía inconfundibles. Fueron los primeros tulipanes que planté tras identificarlos como la flor que mi madre escondió entre mis ropas al abandonarme. Me sentí decepcionado al reparar en que tal vez lo hubiera cortado de ese mismo bancal.

Las variedades sencillas como aquella ya no me motivaban. Había creado una variedad de la que mi madre iba a sentirse orgullosa. Estaba decidido a demostrarle que el hijo que había abandonado valía la pena. *Emperor's mum*. Me gustaba el nombre que le había dado. Era el fruto de un trabajo bien hecho, de largas esperas y de demasiadas decepciones. No había sido fácil, pero por

fin mis semillas habían llegado a florecer. Ahora contaba con bulbos, que dormían esos días a la espera de despertar para que diera comienzo la parte más intensa de la fiesta que había preparado.

Y aquella noche era crucial en mi plan. Si todo iba bien en el convento, solo los cuatro meses que las plantas tardarían en florecer me separaban de la auténtica traca final.

Continué avanzando. La puerta que comunicaba el huerto con el interior del edificio no estaba cerrada con llave. Me lo estaban poniendo fácil.

—Hola —susurré al pasillo vacío.

Olía a una extraña mezcla de repostería, incienso y edificio antiguo. El suelo era de piedra allí abajo, en la parte noble del convento. Se repartían el espacio la iglesia, una pequeña hospedería para visitantes y el vestíbulo. Se hacía extraño ver el torno desde la clausura. Fui incapaz de contar las muchas ocasiones que había estado al otro lado del mecanismo giratorio. Mi madre era muy de pastas de las monjas, y siempre me tocaba a mí ir a comprarlas.

No sentí lástima alguna al pensar en ella. La recordaba a menudo postrada en su cama del hospital de Cruces, consumiéndose a una velocidad que sorprendió a los propios médicos. Murió sola, claro, como tenía que ser. Y sola descansaba en una sepultura de alquiler del cementerio.

Su muerte había sido solo el principio. Ahora comenzaba lo bueno, la segunda parte de mi venganza.

El principal contratiempo llegó en cuanto puse el pie en las escaleras que subían al primer piso. Era allí donde se encontraba el archivo del convento si el plano que había conseguido no estaba equivocado. Pero también era donde se ubicaban las celdas de las religiosas.

El lamento de la madera vieja resonó en el edificio. Y no fue solo el primer peldaño. Cada paso que daba se traducía en crujidos y chirridos que hacían imposible que las monjas no se dieran cuenta de que había un intruso en el convento.

Me giré para regresar por donde había llegado.

Me maldije a mí mismo. No podía tirar la toalla a las puertas de lograr mi objetivo. Solo eran unas monjas. En el peor de los casos se asustarían al verme y saldrían corriendo.

Continué ganando altura hasta desembocar en un largo pasillo al que se abrían dos hileras de puertas. Estaban todas cerradas y no se percibía movimiento alguno. La oscuridad era casi absoluta.

«Las celdas», me dije.

Necesitaba desfilas a lo largo del corredor para alcanzar el archivo. Realmente era como introducirme en la boca del lobo.

Antes de hacerlo, contuve la respiración hasta comprobar que el único sonido que oía era el de mis propios latidos. Y se sentía tan fuerte que llegué a temer que despertara a las religiosas que dormían tras esas puertas.

«Solo son unas monjas», me repetí para mis adentros.

En un intento por que mis pasos resultaran más ligeros, me descalcé. Después me encaminé hacia la biblioteca.

Ronquidos, toses y hasta cuchicheos me llegaron desde el interior de las celdas. Los crucifijos por doquier y las santas que me observaban desde las paredes me ponían la piel de gallina. Me sentía observado.

No fue mejor cuando entré por fin al archivo y encendí la linterna. La Virgen María que presidía la sala resultaba tan real que sus ojos me seguían allá donde me moviera. Su sombra bailaba en la pared cada vez que el haz de luz se movía en una o en otra dirección.

Las estanterías eran un curioso compendio de biografías de santos y libros de gastronomía. No me entretuve a leer sus títulos, no era eso lo que buscaba. Recorrí con la linterna los anaqueles y llegué a pensar que no lo encontraría. Pero ahí estaba, en un rincón sin encanto alguno. Los lomos de piel con títulos grabados en dorado se convertían de pronto en cuadernos de espiral y anuarios envejecidos. Había también decenas de cartas en hatillos y carpetas azules repletas de documentación.

Me llevó un buen rato revisarlo. Aquellas mujeres lo conservaban todo, desde las facturas de los cirios pascuales hasta viejas recetas de pastas que ya no fabricaban.

Eran casi las cinco de la mañana cuando lo encontré. Se trataba de un libro de cuentas donde aparecían generosas columnas de nombres y apellidos.

#### DONANTES. RECEPTORES.

El encabezamiento de cada listado no podía ser más eufemístico. ¿Cómo podía llamarse así a quienes abandonaban a un bebé o a quienes lo adquirían?

Pasé las páginas hasta dar con el setenta y nueve, el año de mi nacimiento.

Ahí estaba lo que buscaba.

Por un lado, los nombres de las madres que habían abandonado a sus hijos en el convento; por el otro, las parejas que se habían hecho con nosotros. Reconocí el nombre de mis padres adoptivos en esa segunda lista.

Me sentí eufórico. En cuanto mis tulipanes florecieran podría acabar con la mujer que me traicionó y me negó la vida que me correspondía.

Todavía celebraba mi triunfo cuando reparé en que no iba a resultar tan fácil. Los nombres de los bebés no aparecían en el listado. Tampoco había fechas de nacimiento ni nada que me permitiera establecer vínculo alguno conmigo. ¿Cuál de aquellas siete madres era la mía?

—Maldita sea —mascullé entre dientes.

Un ruido a mis espaldas me puso alerta. Apagué la linterna y aguardé unos instantes. No se oyó nada más. Solo algún ronquido apagado por la distancia. Tampoco se percibía movimiento en el pasillo. Había sido una falsa alarma, pero me recordó que no podía demorarme más.

Arranqué del libro la hoja que me interesaba y volví a dejar el resto en su sitio.

En cuanto puse el primer pie en el pasillo, un chirrido me obligó a detenerme en seco.

Alguien había abierto la puerta de una celda.

De nuevo los latidos desbocados en mi pecho.

Una figura apareció en medio del corredor. Era apenas una sombra. Se había detenido y me observaba. Probablemente estuviera tan asustada como yo.

No había previsto algo así. La monja se interponía en mi camino a la salida. O la arrollaba en mi huida o no habría manera de abandonar el convento. Tenía la información que precisaba, no podía permitirme que una de esas religiosas echara mi plan por tierra.

Me disponía a apartarla de un empujón cuando la reconocí. Se trataba de la madre superiora. De pronto sentí una rabia irracional. Aquella anciana llevaba toda la vida al frente del convento. Me la imaginé entregándome al patrón de barco que me llevó a casa con la intención de hacer feliz a esa mujer que me odió desde el primer día.

Fue todo tan rápido que ni siquiera recuerdo cómo ocurrió. Solo sé que la estrangulé con todas mis fuerzas hasta que sus ojos se volvieron blancos y dejó de respirar. La había matado. O eso pensaba entonces.

Miré alrededor. Temía que nuestro forcejeo hubiera despertado a alguien.

No había nadie más.

Me sentí eufórico. Me había convertido en Dios. Decidía quién debía vivir y quién no. Y esta vez había sido mucho más sencillo que con mi madre, que requirió meses de envenenamiento.

En aquel momento, ante la religiosa tendida en el suelo y en la penumbra de aquel pasillo, comprendí que la obra que me disponía a realizar debía ser de mayor envergadura. Si no sabía cuál de las mujeres del listado era mi madre solo tenía una opción. Y me encantaba.

Acabaría con todas ellas.

Mi venganza sería mayúscula.

*3 de noviembre de 2018, sábado*

Julia está al borde de un acantilado cuya base queda desdibujada entre las brumas que emergen del mar. Es alto, tanto que nadie sobreviviría a una caída desde allí. Y lo peor de todo es que sabe que es precisamente eso lo que la espera. Su tiempo se ha acabado, igual que el de Sara y el de tantas otras mujeres cuya única culpa era ser una de las posibles madres de un asesino.

—Te toca —oye a su espalda.

Es su voz, esa que durante tanto tiempo sintió como la de un amigo. Ahora sabe que no lo era. Solo la ha utilizado.

Una mano se apoya en su nuca. La calidez que le transmite es solo una ilusión. Se trata de la mano que la empujará hacia su final. Al menos ha elegido el mar para matarla. Ella no hubiera escogido otro lugar mejor para morir. Tal vez sea verdad que son hermanos.

Nunca lo sabrá. En cuanto las olas la abracen ahí abajo todo habrá acabado y sus preguntas quedarán sin respuesta.

—*Agur*, Julia. Tú me has obligado a hacerlo —dice su asesino. Su voz aparece rota, pero la mano que la empuja al vacío es firme.

La caída es rápida, limpia y sin apenas tiempo para asimilarla. Todo ha acabado. Esta vez no es como aquel día en el Pirineo haciendo puenting. No, en esta ocasión no hay una cuerda que frene el viaje en el último momento. El final de trayecto es muy diferente, y se acerca sin compasión alguna.

Su rostro es el primero en impactar contra el mar. El agua le llena las fosas nasales y le impide respirar. La angustia la impulsa a bracear. No puede, los brazos siguen atados a la espalda.

—¡Julia, Julia!

¿De dónde vienen esas voces?

—¡Vamos, Julia!

Alguien le da palmadas en la cara. Abre ligeramente los ojos. Ve una

sombra sobre ella. No tiene ojos, ni boca, solo contornos desdibujados.

—Está drogada. Se vuelve a dormir. ¡Más agua!

Otra vez el cubo de agua en la cara. Esta vez, al menos, le han retirado la cinta americana de la boca y puede romper a toser.

Abre los ojos de nuevo. Esta vez las formas se aclaran. Cestero la observa con preocupación, pero sonrío. Junto a ella, Txema sonrío con los ojos empañados.

—La ambulancia está en camino —anuncia un agente uniformado que llega con la radio en la mano.

—No hará falta. Solo es cloroformo. —Julia se sorprende al oír su propia voz. Cualquiera diría que está bebida. Los ojos le pesan. Necesita dormir más.

—Espera, después dormirás —le pide Cestero sacudiéndola por los hombros. Los otros agentes se apresuran a liberarla de sus ataduras—. Necesitamos que nos digas dónde está Sara.

Julia se gira hacia el lugar que ocupaba su compañera de cautiverio. Allí no hay nadie. El sótano está vacío. Solo están los ertzainas y ella. Y los tulipanes, claro, que continúan su baile sereno ajenos a todo. Al otro lado de la ventana no se ve luz, es noche cerrada.

—Se la ha llevado —dice recordando vagamente.

—¿Adónde?

Los ojos se le cierran. Cestero vuelve a ser solo una sombra.

—¡Julia! ¿Dónde está Sara? ¡Seguro que ese cabrón dijo algo! ¿Adónde la ha llevado?

La agente apenas tiene fuerza para abrir los ojos.

—A la casa del dragón y Daenerys —balbucea, mientras toca pesadamente entre las brumas de sueño el nuevo tatuaje de Cestero.

—Está drogada —se lamenta Txema—. No va a poder decirnos nada.

—¿Qué dragón, Sugaar? —la suboficial la zarandea de nuevo—. ¡Vamos, Julia! No es momento para tatuajes. ¡Tenemos que salvar a esa mujer!

Los párpados de Julia vuelven a abrirse. Le duele la cabeza. Es ese maldito motor de la ventilación. ¿Quién es esa que no la deja dormir? Ah, sí... Cestero. El dragón... La casa del dragón.

—La roca del dragón. Eso es lo que dijo.

El gesto de Cestero es de confusión. Ahora es su mano la que acaricia el tatuaje.

—¿No diría algo de las lamias? Sara vivía en Lamiaran...

Julia niega con la cabeza. El dolor se hace más intenso con el movimiento. Txema intenta sujetarla para que no se haga daño.

—La roca del dragón.

Cestero la observa unos segundos en silencio. Después se lleva la mano a la cabeza y abre la boca. Está sonriendo.

—Joder, avisad a todas las unidades... —exclama, activando la radio—. Ese cabrón pretende matarla en Gaztelugatxe. La roca del dragón, «Rocadragón» en *Juego de Tronos*. Quiero a todos allí, ya. Que avisen también a las unidades aérea y marítima.

Julia siente la calidez del beso que Cestero le deposita en la frente. Después vuelve a dejarse mecer por el sueño, un sueño intranquilo aunque esperanzado.

*3 de noviembre de 2018, sábado*

El tañido de la campana hiere el silencio del amanecer. El brillo metálico del cielo se funde con el del mar, que adquiere su habitual tono azul verdoso conforme la luz se vuelve más intensa. Las olas baten con la fuerza de la marea ascendente contra los acantilados del islote de Gaztelugatxe y el vecino de Aketxe, de menor tamaño y sin puente alguno que lo comunique con el continente.

Decenas, o tal vez cientos, de gaviotas alzan el vuelo contrariadas por el inesperado despertar. Sus graznidos apagan inmediatamente los demás sonidos y de pronto no hay ni olas, ni nada más. El mundo entero se ha convertido en una estridente carcajada desordenada.

Vuelve a tirar de la cuerda y la campana se abre paso de nuevo. Huele a salitre y al frescor del día que comienza. También a algas secas y rocas mojadas. A vida, huele a vida, ese sería el resumen.

Desde lo alto de San Juan de Gaztelugatxe el mundo parece haberse detenido.

No hay nadie a la vista.

Solo ella.

La cinta americana le impide pedir auxilio. Sus ojos están abiertos en una desorientada mueca de terror. Sabe lo que va a ocurrir.

No siente pena por ella. No la ha sentido por ninguna de las mujeres que ha condenado a muerte. Sin embargo, las lágrimas acuden a sus ojos. También le ocurrió con las anteriores. Y no es por sus víctimas por quien las derrama, sino por sí mismo. Le gustaría ser fuerte para enfrentarse a la verdad. ¿Por qué lo abandonó? ¿Por qué lo condenó a vivir una infancia que no le correspondía? Nunca lo sabrá. No quiere saberlo. La verdad podría ser dolorosa. No puede arriesgarse a que sea diferente a la que se ha formado a lo largo de tantos años de sufrimiento. Lo dejó en ese convento por egoísmo, y

nada más. Por eso merece morir. Es lo que hizo con él cuando no tenía culpa de nada, lo mató en vida, lo enterró en una tumba en forma de hogar donde solo recibió desprecio y dolor.

Talán, talán...

La campana sigue sonando; el móvil, que sostiene con la mano libre, retransmitiendo en directo el llanto metálico. Ese tulipán que ha colgado de la puerta de la ermita queda muy bien en la imagen. Su rojo intenso contrasta con la piedra de los muros y la sobria oscuridad de la madera.

—Bienvenidos —musita fijándose en el contador de espectadores.

Pese a lo temprano de la hora hay tres mil personas asistiendo a la retransmisión a través de internet. No tardarán en multiplicarse. Por una vez en su vida se siente alguien importante.

Su mirada recalca en esa mujer que podría ser su madre. Por un momento se siente tentado de desviar la cámara hacia ella para otorgar a su audiencia el horror de su angustia. Es lo que están esperando, nadie se conecta a la red social para ver una campana.

No, sería una locura. Estaría regalando a los ertzainas una pista que podría salvar la vida de Sara.

Llora. Esta vez sin cortapisas. Julia lo ha estropeado todo, le está obligando a tomar la decisión más difícil de su vida. Y odia darse cuenta de que es más débil de lo que esperaba.

¿Es una sirena eso que se oye?

El sonido cada vez le llega más claro. Igual que la imagen de un coche oscuro bajando a toda velocidad por la carretera. Las lágrimas amplifican el halo azul que brota de una sencilla luz giratoria instalada sobre el vehículo.

No los esperaba tan pronto. La marea no es la prevista y todavía no ha hecho su trabajo. Lo echarán todo a perder, igual que Julia.

*Me encanta hundir la nariz en tu cabecita y oler tus cabellos rubios como los de tu padre. Le encantaría saber que tras su regreso a América algo de él quedó a este lado del mar. Es un buen hombre, no uno de esos que se desentienden de sus hijos. Estoy segura de que te quiere, de alguna manera sabrá que existes, algo en su corazón se lo habrá dicho, y te quiere, te quiere con toda su alma igual que yo. Has cambiado mi vida. Me haces feliz, me haces sentir tan llena que no necesito nada más.*

*Te trajeron al día siguiente de nacer, cuando ya había perdido toda esperanza. Todavía me avergüenza recordarme de rodillas agradeciendo a la superiora que se hubiera apiadado de nosotras. Ahora sé que solo fue el procedimiento habitual en este lugar inhumano.*

*Hace unos días escuché gritos en la celda del fondo. Un llanto desgarrado que resquebrajaba el alma. Sobre todo porque sé lo que significa. No era ningún bebé hambriento o necesitado de cariño. Era una mujer como yo a la que le había llegado su hora. Su problema, ese problema del que nos habla siempre la superiora, acababa de desaparecer. Ya no tendría una cabecita en la que hundir la nariz ni una carita satisfecha que contemplar mientras le da de mamar.*

*Perdona por empapar tu rostro sereno con mis lágrimas, perdona por abrazarte con tanta fuerza que te despiertas asustada. No puedo evitarlo. Solo de pensar que algún día vendrán a por ti y todo habrá acabado siento que me rompo en mil pedazos. Me moriré por dentro, ¿sabes?*

*Las odio con todas mis fuerzas. ¿Por qué me hacen esto? ¿Por qué mis padres decidieron castigarme así? Jamás podré perdonarles que me arrebaten lo que más quiero.*

*Jamás.*

*Nunca regresaré a eso que llamaba hogar. Cuando salga de aquí, cuando esos monstruos con sus crucifijos te lleven y me arranquen la vida, me iré. Tan lejos que nadie me encontrará jamás.*

*Cualquier día despertaré con el ruido de la puerta y tu cunita estará vacía. Y cuando llegue ese momento no creo que tenga fuerzas ni para*

*escribir. Quién sabe si esto es lo último que escribo en mi vida. No imagino un futuro sin ti.*

*Sé que jamás podrás leer esta carta, pero espero que de algún modo puedas llegar a saber que te quiero con toda mi alma. Cuando te arranquen de mis brazos ya no podré volver a sonreír. Ojalá tú sí puedas ser feliz.*

*¡Allá donde estés, allá donde te lleve la vida, espero que sepas que te quiero como nunca antes he querido ni querré a nadie!*

*Voces, oigo voces ahí fuera. Un cerrojo. Es el de mi celda.*

*Ya vienen, hija mía. Ya están aquí.*

*3 de noviembre de 2018, sábado*

Cestero salta del coche cuando todavía no se ha detenido del todo. Sabe que un solo segundo puede resultar fatal cuando la espada de Damocles pende sobre la vida de alguien. Lleva el móvil en la mano. La campana ocupa toda la pantalla. Sus tañidos resuenan ahora en estéreo, a través del altavoz del aparato, por un lado, y desde la propia ermita por el otro.

—Vamos, os quiero a todos arriba conmigo. Aitor, apremia a las unidades aérea y marítima. Deberían estar aquí ya... Lo tenemos. No sé qué trama, pero de aquí no va a salir —señala la suboficial volviéndose hacia sus compañeros.

Dos coches patrulla descienden en esos momentos a toda velocidad por la carretera. Sus sirenas se adueñan de la tensa quietud de la ensenada y ocultan el llanto metálico de la campana. Cuando lleguen el helicóptero y la patrullera San Juan de Gaztelugatxe se habrá convertido en la ratonera perfecta.

Algo no encaja, sin embargo. ¿Por qué ese suicidio? ¿A qué viene esperarlos en un lugar del que no tiene escapatoria?

—Lo quiero vivo —advierte Cestero, y odia darse cuenta de que habla más para sí misma que para los demás—. Prioridad absoluta a la vida de Sara, que nadie la ponga en peligro.

No era necesario aclararlo. Los protocolos de actuación en caso de secuestro son muy claros, lo primero es siempre salvar la vida de la persona retenida. Todo lo demás es secundario.

El teléfono suena. Es Madrazo. Está en camino. Insta a Cestero a no precipitarse, y le pide al mismo tiempo que libere a Sara al precio que sea. No pueden permitirse una muerte más, y menos con todas las televisiones del país retransmitiendo en directo lo que está ocurriendo en Gaztelugatxe.

—Deberíamos hacer venir a los de explosivos —sugiere Txema, más tranquilo desde que ha visto a Julia con vida—. Todo esto es muy raro.

Cestero se muerde el labio y cierra los ojos. Tiene razón. Tal vez se trate de una trampa.

—No podemos permitirnoslo. ¿Cuánto tardarían en llegar? La vida de esa mujer puede depender de unos segundos. Iremos con cuidado, haremos un examen visual antes de acercarnos a la ermita, pero tenemos que subir ahora mismo.

Más sirenas. Ahora es una ambulancia la que se aproxima.

El sinuoso puente empedrado que parte del aparcamiento acoge las primeras zancadas de los ertzainas en su carrera hacia lo más alto del islote. La campana sigue tañendo, las olas la enmascaran en parte, igual que los graznidos de las gaviotas que planean sobre las corrientes de aire.

Cestero levanta la vista. Ahí está, bajo un cielo pálido, escasamente salpicada de nubes doradas, una de esas estampas que quitan el aliento. ¿Cómo puede el destino esconder bromas tan macabras? Pensaban visitar Gaztelugatxe uno de estos días, y ahora lo tiene ante sí, como escenario de un crimen.

—¿Qué diablos se propone? —inquire Txema a su lado. El viento hace ondear su corbata como si de una bandera se tratara.

—Ni idea. Te diría que es un final, se está entregando. No lo entiendo. Si su intención es acabar con todas las madres del setenta y nueve, todavía le faltan dos. ¿A qué viene esto?

—Ese cabrón no se está entregando —discrepa el suboficial—. Nos está tendiendo una trampa.

Cestero apenas tiene resuello para hablar. ¿Cuántos escalones han subido? ¿Cien, ciento cincuenta? ¿Y cuántos quedan para llegar arriba?

—Pero no tiene vía de escape. Trampa o no, está atrapado.

Una cruz metálica aparece en un recodo de la subida. Más adelante hay otra, y luego otra más.

—Un vía crucis, la crucifixión de Cristo —señala Txema adivinando sus pensamientos—. Ese cabrón está jugando con nosotros. Arriba espera la muerte, la última parada.

Cestero no le discute. Está de acuerdo. Ahora solo falta saber qué muerte. ¿La de Sara Carretero o la del secuestrador? ¿Qué tiene pensado ese desalmado?

—Vamos a impedirlo. Aquí no va a morir nadie más. ¡Nadie!

Solo falta un corto tramo de escaleras para alcanzar el alto. Mejor

recuperar el aliento antes de afrontarlo o estarán en clara desventaja con el secuestrador.

¿Estará armado?

—¿Dónde está el puñetero helicóptero? ¿Tanto se tarda desde la base?

Desde el aire podrían ver lo que está sucediendo en la ermita. Ahora solo saben lo que les llega a través del vídeo que emite el propio secuestrador; eso y los tañidos rítmicos de la campana.

—¿A por él? —propone Txema. Con su camisa blanca y la corbata al viento parece uno de esos agentes federales de las películas americanas.

Cestero hace un rápido repaso de la situación. Tiene con ella a seis agentes, incluidos Aitor y Txema. Otra furgoneta con refuerzos llega en esos momentos por la carretera de Bermeo. Ya son dos las ambulancias estacionadas abajo. ¿Y esa furgoneta con una parabólica plegada que baja por la carretera?

—Ya tenemos aquí a la tele —lamenta antes de resoplar—. Txema, tú ocúpate de cortar la emisión, no quiero un espectáculo televisivo allá arriba. Los demás, cubridme. A por él. Limpiamente. Si no va armado no quiero ni un solo disparo. ¿Entendido?

Todos responden que sí. Es una curiosa mezcla; unos uniformados, otros vestidos de calle... Da igual, todos son ertzainas y sostienen sus armas reglamentarias. No sabe qué trama el asesino del Tulipán, pero si espera salir airoso de la situación, está muy equivocado.

—¡Vamos!

El sonido de las pisadas se mezcla con los latidos que Cestero siente retumbar en los tímpanos. Son solo catorce peldaños, catorce pasos hacia un encuentro que no ha organizado ella. No, es el asesino que tiene en vilo a la comarca quien ha fijado la cita. Eso los coloca en su terreno, aunque no hay tiempo para andarse con remilgos.

Tres peldaños, dos...

La huella que la tradición atribuye a una visita de san Juan Bautista la recibe en la pequeña explanada superior.

—¡Alto! —ordena deteniéndose en seco y frenando el avance de quienes la siguen. De pronto la idea de los explosivos cobra fuerza. Es todo demasiado extraño.

—Habéis tardado —comenta Álvaro Orduña con aparente falta de interés. Su mano deja de tirar de la cuerda que mece la campana, los tañidos se extinguen.

—¿Dónde está? —inquire Cestero mientras realiza una fugaz inspección ocular del lugar. No hay explosivos a la vista. Tampoco rastro alguno de la mujer desaparecida.

Álvaro se limita a sonreír. No es una sonrisa triunfal, ni siquiera alegre; está triste, derrotado.

—¿Dónde la has metido? —La suboficial se acerca a él sin dejar de encañonarlo.

—Ese es vuestro trabajo. ¿No crees? —se burla el otro, que junta las muñecas ante su rostro para colaborar en su detención.

Cestero no pierde el tiempo con él. Deja que sean quienes vienen detrás los que le pongan las esposas. La ermita es el único lugar que se le ocurre. No hay ningún otro escondrijo posible allí arriba. La puerta está cerrada con llave. Una, dos, tres patadas contra la cerradura y la hoja de madera cede. Está oscuro dentro, aunque el escaso tamaño del templo permite que la luz del día haga innecesaria la linterna.

La proa de una chalupa ocupa el altar, y varias maquetas de navíos penden del techo de madera. Por lo demás, solo un puñado de bancos y cirios apagados.

—Aquí no hay nadie —apunta Aitor, que regresa rápidamente al exterior—. Ese cabrón la ha tirado por el acantilado.

La suboficial va tras él. Los sentimientos hierven en su cabeza; la rabia y la impotencia se agolpan buscando una salida.

—¿Dónde está Sara? ¿Dónde? —espeta cogiendo al detenido por la pechera.

Álvaro se encoge de hombros. De nuevo esa sonrisa triste. Su mirada recalca en el mar. La tensión agarrota los brazos de Cestero, que apenas logra refrenar el impulso de estrangularlo.

La lancha de salvamento llega desde la base de Bermeo. Raúl viaja a bordo y saluda alzando la mano. Se ha incorporado a las tareas de rescate en cuanto han podido dar con él. La desaparición de Julia le ha afectado mucho. Como a todos.

El helicóptero asoma casi al mismo tiempo tras las laderas cubiertas de pinos que caen hacia el mar.

Tal vez no esté todo perdido. Desde el aire y el mar será más fácil localizar a la mujer.

—Es improbable que haya sobrevivido a una caída desde aquí arriba —

anuncia Txema, asomándose al acantilado. Otros seis agentes peinan los alrededores y otean el Cantábrico desde miradores improvisados en lo alto del peñón.

Cestero sabe que su compañero tiene razón. Si la ha arrojado desde ahí arriba, se habrá golpeado contra las rocas. En el mejor de los casos, si hubiera caído limpiamente al mar, tampoco sería mucho mejor. ¿Quién sobreviviría al impacto contra el agua desde ochenta metros de altura?

Esta vez aferra al detenido por el cuello.

—¿Qué has hecho con ella? ¡Dímelo o te mato aquí mismo!

Las manos de Cestero se tensan con tanta fuerza que el rostro del hombre no tarda en volverse púrpura. Está furiosa. Tiene la certeza de que sería capaz de cumplir su palabra y acabar con la vida de ese miserable.

—¡Ane! —oye a su espalda. Aitor Goenaga, claro, su ángel de la guarda.

Cestero se gira hacia sus compañeros. Todos han dejado lo que hacían y observan la escena con curiosidad. En los ojos de algunos lee aprobación. Le sorprende que Txema sea uno de ellos.

—Ane, eres mucho mejor de lo que imaginas. Hemos llegado hasta él gracias a ti —le dice el suboficial, que se acerca hacia ella—. No ensucies tus manos con ese tipo. A él le harías un favor. Le va a caer la prisión permanente.

¿De verdad es Txema quien le acaba de apoyar una mano en el hombro? ¿De verdad es él quien trata de evitar que meta la pata en lugar de aguardar agazapado para hacerse con el mando del grupo?

—Dime dónde está Sara. —La suboficial apenas reconoce su voz entre tanta rabia.

Liberado del abrazo mortal, Álvaro cae de rodillas. Tose ruidosamente. Su respiración es un ronquido angustiado que oculta el batir de las olas.

—¡Habla, vamos! —le ordena Txema. También él está fuera de sus casillas, se le nota en el tono, siempre tan inmutable—. ¿Qué has hecho con ella?

El ruido del helicóptero le obliga a levantar la voz para hacerse oír. Vuela muy bajo. El detenido trata de sonreír. Está ganando tiempo.

—El mar se la llevó —musita con un hilo de voz.

Cestero lee la ira en la expresión de Txema. Nunca antes lo había visto así. Se diría que va a golpear al detenido. Sin embargo, el suboficial se contiene cuando su puño derecho comenzaba el recorrido para descargar su rabia contra la cara de Álvaro.

—¿La has tirado? ¡Eres un hijo de perra! —exclama Txema asomándose al

acantilado. Los demás le imitan. La espuma del oleaje tiñe de blanco un mar furioso. Si Sara ha caído ahí no hay duda de que está muerta.

—¿Cuándo la has tirado? ¿Está atada? —inquire Cestero. No quiere perder la esperanza. No todavía.

Álvaro tiene la mirada perdida en el suelo. No la escucha. La suboficial repite la pregunta, y esta vez lo coge por el pelo y le obliga a mirarla a la cara.

—El mar se la llevó.

¿Por qué llora ahora? Porque son lágrimas lo que asoma a sus ojos, no hay duda.

—¡Eres un mierda! —espetea Cestero empujándolo al suelo. Después se gira hacia los uniformados—. Bajadlo al coche. No quiero verlo.

Álvaro no opone resistencia. Escoltado por dos agentes, comienza a bajar hacia los coches patrulla. La unidad móvil de televisión ha desplegado la antena, todo listo para conectar con las noticias de la mañana. El cámara, apostado en el puente de piedra, sigue en ese momento a la patrullera de la Ertzaintza con el objetivo. El despliegue de medios policiales en la ensenada de Gaztelugatxe resulta impresionante. Quien esté asistiendo a él a través de la pequeña pantalla no podrá achacarles falta de empeño. Y, sin embargo, no han conseguido salvar a Sara Carretero. Cestero se siente culpable. La satisfacción por la detención del asesino se diluye ante la búsqueda contra el reloj que tiene lugar ante sus ojos. ¿Dónde está la mujer desaparecida? Tendrá que hacer venir a los buzos para que se sumerjan por si el cuerpo se ha ido al fondo.

Odia darse cuenta de que piensa en ella como un cadáver. ¿Qué ha sido de la esperanza? Hasta que no aparezca el cuerpo hay que dar por hecho que sigue con vida.

El asesino del Tulipán se gira hacia ella desde una de las cruces que flanquean el camino. Esta vez consigue esbozar una fugaz sonrisa que se clava en el orgullo de Cestero.

—Localizada la víctima —anuncia la voz de Raúl a través de la radio. La suboficial busca con la mirada la lancha neumática de salvamento. Se encuentra muy cerca de la orilla, junto al puente que conecta el peñón de Gaztelugatxe con tierra firme—. La ha atado a uno de los pilares. Se está ahogando.

La voz metálica de su compañero reverberará en los tímpanos de Cestero durante los siguientes minutos. Las órdenes se suceden, brotan de su garganta a

una velocidad de vértigo. Tampoco son necesarias. Todos saben lo que tienen que hacer. Y lo hacen. Se trata de salvar a Sara Carretero. Lo demás no existe.

No existe el rugido de las olas en la ensenada, no existe el rotor de la unidad aérea, no existe el griterío de los agentes que tratan de alcanzar las cuerdas que ligan a la víctima... Incluso el campo visual de Cestero se reduce para enfocar únicamente el rostro de esa mujer de mirada perdida que el oleaje hace desaparecer cada escasos segundos.

La patrullera trata de acercarse sin éxito. Encallaría contra las rocas. Tampoco el helicóptero es de gran ayuda entre pilares de piedra. Cestero pide una cuerda. Va a descolgarse desde el puente. Txema está junto a ella. Se ha arrancado la corbata y se ve extraño en mangas de camisa. ¿Qué hace con ese cuchillo entre los dientes?

Algún agente trata de impedir que el suboficial salte al mar. Es una locura con semejantes olas.

Demasiado tarde. Txema bracea ya entre la implacable espuma blanca, incapaz de gobernarse a sí mismo. El mar lo arrastra de aquí para allá como a un muñeco de trapo. Si nadie logra evitarlo, morirá ahogado, igual que Sara Carretero.

Cestero comienza su descenso. Varios agentes se ocupan de tensar la cuerda que la sostiene a escasos palmos del mar. Conforme se aproxima a la víctima sus esperanzas se desvanecen. El Cantábrico azota el puente con furia y la cabeza de la mujer se zarandea violentamente cada vez que una ola la alcanza. En el mejor de los casos, está inconsciente; en el peor, la marea le habrá arrebatado la vida.

—¡Más rápido! Quiero estar ya abajo —ordena Cestero a quienes la descuelgan.

Apenas ha terminado la frase cuando ve que Txema logra aferrarse a Sara. Las manos de su compañero se mueven con agilidad y cortan las ligaduras de la víctima. Parece imposible que haya podido sacar fuerzas para hacerlo entre toses y respiraciones entrecortadas.

—¡Súbela, vamos! —exclama ayudando a Cestero a atar a la víctima a la cuerda que pende del puente.

La voz de Txema es poco más que un susurro, y termina en seco cuando una ola lo hace desaparecer.

—¡Txema! —llama la suboficial mientras la cuerda tira de ella hacia arriba —. ¡Txema!

No hay respuesta, solo el rugido de un mar furioso por el agitado despertar de esa mañana de noviembre.

*5 de noviembre de 2018, lunes*

—Estaba convencido de que eras su hermana.

La brisa que llega del mar hasta las alturas de San Pedro de Atxarre agita la melena de Julia, que cae desordenada sobre sus hombros. Algunos mechones se asoman a su rostro y enmarcan el rictus de sus labios.

—¿Y no lo soy?

—No, claro que no —asegura Cestero—. Pero Álvaro Orduña lo creía realmente, por eso se sacrificó en Gaztelugatxe. No fue capaz de matarte.

Julia no se vuelve hacia ella. Su mirada está fija en los caprichosos dibujos que el mar y la arena de la playa de Laida crean en la desembocadura.

—No quería matar a su hermana, pero sí a su madre —apunta.

Un águila planea sobre la ría a escasos metros de la ermita donde se encuentran. Cestero la observa en su silencioso avance, dispuesta a caer sobre su presa al menor descuido.

—Porque a quien odia es a su madre —sentencia la suboficial.

—¿Por qué?

Es la misma pregunta que Cestero le ha hecho una y otra vez al detenido.

—Tuvo una mala infancia o eso se deduce de la documentación que han encontrado los de la Policía Científica en su ordenador. Además de cientos de archivos de una violencia extrema gracias a los que suponemos había ido desarrollando su gusto por la puesta en escena, llevaba tiempo escribiendo unos textos que pensaba publicar en Facebook una vez concluida su obra. Se sentía importante y deseaba que todo el mundo supiera de su propia mano cómo había llegado a transformarse en el asesino del Tulipán. En ellos cuenta que su madre adoptiva sufría un trastorno bipolar y que lo culpaba de no haber podido traer hijos al mundo. Creció entre desprecios y sin la presencia de un padre, que se pasaba buena parte del año en alta mar. Cuando supo que no eran sus padres biológicos...

—Culpó de su mierda de vida a quien lo había dejado en el convento — remata Julia. Un suspiro interrumpe por un momento su argumentación—. Pero ¿matar por eso?

Ahora es Cestero quien tarda en dar una respuesta. Un tren como el que acabó con la vida de Natalia Etxano surca el paisaje allá abajo, una oruga metálica abriéndose camino entre marismas y pequeños núcleos habitados.

—La mente humana tiene demasiados requiebros. Según Silvia, la infancia de Álvaro Orduña estuvo caracterizada por lo que los psicólogos conocen como apego ambivalente. Lo mismo hallaba cariño en su madre, que un desprecio absoluto. Y ese tipo de relación resulta demoledora para la mente en formación de un niño.

Julia asiente y suelta un suspiro. No es fácil digerir todo lo que han vivido en los últimos días, y hay heridas que nunca llegarán a cicatrizar por completo.

—¿Cómo está Sara?

—Mejor. No creo que le apetezca acercarse al mar en una buena temporada, y no la culpo. En un par de días saldrá del hospital —anuncia Cestero.

—Txema estaría feliz. Consiguió salvarle la vida.

—Hoy ha preguntado por él. Quiere darle las gracias.

El paisaje se nubla de pronto. Apenas es una maraña de colores y luces sin forma alguna. La suboficial no se alarma, son las lágrimas. Se lleva las manos a los ojos y se los frota. Urdaibai vuelve a desplegarse ante ella, aunque solo unos segundos, los que tardan en anegarse de tristeza otra vez.

—Fue muy valiente —reconoce Julia. Sus palabras suenan entrecortadas, rotas por el duelo.

Cestero no dice nada. No puede. No necesita cerrar los ojos para ver de nuevo a su compañero cortando las ligaduras de Sara Carretero entre la espuma blanca de las olas. Después ya no volvió a verlo, y por más que volcaron todos los esfuerzos en dar con él mientras los médicos reanimaban a la ahogada, no hubo manera de localizarlo. Fue Raúl quien dio con su cadáver en el fondo del mar. La corriente lo había arrastrado a los pies de la estatua submarina de la Virgen que ocupa el centro de la ensenada de Gaztelugatxe.

La suboficial se muerde el labio. La generosidad que demostró Txema lanzándose a aquel mar tan crispado es la mejor lección de humanidad que ningún ertzaina le ha dado jamás.

¿Cuánto tiempo han permanecido las dos en silencio? La marea ha bajado

ligeramente, islotes dorados que antes se encontraban cubiertos por las aguas han aflorado, el tren ha desaparecido, devorado por algún apeadero lejano.

—Nos ha ganado. Solo lo hemos detenido cuando él ha querido —se lamenta Julia.

Cestero sacude la cabeza.

—No es verdad. Tu aparición en Lamiaran le obligó a entregarse. De lo contrario habría continuado matando hasta terminar con todas las mujeres a las que esas monjas arrebataron sus bebés.

—Al final resultará que no hice tan mal saltándome el protocolo.

Cestero dibuja una sonrisa triste.

—Claro que hiciste mal, pero ayudaste a que todo acabara. Y fuiste tú la que nos llevó a Gaztelugatxe. Si no llegas a mencionar la roca del dragón, Sara estaría muerta. También a ti te debe la vida.

Ahora Julia sí se ha girado hacia su jefa. La observa fijamente, le ruega con los ojos que sea sincera.

—¿Es mi madre?

—No. Lo siento.

Julia aprieta los labios y asiente sin ocultar su decepción.

—¿Por qué lo hacían? —pregunta volviendo a perder la mirada en la ría que se despliega ante ella.

—Estaban por encima del bien y del mal. Jugaron a ser Dios. Ellas decidían quiénes debían ser madres y quiénes no. Y además ganaban dinero con ello. Dinero y favores, porque beneficiaron a muchas familias poderosas que se sentirían en deuda con el convento durante el resto de sus vidas.

—Es horrible.

—Lo es.

—Dime que no soy hija de esa monja.

Los ojos de Cestero se entretienen en un velero que se asoma tras la isla de Izaro. El escaso viento lo empuja lentamente, sin prisa y en silencio. ¿Dónde están las gaviotas, esas que habitualmente inundan el ambiente con sus graznidos irritados? No están. Seguramente hayan volado mar adentro, en busca de un alimento que escasea cerca de la costa.

—No, no eres su hija. —El documento que la suboficial le tiende a Julia lo corrobora—. Sor Teresa es madre de Álvaro Orduña, el asesino del Tulipán.

Julia no muestra emoción alguna.

—No ha conseguido matar a quien quería —apunta en tono neutro. No hay

celebración en su voz, tampoco tristeza. Solo trata de asimilar la información —. ¿Y mi madre?

Cestero le señala otro renglón del papel.

—Tu madre es la hermana desaparecida de Anabel Larzabal. Vuestro ADN tiene coincidencias evidentes.

Julia asiente en silencio. Su mirada está fija en las olas que rompen frente a Mundaka. Desde la distancia se ven diminutas, apenas unas virutas blancas en el mar azul, y los surfistas, que a esas horas se contarán por decenas, ni siquiera llegan a atisbarse.

—Begoña Larzabal Villa —murmura finalmente. Ahora sí hay un poso de tristeza en su tono de voz—. ¿Estará muerta?

Cestero no sabe qué responder. Tantos años sin noticias no son el mejor presagio. Sin embargo, sabe que no es eso lo que su compañera necesita escuchar.

—Seguro que no. Estará en algún lugar lejos de aquí. ¿Qué habrías hecho tú si te hubieran encerrado en un convento para robarte a tu bebé? Irte al otro lado del mundo, perder de vista a todos y empezar de nuevo.

Julia vuelve a mover afirmativamente la cabeza.

—Algún día daré con ella —asegura.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguirás.

El águila se ha posado en las ramas desnudas de un árbol cercano. Otea el paisaje como lo haría cualquier excursionista.

—¿Y ahora? —pregunta Julia. Tiene los ojos brillantes, pero no llora.

—Ahora la vida sigue. Ojalá no nos tengamos que volver a juntar. Algo así significaría que no hay más crímenes que requieran movilizar una unidad especial.

—Ojalá —sentencia Julia. Lo dice con fuerza, aunque ambas saben demasiado bien que es un deseo que difícilmente se cumplirá.

*14 de diciembre de 2018, viernes*

El viejo matadero de Durango no está a rebosar, pero no le falta mucho. Y no es un lugar cualquiera. Anboto, la montaña donde las leyendas sitúan la morada de Mari, la gran diosa de la mitología vasca, domina el lugar. El primero de los dos conciertos de The Lamiak que organizó Olaia no podía tener mejor emplazamiento. Esta vez no se trata del bar de unos primos ni de una actuación tras una cena de amigas. No, en esta ocasión va en serio y todo ha salido bien. Van por el segundo bis y el público sigue pidiendo más.

—Esta me la hace escuchar en el coche todos los días —comenta Aitor cuando tocan *Over the edge*.

—Es una de las canciones favoritas de Ane. Pocos temas oirás más potentes contra los maltratadores. Lástima que sea en inglés y muchos energúmenos no la entiendan —le dice Madrazo alzando la voz por encima de la percusión—. Una vez me llevó a ver a los Belako al BBK Live. Acabarán gustándote.

—Ojalá todo el mundo estuviera tan sensibilizado con este tema como Cestero —interviene Leire Altuna. La pareja de Aitor no ha querido faltar al concierto de su amiga.

Julia asiente con gesto de circunstancias. Rara es la semana que no le toca acudir a algún domicilio por llamadas relacionadas con la violencia de género, una VG, como la conocen en argot policial.

—No sabía que tocaran tan bien —comenta Raúl.

Están tan absortos en la conversación que no se han percatado de que la canción ha terminado y Cestero ha desaparecido del escenario.

—¿De verdad habéis venido a verme? —inquire la ertzaina llegando junto a ellos. Se la ve feliz, empapada de sudor, pero pletórica.

—Qué va... Nos han llamado los vecinos para que investigásemos de dónde salía tanto ruido —se burla Julia propinándole un afectuoso empujón.

—Yo solo voy de camino hacia Mundaka. Julia ha prometido llevarme

mañana a sus spots preferidos para el surf —bromea Madrazo guiñándole el ojo a la de Urdaibai.

Leire Altuna coge una de las baquetas de Cestero y golpea suavemente un botellín de cerveza.

—Como sigas dando a los platillos con tantas ganas vas a despertar a la mismísima Mari. Yo me andaría con cuidado...

Cestero suelta una carcajada.

—¿Has visto que ahora la llevo aquí, con Sugaar?

—Joder, qué chulo —comenta la escritora pasándole el dedo por el cuello.

—Díselo a este. —Cestero apoya el brazo en el hombro de Raúl—. Que te haga uno. ¿No te animas?

Leire se encoge de hombros. ¿Por qué no?

—¿Ya te ha contado que ha vuelto a ponerse a escribir? —le pregunta Aitor a Cestero.

—¿De verdad? Eso sí que merece un brindis —celebra Ane chocando su cerveza con la de Leire—. ¿Policíaca, o vuelves a la romántica?

—Suspense, novela negra —aclara la escritora.

Cestero asiente con gesto orgulloso.

—Si es que tendrías que haber sido ertzaina... Fíchala para nuestra unidad especial —bromea girándose hacia Madrazo.

—No te diría que no —reconoce el suboficial—. Sería la mejor asesora que podríamos tener.

Unos acordes comienzan a sonar desde el escenario. Olaia y Nagore la reclaman allí arriba.

—Por Txema —dice Julia alzando su copa. No hay un solo día que alguna situación no le recuerde a su compañero. Lástima que la medalla concedida por el Departamento de Interior no le devuelva la vida.

El resto la imita. Sus rostros hablan de tristeza.

—Era un buen policía. Nuestra unidad especial se ha quedado coja sin él —lamenta Cestero.

Madrazo asiente.

—He estado pensando en ello —anuncia el oficial. Su mirada recalca en Raúl. Por un instante todos creen que va a anunciar que el tatuador se incorpora al grupo, pero no dice nada. No es el momento.

La llamada de atención de las otras integrantes de The Lamiak crece en intensidad. La melodía pide a gritos un poco de percusión.

—¡Ya voy! —exclama Cestero regresando al escenario. Antes de subir las escaleras, sin embargo, se detiene y señala a Julia—. Esta va por ti, por la mejor compañera que he tenido desde que salí de la academia.

Tras intercambiar unas palabras con las otras lamias, la ertzaina se sienta a la batería y comienza a marcar el ritmo con el bombo. Las manos le siguen a los platillos. Los acordes de la guitarra y el bajo inundan pronto el antiguo matadero. El público guarda un silencio expectante, los focos también. El más intenso, amarillo, brinda su luz a Cestero; los otros, de tonalidades más alegres, buscan a Olaia y Nagore. Julia reconoce los primeros compases. *Palabras para Julia*, la canción que le descubrió Cestero semanas atrás. Se siente identificada con la letra. Parece que Goytisolo, el poeta, pensara en ella cuando la escribió el mismo año en que Julia nació.

*La vida es bella, ya verás,  
como a pesar de los pesares  
tendrás amigos...*

Julia le devuelve la sonrisa a la mujer decidida que toca con fuerza la batería. También Cestero es la mejor con la que le ha tocado trabajar.

Sabe que no la perderá de vista por mucho tiempo. Algún día la Unidad Especial de Homicidios de Impacto tendrá que ponerse en marcha de nuevo.

Y lo hará mucho antes de lo que ninguna de ellas desearía.

## Agradecimientos

Estas páginas no habrían podido llegar a buen puerto sin la ayuda de buenas amigas y amigos. ¿Qué sería de esta trainera sin las continuas llamadas a mi querido Xabier Guruceta para que me ayudara con los nudos marinos? Maria, mi pareja, no se queda atrás en el esfuerzo. No es fácil convivir con un tipo que anda por casa hablando a todas horas con sus personajes. Iñigo, mi hermano y médico residente, ha sido clave a la hora de buscar venenos y formas de matar. Espero que su trabajo le lleve por otros derroteros o la ilusión de mi madre se habrá ido al traste.

Difícil olvidar esa visita al herbario y al banco de germoplasma con las encantadoras botánicas de Aranzadi. Y qué decir de las infinitas consultas sobre el funcionamiento de la Ertzaintza a Iñigo, Beñat, Dabid y Jana. Algún día me detendrán por pesado.

Aitziber, Miren y Pilar fueron los ángeles que se ocuparon de que jamás faltaran café y buen ambiente a bordo. Y el «Pelukas» recorrió conmigo la costa, aunque cambió el remo por esa cámara de fotos con la que es capaz de hacer magia.

Otros muchos tiraron de los remos en algún momento de la travesía: Nerea Rodríguez, Ion Agirre, Gorka Hernández, Iñigo Uriarte, Eider Ormaetxea, Aitziber Ansotegi, Iñaki Sors, Kepa Torrealdei, David Isasa, Luis Olaizola...

Y, por supuesto, ha habido alguien muy especial ayudándome a manejar el timón: Virginia Fernández, mi editora y el mejor descubrimiento de esta singladura. No hay palabras para agradecerle que sea siempre tan positiva, tan comprensiva y tan vital. Ella, Ángel Lucía y el fantástico equipo humano de Penguin Random House han hecho que me sienta en casa desde el primer día. ¡Gracias!

# LA FLOR MÁS BELLA PUEDE INSPIRAR LOS CRÍMENES MÁS ATROCES



La periodista más popular de Gernika es arrollada por el tren que cubre la línea de Urdaibai. La víctima ha sido fijada a la vía con un delicado tulipán entre sus manos. La flor, de un intenso y brillante rojo, es tan hermosa como difícil de encontrar en pleno otoño. La escena, cuidadosamente preparada, ha sido retransmitida en directo a través de Facebook.

*La danza de los tulipanes* nos sumerge en la ría de Urdaibai, un lugar mágico donde el mar y la tierra se abrazan al compás de las mareas que mecen las tranquilas vidas de sus habitantes, que se ven repentinamente sacudidas por la brutal irrupción de un asesino complejo e inteligente, capaz de rivalizar con los ritmos de la naturaleza que desde siempre han gobernado la comarca.

**Un thriller magnífico que consagra a Ibon Martín  
como el maestro vasco del suspense.**

La carrera literaria de **Ibon Martín** (Donostia, 1976) no empezó en la novela sino en la literatura de viajes. Enamorado del paisaje y la geografía vasca, recorrió durante años todas las sendas de Euskadi y, poco después de terminar sus estudios de periodismo, puso en marcha un proyecto personal en el que recogió más de trescientas rutas que reunió en diversas guías. Sus itinerarios no se limitaban a contar la belleza natural de una hermosa tierra sino que en sus textos latía el deseo de devolver a la vida los vestigios históricos y mitológicos que sus pasos descubrían. El nacimiento de su primera novela, *El valle sin nombre*, se produjo de manera natural como modo de mantener ese cordón umbilical con sus raíces. Tras ella llegaron LOS CRÍMENES DEL FARO -*El faro del silencio, La fábrica de las sombras, El último akelarre y La jaula de sal*-, una serie de cuatro libros inspirados por el thriller nórdico que se convirtieron en un éxito rotundo. El paisaje continúa siendo uno de los protagonistas indiscutibles en *La danza de los tulipanes*, novela que supone la consagración definitiva de un autor que se revela como un narrador excepcional en este thriller donde atmósfera, investigación policial y conflictos emocionales se entrelazan con precisión en un final perfecto.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Ibon Martín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Imágenes de portada: xxxxx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02405-4

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

La danza de los tulipanes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Ibon Martín

Créditos